T2536

TEATRO NUEVO

ESPAÑOL.

TOMO II.

195384
14.4.25

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

CONTINUACION DE LA LISTA

DE PIEZAS RECOGIDAS.

Riesgo, esclavitud, disfraz, ventura, acaso y deidad.
Hombre, demonio y muger.
Valor que admiran dos mundos se engendra solo en España, y Hernan Cortés sobre México.
Quando hay falta de hechiceros lo quieren ser los Gallegos, y asombro de Salamanca. Primera parte.
Idem. Segunda parte.
Idem. Tercera parte.
Demofoonte, Rey de Tracia.
El valor no tiene edad, y Sanson de Extremadura.
La Judía de Toledo.
El triunfo de Judith.
La defensa de Sevilla por el valor de los Godos.
Pretender con el rigor el contrastar la obediencia.
El Príncipe prodigioso, y defensor de la fé.
El Catalan Serrallonga, y vandos de Barcelona.
La amistad vence el rigor.

El vandido mas honrado y que tuvo mejor fin, Matéo Vicente Benét.

La destruccion de Troya.

La bandolera de Italia, y enemiga de los hombres.

Lograr el mayor imperio por un feliz desengaño.

El mas heroyco blason es saber obligar con el perdon, y un Rey de otro Rey maestro.

Los tres mayores prodigios.

Competencias de amistad y bizarrías de amor dan fama, vida y honor.

Amor vencido de amor.

Es la quisicosa nueva, folla y novela en Comedia.

Juan Sanchez de Talavera.

Himenéo.

Cómo defienden su honor las ilustres Roncalesas.

Saber despreciar un reyno por ser á su Rey leal.

Hallar la dicha en los riesgos.

El Ayax Lacedemon, y triunfo de Telesila.

No es fama el cetro del cetro.

Tal vez el riesgo es alivio.

El sacrificio de Ifigenia.

El convidado de piedra.

El mas feliz cautiverio.

La restauracion de Buda.

Fortunas de Andrómeda y Perséo.

En vano contra el honor lidian encantos y amor.

¿Quál es afecto mayor? lealtad, ó sangre, ó amor, y triunfos de Tomiris.

Con superior potestad poco valen soberbia y vanidad.

Mas puede fina lealtad, que dama, padre y crueldad; y ántes que todo es el Rey.

Nunca el rencor vencer puede adonde milita amor.

El mas heroyco valor y temido Valenciano, Matías Oltra.

Competencias de amistad, amor, favor y piedad.

El mas feo hombre del mundo, Esopo el fabulador.

Caído el mas levantado, y elevado el mas caído.

El triunfo mayor de Ciro, saber vencerse á sí mismo.

Defensa de la Coruña por la heroyca María Pita.

La conquista de las Malucas.

Aragon restaurado por el valor de sus hijos.

Portentos de una pasion Machates y Filenion.

El Mágico de Erivan.

El severo juez de amor.

Riesgo de amor sin amor, y culto de Vesta en Roma.

El mérito es la corona, y encantos de mar y amor.

Magia á magia vencer sabe quando es magia con ingenio.

Del sepulcro á la corona.

Aun al mas rebelde pecho la piedad obliga á amar.

La mayor gloria de amor es vencer al vencedor.

El precepto obedecido ántes de ser entendido.

No hay contra el hado defensa, y destruccion de Tebas.

Conceder lo que se amó al que mas se aborreció.

La contienda de García de Paredes, y el Capitan Juan de Urbina.

La Barona Catalana.

La liga y batalla de Lepanto.

El blason de los Chaves.

La imperial de Othon.

Deber al hado la suerte, y Rey por la magia en Bactria.

El socorro en el despeño merece quien obra bien.

El segundo Scipion.

El mas justo Rey de Grecia.

Industrias de amor logradas, Juanilla la de Xerez.

No hay poder contra los cielos, Piramo y Tisbe.

En vano el poder persigue á quien la deidad protege, y Mágico Apolonio. Primera parte.

Idem. Segunda parte.

Tambien la ciencia es poder, y Mágico de Ferrara.

La ambicion de la corona sangre ni esposo perdo-

na; pero la traicion consigo trae arrastrando el castigo.

Gofredo en Jerusalén.

El sitio de Toro, y noble Martin de Abarca.

Tres casos en tres jornadas, hallazgo, paz y privanza.

Tal vez su flecha mayor labra de acero el amor.

Constante amor perseguido y enemigo mas leal, Tygranes en el Ponto.

Por cumplir una palabra derramar su propia sangre.

Lealtad, traicion é inocencia: Sifiro y Etolia.

Las matronas Catalanas defensoras de Tortosa.

Catalina segunda, Emperatriz de Rusia.

Cadma y Sinoris.

Es la parca mas sangrienta muger amante y airada.

Scipion en Cartagena.

Olimpia y Nicandro.

Ambicion, riesgo y traicion vence una muger prudente.

Locuras hay que dan juicio, y engaños que son verdad.

Lo que vale una amistad con la espada y con la ciencia, y Mágico Federico.

La enemistad mas cruel por suerte, amor y venganza.

La traicion necesitada, y fortunas de Tequeli.
Los valles de Sopetran.
La bandolera de Baeza.
Las travesuras de Don Luis Coello.
Idem. Segunda parte.
La fortuna en la afliccion.
La gruta de los acasos.
Las hazañas de Teseo, y servir por merecer.
Las proezas de Esplandian, y el valor deshace encantos.
El Renegado de Carmona.
Reynar por sacro blason.
Lo que ciega una pasion á una muger despechada.
La batalla de Pavía, y prision del Rey Francisco.
La crueldad por el honor.
El amor es poderoso contra el influxo del hado.
Saber obligar á Dios para llegar á ser Rey.
Sitio y toma de Landau.
Sin armas vence el amor.
Sacrificar el afecto en las aras del honor, es el mas heroyco amor, Cleonice y Demetrio.
Duelos de amor y lealtad.

Se continuará.

EL AVARO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS:

POR

MONSIEUR DE MOLIERE:

TRADUCIDA LIBREMENTE

POR DON DAMASO DE ISUSQUIZA.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

ACTORES.

DON ONOFRE, padre de Joaquin y Luisa, y amante de Mariana. *EL SEÑOR JUAN MIGUEL ANTOLIN.*

DON ANSELMO, padre de Jacinto y Mariana. *EL SEÑOR VICENTE GARCIA.*

JOAQUIN, hijo de Don Onofre, y amante de Mariana. *EL SEÑOR JUAN CARRETERO.*

LUISA, hija de Don Onofre. *LA SEÑORA ANTONIA PRADO.*

JACINTO, hijo de Don Anselmo, y amante de Luisa. *EL SEÑOR BERNARDO GIL.*

MARIANA, hija de Don Onofre. *LA SEÑORA JOSEFA LUNA.*

LUCIA. *LA SEÑORA MANUELA MONTEIS.*

AGAPITO. *EL SEÑOR AGUSTIN ROLDAN.*

SIMON, cochero y cocinero de Don Onofre. *EL SEÑOR JOSEF GARCIA.*

MARTIN, criado de Joaquin. *EL SEÑOR JOSEF OROS.*

CLAUDIA, criada de Don Onofre. *LA SEÑORA JOAQUINA BRIONES.*

PERICO. }
DOMINGO. } Lacayos de Don Onofre.
LOS SEÑORES JOSEF CORTES Y JUAN CASANOVA.

UN ESCRIBANO. *EL SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

ACTO PRIMERO.

La Scena en Barcelona, en casa de Don Onofre.

SCENA PRIMERA.

Jacinto y Luisa.

Jac. ¿Qué es esto, amada Luisa? ¿Despues de las apreciables seguridades con que habeis tenido la bondad de acreditarme vuestra fé, os encuentro ahora melancólica? ¿Vos suspirais, señora, en medio de mi alegría? ¡O Dios! ¿Acaso os causa ya sentimiento el haberme hecho feliz? ¿os arrepentís, decidme, del empeño á que mi amor ha podido resolveros?

Luis. No, Jacinto, no puedo arrepentirme de lo que he hecho por vos: al contrario me siento arrastrar á ello por un impulso tan halagüeño, que no me dexa ni aun fuerzas para desear lo contrario. Pero si os he de decir la verdad, el suceso me da mucha inquietud, y temo amaros mas de lo que quizá debia.

Jac. ¿Y qué podeis temer en la bondad con que os dignais favorecerme?

Luis. ¡Qué puedo temer! ¡ó Dios mio! Debo temer cien cosas á un mismo tiempo. Los enojos de un padre, las reconvenciones de una familia, la censura de las gentes, y mas que todo, Jacinto, la mudanza de vuestro corazon, y la indiferencia criminal con que los de vuestro sexô suelen corresponder freqüentemente á los testimonios demasiado ardientes de un inocente amor.

Jac. ¡Ah! no me hagais la ofensa de juzgarme por los demas. Rezelad de mí sobre todo lo que querais, ménos de que pueda faltar á lo que os debo. Os amo demasiado para eso, y mi amor hácia vos durará miéntras que duráre mi vida.

Luis. ¡Ah! Jacinto: cada uno dice lo mismo. Todos los hombres son iguales en las palabras; pero las acciones son las que los manifiestan diferentes.

Jac. Pues si solo las acciones hacen conocer lo que somos, esperad á lo ménos á juzgar de mi corazon por las mias, y no me busqueis delitos en los injustos temores de una funesta prevision. Yo os pido no me traspaseis con los sensibles golpes de una sospecha injuriosa, y que me deis

tiempo para convenceros por medio de repetidas pruebas de la fidelidad de mi amor.

Luis. ¿Quán fácilmente se logra convencer á los que aman! Sí, Jacinto: yo considero vuestro corazon incapaz de engañarme: creo que me amais con un amor verdadero, y que me sereis fiel: no quiero dudar nada sobre este punto; pero mi temor queda con la aprehension del desprecio con que se me juzgará por las gentes.

Jac. ¿Pero por qué ese temor?

Luis. Yo no tendría que temer nada, si os mirasen con los ojos con que yo os miro, pues encuentro en vuestra persona con que justificar la accion que he hecho por vos. Mi corazon tiene para su defensa todo vuestro mérito, y el agradecimiento en que el cielo me comprometió á vuestro favor. Yo me represento á todas horas este peligro grande en que mutuamente se encontráron nuestras primeras miradas; esa generosidad heroyca que os hizo exponer vuestra vida, por libertar la mia del furor de las ondas; esos cuidados afectuosos y tiernos que me demostrasteis despues de haberme sacado de las aguas; y los rendimientos infatigables de un amor que no han podido entibiar el tiempo, ni

las dificultades; y que haciéndoos posponer la patria y los parientes, os detiene en estos lugares disfrazado vuestra suerte, reduciéndoos al destino de doméstico de mi padre, por tener el gusto de verme. Todo esto produce en mí sin duda un efecto maravilloso, y es muy suficiente á mi entender para justificarme del empeño en que he podido consentir; pero no es suficiente tal vez para justificarme á los ojos de las gentes; y rezelo que no se conformen con mis sentimientos.

Jac. No me recordeis, señora, acciones que de ningun modo merecen ocupar vuestra memoria, y que debo sentir labren en vos algun agradecimiento, quando solo por mi amor pretendo conseguir vuestro cariño. Por lo que hace á los demas escrúpulos que os atormentan, es claro que vuestro padre mismo toma bastante cuidado de justificaros á todo el mundo: y el exceso de su avaricia, y la austeridad con que vive con sus hijos podrian autorizar cosas mucho mas extrañas. Perdonadme, amada Luisa, si hablo así en vuestra presencia: vos sabeis que sobre este particular no se puede decir bien; pero en fin, si como lo espero, consigo tener noticias

de mis parientes, debemos esperar tambien nos sea favorable: yo las aguardo con impaciencia, y si tardan en venir, iré á buscarlas en persona.

Luis. No, Jacinto, no os vayais de aquí: yo os lo pido: pensad solo en conseguir la estimacion de mi padre.

Jac. Vos mirais como me comporto con él, y las extrañas condescendencias de que he tenido que usar para introducirme en su casa; baxo qué máscara de simpatía y union de sentimientos me he disfrazado para darle gusto; y qué carácter estoy representando con él todos los dias para lograr su cariño. Yo hago progresos admirables en este punto, y experimento que para ganar los hombres no hay medio mejor que el de adornarse á sus ojos de sus mismas inclinaciones. Entrar en sus máxîmas, incensar sus defectos, y aplaudir lo que ellos hacen. No hay que tener temor de dar en la demasía quando se trata de adularlos: los mas sutiles vienen á ser los mas rudos en atacándolos por el camino de la lisonja, y no puede haber nada por impertinente y ridículo que sea, que no se haga tragar sazonándolo con alabanzas. La sinceridad padece un poco en el oficio que hago; pero quando se ne-

cesita á los hombres es necesario acomodarse á su modo de pensar, y puesto que no se podria ganarlos sino por este camino, la falta no está en los que adulan, sino en los que quieren ser adulados.

Luis. ¿Pero por qué no procurais ganar tambien el favor de mi hermano, por si acaso la criada que sabe nuestro secreto llegase á revelarle?

Jac. No se puede componer el uno con el otro, porque el espíritu del padre y del hijo son cosas tan opuestas, que es dificultoso reunir estas dos confidencias. Vos de vuestra parte manejaos con vuestro hermano sirviéndoos del cariño que os tiene para atraerle á nuestro partido. El viene: yo me voy; aprovechad este rato para hablarle, y no le reveleis sino aquello que os parezca conveniente.

Luis. No sé si tendré valor para decirle algo del asunto.

SCENA II.

Joaquin y Luisa.

Joaq. Me alegro hallarte sola, querida hermana, porque tengo ganas de hablar contigo para descubrirte un secreto.

Luis. Joaquin mio, ¿qué tienes que decirme?

Joaq. Mucho, Luisa mia, mucho, mucho; en una palabra... estoy enamorado.

Luis. ¿Tú enamorado?

Joaq. Sí, estoy enamorado; y sé que dependo de un padre, á cuya voluntad me somete el nombre de hijo: sé que nosotros no debemos empeñar nuestra fé sin el consentimiento de los que nos han dado la vida; que el cielo los ha hecho dueños de nuestros deseos, y que nos es prohibido disponer de nosotros sin su anuencia: sé que no hallándose poseídos de ardores juveniles, se encuentran en disposicion de no engañarse como nosotros, y de conocer y distinguir lo que nos conviene; que es necesario seguir la luz de su prudencia, mas bien que la ceguedad de nuestra pasion, y que la fogosidad y débil juicio en la juventud nos arrastra freqüentemente á precipicios bien fatales. Todo esto lo sé, y todo te lo digo tambien para que no te canses en decírmelo, porque hallándose mi amor en disposicion de no escuchar nada, quiero y te suplico omitas las reconvenciones.

Luis. ¿Pero te hallas empeñado con la que amas?

Joaq. No, mas estoy resuelto á ello; y así te pido

nuevamente no intentes disuadirme.

Luis. ¿Acaso me juzgas tan inconsiderada?

Joaq. No, Luisa; pero tú no amas: ignoras la dulce violencia que hace sobre nuestros corazones un amor verdadero, y yo sé tu mucho juicio.

Luis. ¡Ay Joaquin! dexémonos de mi juicio, pues no hay en el mundo persona que no le pierda á lo ménos una vez en su vida; y si yo te descubriese mi corazon, quizá me encontrarias ménos juiciosa que tú.

Joaq. ¡Ojalá que tu alma sintiese como la mia!...

Luis. Concluyamos ántes tu asunto, y dime ¿quién es tu amada?

Joaq. Una jóven que vive desde poco tiempo en este barrio, y parece formada para engendrar amor en todos quantos la miran. La naturaleza no creo haya producido jamas cosa mas digna de ser amada; y yo te confieso que me hallé enagenado desde el momento que la ví. Se llama Mariana, y vive baxo la conducta de una madre que casi siempre enferma recibe de esta amable hija unas demostraciones de cariño nada imaginables, sirviéndola, compadeciéndola y consolándola con una ternura que conmueve toda el alma. Se maneja en quantas cosas hace con un

ayre el mas encantador del mundo, y en todas sus acciones se ven brillar un conjunto de gracias, una dulzura llena de atractivos, una bondad seductiva, una sencillez adorable, una... ¡ah Luisa! ¡quánto me alegrára que la hubieses visto!

Luis. Yo veo muy bastante en todo lo que me dices: y para comprehender su mérito me basta saber que tú la amas.

Joaq. Yo he llegado á descubrir con disimulo que no se hallan nada sobrantes, y que á pesar de su economía, los medios que pueden tener no alcanzan á sus necesidades: con que haciéndote cargo del regocijo que causa el mejorar la suerte de una persona que se ama, deduce por consequencia quál será mi sentimiento al ver que por la avaricia de un padre me encuentro imposibilitado de tener este gusto, y de dar á la persona que adoro alguna prueba de mi cariño.

Luis. Lo conozco, hermano; y confieso debe ser grande tu afliccion.

Joaq. ¡Ay Luisa! es mas grande de lo que tú puedes imaginar; porque ¿puede haber cosa mas cruel que esta rigorosa economía con que se nos trata, y esta extraña miseria en que se nos dexa padecer? ¿de qué puede servirnos la

riqueza, si no la logramos en la edad en que se disfruta de ella? ¿si aun para mantenerme necesito empeñarme ahora, y si para vestirme, regularmente tengo que acudir todos los dias á la codicia de los mercaderes? En fin, he querido hablarte sobre todo esto con el objeto de que me ayudes á sondear á nuestro padre sobre los sentimientos en que me hallo, baxo el supuesto de que si le encuentro contrario á mis deseos, tengo resuelto marcharme con la hermosa Mariana á disfrutar en otros lugares la fortuna que el cielo quiera dispensarme. Para esto hago buscar dinero á qualquier premio, y si tu modo de pensar ó tu interior se conforma algo con el mio, nosotros podrémos libertarnos de la miserable situacion en que su avaricia nos tiene toda la vida.

Luis. Es cierto que todos los dias nos da mas y mas motivos de sentir la muerte de nuestra madre, y que...

Joaq. Calla, que oigo su voz. Vamos adentro, y tratarémos el medio de atacar juntos la dureza de su genio.

Vanse.

SCENA III.

Don Onofre y Martin.

Onof. Fuera de aquí al instante, sin replicar. Vamos, echarle de casa á este maestro de gatería, gazapo de la horca.

Aparte.

Mart. En mi vida he visto hombre mas malvado que este maldito viejo; es imposible que no tenga, como dice la gente, los diablos en el cuerpo.

Onof. ¿Qué rumias entre dientes?

Mart. Nada; pero querria saber ¿por qué me echa vm. de casa?

Onof. Bribon, ¿ahora me vienes á pedir razones? Marcha aprisa, no sea que te...

Mart. Mas señor, ¿qué le he hecho yo á vm.?

Onof. Me has hecho el que me da la gana de que te vayas.

Mart. Su hijo de vm. me mandó que le esperase.

Onof. En la calle se le espera, y no en mi casa hecho un fantasma observando lo que se hace en ella para no perder las ocasiones de atrapar algo. Yo no quiero tener á todas horas delante

de mí una espía de mis negocios ; un traidor, cuyos ojos malditos asedian todas mis acciones, devoran lo que tengo , y escudriñan por todas partes para ver si hay algo que robar.

Mart. ¿Cómo diantre quiere vm. que se le pueda robar , quando todo lo tiene encerrado , y está de dia y de noche hecho un perenne centinela?

Onof. Encierro lo que me parece , y hago la centinela que me da la gana. Vea vm. unos moscones que se ocupan en observar lo que yo hago...

Aparte.

temo no haya sospechado alguna cosa de mi dinero.

Alto.

Díme: ¿serás tú capaz de ir diciendo por ahí que yo tengo en mi casa dinero oculto?

Mart. ¡Qué! ¿tiene vm. dinero oculto?

Onof. No digo eso , bribon : me desespero: digo ¿si maliciosamente irás tú diciendo que le tengo?

Mart. ¿Y qué me importa que vm. le tenga ó no le tenga , si para mí es lo mismo?

Onof. ¡Ola! ¿ahora te me pones á razonar? marcha...

Mart. Ya me voy.

Onof. Espera , espera : ¿me llevas alguna cosa?

Mart. ¿Qué le tengo de llevar á vm.?

Onof. A ver, acércate: muestra las manos.

Mart. Véalas vm.

Onof. Las otras.

Mart. ¿Las otras?

Onof. Sí.

Volviendo las palmas abaxo.

Mart. Véalas vm.

Onof. ¿No tienes aquí dentro nada?

Mart. Véalo vm.

Onof. Estos bolsillos grandes son muy á propósito para ocultar lo que se roba.

Mart. ¡Ah, qué bien empleado le sucediese lo que teme! ¡y quánto me alegraría yo de poderle robar!

Onof. ¿Cómo?

Mart. ¿Qué?

Onof. ¿Qué es lo que dices de robar?

Mart. Digo que vm. registra lindamente para ver si le he robado.

Sigue registrando las faltriqueras, &c.

Onof. Me da la gana.

Aparte.

Mart. Mal haya la avaricia y los avariciosos.

Onof. ¿Cómo? ¿qué dices?

Mart. ¿Que qué digo?

Onof. Sí: ¿qué dices de avaricia y avariciosos?

Mart. Digo que mal haya la avaricia y los avariciosos.

Onof. ¿Y de quién hablas?

Mart. De los avariciosos.

Onof. ¿Y quiénes son esos avariciosos?

Mart. Unos entes viles, feos y horrorosos.

Onof. ¿Mas qué das á entender, ó qué entiendes tú por eso?

Mart. Sea lo que fuere: ¿vm. de qué se enfada?

Onof. Me enfado de lo que es menester.

Mart. ¿Vm. cree que yo hablo de él?

Onof. Yo creo lo que creo; pero quiero me digas, ¿á quién hablas quando dices eso?

Mart. Yo hablo... hablo á mi sombrero.

Onof. Y yo tambien puede que hable á tu cabeza.

Mart. ¿Me impedirá vm. maldecir los avariciosos?

Onof. No; pero te impediré el ser insolente.

Mart. Yo no nombro á nadie: el que se pique que se rasque.

Onof. Cuidao...

Mart. ¿Con que está vm. satisfecho?

Onof. Vamos, restituye sin registrarte.

Mart. ¿El qué?

Onof. Lo que me has quitado.

Mart. Yo no le he quitado á vm. nada.

Onof. ¿De veras?

Mart. De veras.

Onof. Marcha, pues, con dos mil diablos.

Mart. Este sí que es buen despedimiento.

Onof. A lo ménos ya ves que lo dexo á tu conciencia.

Mart. Muy bien.

Vase.

SCENA IV.

D. Onofre solo.

Onof. Vea vm. un canalla de criado que me incomodaba mucho; porque no me agrada mirar continuamente á mi lado estos semi-alanos cojos. A la verdad no es poco trabajo el guardar en casa una gran suma de dinero: se halla uno embarazado en inventar sitio seguro y oculto; porque en mi opinion los cofres fuertes son tan sospechosos, que yo jamas quiero fiarme de ellos, pues justamente son el zelo de los ladrones, y lo primerito que atacan.

SCENA V.

Don Onofre, Luisa y Joaquin.

Creyendo estar solo.

Onof. Sin embargo, no sé si habré acertado en sepultar en el jardin los dos mil doblones que cobré ayer. Dos mil doblones en oro es una cantidad bastante crecida para guardarla en casa.

Vé á sus hijos.

Por vida de... ¿si me habré vendido yo á mí mismo? ¿si habré hablado demasiado alto discurriendo hallarme solo? ¿qué es eso?

Joaq. Nada, padre.

Onof. ¿Ha mucho tiempo que estais ahí?

Luis. Ahora acabamos de llegar.

Onof. Habeis oido...

Joaq. Qué, padre?

Onof. Aquello...

Luis. ¿Quál?

Onof. Lo que acabo de decir.

Joaq. No señor.

Onof. ¿De veras, de veras?

Luis. Perdone vm. padre mio.

Onof. Yo conozco que habeis oído alguna cosa: es que yo hablaba conmigo mismo del trabajo que cuesta en el dia de hoy guardar el dinero; y decia, que es bien dichoso el que puede tener en su casa dos mil doblones.

Joaq. Nosotros temíamos llegar por no interrumpiros.

Onof. Yo me alegro de deciros esto para que no tomeis las cosas al contrario, y imagineis que soy yo quien digo que tiene los dos mil doblones.

Joaq. Nosotros no nos metemos en los negocios de vm.

Onof. Ojalá que yo tuviese los dos mil doblones.

Joaq. No creo que...

Onof. ¡O! esto sería una gran felicidad para mí.

Joaq. Esas son cosas...

Onof. Buena necesidad tengo de ellos.

Joaq. Yo juzgo...

Onof. Mucho me acomodára, y no me compadeceria como me compadezco de lo miserables que estan los tiempos.

Joaq. Vos, padre mio, no teneis motivo de quejaros, pues se sabe que teneis bastantes bienes.

Onof. ¿Cómo es eso? ¿yo tengo bastantes bienes? Mienten los que lo han dicho: no hay cosa mas

falsa: los pícaros son los que hacen correr esas voces.

Luis. No os enfadeis por eso, padre mio.

Onof. Cosa bien extraña es el que mis propios hijos se conviertan en mis enemigos, y me vendan.

Joaq. ? Acaso es ser enemigo de vm. el decir que tiene bastantes bienes?

Onof. Sí señor. Semejantes discursos, y los gastos que vm. hace, serán motivo para que algun dia se me venga á degollar en mi casa, creyendo que me hallo cocido de doblones.

Joaq. ? Y qué gasto tan grande es el que yo hago?

Onof. Una friolera: ¿pues hay nada mas escandaloso que esos adornos con que os paseais por las calles? Yo regañaba ayer á tu hermana; pero esto es mucho peor. Ya te lo he dicho veinte veces, hijo mio; todo tu porte me desagrada: has dado en la manía de parecer Marques, y eso no lo puedes sostener sino robándome.

Joaq. ¿Y cómo quiere vm. que yo le pueda robar?

Onof. ¡Qué sé yo! ¿pero de dónde sacas tú para mantener ese tren?

Joaq. Es que soy afortunado en el juego, y lo que gano lo empleo en mi persona.

Onof. Muy mal hecho: si eres afortunado en el

juego, debias aprovecharte de él, poniendo á un interés regular el dinero que ganases para encontrarlo algun dia. Yo quisiera saber, sin hablar de las demas cosas, ¿de qué sirven esas botonaduras, esas hebillas, y esos lazos que te cubren de los pies á la cabeza, quando una docena de corchetes hacian el mismísimo efecto? ¿es menester acaso emplear el dinero en arañarse los pelos, quando los naturales estan mejor, y no cuestan nada? Yo apuesto á que en esas fruslerías hay lo ménos unos veinte doblones; y veinte doblones producen al cabo del año dos doblones y veinte y quatro reales, aunque no sea sino al mas pequeño interés de doce por ciento.

Joaq. Vm. tiene razon.

Onof. Vaya, dexemos eso, y vamos á hablar de otro asunto.

Advirtiendo que se hacen señas los dos hermanos. ¿Eh?

Aparte.

Yo creo que se hacen señas para robarme. ¿Qué quieren decir esos gestos?

Luis. Nos los hacemos sobre quién ha de hablar á vm. el primero, porque ambos tenemos que decir una cosa.

Onof. Y yo tambien tengo que deciros otra cosa á los dos.

Joaq. Es que la nuestra se dirige á matrimonio, padre mio.

Onof. De matrimonio es de lo que yo quiero tambien hablaros.

Luis. ¡Ah padre mio!

Onof. ¿Qué es eso? Digo, ¿es la voz de matrimonio, ó el matrimonio mismo lo que os da temor, hija mia?

Luis. El matrimonio puede hacernos temer á los dos, si nuestros deseos no se hermanasen con la eleccion de vm.

Onof. Poco á poco, y no os asusteis. Yo sé lo que conviene á los dos, y ni uno ni otro tendréis motivo de quejarse de lo que quiero hacer; y para principiar por un cabo, díme Joaquin ¿has visto una jóven, llamada Mariana, que vive no léjos de aquí?

Joaq. Sí, padre mio.

Onof. ¿Y tú?

Luis. Yo no la he visto; pero he oído hablar de ella.

Onof. ¿Y qué tal te parece esta niña?

Joaq. Muy amable seguramente.

Onof. ¿Su fisonomía?

Joaq. La mas sencilla y llena de espíritu.

Onof. ¿Su ayre y su modo?

Joaq. Admirables sin duda alguna.

Onof. ¿Crees que una jóven semejante es digna de que se piense en ella?

Joaq. Sí, padre mio.

Onof. ¿Y que es un partido apreciable?

Joaq. Apreciabilísimo.

Onof. ¿Que tiene traza de gobernar bien una casa?

Joaq. Sin duda.

Onof. ¿Y que un marido será feliz con ella?

Joaq. Fixamente.

Onof. Solo hay una pequeña dificultad, y es que me parece no tiene demasiados bienes.

Joaq. Los bienes, padre mio, no es cosa tan importante quando se trata de casar con una persona honrada y virtuosa.

Onof. Es verdad: eso quiere decir que lo que no se encuentra por una parte se puede ganar por otra.

Joaq. Se entiende.

Onof. En fin, me alegro que penseis como yo, porque su aspecto y su afabilidad me han ganado el corazon; y con tal que tenga alguna cosilla

de caudal, estoy resuelto á casarme con ella.

Joaq. ¡Ay!

Onof. ¿Qué?

Joaq. Vm. dice que está resuelto...

Onof. A casarme con Mariana.

Joaq. ¿Quién? ¿vm.? ¿vm.?

Onof. Sí; yo, yo: ¿qué quiere decir ese aspamento?

Joaq. Yo no sé qué me da: voyme de aquí.

Onof. Eso no será nada: vé á la cocina á beber un gran vaso de agua clara.

SCENA VI.

Don Onofre y Luisa.

Onof. Vea vm. los mozalvetes de ahora soplados, y no tienen mas espíritu que una gallina. Esto es lo que he resuelto de mí, hija mia. Por lo que toca á tu hermano, yo le tengo preparada una viuda, de quien se me ha hablado esta mañana; y á tí te he destinado el señor Don Anselmo.

Luis. ¿Don Anselmo?

Onof. Sí: un hombre maduro y juicioso, que lo mas que tiene son cincuenta años, y cuyas grandes riquezas se saben.

Luis. Yo no quiero casarme, padre mio,

Haciendo una reverencia.

si vm. gusta.

Onof. Y yo quiero que vm. se case, hija mia,

Remedándola.

si vm. gusta.

Luis. Perdóneme vm., padre mio.

Onof. Perdóneme vm., hija mia.

Luis. Yo soy muy servidora del señor Don Anselmo; pero con permiso de vm. no me casaré con él.

Onof. Y yo soy muy servidor de vm. señorita, pero con vuestro permiso vm. se casará con él esta noche.

Luis. ¿Esta noche?

Onof. Esta noche.

Luis. Eso no será, padre mio.

Onof. Esto será, hija mia.

Luis. No.

Onof. Sí.

Luis. No, le digo á vm.

Onof. Sí, le digo yo á vm.

Luis. Sobre que es una cosa á que no me reducirá vm.

Onof. Sobre que es una cosa á que yo la reduciré á vm.

Luis. Me mataré mas bien que casarme con él.

Onof. Vm. no se matará... Mas vea vm. qué audacia. ¿Se habrá visto jamas que una hija hable de esta suerte á su padre?

Luis. ¿Pero se habrá visto jamas que un padre quiera casar á su hija de esta suerte?

Onof. Es un partido que no hay nada que decir contra él, y yo apuesto á que todo el mundo aprobará mi eleccion.

Luis. Y yo apuesto á que ninguna persona de juicio podrá aprobarle.

Onof. He, aquí viene Jacinto: ¿quieres que le hagamos juez de este negocio?

Luis. Desde luego.

Onof. ¿Te someterás á su dictámen?

Luis. Sí, señor: yo pasaré por lo que él diga.

Onof. Pues ya está hecho.

SCENA VII.

Los mismos y Jacinto.

Onof. Ven acá, Jacinto: nosotros te hemos elegido para que nos digas quién tiene razon, entre mi hija y yo.

Jac. Eso está claro: vm. la tiene sin dificultad.

Onof. ¡Pues qué! ¿sabes tú de lo que tratamos?

Jac. No, señor; pero vm. no sabría engañarse, y por consiguiente digo que vm. tiene razon.

Onof. Escucha: yo quiero casarla esta noche con un hombre rico y muy juicioso, y la atrevida me dice en mi cara mofándose, que no se casará con él. ¿Qué te parace de esto?

Jac. ¿Que qué me parece?

Onof. Sí.

Jac. He, he...

Onof. ¿Qué?

Jac. Me parece que en la realidad tiene vm. razon, y nunca puede dexarla de tener; pero he.. tampoco le falta á la señorita enteramente.

Onof. ¡Cómo! Don Anselmo, es un partido ventajoso, es un caballero noble, juicioso, afable, muy acomodado, y sin hijo alguno de su primer matrimonio: ¿cómo podria ella encontrar cosa mejor?

Jac. Es verdad; pero la señorita podrá decir á vm. que precipita demasiado las cosas, y que era menester á lo ménos algun tiempo para ver si su inclinacion confrontaba con...

Onof. La ocasion dicen que es calva, y se debe coger un cabello. Yo encuentro con él una ven-

taja, que no la encontraré fácilmente con otro, porque la quiere sin dote.

Jac. ¿Sin dote?

Onof. Sí.

Jac. ¡Ah! ya no digo nada: es una razon de las mas convincentes, y es necesario rendirse á ella.

Onof. Es para mí un ahorro considerable.

Jac. Seguramente: eso no admite contradiccion. Es verdad que su hija de vm. puede hacerle presente que el matrimonio es un asunto mas grave de lo que se puede creer: que depende de él la felicidad ó infelicidad de toda la vida, y que una union que debe durar hasta la muerte no se ha de efectuar jamas sino con la mayor precaucion.

Onof. Sin dote.

Jac. Vm. tiene razon: eso es lo que lo decide todo: es claro. Hay gentes que podrian decir á vm. que en semejantes ocasiones, la inclinacion de una hija es sin duda una cosa que se debe tener muy en consideracion; y que esta gran desigualdad de edades, de genio y de sentimientos, expone un matrimonio á accidentes muy fatales...

Onof. Sin dote.

Jac. A eso no hay réplica: es constante: ¿quién

diantres ha de ir contra eso? No porque no haya infinidad de padres que querrian mejor la satisfaccion y el gusto de sus hijas, que no el dote que podrian darlas; y que no queriéndolas sacrificar al interés, buscarían mas que todo el proporcionar en un matrimonio esta amable conformidad, que sin cesar mantiene en él el honor, la tranquilidad y el gozo, y que...

Onof. Sin dote.

Jac. Es cierto: eso cierra enteramente la boca. ¡Sin dote! ¿Qué cosa puede haber que resista á una razon como esa?

Onof. ¡Ola! ¿me parece que oigo ladrar al perro: si se andará olfateando mi dinero? No te vayas, que vuelvo al instante.

SCENA VIII.

Jacinto y Luisa.

Luis. ¿Te burlas, Jacinto, hablándole como le hablas?

Jac. Lo hago por no irritarle, y para conseguir nuestro fin. Constrastar de frente su modo de pensar es el medio de echarlo á perder todo. Hay ciertos entes que es necesario acometerlos rastrean-

do; temperamentos enemigos de toda resistencia, naturales reacios á quienes la verdad hace desatinar, y que opuestos siempre al recto camino de la razon, no es posible conducirlos á donde se intenta, sino á costa de muchos rodéos. Aparentad que consentís en lo que quiere, y vereis como logramos...

Luis. ¿Mas este matrimonio, Jacinto?

Jac. Se buscará medio de deshacerle.

Luis. ¿Pero qué medio quando debe verificarse esta noche?

Jac. Es necesario pidais que se dilate, fingiendo alguna indisposicion.

Luis. Y si llaman los médicos, se descubrirá el fingimiento...

Jac. Disparate, ¿pues qué conocen ellos por ventura los males? No os dé pena: escoged el dolor que mas os agrade, baxo la segura inteligencia de que ellos encontrarán razones para deciros de qué procede.

SCENA IX.

Don Onofre en el fondo del teatro.

Onof. No ha sido nada, á Dios gracias.

Sin verle.

Jac. En fin, el último recurso es el de la fuga que nos puede poner á cubierto de todo: y si vuestro amor, bella Luisa, es capaz de una firmeza...

Vé á Don Onofre.

Sí, es necesario que una hija obedezca á su padre, sin detenerse á exâminar la estatura del marido, pues quando se encuentra en él la gran razon de sin dote, ella debe tomar prontamente todo lo que se la dé.

Onof. Vea vm. lo que se llama hablar bien.

Jac. Perdóneme vm. si me he excedido algun tanto, tomando el atrevimiento de hablarla de este modo.

Onof. ¡Cómo! Al contrario, me alegro mucho: y quiero darte sobre ella un poder absoluto.

A Luisa.

Si señor: tú has intentado huir; ¡he! pues yo le cedo toda la autoridad que el cielo me da sobre tí, y quiero hagas todo lo que él te mande.

Jac. Ya con eso resístase vm. á mis consejos.

A Luisa.

SCENA X.

Don Onofre y Jacinto.

Jac. Señor, voy á seguirla, para continuarla las lecciones que la daba.

Onof. Sí, Jacinto, vé, vé: te lo estimaré mucho.

Jac. Es bueno tenerla la brida un poco.

Onof. Cierto: es menester...

Jac. No le dé á vm. cuidado: yo espero conseguir mi fin.

Onof. Hazlo, hazlo: voy á dar un paseito, y vuelvo al instante.

Yéndose por donde se ha ido Luisa, y hablando con ella.

Jac. Si señora: la plata es mas preciosa que todas las cosas del mundo; y vm. debe dar gracias al cielo por haberle concedido un padre tan hombre de bien. El sabe lo que es vivir: quando se trata de dar una hija sin dote no se debe ya pasar adelante. Todo se halla encerrado en esto, y esta palabra sin dote, equivale á belleza, juventud, nacimiento, honor, sabiduría y probidad. *Vase.*

Onof. ¡Guapo muchacho! Eso sí que es hablar como un oráculo: dichoso el amo que tiene un criado como tú.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Joaquin y Martin.

Joaq. ¿A dónde diablos te has ido? No te habia mandado...

Mart. Si señor; pero vuestro padre me ha despedido con mucha gracia, despues de haberme registrado muy escrupulosamente, y de haber querido regalarme con unos quantos palos. ¿Mas cómo vamos de negocios?

Joaq. Muy mal, y las cosas urgen cada vez mas y mas. Desde que estuviste conmigo he descubierto que mi padre es rival de mis amores.

Mart. ¿Su padre de vm. enamorado?

Joaq. Sí, y yo he tenido el mayor trabajo en ocultarle la turbacion en que me puso semejante noticia.

Mart. Vaya, vaya: meterse en amoríos el buen

viejo: sin duda se burla; ¿pues acaso el amor ha sido hecho para las gentes de su calaña?

Joaq. Necesitaba yo por mis pecados que se le pusiese en la cabeza esta extravagancia.

Mart. ¿Pero por qué razon le ocultais vuestro amor?

Joaq. Para darle ménos sospechas, y dexar abierto el camino á impedir este matrimonio: ¿y tú qué has hecho del otro encargo?

Mart. ¿Qué tengo de hacer? A la verdad que se puede tener lástima de los que buscan dinero á premio, pues quando, como le sucede á vm., hay necesidad de pasar por la mano de un usurero, es indispensable sufrir cosas muy extrañas.

Joaq. ¿Con qué no se ha hecho nada?

Mart. Si señor, se ha hecho. Don Agagito, un truchiman famoso por sus proezas en esta materia, me ha dado palabra de serviros.

Joaq. ¿Con qué tendré los dos mil pesos?

Mart. Si señor; pero con algunas leves condiciones, que es necesario admitais si quereis que se verifique el trato.

Joaq. ¿Y habeis estado con el sugeto que ha de prestar el dinero?

Mart. No señor: si esto no se hace de ese modo:

mas cuidado tiene él de ocultarse que vm.: son misterios mas grandes de lo que parecen. No quiere decir su nombre; pero debe abocarse hoy con vm. en una casa extraña, para instruirse de vuestra familia y bienes; y yo no dudo que solo el nombre de su padre de vm. haga fácil la cosa.

Joaq. Y mas habiendo muerto mi madre, cuya herencia no se me puede quitar.

Mart. Vea vm. algunos de los artículos que ha notado el mismo Don Agagito, para que se os presenten ántes de pasar á nada. "Baxo el supuesto de que al prestador se le den todas las seguridades, y que el obligado sea mayor de edad, de una familia con caudal abundante, sólido, seguro y libre de toda carga, se hará una obligacion ante el Escribano mas hombre de bien que pueda encontrarse, á voluntad del prestador interesado mas que la otra parte en que el documento vaya bien especificado.

Joaq. Sobre eso no hay nada que decir.

Mart. Mas: el prestamista para no cargar su conciencia con el menor escrúpulo, quiere dar su dinero solo al diez y seis por ciento.

Joaq. ¿Al diez y seis? Por vida mia que es un

buen modo de no cargar la conciencia. No hay motivo de quejarse.

Mart. Ya se vé. Mas como dicho prestador no tiene la cantidad de que se trata, y para servir al prestamista se vé precisado él mismo á tomarla prestada de otro con el interés de cinco por ciento, convendrá que el referido primer prestamista pague este interes sin perjuicio de lo demas, mediante á que solo por servirle se obliga el dicho prestador alcanzar sobre sí este empréstito.

Joaq. ¿Qué diablo de pirata es ese? pues de ese modo sale á mas de veinte por ciento.

Mart. No hay duda: eso es lo que yo he dicho. Escuche vm. todavía.

Joaq. ¿Qué tengo de escuchar? Necesito dinero, y es preciso consentir en todo. ¿Qué mas hay?

Mart. Solo un artículo pequeño. De los dos mil pesos que se solicitan, el prestador no podrá entregar en dinero contante sino las dos terceras partes, y por la restante tomará el prestamista los géneros y enseres que contiene la adjunta memoria, los quales se han puesto al precio mas moderado.

Joaq. ¿Y qué quiere decir eso?

Mart. Escuche vm. la memoria. Primeramente: una cama de quatro pies, franjas de punto de Bohemia, puestas con mucho gusto sobre un rasoliso, color de naranjo á medio madurar, con seis cortinas, y la colcha de lo mismo, todo bien acondicionado y envuelto en un tafetan roxo que tira á azul. Item: un pabellon de cola de una buena sarga de Marruecos, rosa seca y franjas de seda.

Joaq. ¿Y qué diablos quieres que haga yo de eso?

Mart. Escuche vm. Item: una colgadura de tapices, representando los amores de Gombaul y Macias. Item: una mesa muy grande, madera de alcornoque de doce pies torneados en forma de pilastras guarnecida toda por abaxo de cascabelillos.

Joaq. Pero hombre...

Mart. Tenga vm. un poco de paciencia. Item: tres grandes mosquétes guarnecidos de nacar con las abrazaderas correspondientes. Item: un hornillo con dos cuernos y tres recipientes, instrumento muy apreciable para los que sean aficionados á destilar.

Joaq. Me desespero...

Mart. Ya, ya se acaba. Item: una harpa primorosa

que segun una tradicion muy probable, es la misma con que acompañaba las folías la Infanta Altisidora, para consolar á su querido prisionero. Item: un juego titulado *Pasa aquí*, antigüedad griega é inventado en el sitio de Troya. Item: un pellejo de gato montés lleno de paxa, y muy propio para adornar el cielo de un gabinete: todo lo qual, aunque valuado en trescientos doblones, el prestador queriendo proceder con la mayor equidad, lo rebaxa á doscientos.

Joaq. Mal tabardillo le dé al infame con tanto relatar. ¡Se habrá visto jamas una usura semejante! ¿No se contenta con el diabólico interés que exîge, sino que quiere obligarme á tomar por doscientos doblones los trastos inútiles que ha acinado? Yo no podré sacar de ellos ni ciento, y con todo eso es necesario consentir en lo que quiera, porque me tiene con el dogal á la garganta.

Mart. Ello á la verdad es lo mismo que comerse vm. el trigo en yerba.

Joaq. ¿Y qué quieres que yo haga? Este es el extremo á que se ven reducidos los hijos por la maldita avaricia de los padres: y luego se admirarán de que esten deseando se mueran.

Mart. Es menester confesar que el de vm. excitará contra su miseria al hombre mas moderado del mundo. Yo no tengo, á Dios gracias, las inclinaciones que suelen tener muchos de mi oficio; pero sin embargo, si he de decir la verdad, la conducta de su padre de vm. me da tentaciones de robarle, y casi creo que robándole haría una accion meritoria.

Joaq. Dame esa memoria ó ese diablo.

SCENA II.

Don Onofre, Don Agapito, Joaquin y Martin.

Agap. Sí: es un jóven que tiene necesidad de plata, porque sus negocios le urgen, y pasará por todo lo que le prescribais.

Onof. ¿Pero cree vm. Don Agapito, que no haya nada en que rezelar? ¿Sabe vm. el nombre, los bienes y la familia del sugeto?

Agap. No, yo no puedo informaros á fondo de todo eso, porque se me ha dirigido casualmente, y no le conozco sino de vista; pero vm. lo será por sí mismo: y su interlocutor ó agente me ha asegurado que en conociéndole quedaréis satis-

fecho. Todo lo que yo podria decir á vm. es que su familia es muy rica, y que no tiene madre, y que se obligará, si quereis, á que su padre muera ántes de ocho meses.

Onof. Eso tal qual es bueno. En fin, Don Agapito, la caridad nos obliga á favorecer al próximo quando podamos.

Agap. Claro está.

Martin á su amo viendo á Don Agapito.

Mart. ¿Qué querrá decir aquello? El famoso Don Agapito está hablando con su padre de vm.

Joaq. Mas si sabrá ya que yo soy...

Viéndolos.

Agap. Pero ha...

A Joaquin.

¿Quién os ha dicho que estaba yo aquí? Crea vm. que no he sido yo quien les ha descubierto vuestro nombre y vuestra casa; mas en fin, yo creo no haya nada perdido por eso: ellos son sugetos de reserva y podeis tratar boca á boca.

Onof. ¿Cómo es eso?

Agap. El señor es el que quiere tomar los dos mil pesos de préstamo.

Onof. ¡Cómo, pícaro! ¿tú te abandonas á unos extremos tan infames?

Joaq. ¡Cómo, padre! ¿y vm. se abandona á acciones tan vergonzosas?

Agapito y Martin huyen.

SCENA III.

Don Onofre y Joaquin.

Onof. ¿Con que eres tú quien se quiere arruinar con empréstitos tan condenados?

Joaq. ¿Con que es vm. quien procura enriquecerse con usuras tan iniquas?

Onof. ¿Y te atreves todavía á ponerte en mi presencia?

Joaq. ¿Y vm. se atreverá despues de esto á ponerse delante de las gentes?

Onof. ¿No te avergüenzas, dime, de llegar á estas disoluciones, de precipitarte en unos gastos tan diabólicos, y de hacer una afrentosa disipacion de los bienes que te han acumulado tus parientes con tanto sudor de su rostro?

Joaq. ¿Y no se avergüenza vm. de denigrar su estado con los ilícitos comercios que hace, de sacrificar su estimacion al insaciable deseo de amontonar onza sobre onza, y de especular en materia de intereses sobre las mas infames suti-

lezas que han inventado hasta ahora los mas célebres usureros?

Onof. Quítate de mis ojos, vergante: quítate.

Joaq. ¿Quién es mas criminal á su juicio de vm.? ¿el que compra un dinero que le hace falta, ó el que roba un dinero de que no sabe qué hacer?

Onof. Ya he dicho que te vayas: no me sofoques mas. *Solo.*

En verdad que casi no me pesa de este suceso, pues es un aviso para tener el ojo alerta mas que nunca sobre todas sus acciones.

SCENA IV.

Don Onofre y Lucía.

Luc. Señor...

Onof. Espérate un instante, y hablarémos: no será malo que dé un vistazo hácia mi dinero.

SCENA V.

Lucía y Martin.

Mart. Vaya que la tal memoria es... mas ola, señora Lucía, ¿qué tiene vm. que hacer por aca?

Luc. Tengo que hacer lo que en todas partes: en-

tremeterme en negocios, y ser útil á las gentes, aprovechándome lo posible del poquito talento que tenga. Ya sabes que en este mundo es necesario vivir de industria, y que á las personas como yo no ha dado el cielo otras rentas que su intriga y su habilidad.

Mart. ¿Pero tienes algun negocio con el amo de la casa?

Luc. Sí: manejo para él un asuntillo de que espero lograr alguna recompensa.

Mart. ¿De quién? ¿de él? por vida mia que has de ser bien astuta como saques la menor cosa; porque, amiga, sábete que la plata en este recinto es muy estimada.

Luc. Hay cierta clase de servicios que estimulan mucho.

Mart. Ya me hago cargo; pero veo que no conoces bien al señor D. Onofre. El señor D. Onofre es de todos los humanos el humano ménos humano, y el mortal de todos los mortales mas duro y mas apretado. No hay servicio que excite su reconocimiento al punto de hacerle abrir las manos. Cosa de alabanza, estimacion, amistad, todo lo que se quiera en palabras; pero plata, se concluyó el negocio. Nada de mas seco

y árido que sus gracias y sus caricias : el *dar* es para él una voz á que tiene tanta aversion, que jamas dice *doy á vm.*, sino *presto á vm. los buenos dias.*

Luc. Ah, ah : yo sé el arte de engañar á los hombres : tengo el secreto de abrirme la puerta á su terneza, mover los corazones, y encontrar la parte por donde flaquean.

Mart. Todo eso para aquí es una friolera : yo apuesto á que no eres capaz de mover al tal Don Onofre en tocando *á la bolsa.* Mira : él ama al dinero mas que reputacion, honor, virtud... solo la vista de uno que le pide le da convulsiones, y es herirle mortalmente, atravesarle el corazon, arrancarle las entrañas... mas él viene, yo me escurro.

SCENA VI.

Don Onofre y Lucía.

Onof. Pues señor, va bien : no hay novedad... He bien Lucía, ¿qué tenemos?

Luc. ¡O señor! ¡qué famoso está vm.! y como el semblante demuestra perfectamente que estais bueno.

Onof. ¿Quién, yo?

Onof. Vm.: jamas le he visto con el rostro mas fresco y mas gallardo.

Onof. ¿De veras?

Luc. ¡Cómo! En toda la vida ha estado vm. tan jóven como ahora: y yo veo hombres de veinte y cinco años que estan mas viejos que vm.

Onof. Sin embargo, Lucía, yo tengo sesenta bien cumplidos.

Luc. Y qué son sesenta años: miren qué cosa. Es la flor de la edad: vm. entra ahora en la bella estacion del hombre.

Onof. Es así; pero no obstante creo que no me dañarian veinte años ménos.

Luc. ¡Vm. se chancéa! ¿qué necesidad tiene de eso quando vuestra complexîon es de vivir hasta cien años?

Onof. ¿Sí?

Luc. Seguramente: vm. tiene todas las señales de ello. Espere vm. un poco: he aquí entre los dos ojos una de larga vida.

Onof. ¡Pues qué! ¿Entiendes tú de eso?

Luc. Si señor. ¿A ver la mano? ¡ó Dios mio! ¡y qué raya tan larga!

Onof. ¿Cómo?

Luc. ¿No vé vm. hasta dónde camina esta raya?

Onof. ¡Y bien! ¿Qué quiere decir eso?

Luc. ¿Qué ha de querer decir? que yo dixe viviríais cien años; pero ahora digo que pasaréis de ciento y veinte.

Onof. ¿De veras, de veras?

Luc. Vaya: como que será necesario enterrarle á vm. por fuerza, despues que vm. haya enterrado á sus hijos, y á los hijos de sus hijos.

Onof. Mejor que mejor; pero hablando de otra cosa, ¿cómo vamos de nuestro negocio?

Luc. Eso no hay que preguntar: asunto que yo tome á mi cargo no puede dexar de rematarse felizmente; y sobre todo para los matrimonios tengo una habilidad estupenda y maravillosa. No hay en el mundo boda alguna que yo no consiga efectuar en poco tiempo: y si se me pusiese en la cabeza, creo que habia de casar á... En el nuestro no habia sin duda grandes dificultades que vencer, pues como entro continuamente en su casa las he hablado de vos á ambas, y he dicho á la madre el designio que habiais concebido por Mariana, viéndola pasar algunas veces por la calle, y tomar el fresco en el balcon.

Onof. ¡Y qué! ¿Qué ha respondido?

Luc. Ha oído la proposicion con gusto, y quando he añadido que vm. deseaba que Mariana asistiese esta noche al contrato que debe hacerse de la señorita, ha consentido en ello al instante, confiándola á mi cuidado.

Onof. Es que yo tengo que dar una cena á D. Anselmo, y querria que Mariana asistiese de convidada.

Luc. Pues bien: ella hace cuenta de venir á visitar á vuestra hija temprano para ir despues á dar un paséo, y volver á la hora del refresco.

Onof. Con eso les prestaré el coche para que vayan juntas.

Luc. Esa es su intencion.

Onof. ¿Pero dime, Lucía, has hablado algo á la madre sobre lo que podia darla de dote? ¿Le has dicho que era necesario hiciese algun esfuerzo, y se sangrase para una ocasion como ésta? Porque en fin, ya ves que no se casa fácilmente una hija sin que lleve alguna cosa.

Luc. ¡Cómo! es una jóven que os traerá quatro mil ducados de renta.

Onof. ¿Quatro mil ducados de renta?

Luc. Cabalito.

Onof. ¿De veras?

Luc. De veras: escuche vm. Primeramente: ella se mantiene con un ahorro muy grande de boca: su costumbre es de no comer sino ensalada, leche, sopas, &c.: por consiguiente no necesita ni mesa con aparato, ni manjares delicados, ni otras delicadezas que necesitaría qualquiera muger, y se deben regular lo ménos á mil ducados por año. Además de esto no es apasionada á vestidos magníficos, joyas ricas, ni muebles preciosos, tan propio de la mayor parte de las hembras de su condicion, y esto equivale á mas de otros mil ducados por año. Con que si añadís la aversion que tiene para con el juego y las diversiones, nada comun en las mugeres del dia, pues yo sé quien ha gastado solo en este artículo mas de tres mil ducados, en un año encontraréis otra parte de renta de dos mil ducados á lo ménos: y vendrémos á sacar que dos mil ducados de diversion y juego, mil en vestidos y joyas, y otros mil en el alimento, componen los quatro mil de renta al año bien cumplidos.

Onof. Ya, todo eso no es malo; pero la cuenta no tiene nada de efectivo.

Luc. Perdone vm. ¿Con qué no tiene nada de

efectivo traeros en matrimonio una gran sobriedad, una simplicidad de adornos muy grande, y un aborrecimiento total hácia el juego y la diversion?

Onof. Es una bufonada querer constituirme su dote de todos los gastos que no haga, pues yo no tengo de dar cuenta de lo que no recibo: era menester que yo palpase algo.

Luc. ¡O Dios mio! ya me han hablado de un cierto pais donde tienen muchos bienes de que sereis el amo.

Onof. Eso, eso es necesario ver. Pero, Lucía, todavía queda un rezelillo que me inquieta. La muchacha, como sabes, es jóven, y los jóvenes por lo regular aman sus semejantes, y no desean sino su compañía. Yo temo que un hombre de m edad no sea de su gusto, y produzca en mí ciertas cosillas que no me acomodarían.

Luc. ¡Ah! qué mal la conoce vm. Es aun otra particularidad que me faltaba deciros: tiene una aversion tremenda á todos los jóvenes, y solo los viejos logran toda su estimacion.

Onof. ¿Ella?

Luc. Ella: si señor: me alegrára que la hubieseis oído hablar sobre esto: no puede aguantar abso-

lutamente la vista de un hombre jóven; mas dice que se eleva al mirar un buen viejo con barba respetable. Los mas viejos son para ella los mas agradables, y yo os aconsejo no os hagais mas jóven de lo que sois. Pues quiere que á lo ménos sean sexâgenarios, como que no hace todavía quatro meses que estando ya tratada de casar, desbarató la boda porque el novio hizo ver que no tenia sino cincuenta y seis años, y no se puso anteojos para firmar el contrato.

Onof. ¿Por eso solamente?

Luc. Solamente por eso: ella dice que no la bastan cincuenta y seis años: y sobre todo quiere narices que traígan anteojos.

Onof. A la verdad que me dices unas cosas muy extrañas.

Luc. Pues aun es mas de lo que se puede decir. En su quarto tiene algunos quadros y estampas; ¿pero de quién le parece á vm. que serán? ¿De Adonis, Céphalos, Páris y Apolo? Nada ménos que eso: son hermosos retratos de Saturno, de Priamo, del viejo Nestor, y del buen padre Anchîses sobre los hombros de su hijo.

Onof. Eso es muy particular: vea vm. lo que yo no habria pensado jamas: y me alegro saber que

tiene ese humor: y en efecto, si yo hubiera sido muger no habria amado nunca á los hombres jóvenes.

Luc. Lo creo: pues á la verdad los jóvenes son unas drogas bien poco dignas de amarse: ¿yo querria saber qué mérito se encuentra en ellos, ni qué gusto?

Onof. Yo no comprehendo que haya alguno; y no sé cómo hay mugeres que los quieran tanto.

Luc. Es menester ser locas rematadas: ¿hallar la juventud amable, es tener el sentido vuelto; porque acaso pueden ser hombres unos jóvenes melifluos? ¿puede haber quien se una á semejantes animalejos?

Onof. Eso es lo que yo digo todos los dias. Con su tono de voz acaponada, sus bigotillos de barba de gato, sus pelos de perro de aguas, sus casacas arremangadas, y sus estómagos llenos de ayre...

Luc. Y es la pura verdad... Una persona como vos es todo un hombre. Hay con que satisfacer la vista, y es propiamente como debe ser hecho y adornado para agradar.

Onof. ¡Qué! ¿te parece estoy bueno?

Luc. ¡Cómo qué! estais capaz de hechizar á qual-

quiera muger: y vuestra figura es digna de pintarse. Vuélvase vm. un poco: ¡pues! no se puede dar cosa mejor: ¿á ver como andais? Vea vm. un cuerpo bien hecho, libre y desembarazado como debe ser, y que no muestra ningun achaque.

Onof. Yo no los tengo grandes, á Dios gracias. Solo una fluxîon me incomoda de quando en quando.

Luc. Eso no es nada. La fluxîon no le cae á vm. mal, ántes al contrario le hace gracia la tos.

Onof. Dime, Lucía: ¿me ha visto Mariana alguna vez? ¿No ha puesto cuidado quando paso por la calle?

Luc. No; pero hemos hablado largamente de vm.: la he hecho un retrato de vuestra persona, y no he omitido alabar vuestro mérito, y la dicha que sería para ella el tener un marido como vos.

Onof. Has hecho bien, te lo estimo mucho.

Luc. Mire vm.: yo tenia que haceros una súplica: me hallo con un asuntillo entre manos, y no le puedo concluir por falta de un poco de dinero:

Don Onofre toma un ayre sério.

vos podriais fácilmente proporcionarme los medios de verificarlo con felicidad si quisiérais fa-

vorecerme. Vm. no podrá concebir el gusto que ella recibirá de veros.

Se pone alegre.

¡Ah! quánto le agradaréis, y qué efecto tan admirable no causará en su espíritu vuestra frescura á lo antiguo: pero sobre todo ella se hechizará de vuestra casaca atacada con corchetes: eso la pondrá loca de contenta, pues un amante acorcheteado es para ella de un gusto maravilloso.

Onof. Como soy que me encantas con decir esas cosas.

Luc. A la verdad crea vm. que este asunto me es de la mayor conseqüencia.

Se pone sério.

Si le pierdo quedo arruinada, y ahora le podria remediar con poco auxîlio que me diérais. Yo quisiera hubieseis visto el gozo que mostraba quando yo la hablaba de vos:

Se pone alegre.

al oir vuestras calidades se le conocia en los ojos el regocijo de su corazon; y en fin la puse en una impaciencia extrema de ver concluído enteramente este matrimonio.

Onof. Me has dado mucho gusto, Lucía, y con-

fieso te estoy muy agradecido.

Luc. Yo le pido á vm. me dé el socorrillo que he dicho: pues con él mejoraré mis negocios, y labraréis en mí un reconocimiento eterno.

Onof. A Dios: voy á acabar de escribir.

Luc. Os aseguro que jamas podríais socorrerme en una situacion mas apurada.

Onof. Yo daré órden de que el coche se halle pronto para llevaros á paséo.

Luc. Crea vm. que no le cansaría sino me viese forzada á ello por la necesidad.

Onof. Yo tendré cuidado de que se cene temprano para que no os haga daño.

Luc. Os suplico no me negueis el favor que os pido. Creed...

Onof. Me llaman adentro: hasta luego.

Vase.

Luc. Mala sarna te coja, perro de los diantres. El vejestorio se ha mantenido firme contra todos mis ataques; pero sin embargo es menester no dexar la empresa, pues á bien que de la otra parte tengo siempre asegurada una buena gratificacion.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Don Onofre, Joaquin, Luisa, Jacinto: Claudia con un paño en la mano. Simon, Perico y Domingo.

Onof. Vamos acá todos, para que yo os distribuya las órdenes, y regle á cada uno su destino. Acérquese vm. señora Claudia, principiarémos por ella. Bueno: eso es estar con las armas en la mano: yo os destino á limpiar la casa; pero cuidado con no frotar demasiado los muebles, porque ya vé vm. que se desgastan. Además de esto os constituyo, durante la cena, por gobernanta de las botellas; y si se extravía alguna, ó se oculta qualquiera cosa, yo lo desquitaré de vuestro salario.

Aparte.

Sim. Castigo político.

Onof. Marchaos. Vosotros, Perico y Domingo, vais destinados á cuidar de los vasos, y dar de beber; pero solamente quando haya sed, y no como por lo regular lo hacen algunos lacayos

fastidiosos, que van á provocar á los convidados avisándoles que beban quando no piensan en ello. Aguardad á que se os pida dos ó tres veces, y acordaos de llevar siempre mucha agua.

Aparte.

Sim. Bien hecho, porque el vino puro se sube á la chabeta.

Dom. ¿Y nos hemos de quitar los sacos?

Onof. Quando veais venir á las gentes, sí: mas cuidado con no estropear las libreas.

Dom. Es que la mia ya sabe vm. que tiene una mancha de aceyte por delante.

Per. Y mis calzones un agujero por entrepiernas, que se vé con perdon de vm...

Onof. Eso no le hace: tú juntas bien las rodillas para ocultar el agujero, y tú tapas la mancha con el sombrero, ó con el brazo: idos, idos.

Vanse.

Por lo que respecta á tí, hija mia, es necesario que tengas el ojo alerta, sobre todo para que no se gaste nada mal gastado, pues esto sienta muy bien á las niñas. Pero ante todas cosas prepárate á recibir, como corresponde, á mi novia, que debe venir á visitarte, y á llevarte á paséo. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Luis. Sí, padre mio.

Vase.

Onof. Pues anda con Dios. Y vm. señorito, á quien yo tengo la bondad de perdonar la historieta pasada, no vaya vm. ahora á ponérmela mal gesto.

Joaq. ¿Yo mal gesto? ¿por qué razon?

Onof. ¡Oh! ya sabemos el proceder de los hijos quando los padres se vuelven á casar, y con qué ojos miran por lo regular lo que se llama madrastra. Pero si deseais que yo me olvide de vuestra última travesura, os encargo sobre todo admitais con buen semblante á ésta, y le hagais el mejor recibimiento que os sea posible.

Joaq. Si he de decir á vm. la verdad, no puedo aseguraros me dé gusto el que venga á ser mi madrastra: yo mentiria si dixese lo contrario; pero en quanto á recibirla bien, y mostrarle buen semblante, prometo obedecer á vm. puntualmente.

Onof. Procurad hacerlo así á lo ménos.

Joaq. Vm. verá que no le doy motivo de queja sobre este punto.

Onof. Haréis muy bien.

Vase Joaquin.

SCENA II.

Don Onofre, Jacinto y Simon.

Onof. Jacinto, ayúdame ahora. Ven acá, Simon, acércate: he querido dexarte para lo último.

Sim. Es al cochero, ó al cocinero á quien quiere vm. hablar, porque yo soy uno y otro.

Onof. Es á los dos.

Sim. ¿Pero á quál de los dos el primero?

Onof. Al cocinero.

Sim. Sírvase vm. esperar un poquito.

Se quita la casaca de cochero, y queda vestido de cocinero.

Onof. ¿Qué diantre de ceremonia es esa?

Sim. Ya puede vm. decir lo que quiera.

Onof. Pues señor, yo estoy comprometido en dar esta noche una cena.

Aparte.

Sim. ¡Milagro!

Onof. Con que, ¡qué tal! ¿la dispondrás bien?

Sim. Si señor, en dándome bastante dinero para ello, no hay dificultad.

Onof. Qué diablo: siempre dinero: parece que no tienen que decir otra cosa sino dinero, dinero,

dinero. Continuamente hablar de dinero: esta es...

Jac. Yo no he visto jamas respuesta tan fastidiosa como esa. Vea vm. qué milagro hacer buena cena con mucho dinero: eso lo hará qualquiera: la habilidad es hacer buena cena con poco dinero.

Sim. ¿Buena cena con poco dinero?

Jac. Si señor.

Sim. Vm. señor mayordomo, nos hará un gran favor en descubrirnos ese secreto, y á mí me le hará tambien en tomar el oficio de cocinero, puesto que todo lo sabe vm. y todo lo quiere manipular.

Onof. Vamos callando, y dí lo que se necesita.

Sim. Ahí tiene vm. su mayordomo, que le dispondrá buena cena por poco dinero.

Onof. Yo quiero que tú respondas.

Sim. ¿Quántos serán vms. de mesa?

Onof. Nosotros seremos ocho ó diez; pero no es necesario contar sino ocho, pues poniendo de cenar para ocho, habrá muy bastante para diez.

Jac. Claro está.

Sim. Pues, señor, son menester dos fuentes de estofado, dos de mechado, otras dos de frito...

Onof. ¿Qué diablos vas ensartando ahí? con eso se

puede dar de cenar á una ciudad entera.

Sim. Uno, ó dos asados...

Onof. Cierra esa boca descomunal: tú me engulles todo quanto tengo.

Sim. Ensaladas, postres...

Onof. ¿Todavía?

Jac. Vaya que eso es querer sofocarnos: ¿pues acaso el amo convida á las gentes para asesinarlas á fuerza de tragar? Leed un poco los preceptos del conservador de la salud, y preguntad á los médicos ¿si hay cosa mas perjudicial para el hombre, que el comer con exceso?

Onof. Tiene razon.

Jac. Sepa vm. señor Simon, y sepan todos los de su oficio, que una mesa llena de demasiadas viandas es un asesino de vidas: que para mostrarse amigo de los convidados es necesario que la frugalidad reyne en la comida que se les dé, y que segun aquel axîoma antiguo, *es menester comer para vivir, y no vivir para comer.*

Onof. Eso sí que está perfectamente dicho: acércate, que quiero darte un abrazo por esa sola palabra. Vea vm. la mas bella sentencia que he oído en toda mi vida. *Es menester vivir para comer, y no comer para...* no, no es esto: á ver,

¿á ver cómo dixiste?

Jac. Que es menester comer para vivir, y no vivir para comer.

A Simon.

Onof. Eso, eso: ¿lo entiendes?

A Jacinto.

¿Quién fué el hombre grande que dixo eso?

Jac. No me acuerdo ahora de su nombre.

Onof. Pues ten cuidado de escribírmelo en un papel, porque quiero hacerlo grabar con letras de oro sobre la chimenea de mi sala.

Jac. Está bien; y por lo que hace á la cena, no teneis mas que dexarlo á mi cuenta: yo lo compondré como se debe.

Onof. Muy bien.

Sim. Tanto mejor: con eso tendré ménos trabajo.

A Jacinto.

Onof. Es necesario poner cosas de que se come poco, y que satisfacen tal como un potage graso...

Jac. Pierda vmd. cuidado.

Onof. Ahora, señor Simon, es menester limpiar el coche.

Sim. Espere vm. que eso habla con el cochero.

Se pone la librea.

¿Qué me mandaba vm.?

Onof. Que es menester limpiar el coche, y tener prontos los caballos para llevar á paséo..

Sim. ¿Sus caballos de vm.? Me parece que no se hallan en estado de echar á andar, porque vm. les hace observar unos ayunos tan rigorosos, que los han convertido en fantasmas.

Onof. Vea vm. y no trabajan nada.

Sim. Y porque no trabajen nada, ¿no han de comer tampoco nada? mas les valdria á los pobres animales trabajar mucho, y comer igualmente mucho. A mí me causan tanta lástima, que algunos dias me quito la comida de la boca por dársela á ellos, pues es menester un corazon muy duro para no compadecerse de su próximo.

Onof. El ir hasta el paséo no es un trabajo tan grande.

Sim. Yo no tengo valor para llevarlos, y en el estado en que se hallan, se me haria cargo de conciencia el darles un latigazo. ¿Cómo quiere vm. que puedan con el coche, quando no pueden consigo mismos?

Jac. Yo le pediré al cochero del vecino, que vaya con ellos: así como así éste nos hará falta para la cena.

Sim. Me alegro, porque mas quiero que mueran baxo de otra mano, que no baxo de la mia.

Jac. Señor Simon, vamos con juicio.

Sim. Señor mayordomo, vamos con tiento.

Onof. Vaya, vaya, tengamos paz.

Sim. Yo no puedo sufrir los aduladores: veo que sus regaños sobre el pan, sobre el vino, sobre el carbon, sobre la sal y sobre el aceyte no son sino para congraciarse con vm. y hacerle la corte: yo me desespero, y me enfada oir lo que se dice de vm. todos los dias; porque en fin despues de mis caballos, es vm. la persona que mas estimo.

Onof. ¿Y podré yo saber qué es lo que se dice por ahí de mí?

Sim. Si señor, si yo supiese que vm. no se habia de enfadar.

Onof. Yo no, de ningun modo.

Sim. ¿No? Caramba, yo sé muy bien que vm. se ha de poner hecho un...

Onof. Dale: si digo que no: al contrario, tendré mucho gusto en saber cómo se habla de mí.

Sim. ¿De veras?

Onof. De veras.

Sim. Pues ya que vm. lo quiere, le diré franca-

mente, que toda la gente hace burla de vm. diciéndonos á nosotros mil bufonadas sobre sus extravagancias y su miseria. El uno dice que hace vm. imprimir almanakes particulares, doblando las quatro temporas y las vigilias del año, para aprovecharse de los ayunos que hace observar á toda la gente de su casa. El otro, que en los dias de cumpleaños, ó quando se le marchan los criados, busca vm. siempre algun motivo de regañarlos para no darles nada, ni pagarles el salario. Aquel cuenta, que una vez hizo vm. abrir á un gato de un vecino para sacarle de la tripa un pedazo de bofes que le habia comido. Este, que sorprehendiéron á vm. una noche, viniendo de robar la cebada de vuestros caballos; y que el cochero, mi antecesor, haciendo que no os conocia con la obscuridad, os hartó de palos, sin que vm. de vergüenza se atreviera á chistar la menor palabra. En fin, no se puede ir á parte alguna donde no se oiga alguna aventura semejante. Vm. es la fábula y la mofa de todo el mundo, no designándole sino con los nombres de avaro, de horrible, de usurero...

Onof. Y tú eres un picaron, desollado, é insolente.

Dándole de palos con el baston.

Sim. ¿No lo habia yo dicho? Vm. no me quiso creer: ya adivinaba yo que se enfadaria de oir la verdad.

Onof. Aprenda vm. á hablar mejor para otra vez seo desvergonzado.

SCENA III.

Jacinto y Simon.

Jac. Compadre Simon, lo siento; pero ya veo que se premian muy mal vuestras noticias.

Riyéndose.

Sim. ¿Y á vm. señor recienvenido qué le va, ni qué le viene en ello? Vm. ríase enhorabuena de sus palos quando se los den, pero no venga á reirse de los mios.

Jac. Perdone vm. señor Simon; no hay que enfadarse.

Aparte.

Sim. Calla. El tiene miedo: voy á hacer de valiente, y como me tema, le casco las liendres.

Alto.

¿Sabe vm. señor bufon, que yo no me rio? ¿y que si se me sube el humo á la chimenea le haré reir de otro modo?

Hace retroceder á Jacinto hasta el fin del teatro amenazándole.

Jac. Poco á poco.

Sim. ¿Cómo poco á poco? no me da la gana.

Jac. Hacedme el favor...

Sim. Qué favor, ni qué calabaza. Vm. es un fastidioso.

Jac. Vaya señor Simon.

Sim. No hay señor Simon que valga. Como coja un palo le moleré las costillas.

Jac. ¿Cómo es eso de coger un palo?

Se pone sério, y hace retroceder mutuamente á Simon.

Sim. ¡O! no hablaba yo de eso.

Jac. ¿Sabe vm. señor necio, que soy muy bastante para escarmentarle?

Sim. No lo dudo, no.

Jac. ¿Y que vm. es un pobre diablo cocinero?

Sim. Sí señor, lo sé.

Jac. ¿Y que no me conoce todavía?

Sim. Perdóneme vm.

Jac. ¡Con que vm. me dará de palos?

Sim. ¡Qué! yo lo decia en chanza.

Dale de palos, ó golpes.

Jac. Yo no gusto de chanzas, con que así apren-

ded á no usarlas conmigo.

Solo.

Sim. Pues he quedado lucido con mis intentonas. Que el amo me pegase, vaya: ¿pero pegarme este mayordomo?... por vida... mas yo me vengaré como pueda.

SCENA IV.

Mariana, Lucía y Simon.

Luc. ¿Sabe vm. señor Simon si está en casa vuestro amo?

Sim. Si señora, en casa está, lo sé, y muy bien.

Luc. Pues haznos el favor de decirle, que estamos aquí.

SCENA V.

Mariana y Lucía.

Mar. ¡Ah Lucía! ¡qué situacion tan infeliz es la mia! y quánto siento esta visita, si he de decirte la verdad.

Luc. Pero, ¿y por qué? ¿quál es vuestra inquietud?

Mar. ¡Quál es me preguntas! ¿no puedes conocer el tormento de una persona, pronta á ver el su-

plicio en donde se la quiere sacrificar.

Luc. Yo bien conozco que para morir con gusto no es Don Onofre el suplicio que vos querriais admitir, y veo tambien en vuestro semblante, que el Adonis de que me habeis hablado se os viene á la memoria.

Mar. Es muy cierto, Lucía, y no me pesa: las visitas que nos ha hecho y sus modales, han logrado que yo le dé algun lugar en mi corazon.

Luc. ¿Pero vm. no ha sabido quién es ese cupidito?

Mar. No, Lucía: solo sé que es muy digno de que se le ame; que si mi eleccion fuese libre, en ninguno otro recaeria sino en él, y que la inclinacion que le tengo me hace mas repugnante el marido que se me quiere dar.

Luc. ¡O! todos estos mozalvetes son á la verdad muy agradables, y saben tambien desempeñar perfectamente su negocio; pero la mayor parte anda siempre á horza con su bolsillo; y así para vm. es mejor un marido viejo que la dé mucho dinero. Yo confieso que los sentidos no hallan favorable la cuenta, y que con un marido viejo hay que sufrir algunos disgustillos; pero no es duradero, y al fin su muerte la pondrá á vm. en

estado de buscar luego otro mas jóven que lo restaure todo.

Mar. ¡Ah Lucía! ¡y qué mala cosa es tener que desear la muerte de una persona para ser feliz! además de que ésta no siempre sigue todos nuestros proyectos.

Luc. ¿Vm. se burla? ¿Pues acaso se casaría con él á no poner la condicion de dexarla bien pronto viuda? como que debe ser uno de los artículos del contrato; pero qué, si lo mas que puede vivir son tres meses. Mas cátele vm. que sale toditico él en persona.

Mar. ¡Ah Lucía de mi alma, y qué figura!

SCENA VI.

Don Onofre, Mariana y Lucía.

Onof. No os ofendais, bella Mariana, de que salga á veros con anteojos. Sé que vuestras gracias son muy visibles por sí mismas, sin necesidad de ellos para observarlas; pero en fin, con anteojos es con lo que se observan los astros, y yo aseguro que vos sois un astro; pero un astro el mas bello que puede haber en el pais de los astros. Lucía no responde nada, ni muestra, se-

gun me parece, gozo alguno en mirarme.

Luc. Es que se halla sobrecogida, y además de esto, las jóvenes siempre tienen vergüenza de demostrar al instante lo que sienten en su corazon.

Onof. Dices bien. Monita mia, aquí sale mi hija á recibirte.

SCENA VII.

Don Onofre, Mariana, Luisa y Lucía.

Mar. Perdonad, señora: cumplo muy tarde con esta visita.

Luis. Vm. ha hecho lo que á mí me correspondia, que era adelantarme á hacérosla.

Onof. Ya vé vm. qué grande es; pero la mala yerba siempre crece mucho.

A Lucía.

Mar. ¡Qué hombre tan horroroso!

Onof. Qué, ¿qué dice la palomita mia?

Luc. Que le parece vmd. muy lindo.

Onof. Ese es favor que me quereis hacer, hermosa pichoncita.

Aparte.

Mar. ¡Qué animal!

Onof. Os doy muchas gracias. Aquí sale tambien mi hijo, que viene á tributaros sus respectos.

SCENA VIII.

Los mismos, Joaquin, Jacinto y un Lacayo.

Mar. ¡Ah Lucía de mi corazon, y qué encuentro!

A Lucía.

Este es justamente de quien te he hablado.

Luc. La aventura es particular.

Onof. Ya veo que os suspendeis al mirar que tengo unos hijos tan grandes; pero no os dé cuidado, que bien pronto me desharé de ellos.

Joaq. Señora, si he de deciros la verdad, esta es una aventura que yo de ningun modo esperaba, y la sorpresa mia no ha sido pequeña quando mi padre me ha hecho saber, pocos minutos hace, el designio que habia formado de casarse con vos.

Marian. Yo puedo decir lo propio. Es un encuentro tan imprevisto, que me ha sorprehendido hasta lo sumo.

Joaq. Es cierto, señora, que mi padre no puede hacer una eleccion mas hermosa que la que ha hecho, y que me proporciona una gran dicha

con el honor de veros; mas con todo eso no os aseguraré me cause alegría el designio que podais tener de haceros mi madrastra, título que si he de decir verdad, nó os le deseo. Este discurso parecerá desatento á algunos de los que me escuchan; pero yo creo que vos entenderéis su verdadero significado, reflexionando quanto este matrimonio debe causarme sentimiento, al ver hasta qué extremo choca con mis verdaderos intereses: y así me permitiréis os diga, con permiso de mi padre, que si las cosas dependiesen de mi arbitrio, no se verificaría jamas este himenéo.

Onof. Vea vm. ahí un cumplimiento bien necio: una declaracion bien á propósito.

Mar. Y yo os responderé que estamos iguales en esa parte, y que si vos teneis repugnancia en que yo llegue á ser vuestra madrastra, no la tendré yo ménos sin duda en que vos seais mi hijastro. No creais sea yo quien procura daros esta incomodidad, pues sentiría mucho causaros el menor disgusto; y en fin, si se me quiere precisar á ello, os doy mi palabra de no consentir en el matrimonio que tanto os da temor.

Onof. Tiene razon: á un cumplimiento necio no

se debe dar sino una respuesta necia. Yo os pido perdon de la impertinencia de mi hijo: es un jóven que no sabe las conseqüencias de lo que dice.

Mar. Os aseguro que léjos de ofenderme, me ha dado mas gusto explicándome sus verdaderos sentimientos; porque deseaba de él una confesion semejante; y si hubiera hablado de otra suerte, le estimaría seguramente ménos.

Onof. Es demasiada bondad vuestra querer disimular sus faltas: el tiempo le hará mas prudente, y vos veréis como muda de pensar.

Joaq. No, padre mio, no soy capaz de mudar de sentimientos; y así le pido á esta señora lo crea.

Onof. Pero vea vm. qué extravagancia.

Joaq. ¿Y quiere vm. que yo haga injusticia á mi corazon?

Onof. Quiero que vm. mude de lenguage.

Joaq. Pues bien, si vm. lo quiere, hablaré de otro modo. Permitid, señora, que poniéndome en el lugar de mi padre, os confiese no haber visto jamas un objeto tan encantador como el vuestro, ni concebido nada capaz de igualarse á la felicidad de poseeros, y que el título de vuestro esposo es una dicha, una gloria que yo preferiría

á los destinos de los mayores Príncipes de la tierra. Si, señora: la dicha de poseeros es en mi concepto la mas grande de todas las dichas, y á la qual limito toda mi ambicion, no pudiendo haber nada que no sea yo capaz de hacer para una conquista tan preciosa, pues los obstáculos mas...

Onof. Bueno, bueno, hijo mio: ya basta si te parece.

Joaq. Este es un cumplimiento que hago á la señora en nombre de vm.

Onof. ¡Y qué! ¿no tengo yo lengua para explicarme sin necesidad de un intérprete como tú? Vamos, que arrimen sillas.

Luc. Mejor es ir á paséo ahora, y volver pronto para tener lugar de divertirse luego.

Onof. Que traigan, pues, el coche.

Al lacayo.

SCENA IX.

Los mismos, ménos el lacayo.

Onof. Disimulad, bella Mariana, el no haberme acordado de disponer alguna friolera para ántes de ir á paséo.

Joaq. Ya lo he prevenido yo, padre mio, mandando traer de vuestra parte unas bandejas de todo género de dulces de confitería.

Onof. Jacinto.

Jac. ¿Qué quiere vm.? ha perdido la chaveta.

Joaq. ¡Qué! ¿no le parece á vm. bastante? ¡Cómo ha de ser! La señora tendrá la bondad de disimular la cortedad del agasajo.

Mar. Eso es gastar conmigo mucho cumplimiento.

Joaq. Pero, señora, ¿habeis visto jamas un diamante mas hermoso que el que mi padre tiene en el dedo?

Mar. En efecto brilla muchísimo.

Joaq. Es menester que le veais de cerca.

Quitásele del dedo á su padre, y se le da á Mariana.

Mar. Sin duda que es precioso, y arroja multitud de rayos.

Quiere volverle.

Joaq. ¡O! No señora: él se halla en manos muy hermosas, y es una expresion que os hace mi padre.

Onof. ¿Yo? *Baxo á su hijo.*

Joaq. ¡Excusada pretension! me dice que os le haga admitir.

Mar. Perdóneme que...

Joaq. ¿Os burlais, señora? Mi padre no le volverá á tomar.

Onof. Me desespero. *Aparte.*

Mar. Eso sería...

Joaq. No: no señora, no permitiré hagais á mi padre un desayre semejante.

Onof. ¡Ah bribon!

Joaq. Ved cómo le está incomodando vuestra resistencia. Padre mio, yo no tengo la culpa: se obstina en no admitirle.

Onof. ¿Habrá canalla igual?

Joaq. ¿En fin dais lugar, señora, á que mi padre me regañe?

Luc. ¡O, y qué cumplimientos! Señora, guardad la sortija, pues que el señor Don Onofre os lo pide.

Mar. Vaya: la admitiré por no disgustáros; pero buscaré ocasion de devolvérosla.

SCENA X.

Los mismos y un lacayo.

Lac. Señor, ahí está un hombre que quiere hablaros.

Onof. Dile que estoy ocupado, que vuelva otro dia.

Lac. Me ha dicho que trae dinero.

Onof. Perdonadme, vuelvo al instante.

SCENA XI.

Los mismos y un lacayo.

Lac. Señor...

Tropieza con Don Onofre, y le hace caer.

Onof. ¡Ay que me ha muerto!

Joaq. ¿Qué es eso, padre mio? ¿Se ha hecho vm. daño?

Onof. El infame sin duda ha recibido dinero de mis deudores para desnucarme.

Lac. Perdone vm. señor, yo corria por servir á vm. mas prontamente.

Onof. ¿Y qué venias á decir tan corriendo, bergante?

Lac. A avisar á vm. que los caballos estan desherrados.

Onof. Anda: dí que los lleven al instante á casa del herrador.

Joaq. Con eso entretanto acompañaré á esta se-

ñora en vuestro nombre, padre mio, hácia el jardin, á donde haré llevar el agasajo de dulces.

SCENA XII.

Don Onofre y Jacinto.

Onof. Jacinto, por Dios, que tengas el ojo alerta para recoger lo que se pueda, y volverlo luego á la confitería, porque de ese modo...

Jac. Bien está, bien está, pierda vm. cuidado.

Onof. ¡O, hijo majadero! tú tienes gana de arruinarme.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Joaquin, Mariana, Luisa y Lucía.

Joaq. Entremos acá, que está mucho mejor; y pues no hay persona que nos oiga, nosotros podemos hablar con toda libertad.

Luis. Si señora, mi hermano me ha dado parte de la pasion que alimenta hácia vos, y como no

ignoro los temores y los disgustos que son capaces de causar semejantes obstáculos, os aseguro que tomo una parte no pequeña en el logro de vuestros deseos.

Mar. El ver una persona como vos interesada en nuestra felicidad, es sin duda alguna un consuelo de los mas apreciables; y así os suplico, señora, os digneis conservarme esa generosa amistad, tan propia para hacerme mas llevaderas las crueldades de la fortuna.

Luc. Si vms. me hubieran advertido con tiempo de sus amoríos, se habrian evitado esas inquietudes, no llevando yo este negocio al extremo en que se halla.

Joaq. ¿Y qué quieres? Mi mala suerte lo ha hecho. ¿Pero, hermosa Mariana, decidme quál es vuestra resolucion?

Mar. ¡O Dios! ¿Acaso me hallo en estado de hacer resoluciones? ¿En la dependencia en que me veo puedo formar otra mas que deseos?

Joaq. ¿Y qué no encontraré yo en vuestro corazon sino simples deseos? ¿Nada de piedad afectuosa, nada de bondad consoladora, y nada en fin de cariño?

Mar. ¿Qué se yo qué deciros? Poneos en mi lu-

gar, y ved lo que puedo hacer. Discurrid, ordenad vos mismo lo que gusteis, pues yo me entrego enteramente á vos, creyéndoos demasiado juicioso para querer exîgir de mí mas de lo que puede serme permitido por el honor y la decencia.

Joaq. ¡O Dios mio! á qué extremo me reducís, sujetándome á lo que quieran permitir los tristes sentimientos de un riguroso honor, y de una escrupulosa decencia.

Mar. ¿Pero qué quereis que yo haga? Aun quando me resolviese á atropellar por el cúmulo de respetos á que nuestro sexô se halla sometido, no puedo de modo alguno olvidar las obligaciones de hija para con mi madre. Me ha criado, y tratado siempre con una ternura y un amor, que no me resolvería á pagar con el menor disgusto. Dirigios, pues, á ella: emplead todos vuestros esfuerzos en ganar su corazon, haciendo y diciendo quanto querais, pues para todo os doy licencia, y si dependiere de declararme en vuestro favor, consiento en hacerla yo misma una declaracion ingeniosa de todo lo que siento hácia vos.

Joaq. Mira, Lucía, ¿querrás ayudarnos en esta ocasion?

Luc. Con toditico el gusto. Vms. saben que naturalmente soy bastante humana. El cielo no me ha hecho el corazon de bronce, y así tengo mucha alegría en servir á las personas que se quieren quando es como debe ser, y como Dios manda. Ahora bien, ¿qué podrémos hacer en este asunto?

Joaq. Discurre un poco.

Mar. Danos luces.

Luis. Busca algun arbitrio con que deshacer lo que tú misma has hecho.

Luc. Eso es bastante dificultoso. Por lo que hace á vuestra madre es muger de razon, y se la podria ganar, y aun hacerla se resolviese á traspasar al hijo el don que quiere hacer al padre; pero la dificultad que encuentro, es que vuestro padre... es vuestro padre.

Joaq. Se entiende.

Luc. Quiero decir, que conservará algun resentimiento si advierte que se le reusa; y no querrá despues dar su licencia para vuestro matrimonio: por lo qual para hacer la cosa como corresponde, era menester que esto viniese de su parte, procurando por algun medio disgustarle contra vuestra persona.

Joaq. Tienes razon.

Luc. Ya lo sé yo: pero el diantre está en encontrar los medios de conseguirlo. Espérense vms. Si tuviéramos una muger de mediana edad, y de la travesura que yo, que con un tren pasagero, y un extravagante nombre de Marquesa ó Vizcondesa, que supondríamos de hácia Sevilla ó Granada, supiese representar el carácter de una señora de circunstancias, yo me atrevería á hacer creer á vuestro padre que era una persona muy rica, y se hallaba tan enamorado de él, que si consentia en casarse con ella, le dexaria por heredero de todos sus caudales, pues yo no dudo que en este caso diese oídos á la proposicion, porque en fin aunque os ama á vos con mucho extremo, yo sé que ama con mucho mayor al dinero; y quando deslumbrado con el cebo del tesoro de la Marquesa hubiese consentido una vez en lo que deseamos, importaría poco que despues se desengañase, y le llevase la trampa.

Joaq. Todo eso está muy bien pensado; pero...

Luc. Déxenme vms. á mí. Ahora me acuerdo de una de mis amigas, que es á propósito para el caso.

Joaq. ¡Ah, Lucía! si consigues tu designio, yo te aseguro una buena recompensa. Pero, amable Mariana, empecémos por ganar á vuestra madre, para deshacer por ahora este matrimonio. Yo os suplico hagais de vuestra parte todos los esfuerzos que os sean posibles. Desplegad sin reserva las gracias eloqüentes, los atractivos poderosos que el cielo ha puesto en vuestros ojos y en vuestra boca, y no olvideis nada de estas tiernas palabras, y de estas amorosas súplicas, á las quales yo creo no haya cosa alguna capaz de resistirse.

Mar. Yo os ofrezco hacer para ello quanto esté de mi parte.

SCENA II.

Los mismos y Don Onofre.

Onof. ¡Ola! *Saliendo.*
Mi hijo besa la mano de su futura madrastra, y su futura madrastra como que no lo reusa. ¿Si habrá en esto algun misterio?

Luis. Que viene mi padre.

Onof. El coche está pronto, con que podeis ir al paséo quando gusteis.

Joaq. Una vez que no va vm., padre mio, iré yo á acompañarlas.

Onof. No, quédate: ellas irán solas: te necesito yo aquí.

SCENA III.

Don Onofre y Joaquin.

Onof. Ahora bien, Joaquinito, dexando aparte los respetos de madrastra, ¿qué te parece de esta Mariana?

Joaq. ¿Que qué me parece?

Onof. ¿Sí: ¿qué te parece de su ayre, de su hermosura, de su juicio?

Joaq. ¡He! así, así.

Onof. ¿Pero qué quiere decir ese así, así?

Joaq. Si he de decir á vm. lo que siento, no me ha parecido aquí tanto como yo habia imaginado. Su ayre es de algo calaverilla, su hermosura nada sobresaliente, y su talento muy regular. No crea vm., padre mio, que yo diga esto por disgustarle, pues al fin madrastra por madrastra, á mí lo mismo me da ésta que qualquiera otra.

Onof. Sin embargo, tú le decias ahora poco...

Joaq. Si señor, le decia en nombre de vm. algu-

nas ternezas; pero solo era con el fin de daros gusto.

Onof. ¿Luego no tienes nada, nada de inclinacion hácia ella?

Joaq. ¿Yo? no señor, nada ménos que eso.

Onof. Bien sabe Dios que lo siento, porque me destruyes una idea que me habia ocurrido. Yo mirando á esa muchacha, ahora poco, empecé á reflexîonar sobre mi mucha edad, y sobre lo que dirán las gentes viendo que me vuelvo á casar con una muger tan jóven, y esta consideracion me habia hecho resolver á abandonar el intento, libertándome de la palabra que la he dado con substituirte á tí en mi lugar dándotela.

Joaq. ¿A quién, á mí?

Onof. Sí, á tí.

Joaq. ¿En matrimonio?

Onof. Pues.

Joaq. Mire vm.: es verdad que no me agrada mucho; pero sin embargo, por complaceros me resolveré á casar con ella si queréis.

Onof. ¿Quién yo? no, no soy tan imprudente como piensas: no quiero violentar tu albedrío.

Joaq. Yo haré este esfuerzo por agradar á vm.

Onof. No, no: un matrimonio hecho sin gusto no puede ser feliz.

Joaq. Eso es cosa que puede lograrse despues, padre mio; y así se dice, que el amor es por lo regular fruto del matrimonio.

Onof. No, Joaquin, no. Por lo que respecta al hombre no se debe exponer á esa esperanza, pues suele acarrear malas conseqüencias. Si hubieras sentido alguna inclinacion, aunque ligera, hácia la muchacha, enhorabuena: yo te la habria cedido al instante; pero faltándote enteramente ésta, tendré que cumplirla la palabra que la he dado. ¡Cómo ha de ser! me casaré con ella.

Joaq. Y bien, padre mio, pues que las cosas han llegado á este extremo, es menester descubrir á vm. mi corazon, y revelarle todo el secreto. La verdad es, que yo la amo desde un dia que la ví en el paséo, y que tenia intencion de pedírosla para mi muger; pero habiendo sabido los sentimientos de vm. hácia ella, me ha contenido el temor de disgustaros.

Onof. ¿Y la has hecho alguna visita?

Joaq. Si señor.

Onof. ¿Muchas veces?

Joaq. Bastantes.

Onof. ¿Y te ha recibido con agrado?

Joaq. Si señor; pero sin saber quién era yo, y esto dió motivo á la sorpresa de Mariana, quando me vió aquí ahora poco.

Onof. ¿Y le has declarado tu pasion, y el designio que tenias de casarte con ella?

Joaq. Mucho, y aun habia hecho tambien á su madre algunas proposiciones indirectas.

Onof. ¿Y qué tal, las ha escuchado?

Joaq. Bastante cortesmente.

Onof. ¿Y la hija corresponde á tu amor?

Joaq. Si he de creer las apariencias, me persuado, padre mio, que la debo algun poco de cariño.

Onof. ¿Sí, he? No es malo haber descubierto este secreto: vea vm. justamente lo que yo solicitaba. *Aparte.*

Ea pues, hijo mio: ¿sabe vm. lo que hay? Que es necesario que vm. piense en dar al olvido su amor, que cese en sus amantes solicitudes hácia una muger que yo destino para mí, y que se disponga á casar con la que ya le tengo preparada.

Joaq. ¿Con qué vm., padre mio, se burla de ese modo de mí? Muy bien. Pues sepa vm., ya que

me da lugar á ello, que no abandonaré la pasion que tengo por Mariana, que no habrá cosa que no haga por disputar á vm. su conquista, y que si vm. tiene el consentimiento de su madre yo tendré quizá otros auxílios que combatirán á mi favor.

Onof. ¿Cómo, pícaro, tú tienes atrevimiento de irme á los alcances?

Joaq. Vm. es quien va á los mios, y yo habia llegado ántes que vm.

Onof. ¿Y qué no soy tu padre, y me debes tener respeto?

Joaq. Si señor; pero hay ciertas cosas en que los hijos no deben ceder á los padres, y el amor no distingue de personas.

Onof. Yo haré que me distingas con un palo.

Joaq. Todas sus amenazas de vm., no servirán de nada.

Onof. Tú renunciarás á Mariana.

Joaq. No lo crea vm.

Onof. ¡Habrá insolencia!...

SCENA IV.

Don Onofre, Joaquin y Simon.

Sim. He, he: señores, ¿qué es esto? ¿En qué piensan vms.?

Joaq. No hay insolencia que valga.

A Joaquin.

Sim. ¡Ah! señor, poco á poco.

Onof. ¿Hablarme con ese atrevimiento?

A Don Onofre.

Sim. Señor, por amor de Dios.

Joaq. Sobre que no ha de ser.

A Joaquin.

Sim. ¡Cómo qué! ¿á vuestro padre?

Onof. Déxame, déxame...

Sim. ¡Cómo qué! ¿á vuestro hijo? Aun á mí, vaya en gracia.

Onof. Mira, para que veas si tengo razon, quiero hacerte juez de este negocio.

Sim. Yo convengo en ello. Apártese vm. un poco, señorito.

Onof. Yo quiero á una niña para casarme con ella, y el bribon tiene la insolencia de quererla tambien, y solicitarla para sí contra todos mis preceptos.

Sim. ¡O! él hace muy mal.

Onof. ¿No es una cosa terrible que un hijo quiera competir con su padre, quando por respeto debia abstenerse de llegar á mis inclinaciones?

Sim. Es muy claro. Dexe vm. que yo le hable, y espere aquí entretanto.

Joaq. ¡He bien! Pues que mi padre te ha elegido por nuestro juez, sélo enhorabuena: á mí me es indiferente, y convengo en que resuelvas nuestra competencia.

Sim. Vm. me hace muchísimo honor.

Joaq. Ahora bien: yo me hallo enamorado de una jóven que corresponde á mis deseos, y admite tiernamente los obsequios de mi corazon, y á mi padre le entra la manía de venir á turbar nuestro amor, solicitándola ahora para sí.

Sim. ¡O! hace muy mal seguramente.

Joaq. ¿No se avergüenza de pensar en casarse con una edad como la que tiene? ¿te parece que le sienta bien ahora andar en amoríos? ¿y no deberia dexar esta ocupacion para los jóvenes?

Sim. Vm. tiene razon: vaya, eso será que tendrá ganas de chulearse. Dexe vm. que yo le hable dos palabras.

A Don Onofre.

Pues, señor, vuestro hijo no es tan temerario como decís, pues ya se viene á la razon. Dice que sabe el respeto que os debe, y que su genio solo le ha arrebatado en el primer ímpetu: que está pronto á hacer quanto vm. quiera, con tal que en adelante le trateis mejor que hasta aquí, buscándole tambien algun otro matrimonio que le acomode.

Onof. Eso es otra cosa: dile que baxo de ese supuesto podrá esperar de mí todo lo que quiera, y que exceptuando á Mariana, le dexo en libertad de elegir la muger que mas le guste.

A Don Joaquin.

Sim. Muy bien. Vuestro padre, señorito, no es tan ridículo como vm. le hace: me ha dicho que solo vuestro genio altivo le ha hecho encolerizar, y que todo depende del modo con que os porteis: que estará dispuesto á concederos lo que deseais, con tal que lo soliciteis por medio del rendimiento, tributándole los respetos y la sumision que debe haber en un buen hijo para con su padre.

Joaq. ¡Ah querido Simon! tú puedes asegurarle, que si me concede á Mariana, me hallará siem-

pre el más rendido de todos los hombres, y que jamas haré cosa que pueda originarle el menor disgusto.

Sim. Esto es hecho: vuestro hijo consiente en lo que vm. dice.

Onof. Muy bien: eso me gusta.

Sim. Todo está rematado: vuestro padre se halla muy contento de vuestras ofertas.

Joaq. Gracias á Dios.

Sim. Vaya, señores, ya pueden vms. hablar juntos, pues se hallan avenidos.

Joaq. Mi querido Simon, ¡quánto tengo que agradecerte!

Sim. ¡Ah! nada, señor.

Onof. Me has dado mucho gusto, Simoncito, y esto merece algun regalejo.

Don Onofre mete la mano en el bolsillo, y Simon alarga la suya; pero Don Onofre no saca sino el pañuelo para sonarse.

Onof. Dexa, dexa, que yo me acordaré de tí.

Sim. Beso á vm. la mano.

SCENA V.

Don Onofre y Joaquin.

Joaq. Padre mio, perdone vm. la falta de respeto con que he procedido.

Onof. Vamos: eso no es nada.

Joaq. Aseguro á vm. que lo siento en el alma.

Onof. Y yo tengo el mayor gusto del mundo en ver que procedes con juicio.

Joaq. ¡Qué bondad la vuestra en olvidar tan pronto una falta como la mia!

Onof. Las faltas de los hijos se olvidan fácilmente quando ellos se someten á lo justo.

Joaq. ¿Y que no conserva vm. ningun enfado por mis locuras?

Onof. No, porque todas las borra ya la sumision, y el respeto con que te veo.

Joaq. Yo le prometo á vm. que conservaré en mi corazon hasta la muerte la memoria de vuestras bondades.

Onof. Y yo te prometo que no habrá cosa alguna que no alcances de mí.

Joaq. ¡Ah padre mio! nada tengo ya que pedi-

ros, pues me dais quanto puedo apetecer con darme á Mariana.

Onof. ¿Cómo?

Joaq. Digo, señor, que estoy loco de contento, y que todo lo hallo en la bondad que teneis de concederme á Mariana.

Onof. ¿Quién habla aquí de concederte á Mariana?

Joaq. Vm., padre.

Onof. ¿Yo?

Joaq. Si señor.

Onof. ¿Cómo yo? ¿Pues no eres tú quien ha prometido renunciar á ella?

Joaq. ¿Yo renunciar á ella?

Onof. Sí.

Joaq. Nada ménos que eso.

Onof. ¿Pues no te has separado de esta pretension?

Joaq. Al contrario, yo me hallo mas que nunca resuelto á continuarla.

Onof. Qué vergante: ¿ahora vuelves?...

Joaq. No habrá cosa capaz de hacerme mudar de intencion.

Onof. Infame, yo sabré lo que he de hacer.

Joaq. Haga vm. todo lo que quiera.

Onof. Te prohibo el que me veas jamas.

Joaq. Enhorabuena.

Onof. Te abandono.

Joaq. Abandonadme.

Onof. Te renuncio por mi hijo.

Joaq. Muy bien.

Onof. Te desheredo.

Joaq. Lo que vm. quiera.

SCENA VI.

Joaquin y Martin.

Mart. ¡Ah señor! ¡y quánto me alegro de encontraros! Seguidme, seguidme aprisa.

Joaq. ¿Pues qué hay?

Mart. Seguidme, digo, que la cosa va bien.

Joaq. ¿Cómo?

Mart. Vea vm. aquí su dicha.

Joaq. ¿Qué?

Mart. Todo el dia lo he estado acechando.

Joaq. ¿Pero qué es eso?

Mart. El tesoro de vuestro padre que acabo de atrapar.

Joaq. ¿Y cómo lo has hecho?

Mart. Ya lo sabrá vm. todo: vamos, vamos, que me parece oigo dar gritos.

SCENA VII.

Don Onofre solo, que sale gritando.

Onof. Al ladron, al ladron, al asesino, al matador. ¡Justicia, cielos! Estoy perdido, estoy asesinado: se me ha robado mi dinero: ¿quién puede ser? ¿A dónde habrá ido? ¿Dónde se halla? ¿Dónde se oculta? ¿Qué haré para encontrarle? ¿A dónde correré? ¿Dónde no correré? ¿Si estará aquí? ¿Si estará allá? ¿Quién es? Detente...

Se agarra á sí mismo.

Vuélveme mi dinero, picaron... ¡Pero ah! si soy yo mismo. Mi espíritu se halla todo turbado, y yo ignoro dónde me hallo, quién soy, y lo que hago. ¡Ay de mí! ¡pobre dinero mio! ó amigo de mi alma: se me ha privado de tí; y pues te me han quitado, yo he perdido mi sustento, mi consuelo y mi alegría: todo se acabó ya para mí, y ya no tengo que hacer nada en este mundo, pues sin tí no me es posible vivir. Esto es hecho; yo no puedo mas: yo me muero: ya estoy muerto, ya estoy enterrado. ¿No hay alguno que quiera resucitarme volviéndome mi amado dinero, ó diciendo dónde se halla?... ¡Có-

mo! ¡qué!... ¡ah! si no es nadie. Es menester que el picaron que ha dado el asalto, haya acechado bien la hora... y justamente ha sido quando yo estaba con el canalla de mi hijo. Vamos, vamos á buscar la justicia, y á hacer dar tormento á toda mi casa, á criadas, á criados, á mi hijo, á mi hija y á mí mismo... ¡Jesus quánta gente junta!... Cada uno de ellos me parece es el que me ha robado... ¡Cómo!... ¿de quién se habla allí? del ladron... Parece que suena ruido... ¿Si será él? Por amor de Dios, si alguno tiene noticias del ladronazo, yo les pido me lo digan. ¿Se halla tal vez oculto entre vms?... Todos me miran, y se echan á reir... Sin duda tienen parte en el robo. Aprisa, aprisa, á buscar escribanos, alguaciles, porteros, carceleros, horcas, verdugos para prender y ahorcar á todo el mundo: y como yo no encuentre mi dinero, yo mismo me he de ahorcar.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Don Onofre y un Escribano.

Escrib. Déxeme vm., señor. Yo sé mi obligacion, á Dios gracias. No crea vm. empiezo hoy á trabajar en la averiguacion de robos, pues yo me contentaría con tener cien doblones por cada ladron que he conseguido hacer ahorcar.

Onof. Todos los magistrados tienen interés en tomar con el mayor empeño este negocio, y sino se me hace encontrar mi dinero, yo pediré justicia de la misma justicia.

Escrib. Es necesario practicar todas las diligencias posibles. Vm. dice que habia en la caxa...

Onof. Dos mil doblones bien contados.

Escrib. ¿Dos mil doblones?

Onof. Si señor, dos mil doblones.

Escrib. El robo es considerable.

Onof. Como que no hay suplicio bastante grande para la enormidad del crímen; y si quedase impune, no estarian en adelante seguras aun las cosas mas sagradas.

Escrib. ¿Y en qué especies de monedas se hallaba esa cantidad?

Onof. En onzas y medias onzas bien relucientes, y de todo peso.

Escrib. ¿Y de quién tiene vm. sospechas?

Onof. De todo el mundo: y así quiero que pongais presos á la ciudad, y á sus arrabales.

Escrib. Pues señor, creame vm.: es necesario no despertar á nadie, y procurar recoger con sigilo algunas pruebas para proceder despues, por medio del rigor, al recobro del dinero robado.

SCENA II.

Los mismos y Simon desde el fondo del teatro mirando hácia adentro.

Sim. Vuelvo al instante. En el ínterin degollarle, quebrarle los pies, meterle en agua hirviendo, y luego colgarle de una escarpia.

Onof. ¿A quién? ¿al que me ha robado?

Sim. Hablo de un cochinillo de leche, que acaba de traer el mayordomo, y que yo quiero componérsele á vm. á mi modo.

Onof. Ya no se trata de eso: el señor viene aquí á otra cosa.

Escrib. No hay que asustarse: yo no soy algun Neron, y las cosas irán con suavidad.

Sim. Pero, señor, ¿es sobre la cena?

Onof. Amigo mio, es necesario no ocultar nada á vuestro amo.

Sim. A fé mia, señor, que yo echaré toda mi habilidad, y os serviré lo mejor que me sea posible.

Onof. Si no es eso.

Sim. Sino le hago á vm. tan buena cena como yo quisiera, la culpa no es mia sino del señor mayordomo, que me rapa las alas con las tixeras de su maldita economía.

Onof. Pícaro, aquí se trata de otra cosa que de comer. Yo quiero que me des noticias del dinero que se me ha robado.

Sim. ¿Se os ha robado dinero?

Onof. Sí, canalla; y como no me lo vuelvas al instante, te se va á ahorcar.

Escrib. Vamos, señor, no hay que ultrajarle. Yo conozco en su semblante que es hombre de bien, y que sin dar lugar á ir á la cárcel, nos descubrirá lo que querramos saber. Sí, amigo, si confiesas la verdad, no te se hará ningun mal; al contrario te gratificará tu amo como corresponde. Se le ha robado hoy su dinero, y tú es pre-

ciso que sepas algo sobre el particular.

Aparte.

Sim. ¡Qué ocasion ésta tan famosa para vengarme del mayordomo! Desde que entró en casa, él es el favorito: no se hace sino lo que él quiere, y le tengo unas ganas desde los palos...

Onof. ¿Qué es lo que estás mascullando?

Escrib. Déxele vm. que está disponiéndose á daros gusto: bien he dicho yo que era hombre de bien.

Sim. Señor, si vm. quiere que yo le diga lo que hay, me parece que quien ha hecho el robo es vuestro querido mayordomo.

Onof. ¿Quién? ¿Jacinto?

Sim. Sí señor.

Onof. ¿Jacinto, á quien yo tengo por tan fiel?

Sim. El mismo: yo creo que es él quien ha dado el asalto.

Onof. ¿Y sobre qué te fundas para creerlo!

Sim. ¿Sobre qué?

Onof. Sí, ¿por qué lo crees?

Sim. Yo lo creo porque... porque lo creo.

Escrib. Pero es necesario digas los indicios que tienes para ello.

Onof. ¿Le has visto tú rondar hácia el sitio donde yo tenia mi dinero?

Sim. Si señor... ¿Dónde le tenia vm.?

Onof. En el jardin.

Sim. Cabalito: yo le visto rondar el jardin. ¿Y en qué tenia vm. el dinero?

Onof. En una caxita.

Sim. Vea vm. averiguado el asunto: yo le he visto una caxita.

Onof. ¿Y qué hechura tenia esa caxita? Yo conoceré si es la mia.

Sim. ¿Qué hechura tenia?

Onof. Sí.

Sim. Ella tiene una hechura, una hechura como de caxita.

Escrib. Es regular: pero da algunas señales de ella para ver...

Sim. Es una caxita bastante grande.

Onof. No: la que me han robado es pequeñita.

Sim. He... si se la quiere hacer pequeña, pequeña es; pero yo la llamo bastante grande por lo que tenia dentro.

Escrib. ¿Y de qué color era?

Sim. ¿De qué color?

Escrib. Sí.

Sim. Es de un color... así... como de cierto color... de de...

Onof. ¿De qué?

Sim. Un color roxo.

Onof. No hombre, si es un color gris.

Sim. Pues un gris que tira á roxo, eso es lo que yo queria decir.

Onof. No hay duda, ella es seguramente... Extienda vm., extienda vm. su deposicion. Dios mio, ¿á quién se ha de fiar uno en adelante? sobre que no se puede jurar por nadie: al ver esto, yo creo que soy capaz de robarme á mí mismo.

Sim. Señor, aquí viene el mayordomo. Cuidado que no vaya vm. á decirle, que yo le he descubierto el robo.

SCENA III.

Los mismos y Jacinto.

Onof. Acércate, acércate: ven á confesar la accion mas negra, el atentado mas horrible que se ha podido cometer en el mundo.

Jac. ¿Y de qué me habla vm. señor?

Onof. ¡Cómo infame! ¿no te avergüenzas de tu delito?

Jac. ¿De qué delito me quiere vm. hablar?

Onof. ¿De qué delito te quiero hablar? traidor:

como si no supieses lo que quiero decir. En vano pretendes disimularlo, pues se me acaba de descubrir todo ahora mismo. ¿Cómo? ¿Abusar de este modo de mi bondad, introduciéndose en casa expresamente para venderme, y jugarme un petardo de esta naturaleza?

Jac. Señor, puesto que todo se os ha descubierto, yo no quiero buscar rodéos, ni negaros la verdad del hecho.

Aparte.

Sim. Calla, calla: ¡qué bueno que yo haya adivinado sin pensar en ello!

Jac. Mi intencion, señor, era hablaros sobre el particular, y solo esperaba una coyuntura favorable para hacerlo; pero pues la suerte lo ha dispuesto de otro modo, os pido encarecidamente no os irriteis, y tengais la bondad de escuchar mis razones.

Onof. ¿Y qué razones tan lindas puedes darme, ladron infame?

Jac. ¡Ah señor! yo no he merecido esos nombres. Es cierto que he cometido una ofensa contra vos; pero al fin mi falta es perdonable.

Onof. ¿Cómo perdonable? ¿Un crímen tan premeditado? ¿Un asesinato semejante?

Jac. Por amor de Dios, señor, que no os encolericeis de esa suerte. Quando me hayais oído, conoceréis que el mal no es tan grande como se hace.

Onof. ¿El mal no es tan grande como yo le hago? ¡Qué! mi sangre, mis entrañas: vergante.

Jac. Vuestra sangre, señor, no ha caído en tan malas manos, puesto que yo soy de una condicion que no la desmerece; y últimamente nada hay en el asunto que no lo pueda yo reparar.

Onof. Eso es lo que yo quiero, que me restituyas lo que me has robado.

Jac. Vuestro honor será completamente satisfecho.

Onof. ¿Qué honor ni qué calabaza? Aquí no se trata de honor. Pero dime, ¿qué es lo que te ha movido á executar una accion como ésta?

Jac. ¡Ah señor! ¿y es posible que me hagais tal pregunta?

Onof. Sí seguramente, yo te la hago.

Jac. Un Dios que lleva consigo las disculpas de todo quanto hace executar su impulso: el amor.

Onof. ¿El amor?

Jac. Si señor: el amor.

Onof. Lindo amor, lindo por vida mia: ¿el amor de mis onzas, he?

Jac. No señor, no son vuestras riquezas las que me han estimulado, no son ellas las que han podido excitarme á semejante accion: yo os ofrezco no aspirar á cosa alguna de todos vuestros bienes, con tal que me concedais el que ya tengo.

Onof. Un demonio... no te le dexaré tal... ¡pero vea vm. qué insolencia! querer guardarse el robo que me ha hecho.

Jac. ¿Y vos, señor, llamais á esto un robo?

Onof. ¿Si le llamo robo? Con que un tesoro como éste...

Jac. Es verdad que es un tesoro, y un tesoro el mas precioso que teneis sin duda; pero el dexármele á mí no será perderle. Yo os pido, señor, de rodillas este tesoro lleno de gracias, y ved que para proceder con cordura es necesario que me le concedais.

Onof. ¿Luego no haré nada de mas? ¿Qué diablos quiere decir esto?

Jac. Nosotros nos hemos prometido una fé recíproca, y hecho juramento de no abandonarnos jamas.

Onof. Como soy, que el juramento es admirable, y la promesa muy graciosa.

Jac. Si señor, nos hemos empeñado en ser uno de otro para siempre.

Onof. Yo os lo impediré, sí: te lo aseguro.

Jac. Solo la muerte podrá ser capaz de separarnos.

Onof. Vaya, que es estar bien endemoniado con mi dinero.

Jac. Ya os he dicho, señor, que no es el interés quien me ha movido á hacer lo que he hecho. Mi corazon no se ha conducido por los resortes que imaginais: un motivo mas noble me ha inspirado esta resolucion.

Onof. Vms. verán que lo que ha hecho ha sido por caridad; pero yo sabré lo que conviene, y la justicia, infame descarado, hará que me las pagues.

Jac. Vm. procederá como guste, y yo estoy dispuesto á sufrir todos los rigores de vuestro ceño; pero á lo ménos os suplico esteis firmemente persuadido, que si hay algun mal en este negocio, yo soy el único á quien se debe acusar, y que vuestra hija no tiene en él la menor culpa.

Onof. Yo lo creo: pues no faltaba mas sino que mi hija hubiera entrado en la danza: bueno sería que ella contribuyese á un delito semejante.

Pero mira, yo deseo ver mi pobrecita, y así quisiera me dixeses á dónde la has llevado.

Jac. ¿Yo señor? yo no la he llevado á ninguna parte, ella está todavía en vuestra casa.

Aparte.

Onof. ¡O caxita de mi corazon! ¿Con qué de veras no ha salido de casa?

Jac. No señor.

Onof. Y dime... la verdad... ¿no has llegado á ella?

Jac. ¿Yo llegar á ella? ¡Ah señor! ved que la haceis, y á mí tambien, una ofensa de las mas graves: yo os aseguro que es con una llama pura y respetuosa con la que mi corazon arde por ella.

Aparte.

Onof. ¡Arder por mi caxita!

Jac. Yo desearia morir cien veces primero que haber tenido el atrevimiento de demostrarla la menor idea que la ofendiese; además de que ella es demasiado honesta para poderlo sufrir.

Aparte.

Onof. ¡Mi caxa demasiado honesta!

Jac. Todos mis deseos se han limitado á gozar de su vista, y nada de criminal ha podido profanar la pasion que sus hermosos ojos me han inspirado.

Aparte.

Onof. ¡Los hermosos ojos de mi caxa! El habla de ella lo mismo que pudiera hablar de su dama un amante muy tierno.

Jac. La señora Claudia sabe la verdad de todo el negocio, y podrá aseguraros...

Onof. ¡Qué! ¿mi criada es cómplice de esta infamia?

Jac. Sí señor, ella ha sido testigo de nuestro empeño, y ella es quien despues de conocer la pureza de mi amor me ha ayudado á convencer á vuestra hija para que me otorgase su mano y recibiese la mia.

Aparte.

Onof. Hui... ¡Christo mio! ya el temor de la horca le hace delirar. ¿Qué diablos de embrollo nos vienes á formar ahora sobre mi hija?

Jac. Digo, señor, que he tenido que emplear todos los esfuerzos del mundo para conseguir, que su pudor consintiese á mis amantes deseos.

Onof. ¿El pudor de quién, gran demonio?

Jac. De vuestra hija.

Onof. ¿De mi hija?

Jac. Sí señor, de vuestra hija, que al fin pude resolverla desde ayer á que me firmase una promesa de matrimonio.

Onof. ¿Mi hija te ha firmado una promesa de matrimonio?

Jac. Si señor, y yo le he firmado otra de mi parte.

Onof. Dios mio: otra desgracia.

Sim. Escriba vm. señor Escribano, escriba vm.

Onof. ¡Repeoramiento de mal! ¡cúmulo de desesperacion!... Vamos, vamos... haga vm. su obligacion, y fórmemele vm. ahí su proceso como ladron y como seductor.

Sim. Así, así: como ladron y como seductor.

Jac. Esos son unos nombres que yo no he merecido, y quando se llegue á saber quién soy...

SCENA IV.

Los mismos, Luisa, Mariana y Lucía.

Onof. ¡Ah hija malvada, hija indigna de un padre como yo! ¿de este modo practicas las lecciones que yo te he dado? ¿tú te dexas seducir de un robador infame, y tú le empeñas tu palabra sin mi consentimiento? Mas yo os escarmentaré á uno y á otro.

A Luisa.

Quatro buenas murallas me asegurarán de tu conducta.

A Jacinto.

Una buena horca me hará justicia de tu atrevimiento.

Jac. Eso lo verémos: no ha de ser la pasion de vm. la que lo ha de juzgar, pues á lo ménos se me oirá ántes de condenarme.

Onof. Sí, pero he dicho mal: una horca no basta: es necesario desquartizarte vivo, vivo.

Luis. ¡Ah padre mio! yo os suplico abraceis unos sentimientos mas humanos, no llevando las cosas á las últimas violencias de la potestad paterna. No os dexeis arrastrar, señor, de los primeros movimientos de vuestra pasion, reflexîonando con madurez lo que vais á executar. Exâminad mejor la persona contra quien tanto os irritais distinta de la que habeis creído; y haciéndoos cargo de que sin su socorro ha mucho tiempo que os hallariais privado de vuestra hija, encontraréis ménos extraño que esta misma hija haya consentido en premiar su generosidad y su amor, correspondiendo á sus honestos deseos. Sí, padre mio: él es quien me libertó del furor de las aguas, y á quien debeis la vida de esta infelice hija.

Onof. Todo eso no vale nada: mejor sería que te

hubiera dexado ahogar, que no hacer ahora lo que ha hecho.

Luis. Yo os pido rendidamente, padre mio, por el amor que siempre...

Onof. Nada, nada: es necesario que la justicia haga su deber.

Sim. Yo te aseguro, que me has de pagar los palos.

SCENA V.

Los mismos y Don Anselmo.

Ans. ¿Qué es esto, señor Don Onofre? ¿Qué es lo que os sucede, que os hallo todo tan conmovido?

Onof. ¡Ah señor Don Anselmo, vm. vé aquí al mas desgraciado de todos los hombres, y vm. encuentra tambien bastante trapisonda en el contrato que veniais á celebrar. Se me asesina en el bolsillo, se me asesina en el honor. Vea vm. aquí un infame, que ha violado todos los derechos mas santos, introduciéndose en mi casa baxo el título de criado para robarme mi dinero, y para seducirme mi hija.

Jac. Yo no entiendo lo que quereis decir con

tanto repetir sobre vuestro dinero: aquí nadie ha pensado en él.

Onof. Sí señor, Don Anselmo de mi alma: ellos se han dado uno á otro palabra de casamiento, y esta afrenta recae tan sobre vm., que es indispensable se muestre parte contra él, y haga á su costa todas las diligencias judiciales para vengarse de semejante insolencia.

Ans. Por lo que respecta al casamiento nada tengo que hacer, pues de ningun modo solicito que se verifique conmigo por la fuerza, ni ménos apetezco un corazon que voluntariamente se haya entregado á otra persona; pero por lo que hace á vuestros intereses, estoy dispuesto á defenderlos como si fuesen mios propios.

Onof. Aquí está un señor Escribano que, segun me ha ofrecido, no olvidará nada de lo que corresponde á su oficio. Apretadle, pues, como merece, y acriminad en forma este negocio.

Jac. Yo no sé qué crímen se me pueda hacer de la pasion que tengo por vuestra hija, ni á qué suplicio pueda ser condenado, como vos imaginais, quando se llegue á descubrir quién soy.

Onof. Quién soy, quién soy: yo me rio de todas esas bocanadas: el mundo está en el dia lle-

no de estos ladrones señores, de estos caballeros impostores, que aprovechándose de la obscuridad de su nacimiento, se adornan insolentemente del primer nombre y apellido que se les pone en la cabeza.

Jac. Sepa vm. que tengo demasiado pundonor para adornarme de nada que no me sea muy propio, y que toda Córcega puede dar testimonio de lo distinguido de mi familia.

Ans. Poco á poco, señor mio: cuidado con lo que vais á decir, porque quizá os arriesgais mas de lo que habreis creído, puesto que se halla presente un hombre que conoce á toda Córcega, y que puede con facilidad exâminar la historia que querrais hacernos.

Jac. Yo no soy capaz de dar motivo á rezelar de nada; y pues que os es conocida toda Sicilia, sabréis tambien quién era Don Tomas Alburci.

Ans. Sin duda que lo sé; y tanto, que muy pocas personas le habrán conocido mejor que yo.

Onof. Y digo: ¿sabe vm. qué tengo yo que hacer con Don Tomas, ni con Don Martin?

Vé Don Onofre dos velas encendidas, y apaga una.

Ans. Yo os suplico que le dexeis hablar: verémos lo que nos quiere decir con eso.

Jac. Quiero decir, que ese Don Tomas Alburci es el mismo que me ha dado el sér.

Ans. ¿Quién? ¿él?

Jac. Si señor.

Ans. Vaya, vaya; id con Dios, y forjad alguna otra historia que os pueda salir mejor, no pretendiendo poneros á cubierto con una impostura semejante.

Jac. Pensad vos, digo yo, en hablar con mas moderacion. Léjos de ser una impostura lo que acabo de decir, me es muy fácil justificar la realidad de todo ello.

Ans. Y qué, ¿os atreveis á llamar hijo de Don Tomas Alburci?

Jac. Si señor, me atrevo; y estoy pronto á sostenerlo contra qualquiera.

Ans. El atrevimiento es muy particular. Sabed, pues, para vuestra confusion, que ese sugeto de que nos hablais hace diez y seis años por lo ménos que pereció en el mar con su muger é hijos, huyendo de su patria por la persecucion de unas familias poderosas, con quienes se habia malquistado de resultas de un lance de

honor en que quiso vindicarse.

Jac. Sí señor; pero sepa vm. tambien para su confusion, que su hijo de siete años, con un doméstico que los acompañaba, fuéron salvados del naufragio por un navío español; y que este hijo, libertado de las aguas, es el mismo que os está hablando. Sepa vm. igualmente que el Capitan de dicho navío, compadecido de mi desgracia, y prendado de mi inocencia, me conduxo á su casa é hizo educar como si fuera hijo suyo, proporcionándome la honrosa carrera de las armas: que habiendo sabido pocos tiempos hace que mi padre no habia muerto, segun se creyó hasta entónces, resolví marchar á solicitar algunas noticias de su paradero, y que pasando por esta ciudad, y llegando á ver por una aventura muy singular á la adorable Luisa, quedé tan rendido á su hermosura, que careciendo de otro medio, resolví entrar en su casa en clase de criado para lograr de su vista, enviando otra persona á indagar las noticias de mi padre.

Ans. ¿Pero qué comprobacion daréis á vuestras aserciones para quitarnos el rezelo de que puedan ser una fábula compuesta sobre un principio verdadero?

Jac. El testimonio del mismo Capitan Español: la exístencia en mi poder de una sortija de rubíes que fué de mi padre; un bracelete de agatas que mi madre me habia puesto en un brazo, y en fin, la relacion del anciano Pedro, doméstico antiguo de mis padres.

Mar. ¡O Dios mio! á semejantes pruebas, yo soy quien puede responder aquí: yo quien no puede engañarse, y quien en lo que acabais de decir conoce claramente que vos sois hermano mio.

Jac. ¿Yo hermano vuestro?

Mar. Sí, vos hermano mio: mi corazon se habia conmovido todo desde el punto que empezásteis á hablar, acordándome las desgracias de nuestra familia, que me ha contado muchas veces la tierna madre que vais á ver de nuevo. El cielo nos libertó tambien á nosotras del terrible naufragio; pero fué á costa de privarnos de nuestra libertad, llevándonos en un despojo de la embarcacion á manos de corsarios, que cargadas de cadenas nos han hecho sufrir una esclavitud de diez años. Libres de ella, al cabo de este largo tiempo, volvímos á Córcega en busca de noticias de nuestro amado padre; pero no pudiendo penetrar de ningun modo la suerte que

habia sufrido, y hallando vendidos por la justicia, y perdidos los pocos bienes que habia dexado en aquel reyno, nuestra afligida madre, huyendo unos lugares que debian serla aborrecibles, pasó á Génova á recoger las reliquias de una desgraciada herencia, con las quales trasladada despues á esta ciudad, se resolvió á dar fin á su vida en la mediocridad á que la habia reducido la suerte.

Ans. ¡Gran Dios! ¡qué grandes son los rasgos de tu omnipotencia, y qué claramente haceis ver que solo á tí corresponde hacer milagros! Abrazadme, hijos mios, abrazadme, y mezclad vuestra alegría con la de un tierno padre.

Jac. ¿Vos, señor, nuestro padre?

Mar. ¿Vos por quien tanto ha llorado mi desgraciada madre?

Ans. Sí, hija mia: sí, hijo querido: yo soy Don Tomas Alburci, á quien el cielo libertó de las ondas con todas sus riquezas, y quien habiéndoos creído á todos muertos al cabo de diez y seis años, se disponia despues de tantos viages á encontrar en el matrimonio con una virtuosa y prudente muger el consuelo de alguna nueva familia. La poca seguridad de mi vida, si regresa-

ba á Córcega, me ha obligado á renunciar para siempre mi patria, y á que vendiendo disimuladamente los bienes y alhajas que tenìa, me haya avecindado en esta ciudad baxo el fingido nombre de Don Anselmo, para evitar los temores del de Don Tomas, que tantas desgracias me ha originado. Abrazadme, pues, de nuevo, amados hijos.

Onof. ¿Con que en efecto es vuestro hijo?

Ans. Sin la menor duda.

Onof. Pues señor mio, á vos me agarro para que me pagueis dos mil doblones que me ha robado.

Ans. ¿Quién? ¿él haberos robado?

Onof. El, sí señor, él mismo.

Jac. ¿Y quién puede haberos dicho semejante cosa?

Onof. Este, éste lo ha dicho.

Jac. ¿Cómo? ¿eres tú quien lo dice?

Sim. Yo ya vé vm. que no digo nada.

Onof. Aquí tienen vms. al señor Escribano que ha recibido su declaracion.

Jac. ¿Y puede vm. creerme capaz de cometer una accion tan infame?

Onof. Capaz, ó no capaz, señor mio, yo quiero que se me vuelva mi dinero.

SCENA ULTIMA.

Don Onofre, Don Anselmo, Luisa, Mariana, Joaquin, Jacinto, Lucía, un Escribano, Simon y Martin.

Joaq. No os atormenteis, padre mio, ni acuse vm. á nadie. Yo he descubierto dónde se halla vuestro dinero; y vengo aquí para deciros, que si os resolveis á dexarme casar con Mariana, se os devolverá al instante.

Onof. ¿Y dónde está?

Joaq. Eso no le dé á vm. cuidado, pues está en parage seguro y á mi disposicion, con que en vm. solo depende, resolviéndose á darme á Mariana, ó perder la caxita.

Onof. ¿Pero no se le ha quitado nada?

Joaq. Nada, nada: vea vm. si determina consentir en este matrimonio, uniendo su permiso al de la madre de Mariana, que la dexa en libertad de elegir entre vm. ó yo.

Mar. Mas advertid que ya no basta el consentimiento de mi madre, puesto que juntamente con un hermano me restituye hoy el cielo un padre, de quien es necesario me obtengais.

Señalándolos respectivamente.

Ans. El cielo, hijos mios, no os devuelve un padre para oponerse á vuestros lícitos deseos. Señor Don Onofre, ya conoceréis que la eleccion de una jóven recaerá mas bien sobre el hijo, que no sobre el padre: con que así, no deis lugar á decir lo que es necesario, y dad vuestro consentimiento, como yo lo hago, para que se celebren estos dos matrimonios.

Onof. Sí señor: pero para darme consejos es necesario que vea yo mi caxita.

Joaq. Vm. la verá sana y entera.

Onof. Es que yo no puedo tampoco darles nada á mis hijos en dote.

Ans. Eso no le hace: yo, á Dios gracias, tengo bastantes bienes para que se mantengan con mucha decencia.

Onof. Y correrá vm. con todos los gastos...

Ans. Enhorabuena. ¿Estais satisfecho?

Onof. Sí, con tal que para las bodas me mandeis hacer un vestidillo.

Ans. Convengo. Vamos, pues, á disfrutar del gozo que nos presenta este dia tan feliz.

Escrib. Ola, señores, poco á poco: ¿y quién me ha de pagar mi trabajo?

Onof. Nosotros no tenemos que hacer con vuestro

trabajo: ahí os entrego á un hombre para que le podais ahorcar.

Sim. ¡Dios mio! ¿cómo lo ha de hacer uno? Se me da de palos por decir la verdad, y se me quiere ahorcar por decir la mentira.

Ans. Vaya señor Don Onofre, es menester perdonarle por esta vez.

Onof. Bien: pero pagará vm. al Escribano.

Ans. Sea así, y vamos aprisa á dar parte de nuestras dichas á vuestra pobre madre.

Onof. Y yo á ver á mi querida caxita.

FIN.

LA RECONCILIACION

Ó

LOS DOS HERMANOS,

EN CINCO ACTOS:

POR

EL POETA KOTZBUE:

TRADUCIDA

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

ACTORES.

FELIPE BERTRAM.....
EL CAPITAN BERTRAM. } Hermanos.

Los Señores Francisco Baca y Antonio Pinto.

CARLOTA, hija de Felipe. *La Señora Rita Luna.*

EL DOCTOR BLUM, médico. *El Señor Manuel Garcia.*

RAFFER, procurador. *El Señor Fflix de Cubas.*

EL CONDE DE SONNENSTERN. *El Señor Antonio Ponce.*

MÀDAMA BRAND, ama de gobierno del Capitan. *La Señora Coleta Paz.*

JUAN BULLER, marinero viejo. *El Señor Mariano Querol.*

TROGOT, zapatero. *EL SEÑOR JOSEF GARCIA.*

ANA, criada antigua de Felipe. *LA SEÑORA JOSEFA VIRG.*

UN CRIADO DEL CAPITAN.

ACTO PRIMERO.

Calle separada del arrabal á la izquierda: delante de una de las casas, que la componen, habrá un banco: á la derecha árboles; y el fondo representa campo.

Trogot, sentado en un banquillo baxo los árboles, trabajando zapatos de muger, y cantando lo siguiente.

Trog. Quando yo veo los Grandes
enmedio de sus palacios
sumergidos en delicias,
en placeres y regalos,
¿puedo creerlos felices,
contentos y afortunados?
¡Ah! cada uno sabe bien
dónde le aprieta el zapato.
En mi vida fuí tan débil,
que inútilmente clamando
contra mi humilde destino,
envidiase el aparato
de los mortales que brillan

en la opulencia y el fausto;
porque nos ocultan dónde
les aprieta su zapato.

Sale Ana con una escoba, y se pone á barrer la portada de la casa.

Trog. Buenos dias, vecina mia.

Ana. Buenos dias, señor Trogot.

Trog. ¿Cómo está su buen amo?

Ana. Ha dormido bien esta noche: cada dia va de bien á mejor.

Trog. Me alegro infinito por la amable señorita Carlota... y tambien por vm., vecina.

Ana. ¡O! tiene vm. mucha razon, porque sería imposible encontrar unos amos tan buenos. Aunque no estemos sobrados de comida, mi amo Bertram y su hija comen lo mismo que yo: además de que quando lo que se da es con buena voluntad, no se repara si es poco ó mucho. Bien sé yo que hay criadas que tienen mejores gages, y visten seda; mas para eso, en recompensa, sirven á unas señoras insoportables: nada está á su gusto: cada alfiler se prende, y se vuelve á prender mil veces, y cada pliegue se compone de mil formas: viva mi señorita, que de nadie necesita para vestirse.

Trog. ¡Y su afabilidad!

Ana. Jamas la he oído una palabra desagradable.

Trog. ¡O! su boca es demasiado hermosa, para que no salgan de ella sino gracias.

Ana. Puedo asegurar que jamas la he visto de mal humor. Su paciencia ha sido inalterable durante la penosa y larga enfermedad de su padre. Su serenidad y bondad angelical nunca se han desmentido. ¡Quántas noches ha pasado junto á la cama de su padre sin cerrar los ojos! No permitia que yo la aliviase en esta obligacion. Apénas daban las diez, me decia: Ana, vete á acostar. Al principio no me determinaba á fiarme de su vigilancia: ella es jóven, decia yo para conmigo: tendrá el mayor cuidado del mundo, pero acaso se dormirá; y quando una muchacha se duerme, ni los truenos la despiertan. Así pensaba yo: y sin razon; porque aunque mi señorita solia quedarse traspuesta algunas veces, apénas tosía su padre un poco, ya estaba alerta y pronta.

Trog. Semejante virtud no puede quedar sin recompensa.

Ana. No es eso solo; sino que por adquirir algun dinero, ha trabajado sin descanso, y se

ha lastimado los dedos de tanto coser. Mil veces se hubiera muerto de hambre el viejo en este invierno tan riguroso, á no ser por esta hija incomparable.

Trog. ¡O! yo lo creo... porque aun á mí me estimula al trabajo el buen exemplo de la señorita.

Ana. Quando su padre estaba tan malo (que yo no hubiera dado un quarto por su vida) la veía arrodillada en todos los rincones de la sala, y llorar implorando el favor del cielo para su padre. Pero al momento que la llamaba, enxugaba sus lágrimas, y se presentaba con semblante sereno. ¡Qué penoso le habrá sido este disimulo!

Trog. Ya no me admiro de que su padre haya escapado de la muerte: una cara como la suya puede dar salud á qualquiera enfermo... ¿pero en el dia se halla enteramente restablecido?

Ana. Creo que sí.

Trog. Sin embargo, todavía tose mucho: yo le oigo algunas veces desde mi quarto.

Ana. Es verdad; pero el médico, el Doctor Blum, nos da esperanzas de que en breve se le quitará del todo: dice, que no estando enfermo el co-

razon, siempre hay recursos.

Trog. Dice muy bien el médico: quando el corazon está sano...

Ana. En quanto á esto, mi amo nada tiene que temer. Yo le conozco desde niño: era de muy buen corazon; y el cielo le ha preservado de las riquezas que le pervierten: que á no ser así, hubiera sido tan avariento como su hermano.

Trog. ¿Con qué es rico?

Ana. Durante la guerra ha hecho... ¡Dios sabe cómo! una fortuna loca: y tiene la crueldad de dexar abandonado á su hermano enfermo.

Trog. Pues él, ciertamente, tiene buena opinion en todas partes.

Ana. ¿Quándo los ricos no son alabados? todo quanto hacen es bien hecho: pero si un pobre se desliza, al instante se arrojan sobre él, y le confunden.

Trog. Es cosa particular que los hombres vendiendo tan cara su amistad, sean pródigos del aborrecimiento. Debería ser al contrario; ¡porque el ódio es una pasion tan penosa!...

Ana. ¡Bueno! Hay hombres á quienes no se les puede dar mayor gusto que hablarles mal de sus próximos: al momento corren á publicarlo por

toda la vecindad, rebosando en su semblante el regocijo.

Trog. ¿Es cierto que traen pleyto los dos hermanos?

Ana. ¡Demasiado cierto! ¡ya hace mas de quince años! ¿y sobre qué pensais? sobre una huertecilla que está aquí cerca, al pie del monte, que apénas valdrá cien escudos. Debiera avergonzarse ese viejo capitan, tan rico. ¿Podia yo imaginar tal cosa quando le cuidaba de muchacho? era vivo y duro; pero de corazon excelente.

Trog. Yo creo que se enternecería, si viese á la señorita.

Ana. ¡Hija de mi alma! no la ha visto desde que tenia tres años: los hermanos huyen de encontrarse.

Trog. Debia ir ella á su casa.

Ana. ¿Y humillarse, y aun sufrir los desayres de su ama? No, no; mi señorita no es para eso.

Trog. ¿Por qué no? por vivir en paz...

Ana. Hasta ahora nos hemos mantenido con honradez: sabemos hacer labor; y un escudo que ganemos, vale mas que ciento que nos regalen.

Trog. ¡Sobre todo quando se gana para tan bue-

nos amos! Mirad... vecina mia... desde que la señorita vive en esta casa, ¡como que tengo mas aficion al trabajo! Antes mi padre me notaba de perezoso; ahora no me dice nada: solo el ver á Carlotita me quita la pereza; y si todos los dias me siento á trabajar á la sombra de los árboles, es porque veo que ella se sienta gustosa sobre este banco, en los dias serenos.

Ana. Creo que no tardará en venir.

Sale el Conde de Sonnenstern muy petimetre atravesando el teatro, y reparando en Ana, dice...

Cond. ¡Ah! Buenos dias, madrecita mia, ¿tan sola aquí? ¿se ha levantado Carlotita?

Ana. Pienso que sí.

Cond. ¿Baxará?

Ana. Es regular.

Cond. ¿Ha leído el libro que le dí el otro dia?

Ana. Ha empezado.

Cond. ¿Qué le parece?

Ana. Ni bien, ni mal: solo dice que hace llorar demasiado.

Cond. Tanto mejor: es un libro hecho para los corazones nobles y sensibles.

Ana. ¿Y es necesario llorar siempre para ser sensible?

Cond. Una jóven ha nacido para amar; y por consiguiente para derramar lágrimas: pero al caso: ¿cómo está papá?

Ana. Tiene un temperamento de yerro.

Cond. Bastante desdicha es la suya en este mundo.

Ana. En efecto, debia darse priesa á salir de él, y dexar á V. S. por legado su hermosa hija: ¿no es esto?

Cond. Si tuviera la bondad de hacerme semejante manda, yo por mi parte añadiria el encargarme del ama de gobierno.

Ana. ¿Para qué tantos rodeos? Si V. S. ama á mi señorita, pidásela á su padre; y en términos honrados acaso se la concederá en vida.

Cond. ¿De veras?

Ana. Y no procediendo de este modo, inferiré que V. S. no la ama.

Cond. No siempre puede un hombre lo que quiere.

Ana. Quando no se puede hacer el bien, no es necesario querer el mal.

Trogot canta durante esta conversacion, y cada vez que el Conde dice algo que no le gusta, levanta la voz.

Cond. ¡Qué ideas tan extravagantes!

Ana. ¿Piensa V. S. que mi señorita no merece ser Condesa?

Cond. Y sería la Condesa mas bonita del universo.

Ana. Le parece á V. S. demasiado pobre, ¿he?

Cond. La pobreza no es deshonra.

Ana. Esa es una máxîma que todos los hombres traen en los labios, y ninguno en el corazon.

Cond. Al asunto: ¿necesita vmd. algun dinero?

Ana. Falta nos hace.

Cond. Siendo así, tome vm.

Ofreciéndola un bolsillo.

Ana. Nosotras necesitamos dinero; pero no ese.

Cond. ¿Y por qué?

Ana. Mi amo es pundonoroso, y nada fácil en recibir regalos.

Cond. Pero yo no á él, sino á su ama de gobierno hago esta fineza.

Ana. Pues sepa V. S. que aunque no gano mas soldada que ocho florines al año; con todo eso, quando los Domingos voy á la Iglesia, nunca me falta alguna monedilla que echar en el cepillo de los pobres.

Cond. Vamos, Ana: sea vm. mas dócil: la se-

ñorita es un tesoro; vm. su guardia, el dragon que vomita fuego...

Mira detrás de sí.

¿Pero quién diablos es este vocinglero que está detrás de nosotros? ¡grita como un ciego!

Ana. Nadie puede quitarle que cante.

El Conde tira á Trogot una moneda de plata.

Cond. ¡He! Amigo, vete á beber á nuestra salud, que ya tendrás seca la garganta.

Trogot coge la moneda y la clava en su banquillo.

Cond. ¿Qué haces, bribon?

Con risa.

Ana. Ja, ja, ja; justamente hace lo mismo que nuestro vecino el tendero, que quando le dan monedas falsas las clava en el mostrador.

Cond. ¿Qué has hecho? dí.

Cantando.

Trog. Cada uno sabe bien
dónde le aprieta el zapato.

Ana. Déxele V. S.: es sordo.

Cond. ¡Brabo! ¡eso es bueno! ¡qué no fuera tambien mudo! ¡Ah! la bellísima Carlota está aquí.

Sale Carlota.

Carl. Querida Ana, ¿has acabado? Mi padre va

á baxar al instante.

Ana. ¿A baxar?

Carl. Sí; la primera vez: hace un dia tan apacible, y está el ayre tan templado... Buenos dias Trogot... Señor Conde...

A Trogot apacible, y al Conde con seriedad.

Trogot se quita respetuosamente el gorro. En tanto que está presente Carlota, suspende el trabajo, demostrando en las variaciones de su semblante el interés que toma en la conversacion.

Cond. Ya iba á enojarme, Carlota hermosa, si esa dulce mirada no desarmase mi enojo.

Carl. ¿Enojo? ¿y por qué?

Cond. Porque ha saludado vm. ántes que á mí á ese sordo majadero.

Carl. ¡Sordo! es el hijo del dueño de la casa: mozo honrado, y de genio pacífico.

Cond. ¡Cosa rara! ¡de genio sosegado, honrado!...

Carl. La virtud no quiere bulla.

Cond. La virtud es hija del amor; y un hombre que ama es siempre virtuoso y bueno.

Carl. Eso no sabía yo.

Cond. Pues sí señora: así como el sol fomenta las

semillas en el seno de la tierra, así tambien el amor, el de las virtudes en el corazon del hombre.

Carl. Yo pienso que puede haber virtud en un sugeto, sin que conozca el amor.

Cond. ¡Qué error! el amor es el que realza la virtud.

Carl. ¿Sin duda que V. S. habla del amor á la humanidad?

Cond. ¿Y qué? ¿ha renunciado vm. todo otro amor?

Carl. ¿Cómo V. S. pregunta eso á una doncella que no tiene otro bien que un padre á quien ama y venera? ¡Ah! tome V. S. parte en mi alegría: mi padre va por la primera vez, despues de su enfermedad, á salir de casa: viene á respirar el fresco de la mañana aquí á la sombra de este tilo, donde vió como triste anuncio caer en el último otoño las hojas de los árboles. ¡Si V. S. supiera quánto ha padecido, y con quánta resignacion ha llevado la falta de las cosas precisas!

Cond. ¿Falta?... En vm. ha consistido.

Carl. ¿En mí?

Cond. ¿Qué duda tiene? ¿No ha desechado vm. mis socorros?

Carl. ¿Pues qué? ¿es V. S. médico?

Cond. Los cuidados afligen mas que las enfermedades: y vm. tal vez se los pudiera haber evitado.

Carl. No entiendo á V. S.

Cond. Si por exemplo, haciendo un noble uso de la riqueza ó fortuna que debo á la suerte... Si á una doncella, que no tiene igual, ofreciese yo los socorros necesarios para alivio de su padre enfermo... y...

Carl. Entónces la hija debería presentar á su padre un hombre tan generoso.

Cond. ¿Y si él quisiese mas bien poner los efectos de su generosidad en manos de la hija?...

Carl. Entónces ella no tendria el atrevimiento de admitirlos.

Cond. Eso es decir que los despreciaría.

Carl. No tanto: pero, señor Conde, hay ciertos respetos á que debe atender una doncella.

Cond. A lo ménos no me hará vmd. el desayre de no admitir esta rosa.

Carl. Mi padre gusta de flores: hoy cumple años: voy á ofrecérsela.

Le hace una cortesía, otra á Trogot con la cabeza, y éntrase en casa.

Ana. Señor Conde, si á V. S. le pesa mucho el dinero, mas abaxo vive un pobre ciego pescador; vaya á socorrer su miseria.

Entra en la casa.

Cond. ¡Ellas se burlan de mí! ¡La muchacha no tiene talento ni educacion! ¡Si á lo ménos pudiera yo conseguir que leyese novelas! Sin esto, es muy dificil sorprehender el corazon de una jóven. ¿Mas no podria yo sacar partido de este sordo animal? El vive en la misma casa: escucha amigo.

Trogot hace que no entiende, y el Conde le grita.

¿Amigo?

Como sorprehendido.

Trog. ¿Qué es eso? ¿qué?

Cond. Poco á poco, ¿sabes con quién hablas? yo soy un Conde.

Trog. ¿Sabe V. S. hacer zapatos?

Cond. ¡Qué majadero!

Trog. ¿Pues qué es lo que V. S. sabe?

Cond. Darte una paliza, sino eres mas cortés.

Trog. ¿Dar una paliza? eso sabe hacerlo un zapatero tan bien como un Conde.

Cond. Escucha, ¿quieres ganar dinero?

Trog. ¿Pues hay alguno que no quiera? ¿supongo que eso será de un modo llano?

Cond. El modo es el mas fácil del mundo.

Trog. El modo mas fácil no siempre es el mas honesto: ¿necesita V. S. zapatos?

Cond. ¿Quieres encargarte de llevar una carta?

Trog. ¿Al correo?

Cond. No: aquí... á esta casa... á la señorita... pero sin que lo sepa la ama de gobierno.

Trog. Está bien: venga.

Cond. ¿Cómo te has de manejar?

Trog. Se la daré á su padre.

Cond. ¡Habrá bruto!...

Trog. ¿Pues qué tiene de malo que sepa un padre lo que le escriben á su hija?

Cond. ¡Qué tonto! ¿necesitaría yo de tí, si quisiera que el padre lo supiese?

Trog. Señor Conde, si V. S. necesita de un pícaro, ¿para qué se vale de un tonto?

Cond. Este bribon es muy rudo: no sabe de cosas: ja, ja: vé aquí mi hombre: apuesto á que éste me entiende á media palabra.

Sale Raffer.

Buenos dias, vecino: á buen tiempo llega vm.

Raff. Siempre servidor de V. S.

Cond. Yo sé que vmd. es un hombre con quien se puede contar para todo.

Raff. Un hombre muy de bien: como todo el mundo sabe.

Cond. A lo ménos lo creen: que viene á ser lo mismo.

Raff. ¿Cómo es eso? explíquese V. S.

Cond. Amigo, hay dos clases de hombres de bien; unos lo son en realidad; otros lo parecen.

Raff. ¡Malos principios!

Cond. Sin embargo, con ellos se medra y se luce; ¿no es así? Yo veo que á vm. no le ha ido mal con ellos; pues con esa panza parece vm. un Emperador del Japon.

Raff. Se conoce que V. S. está de buen humor; pero yo tengo entremanos unos asuntos tan urgentes, que...

Cond. Yo pienso encargar á vm. otros: atienda vm. vecino: yo no me espanto de esa peluca, ni de esa fria y estoica virtud. Claro: yo quiero que vm. sea correo de mis amores.

Raff. V. S. mande quanto quiera.

Cond. Pero como un correo debe estar bien montado, yo os regalo mi caballo vayo.

Con precipitacion.

Raff. ¿El que V. S. montó ayer?

Cond. Sí; aquel que se ponia de manos, y se encabritaba con tan...

Raff. Con tan soberbia cabeza...

Cond. Y crin tan magnífica.

Raff. ¿Y en qué puedo servir á V. S., señor Conde?

Cond. Ya conoce vm. á Bertram, el recaudador de rentas.

Raff. ¿El que vive en esta casa? Sí: le conozco; pero hable V. S. quedo, que no estamos solos.

Mirando á todas partes.

Cond. Qué... ese zapatero... No hay que temer: es sordo.

Raff. Nada hay sordo en el mundo: hasta las paredes oyen.

Cond. Pues retirémonos un poco.

Le habla baxo, y Trogot vuelve á cantar.

Basta: vm. ya me ha entendido: venga esa mano; por ahora cedo á vm. la plaza: entable vm. su comision: vm. tiene mi poder absoluto: amigo mio, vaya un abrazo.

Raff. Con mucho gusto; pero esta amistad es demasiado repentina.

Cond. Quando las gentes honradas se necisitan mutuamente, la amistad camina á pasos de gigante. *Vase.*

Raff. El es astuto: pero estemos alerta... No dexémos escapar esta ocasion de engordar el bolsillo... Pero tiento, Raffer... no perdamos en un dia la reputacion de hombre de bien, que tanto tiempo me ha costado grangear, y que tanto me vale.

A Trogot.

Maldito tú seas con tus xácaras.

Salen Felipe y Carlota con su almohadilla de labor.

Fel. Déxame sentar aquí, hija mia: aquí tomaré bien el sol.

Raff. Señor Felipe Bertram, felices dias...

Fel. ¡Oh! sea vm. bien venido, señor Raffer: mucho tiempo ha que no he tenido el gusto de ver á vm.

Raff. He estado fuera, á ciertos asuntos... ¿Ha ocurrido alguna novedad en este tiempo?

Fel. Para mí la mas importante: he recobrado mi salud.

Raff. Sea enhorabuena: con el buen tiempo, y

algunos paséos por la huerta, se restablecerá vm. del todo.

Fel. ¡Ah! no me hable vm. de la huerta.

Raff. ¿Y por qué?

Fel. ¡Ojalá que en su suelo hubiese reventado un volcan, y la hubiera abrasado! A lo ménos no se vieran vivir dos hermanos enemistados mas ha de quince años, por cosa de tan poco momento.

Raff. Esta es la primera vez que oigo á vm. hablar de este modo.

Fel. ¡Ay! ha sido preciso que mi cuerpo enfermase, para que mi alma sanára...

Raff. Pero quando uno tiene derecho como vm...

Fel. ¡Ay, amigo! quando uno se vé, como yo me he visto, á punto de comparecer ante aquel tribunal en que los derechos de los hombres se aprecian en lo que valen, de muy buena gana se renuncia la manía de disputarlos. Así es que yo he dado al Doctor Blum poder absoluto para terminar esta fatal disputa ante el tribunal de paz.

Admirado.

Raff. ¿Ante el tribunal de paz? ¿habla vm. de veras?

Fel. Sí señor: ya hace ocho dias que allí se sigue este asunto.

Raff. ¿Y no me habia dicho vm. nada?

Fel. Con la ausencia de vm. ¿cómo?

Raff. Mucho dudo que su hermano de vm. el Capitan entre en composicion.

Fel. En ese caso le abandono la huerta: un viejo como yo, necesita descanso: y por otra parte mis fuerzas no me permiten pleytear mas tiempo. Si logro recobrar mis fuerzas, y volver á mis ocupasiones, no atenderé sino á la educacion de mi hija: que ya está en edad de pensar en su colocacion.

Carl. Padre mio, vm. me ha enseñado á no vivir ociosa, y poner mi confianza en Dios, ¿qué otra cosa necesito?

Fel. Otras muchas.

Carl. Yo he aprendido á gobernar una casa.

Fel. Y á amar á tu padre... esto es todo lo que sabes: bastante es para mí; pero muy poco para los demas. ¡Ah! ¡hija mia! yo no puedo pensar un instante sin dolor, acerca de todo lo que te hace falta. Tal, como tú eres, no sirves ni aun para estar con qualquiera señora que tomase interés por tí: lo primero que te pregun-

taría, sería si sabías colocar un prendido, labar encaxes, ¿y qué sé yo que mas?

Raff. Sin embargo, yo conozco una dama muy rica en bienes de fortuna, y mucho mas en virtudes, que desea hallar una señorita, que la haga compañía. Si fuera posible... señor Bertram, ya vm. sabe que soy su antiguo amigo. Si pudiera lograr para la chica esta conveniencia...

Abrazando á su padre.

Carl. Mi conveniencia está aquí.

Fel. Yo lo agradezco, amigo Raffer: en otra ocasion hablarémos de esto.

Carl. No, no, padre mio, no me desvie vm. de sí.

Fel. Yo desviarte, ¡hija mia!... nada deseo sino tu felicidad.

Carl. Sola una vez en mi vida he sido desgraciada... quando estaba vm. tan enfermo...

Fel. Pero es menester pensar para adelante, para adelante.

Sale Blum.

Blum. ¡Quánto me alegro, señor Bertram, de ver á vm. por primera vez respirando ayre libre.

Fel. Sea vm. muy bien venido, mi amado Doctor. Deme vm. esa mano.

Carl. Buenos dias, señor Doctor.

Fel. ¡O! ¡qué satisfaccion es para un médico el haber salvado la vida á un padre de familias, y conservado su único apoyo á unos huérfanos!

Blum. ¡Si los sucesos correspondiesen siempre á los buenos deseos!...

Fel. Quando mi enfermedad me puso en términos de ir á la sepultura, vm. en la estacion mas rigurosa del invierno nunca se olvidó de visitarme; y si mi alivio no siempre correspondió á sus deseos, á lo ménos su afabilidad y buen semblante me animaban. Yo á vm. no le conocia: solo el amor de la humanidad le conduxo á mi casa. ¡O! ¡qué feliz es el destino en que el hombre se emplea en hacer bien á sus semejantes!

Blum. Señor Bertram, yo no he dado á vm. licencia para hablar tanto.

Fel. Quando el corazon está lleno, ¿no es preciso que revose? Hoy cumplo cincuenta y tres años; hoy los celebro; y á vm. debo este beneficio. Mi hija no es huérfana, y á vm. debe el no serlo.

Blum. Será preciso que me valga de mi autoridad, para que vm. guarde silencio. Es muy propio de las almas nobles excederse en el reconocimiento: yo ciertamente no he hecho mas que cum-

plir con mi obligacion: ¡y pluguiese á Dios que mis desvelos siempre fuesen tan bien recompensados! Pero hablemos de otra cosa. Esta visita no es de médico, pues ya no le necesita vm., sino de amigo. Quando ayer tarde hablamos de que hoy eran los dias de vm., esperaba venir á dárselos temprano con la buena noticia de haberse terminado el pleyto infausto.

Fel. ¡Qué gozo hubiera yo tenido con tal noticia!

Blum. Todavía no desconfio de que hoy mismo se concluya. Nuestro juez de paz es el hombre mas honrado que conozco, y el único acaso que ama la virtud por sí misma: él es á un tiempo juez, padre y hermano: la persuasion reside en sus labios, y el amor á sus semejantes está grabado en su corazon. Quando se inutilizan sus generosos esfuerzos, pasa las noches desvelado; y quando tienen efecto, se acuesta mas lleno de satisfaccion, que aquellos mismos á quienes ha pacificado. ¿Quién, por estos rasgos, dexará de conocerle?

Fel. !Y quién no le llenará de bendiciones!

Raff. Pero, señor Doctor, vm. procede con precipitacion.

Blum. A mí me parece que con lentitud.

Raff. El señor Bertram estaba en términos de ganar el pleyto con restitucion de costas y daños.

Blum. ¿Y contais entre los daños y costas la tranquilidad perdida quince años ha?

Raff. Se conoce que el señor Doctor gusta del género pastoral.

Irónicamente.

Blum. Quando eso fuera, ¿tan gran defecto es gustar de lo que nos acerca á la naturaleza? Se encuentran en el mundo con tanta freqüencia hombres crueles y malvados, que es muy bueno leer algunas veces libros, que tal vez son los únicos que nos los representan buenos y sensibles.

Raff. Esos libros no tienen solidez alguna.

Blum. Bien sabemos lo que los señores Letrados tienen por conocimientos sólidos: unas cláusulas bárbaras que nadie entiende...

Raff. Pero, señor médico, ¿son mas inteligibles vuestras recetas?

Blum. ¡Ay! no por cierto. Por eso yo, con mucho gusto, abandono este charlatanismo á los ataques de la sátira.

Raff. Señor Doctor, cada profesion tiene su charlatanismo, y debe tenerle, para deslumbrar á

la multitud: servidor de vms.

Vase.

Blum. Parece que se ha enojado, porque vm. quiere reconciliarse.

Fel. Militares y Letrados nunca desean la paz.

Blum. Hace mucho tiempo que no estan bien con ese tribunal.

Fel. Sin embargo, es un hombre honrado.

Blum. Así se dice... pero por desgracia, la opinion de hombre honrado no es algunas veces (á diferencia de otras opiniones) sino un capricho de la fortuna, un juego de azar.

Sale Ana.

Ana. Señor, ya está el desayuno.

Fel. Vamos al instante. ¿Quiere vm. ver, mi amado Doctor, como el fresco de la mañana excita el apetito de los convalecientes?

Blum. Tengo todavía que visitar un enfermo.

Fel. Siendo así, no quiero detener á vm.; porque sé demasiado la impaciencia con que un enfermo espera al médico.

Entra en la casa, ayudado de Ana.

Carl. ¿Qué habrá vm. pensado de mí, señor Doctor, viéndome enmudecida quando mi padre le manifestaba su gratitud? Yo no sé cómo es es-

to... que quándo me veo en el caso de dar gracias por algun grande beneficio, ántes encuentro con las lágrimas, que con las palabras.

Blum. Las lágrimas son intérpretes del corazon.

Carl. ¡Yo hubiera llorado de gozo!... pero me sonrojaba el hacerlo delante de Raffer.

Blum. ¿Con que, hija mia, ¿no se hubiera vm. sonrojado de llorar delante de mí?

Carl. ¡Oh! no señor. En aquella terrible noche, en que mi padre estaba tan malo, observé que á vm. mismo se le saltaban las lágrimas.

Blum. Confieso que no hice bien: el corazon de los médicos debe saber resistir á sus fuertes impulsos de sensibilidad.

Carl. Pero entónces, no podria vm. manifestar el regocijo de haber socorrido una familia angustiada. ¡O! ¡qué alegría el poder socorrer así á los que padecen! Si yo fuera muchacho, hubiera aprendido á escribir recetas, y yo misma hubiera salvado á mi padre.

Blum. Yo aseguro á vm. que sus contínuos cuidados han sido mas eficaces que mis recetas.

Carl. ¿Habla vm. de veras?

Blum. Sí, á fé mia.

Carl. ¡Ah!... ¡no sabe vm. la inexplicable alegría

que recibo con ese testimonio! ¿No es verdad que mi padre vivirá mucho tiempo?

Blum. Sí; si es prudente en evitar todos los excesos y pasiones violentas.

Carl. ¡O! eso corre de mi cuenta: yo alejaré de él quanto pueda serle peligroso.

Blum. ¿Y estará vm. siempre á su lado?

Carl. ¡Siempre! ¡siempre!

Blum. ¿Pero si algun dia precisada de otras obligaciones?...

Carl. ¿Otras obligaciones?... ¿las hay mas sagradas?

Blum. Por exemplo, las obligaciones de esposa y de madre.

Carl. No: yo nunca me casaré.

Blum. ¿Nunca?

Carl. Nunca. Siendo necesario dexar á mi padre.

Blum. Vm. en su lugar le daría un hijo...

Carl. ¡Que le privase de su hija!

Blum. ¿Pero si se presentase un sugeto que estuviese en estado de proporcionar á padre una vejez tranquila; que, léjos de privarle de los cuidados que le prodíga su hija querida, quisiese unir tres corazones con los vínculos del amor y del parentesco... que viviese en compañía de

vms. en una misma casa; que aumentase sus satisfacciones, y se interesase en todas sus cosas...

Carl. Si se encontrase un hombre así...

Blum. ¿Le amaría vm.?

Carl. ¿Como no lo amaría?

Blum. ¿Y si padre dixese: hija mia, dale tu mano y tu corazon?

Carl. Con toda el alma: pero esto sería lo único que pudiera darle, porque no ignora vm. que somos muy pobres.

Blum. ¡O Carlota! No conoce vm. todavía las riquezas que atesora en sí... Pero, amable niña, en estando con vm. olvido que me llama una obligacion sagrada: la humanidad afligida. A Dios: y tenga vm. muy presente esta conversacion; que acaso llegará tiempo en que yo la recuerde.

Vase.

Pensativa.

Carl. ¿Qué querria decirme?... ¿que yo tenga presente esta conversacion?...

Despues de una pausa y un suspiro medio sofocado.

Yo creo que sin su encargo, nunca la hubiera olvidado.

Se encamina lentamente á la casa, y Trogot se levanta, y la dice.

Trog. ¿Mi amada señorita?...

Con tono amistoso.

Carl. ¿Qué quiere vm., Trogot?

Trog. Perdone vm. si me atrevo...

Carl. Diga vm.

Trog. Acabo de hacer un par de zapatos...

Carl. Ya lo veo.

Trog. Como hoy es el cumpleaños de padre... como vm. le ama tanto, que ahora mismo.... allí... se me saltaban las lágrimas... yo quisiera.. pero no se enoje vm...

Carl. ¿Por qué he de enojarme? las intenciones de vm. son buenas.

Trogot la mano sobre el corazon, y mirando al cielo, dice:

Trog. Sí; el cielo sabe que mi intencion es buena.

Carl. Siendo así, hable vm. con franqueza.

Trog. Yo quisiera que vm. aceptase esta corta expresion...

Carl. Yo doy á vm. mil gracias: llegará tal vez un dia en que yo pueda corresponder...

Trog. ¡O señorita! no hay que pensar en eso... yo me tengo por muy feliz en que no se haya

vm. desdeñado de mi corto obsequio.

Carl. ¿Por qué habia de desdeñar un regalo ofrecido con buen corazon?

Trogot. Solo con eso quedo bien remunerado. ¡Quánto mas feliz soy que el señor Conde!... Señorita, no se fie vm. de él... es un mal hombre... y el procurador Raffer, su agente, es otro como él. Aquí en este sitio han hablado cosas, que yo me avergonzaría de repetirlas. ¡Ah! no se fie, no se fie vm. de esos dos hipocritones.

Carl. Yo se lo agradezco á vm., buen Trogot. Ahora acepto el regalo con mayor gusto: quando los malvados me prepáren lazos con palabras seductoras... entónces miraré mis zapatos, y me acordaré de los avisos de vm.

Entra en la casa.

Trog. Vé aquí lo que se llama una señorita: ¡es tan buena!... ¡tan afable!... ¡O! si un dia se prendiera fuego en nuestra casa, tendria gusto en arrojarme á las llamas, para poder librarla. Buen Trogot, me decia. ¿Lo entiendes, Trogot? ¡Ah! si despues de esto, un punto dexas de ser hombre de bien, mereces que te lleve el diablo sin remedio.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa del Capitan Francisco Bertram.

Juan Buller solo, sentado junto á una mesa, sobre la qual habrá una botella y almuerzo.

Juan. El Capitan cumple hoy cincuenta y tres años... A que viva...

Bebe.

Mucha edad es... cincuentra y tres años... ¡Eh! ¿y qué importa, con tal que viva mas que yo? Vaya... qué... ¿cómo habia yo de tener valor para asistir á su entierro, y poner su espada sobre el atahud?

Sale Madama Brand.

Mad. ¡Fuego de Dios! ¡todavía está con su botella!

Juan. Sí señora... Quiero beber á la salud de mi Capitan.

Mad. ¡Malditos tales brindis! Estoy segura de que esto es lo que hace enfermar á los hom-

bres. El que brinda á la salud de todos, nunca deva de arruinar la suya.

Juan. Madama Brand, sepa vm. que yo no bebo á la salud de todo el mundo.

Mad. Pues por haber bebido á la salud de todo el mundo, el viejo recaudador de rentas, el hermano de nuestro amo, se vé como se vé, enfermo.

Juan. Está vm. muy mal informada. ¿Quiere vm. que la diga por qué se ha puesto enfermo?

Mad. Bien...

Juan. Pues sepa vm. que una maldita ama de gobierno que tenia, le mortificaba tanto... que...

Mad. ¡Qué vino este tan pestífero!

Juan. Ola: ¿lo conoce vm. por el olor?

Juan le llena el vaso, y ella se lo bebe de un trago.

Mad. Veamos qué tal. ¡Puf! ¡qué peste!... no he bebido un vino peor.

Juan. Puede... como que es un vino de á tres quartos; pero ganados honradamente.

Mad. Quando vm. quiera venir á mi quarto, le daré á probar otro vino, que ya, ya es vino: y con eso me hablará vm. de noticias.

Juan. Gracias... que yo, como no me remuerde la conciencia, no necesito de esos opios que me la aquieten.

Mad. ¡Qué genio tan áspero y extravagante!

Juan. ¡Mucho! Amiga, soy ya viejo; y de un viejo no se puede hacer todo lo que se quiere.

Mad. ¿Pero eso qué hace para regalarse de quando en quando lícitamente?

Juan. Así lo hago yo.

Mad. Sí; con un vinagre, que se lleva tras sí el gaznate.

Juan. Pues este vinagre, Madama Brand, se convierte en nectar quando pasa por la garganta de un hombre honrado.

Mad. Mucho habla vm. de honradez: pero... si á lo ménos por las noches fuera vm. á rezar conmigo mis devociones...

Juan. ¡Y que me dormiera!

Mad. ¡Vaya, que es vm. un hombre raro! ¿Para qué se pone una á servir? El amo, ya sabe vm. que no tiene hijos.

Juan. Tiene un hermano, y una sobrina.

Mad. ¡Y qué! ¿dexaria sus bienes á unas gentes que no han hecho sino darle pesadumbres, y abreviarle los dias de la vida?

Juan. ¡Ah! por poco que le dure, no tendrá ya que dexar.

Mad. Eso es chanza... Mas diga vm. ¿quánto le parece que vivirá? Lo que vemos es, que es un viejo regañon, y que no puede tardar en palmar.

Con mucha seriedad.

Juan. ¿Lo cree vm.?

Mad. Sus fuerzas van perdiendo cada dia terreno.

Inquieto.

Juan. ¿De veras?

Mad. Dentro de un par de meses...

Juan. ¡Cómo!...

Mad. A lo mas podrá llegar al otoño; y entónces al caer de la hoja...

Pateando.

Juan. ¡Tan pronto! ¡ó! no, no, no; eso no... tan pronto... no, no.

Mad. Por mas que vm. diga que no, quando la muerte dice que sí, no hay que replicarla.

Juan. Pero el médico, ¿ha dicho algo de eso?

Mad. ¿Qué me importan á mí los médicos? tanto entiendo yo como ellos.

Juan. No, no: yo se lo digo á vm.: no. *Vase.*

Mad. ¡Qué maldito de hombre! pero aunque sea violentándome, es preciso contemplarle: ¡sobre

que le ha sorbido el seso al Capitan! Mas de veinte criados he hecho salir de casa, sin mas dificultad que insinuarlo... pero sí... ¡qué, podré yo desvancar á este picaron! ya, ya... le parece que porque ha sido marinero, todo el mundo le ha de...

Sale Raffer de puntillas.

Raff. Buenos dias, mi amiga.

Muy afable.

Mad. ¡O señor Raffer! téngalos vm. muy buenos: ¿cómo tan temprano?

Raff. Temprano, y con todo demasiado tarde.

Mad. ¿Qué quiere decir eso?

Raff. Ocurren cosas muy extrañas.

Mad. ¡Extrañas!

Raff. El Capitan quiere reconciliarse.

Asustada.

Mad. ¿Con su hermano?

Raff. Cierto: su asunto está en el tribunal de paz.

Mad. Es imposible.

Raff. Ahora mismo vengo de allá: ambos han dado sus poderes absolutos...

Mad. ¿A quién?

Raff. Al Doctor Blum.

Mad. ¡Sin decírmelo! ¡sin haberme consultado! quiero luego, luego...

Raff. Poco á poco: todo lo echaríamos á perder atropellando las cosas.

Mad. ¿Pues qué hemos de hacer?

Raff. Asestar nuestras baterías: hacer sospechoso á este conciliador importuno, y enconar de nuevo los ánimos.

Mad. ¿Y si no se acierta?

Raff. Sino se acierta, verémos una escena muy tierna... Los dos locos se reconciliarán; derramarán lágrimas; la señorita los rodeará, lisonjeará á su viejo tio: y á Dios herencia.

Mad. ¡Ay Dios mio!... ¿y para qué habré yo trabajado quince años?

Raff. Para hacer el dote á la sobrina.

Mad ¡Ah! no me hable vm. de ella, sino quiere que me caiga muerta.

Raff. Esto es decir á vm. la verdad.

Mad. En substancia, amigo mio, vm. perdería mas que yo, si las cosas tomasen ese semblante: ya sabe vm. que todas mis miras solo se dirigian á lograr la amable persona de vm.

Raff. Muchas gracias.

Mad. Si he trabajado dia y noche para hacer al-

gun dinerillo, ha sido por no presentárme á mi futuro esposo con las manos vacías.

Raff. Mil gracias.

Mad. A la verdad, no es gran cosa lo que tengo... algunos miles de escudos... una friolera: todas mis esperanzas estaban puestas en el testamento.

Raff. ¡Que no esté ya firmado! por vida de...

Mad. Todavía no debemos desesperar: reuniendo nuestros esfuerzos, podrémos salir con la empresa. En todo caso, yo estimo á vm. demasiado para creer que solo me haya elegido por interés. Quando dos esposos bien unidos no tuvieran mas que una pobre cabaña, la felicidad habitaria con ellos.

Raff. ¡Ay amiga! todas esas pinturas son muy encantadoras en los idilios: pero yo preferiría un testamento rico, á todas las cabañas del Imperio Germánico.

Sale el Capitan Bertram, cojeando apoyado en su baston.

Cap. Buenos dias, mis queridos amigos: el haber trasnochado ayer, me ha hecho levantar hoy tarde.

Raff. Apuesto á que tenia vm. convidados; y la cena...

Cap. ¡Bueno! ¡convidados! uno 'solo... el diablo cargue con él, ¿quereis saber su nombre? pues era la gota, amigo, la gota. Yo tomo asiento: haced otro tanto, sino quereis estar en pie: y estad en pie sino quereis sentáros: yo estoy en disposicion de clavarme en un canapé.

Raff. Esa es una enfermedad que solo llama á la puerta de los ricos.

Cap. Y no espera á que se la abran.

Mad. ¿Por qué no ha tomado vm. algunas gotas de mi elixîr milagroso?

Cap. Madama Brand, yo no quiero nada que huela á milagro: ¿pero qué estabais hablando? proseguid.

Raff. Hablabamos...

Mad. Sentíamos...

Raff. Nos admirábamos...

Mad. Nos enfadábamos...

Cap. ¿Pero qué? ¿y de qué?

Raff. De la facilidad con que los malvados engañan á las gentes honradas.

Cap. ¿No era otra cosa? pues eso ya es viejo.

Raff. Se dice que vm. ha dado sus poderes al Doctor Blum.

Cap. Sí.

Raff. Y que quiere reconciliarse vm. con su hermano.

Cap. Ese es mi ánimo.

Raff. Es cosa rara, que al cabo de quince años...

Cap. Decís bien: debiera haberlo hecho quince años ha.

Raff. ¡En el momento que el negocio llevaba tan buen camino!...

Cap. Quince años ha que camina, y no adelanta un paso.

Raff. La qüestion de *forum privilegiatum*, iba á decidirse.

Cap. ¿Y qué hubiera ganado en ello?

Raff. Saber por fin el tribunal que debia conocer de lo principal.

Cap. ¡Peste!

Raff. Yo no tengo la culpa de que no se haya adelantado mas... soy un hombre de bien.

Cap. Ya lo sé.

Raff. Los embrollos de ese hermano...

Cap. Así se acabarán: él quisiera matarme á fuerza de pleytear; pero á cada uno le llega su vez: le tengo bloqueado en el tribunal de paz; y allí no se me escapará.

Raff. Lo creo muy bien: pero él se llenará de sa-

tisfaccion, quedando con tantas ventajas.

Cap. ¿Y quáles son esas ventajas? ¿Creeis que el tribunal de paz le adjudicará la huerta?

Encogiéndose de hombros.

Raff. ¿Quién sabe?

Cap. Por mal que salga, la huerta no vale trescientos escudos; y me cuesta ya unos gastos, que me dan vergüenza.

Mad. Con que al fin, el malvado vendrá á salirse con la suya.

Cap. No es lo mismo quedarse con la huerta, que tener razon.

Mad. Y que se lleve el patrimonio de vm.

Cap. Lléveselo.¡

Mad. ¿Por qué no ha proseguido vm. mas tiempo expuesto á los peligros del mar? con eso habria cargado con todo.

Cap. Ya me ha atrapado quanto ha podido.

Mad. ¡Y en recompensa, le dexa vm. por heredero!

Cap. ¡Heredero mio!... ¿quién se atreve á decirlo?

Mad. Si se termina el pleyto..

Cap. ¿Qué puede resultar?

Mad. Que harán vms. las paces.

Cap. Eso no: jamas.

Con ironía.

Mad. ¡Qué fiesta habrá en la casa!

Raff. Sin duda, el señor Capitan nos convidará á la funcion, á la gran comida.

Mad. ¡O! ántes que llegue ese dia, ya yo estaré en otra parte.

Raff. ¿No tiene el señor Capitan á su sobrina? Yo apuesto á que ya se está saboreando con la idea de que ha de gobernar la casa de su querido tio.

Cap. Callen vms. que me irrito. Mi sobrina...

Raff. Apénas ha sabido que se trataba de composicion se ha dexado de ciertas intrigas que no la hubieran favorecido en el concepto de un tio, cuya voluntad le importa tanto grangearse.

Cap. ¡Ella!... intrigas!...

Raff. Yo no quiero repetir quánto se ha dicho de eso: ya sabe vm. que no gusto de murmurar del próximo. Un cierto Conde de Sonnenstern, mozo muy petimetre, es muy contínuo en casa de su padre. Algunas veces sirve de bracero á la señorita... Por la tarde se sientan juntos á la puerta de su casa.

Cap. ¿Quién?... Esa muchacha... ¡qué buena era su madre!...

Raff. Es verdad; pero su padre ha sostenido durante quince años un pleyto ruinoso... él no es rico... sobre todo, en estos últimos tiempos le ha sido forzoso recurrir á ciertos medios... Se dice tambien que el Doctor Blum, acaso habrá puesto los ojos en la niña... pero que repugna cargar con ella sin dote; y que por este motivo tiene tanto empeño en la reconciliacion.

Cap. Poco á poco, señor Raffer. El Doctor Blum es amigo mio, y no sufriré que se le atrevan á su estimacion.

Raff. Yo no hablo sino con buena intencion.

Cap. Ya lo sé, y le hago á vm. justicia... pero en fin, quiero tranquilidad; es muy necesaria para mi salud. Sí, amigo mio; todos nos mudamos con el tiempo. Hace quince años que mas hubiera querido que me abandonasen en una isla desierta, que ceder el mas mínimo de mis derechos: en el dia, ya me voy encaneciendo: la vejez me debilita y me hace desear la paz.

Raff. Eso es pensar con juicio.

Mad. Y con christiandad.

Cap. Pero si ese señor mio, se lisonjea de pescar á rio revuelto; si él y la señorita, su hija, aspiran á mi herencia, muy mal les saldrá la cuenta.

Raff. Eso es pensar con firmeza.

Mad. Y con equidad.

Raff. Si el señor Capitan quisiese llevar á efecto algunas disposiciones testamentárias...

Mad. ¡Ah! no me hable vm. de eso: se me quiebra el corazon.

Raff. Esto es una prudente precaucion: y el señor Capitan gusta de que todo vaya con órden.

Cap. Teneis razon: yo lo pensaré.

Raff. Si para recompensar unos servicios fieles...

Mad. ¡Ah! ¡quién no serviría á tan buen amo, aun sin la esperanza de recompensa terrena! ¡El cielo le conceda una larga vida!

Cap. Gracias, Madama Brand; no quedará vm. olvidada.

Sale el Doctor Blum.

Blum. Muy buenos dias, mi amado Capitan.

Cap. Sea vm. bien venido, mi amado Doctor.

Señalando á sus pies.

El enemigo está sosegado.

Blum. Quando el alma está serena, es muy regular que lo esté tambien el cuerpo.

Raff. ¡Bravo médico, que cura con sentencias!

Aparte.

Los pacificadores, señor Doctor, rara vez con-

tentan á las dos partes.

Blum. Por eso tantas gentes se complacen en soplar el fuego de la discordia.

Cap. Poco á poco: ¿no es eso una pequeña escaramuza en todas sus reglas? Ya conozco á dónde va á parar todo esto. Unos quisieran llevarme á la izquierda y otros á la derecha: unos y otros se interesan por mí: todos pueden tener razon: pero yo, que estoy viejo y enfermo, deseo colocarme al lado del que me señale una morada apacible, y me diga: entrémos aquí á descansar.

Blum. ¡Bravo! señor Capitan: firmeza en esos sentimientos: y yo fio de que la gota no le atacará mas.

Cap. Si yo no tuviese que andar contemplando á la gota, perseguiría á este malvado hasta la muerte.

Blum. Eso no es propio del buen corazon de vm.: su hermano no es un malvado.

Cap. Ya hace quince años que me arrastra de tribunal en tribunal.

Blum. ¿Quién ha comenzado el pleyto?

Cap. Yo: no por el valor de la huerta, sino por amor de mis padres. Hermano, le dixe, parta-

mos: mi padre, á su muerte, no ha podido dexarte la huerta, en perjuicio mio, sin haber tenido algun motivo para castigarme; yo no puedo sufrir que él creyese que tú eras mejor que yo: yo pretendo hacerte bueno, que el testamento, de que te prevales, se hizo dolosamente. Bien sabe vm. si mi hermano ha querido, ó no, hacer justicia á mi reclamacion: dixo, que no podia renunciar los derechos de sus hijos. ¡Mal haya el hombre que enriquece sus hijos con caudales injustamente adquiridos!

Mad. Sí, sí: ¡mal haya!

Blum. ¡Enriquece!... ¡Ciertamente!... esta palabra está muy mal aplicada al caso: el objeto es una vagatela: diga, diga vm. que la pasion ha tenido en esto mucha parte... Porque, ¿qué clase de gentes vive mas de pasiones, que las del foro?

Irónicamente.

Raff. Mil gracias.

Blum. Si hubiese vm. pedido con dulzura, yo sé quién es su hermano, y sé que hubiera cedido gustoso; pero vm. lo alborotó todo: se acaloráron: los malvados derramáron aceyte sobre la llama, y se complaciéron en alimentarla: á

cada palabra áspera; á cada réplica acre, que se les escapaba á vms., iban con el cuento á los dos, y enconaban los ánimos. Los amigos de vm. se ponian de su parte; los del hermano le daban á él la razon: pero hay amigos que todo lo aprueban, porque nada les importa:

Mirando á Raffer.

y otros que aparentando oficiosidad respecto de ambas partes, en vez de componerlos, han sembrado la desconfianza, han despertado las sospechas, y han metido á vms. en el laberinto forense. Así es, señor Capitan, cómo se originan los pleytos: cómo se acibáran las satisfacciones de la vida; y cómo se destruye el amor fraternal.

Mad. ¡Lástima es que el señor Blum no se haya dedicado al púlpito.

Cap. Yo recibo gustoso la verdad, venga por donde quiera.

Blum. Yo traigo á vm. la dulce esperanza de que acaso hoy mismo se acabará el pleyto.

Raff. ¿Efectivamente?

Mad. ¡Eso es una gracia!...

Cap. Amigo mio, reciba vm. mi sincero agradecimiento.

Raff. Verisimilmente se habrá cedido por una y otra parte.

Mad. No puede ménos.

Raff. Tanto por parte del que tenia razon, como del que no la tenia.

Cap. Enhorabuena: á qualquiera precio deseo desembarazarme de este negocio. Quisiera poder pasar en paz los pocos dias que me restan, sentado tranquilamente baxo el árbol que hace sombra á la fachada de mi casa.

Blum. Yo no he abusado del poder que se me dió; y me lisonjéo de que vm. quedará satisfecho. ¡O! ¡cómo disfruto desde ahora el feliz momento en que podré traer aquí á su hermano, ser testigo de los abrazos y lágrimas de ternura, que bañarán esas mexillas señaladas con los surcos de la discordia!...

Cap. No prosiga vm.: en quanto á los abrazos, nada de eso: deseo con todo mi corazon que el pleyto se componga y acabe: ¡pero jamas se me presente mi hermano!

Blum. Entónces esta buena accion se queda á medio camino.

Cap. Es un hombre despreciable: le aborrezco: me corresponde con lo mismo: estamos iguales.

Blum. ¡Aborrecer! no por cierto: ¡si supiera vm. con qué ternura ha recibido esta mañana á su hija al cumplimentarle por su cumpleaños! ¡con qué alegría tan inexplicable ha hecho memoria de que vms. son de una misma edad, son gemelos; y que por lo mismo son tambien hoy los dias de vm.!...

Cap. ¡Cierto!... ¿Y ha hecho mencion de eso?...

Mad. ¡El cumpleaños de vm.!... ¡ay Dios! ¡y nadie ha caído en ello!

Cap. Nada importa.

Blum. ¡Su hermano de vm. estaba como absorto y fuera de sí acordándose de esto!... Conmovido interiormente, habló de aquel venturoso tiempo en que vms. celebraban este dia con la familia en una union fraternal.

Cap. ¡O! sí... ¡qué feliz tiempo!... ¿y ha hablado de eso?

Blum. Este dia, decia él, ¡nuestra madre se hallaba tan satisfecha, tan contenta!...

Cap. ¡O! ¡ciertamente! entónces sí que se vivia.

Blum. En semejante dia estrechaba á entrambos en sus brazos, y les exhortaba á la paz.

Cap. Es verdad... así lo hacia.

Blum. Aun el último año de su vida les dixo á vms.: quando yo ya no exîsta, acordaos de mí

en este dia, y viva yo en vuestro recíproco amor.

Enternecido.

Cap. ¡Es verdad!... ¡es verdad!... así lo dixo.

Blum. Entónces se abrazáron vms.: se confundiéron las lágrimas de la madre con las de sus hijos; y vms. se juráron una eterna amistad... el hermano de vm. no pudo proseguir, porque los sollozos le ahogáron las palabras.

Sintiendo enternecerse.

Cap. ¡Y aun yo mismo no puedo oir esto sin que se me caigan las lágrimas!

Raff. Reciba vm., señor Capitan, las sencillas demostraciones de un hombre...

Cap. Yo lo agradezco.

Mad. El cielo conceda á vm. hasta la edad mas remota, todas sus bendiciones, salud, alegría, prosperidad...

Cap. Basta... basta.

Mad. No permitiré que la fiesta de este dia...

Cap. No quiero ruido.

Mad. Ahora mismo voy á hacer una torta de almendras...

Cap. No es menester.

Mad. ¿Cómo qué? ¿no quiere vm. que tenga el gusto?...

Cap. Pues bien: si es su gusto, enhorabuena.

A Blum.

Raff. ¿La torta no le hará daño al señor Capitan?

Blum. Lo que se come contento, nunca hace daño.

Mad. A Dios, señores: voy á poner manos á la obra, pues hoy es dia de esmerarme.

A Raffer á media voz.

A las quatro espero á vm. en mi quarto. *Vase.*

Mira el relox.

Raff. Yo tengo todavía que defender un pleyto. Si la composicion no se verifica, y necesita vm. todavía los oficios de un hombre de bien...

Cap. Siempre me valdré de vm.

Raff. A Dios, señores. *Vase.*

Cap. Esta Madama Brand es una buena muger; algo áspera, pero de muy buen corazon.

Blum. Si como algunos piensan, la cara es espejo del alma...

Cap. Esas son fábulas: las gentes se conocen por las obras, y no por la cara: yo he conocido gentes muy honradas con caras de sátiros; y pícaros redomados con rostros de Adonis. Para entre nosotros: esta Madama Brand se toma un trabajo...

Blum. Yo solo quisiera, que fuese mas suave en sus modales.

Cap. Pero, Doctor mio, hay tan pocos que hagan bien en el mundo, que es preciso ser algo indulgentes con los que le practican. ¿Tengo yo modales dulces?

Blum. Una penosa enfermedad disculpa el mal humor.

Cap. ¿Y no le ha de disculpar un buen corazon? Mire vm., Doctor, yo hago mas justicia á Madama Brand: Dios me perdone, pues algunas veces la trato tan sin miramiento, como lo haria un marido.

Sonriéndose.

Blum. Dios le perdone á vm. la comparacion.

Cap. No he sido casado.

Blum. Tanto peor.

Cap. Eso es conforme: por exemplo; si yo tuviese por muger á una que sentada en aquel rincon, me lanzase unas miradas sombrías, diciendo entre dientes: vele allí con su gota: siempre regañando: mortificando: y estoy condenada á estar siempre con él. ¡Ah! no: viva Madama Brand: ella lo hace todo con buen corazon. ¿Ha notado vm. la alegría con que ha ido á hacer la

torta de almendras?... ¿he?

Blum. Ella es dichosa en servir á un hombre que aprecia tanto esas frioleras: ¡ó! ¡qué dulce se le hubiera hecho á una esposa de vm. el cumplimiento de sus obligaciones! Seguramente no se ha hallado vm. en la celebridad del cumpleaños de un buen padre de familias.

Cap. No: jamas.

Blum. Quando los niños estan á la puerta atisvando quándo despertará su padre, repasando en voz baxa las fórmulas de cumplimentarle: quando en fin entran adornados de sus mejores vestidos; se acercan, le besan la mano, echan sus arengas, ó le cantan sus coplillas, en tanto que la madre, oculta en un rincon de la sala, derrama lágrimas de regocijo...

Cap. No puede ménos de ser una escena muy tierna.

Blum. Figúrese vm. despues á la madre, que se presenta con cierto encogimiento, arrojándose á los brazos de su esposo, y ofreciéndole una chupa que ha bordado sin que él lo haya sabido.

Conteniendo el llanto.

Cap. Una torta de almendras hace el mismo efecto.

Sale Juan.

Juan. Yo deseo á vm. felices dias, mi Capitan.

Cap. Buenos dias, Juan Buller.

Juan. Hoy es el cumpleaños de vm.

Cap. Ya lo sé.

Juan. Yo me alegro con todo mi corazon.

Cap. Tambien lo sé.

Juan. Ayer hizo vm. pedazos aquella pipa tan graciosa.

Cap. ¿Y bien? ¿qué quieres con eso? ¿para qué me lo recuerdas? Quando el dolor me aprieta, no siempre soy dueño de contener mi impaciencia.

Juan. Lo que yo digo no es para que vm. se enfade, sino para preparar mi introduccion. Yo acabo de comprar esta pipa de nogal, con su cañon de ébano. ¿Si mi Capitan se dignase hacerme el gusto de admitir este pequeño regalo?...

Cap. ¿A ver, amigo, á ver?

Juan. Debia estar guarnecida de plata; pero...

Cap. Yo te lo agradezco.

Juan. ¿La acepta vm.?

Cap. Sí... sí.

Juan. ¿Y fumará con ella?

Mete la mano en el bolsillo.

Cap. ¿Pues no?

Juan. Yo espero que nada me dará vm. por ella.

Retira prontamente la mano.

Cap. No, no: tienes razon.

Juan. ¡Viva mi Capitan! Ahora, mas que Madama Brand compre su torta con el dinero que le ha robado, me importa poco.

Con seriedad.

Cap. Juan, ¿qué es lo que dices?

Juan. La verdad, mi Capitan: esa muger no vale nada.

Cap. Calla, calla: yo te lo mando.

Juan. Ella dexa que carezca vm. de las cosas mas necesarias, y muchas veces se vé obligado á pedirle ropa, como si le hiciera algun favor.

Cap. ¿Acabarás?

Juan. Aun no lo he dicho todo...

Cap. Juan, tú eres un calumniador: vete á los demonios con tu pipa.

Se la tira á los pies.

Juan. ¿Yo calumniador?

Mirando dolorosamente á su amo, y á la pipa. ¿Con que ya no quiere vm. la pipa?

Cap. No, no: nada quiero de un hombre, que le parece que solo él es bueno.

Juan, resentido, recoge la pipa, y la tira por la ventana.

¿Qué es lo que haces, bribon?

Juan. Tirar la pipa por la ventana.

Cap. ¿Estás loco?

Juan. Vm. la ha despreciado, y yo en mi vida me habia de servir ya de ella: siempre que la mirára, diría para conmigo: Juan Buller, tú eres un miserable: un hombre á quien has servido con fidelidad treinta años, te ha llamado calumniador. Y pues la pipa ha ido con mil demonios, no será mucho que me olvide de lo demas; y me consolaré con decir: mi amo está enfermo, y no lo ha hecho por ofenderme.

El Capitan conmovido le alarga la mano.

Cap. Ven acá hombre: yo no he querido ofenderte.

Juan. Bien lo sabía yo:

Le besa la mano.

¿pero cómo demonios esta vieja hipocritona le engaña á vm. y le disipa unos bienes adquiridos con tantos trabajos, y enmedio de tantos peligros?

Cap. ¿Empiezas de nuevo?

Juan. Vm. haga de mí lo que quiera; pero yo

no puedo callar: la casualidad me ha descubierto una rendija, que da al quarto de Madama Brand: ¿con quién piensa vm. que estaba? con el honrado Raffer. Bebian juntos, y hablaban de la próxima herencia del señor Capitan, de la que se creían seguros.

Cap. Calla, pícaro: ¡cómo!... ¡Raffer!... ¡el hombre mas honrado del mundo!

Juan. El verdaderamente honrado, no teme que le observen: y yo quiero...

Cap. Buller, alguna pasion vil fermenta en tu corazon, porque comienzas á ser murmurador.

Juan. Pero si vm. mismo escuchase por la rendija...

Blum. En efecto, la cosa merece que se averigüe.

Cap. Pues bien: quiero que me lleves á ese parage, y convencerme por mis propios ojos; pero si me engañas, te despido sin remedio.

Juan. ¡Bah! estoy seguro de que no lo hará vm.

Cap. Yo te digo que lo haré: y si añades una sola palabra, al instante mismo te despido.

Juan. Entónces el viejo Juan Buller iria llorando á morir en un hospicio.

Cap. En un hospicio... ¿piensas que no podria darte de comer fuera de casa?

Juan. ¡O!... me arrojaria vm. algunas monedas,

como quien da una limosna; pero yo mas querria mendigar el sustento, que admitir semejante favor.

Con viveza.

Cap. Vea vm., vea vm., señor Doctor; si esto no es capaz de dar gota aun... Quando ahora veinte años los Argelinos nos cautiváron, y me robáron hasta la camisa, este bribonzuelo habia escondido muchas piezas de oro entre el pelo de su cabeza. Los corsarios no se las halláron: pasados seis meses, nos rescatáron: salimos de la esclavitud sanos y salvos; pero desnudos como la palma de la mano: y yo me hubiera visto precisado á mendigar de pueblo en pueblo, si este bribon no hubiera partido conmigo su dinero; y ahora quiere irse á morir en un hospicio.

Juan. ¡Mi Capitan!

Cap. ¿Y quando la tripulacion se conjuró contra mí, y tú me lo descubriste con peligro de tu vida? ¿te se ha olvidado, bribon?

Juan. Para eso hizo vm. una casa á mi madre anciana.

Cap. ¿Y quando combatíamos á bordo contra los Marroquíes, y ya resplandecia la espada sobre mi cabeza, y tú cortaste el brazo que queria

hacérmela saltar? ¿tambien te se ha olvidado? ¿Te he hecho construir alguna casa por esto? ¿Querrás todavía ir á morir al hospicio?... ¿he?

Juan. ¡Mi Capitan!

Cap. Llégate, dame un abrazo.

Juan se arrodilla.

Juan. Mi buen señor, esta mano cerrará los ojos al viejo Juan Buller.

Blum. ¡Esto es muy bueno! Aprovechemos tan feliz disposicion. Quien se conduce así con un antiguo y fiel criado, no puede dexar de reconciliarse con su hermano. *Vase.*

Cap. Levántate, y vé á buscarme la pipa.

Juan. Con mucho gusto: ¿pero qué ha dicho el señor Doctor en órden á su hermano de vm.? ¿se hará la reconciliacion?

Cap. Espero que sí.

Juan. Y vm. la desea, ¿no es verdad?

Cap. Sí: ¡mas si pudiese ser de modo que no se verificasen ciertas cosas!...

Juan. ¿Y quién sabe si efectivamente han pasado las cosas que os han metido las gentes en la cabeza? Hay hombres tan malvados, que al instante que ven un poco de humo, se ponen á soplar hasta levantar un grande incendio: luego

lo miran con una alegría maligna, y se estan con los brazos cruzados; ó tal vez traen leña para fomentar la llama.

Cap. Sí, sí; mi viejo Juan: tienes mucha razon.

Juan. He visto muchos fuegos, y he observado que las gentes que acuden, forman una cadena desde el fuego hasta el pozo, y se entregan unos á otros sucesivamente los cubos: lo mismo sucede quando se encienden las disputas y la cizaña: corren los cubos rápidamente de mano en mano; pero el pozo en que se llenan es un pozo de aceyte.

Cap. Muy bien puede ser eso.

Juan. Destruya vm. las ideas de estos malvados: sea el primero en ofrecerle la mano... dé vm. un medio paso...

Suspirando.

Cap. ¡Hermano mio!...

Juan. Si él entrase aquí con un semblante de paz...

Haciendo como que quiere levantarse.

Cap. ¡Si entrase aquí!...

Juan. Sí señor; y si le alargase á vm. la mano...

Involuntariamente alarga la mano, y la retira.

Cap. ¡Si alargase la mano!...

Juan. Y si dixera: hermano mio, no me retires tu mano...

Con emocion.

Cap. ¡Y bien! ¿despues?...

Juan. Si se acercase mas y mas, presentándole á vm. la mano...

Con incertidumbre.

Cap. ¿Si se acercase mas y mas?...

Juan. Sí señor. Y si dixera: Francisco, hermano mio, nuestra madre nos mira...

El Capitan enternecido al oir esto moviendo su asiento, y dice:

Cap. ¡Si dixese eso!...

Juan. Y al decirlo, se precipitase en los brazos de vm...

El Capitan se levanta extendiendo los brazos, y dice entrándose con voz enternecida.

Cap. ¡O, hermano mio, Felipe!

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primer acto.

Trogot trabajando en una gran bota de montar.

Trog. Qualquiera pensará que á nosotros nos es indiferente trabajar en unos zapatos para una muchacha hermosa y amable, ó en unas botas para un dragon: pero no es lo mismo: ¿y por qué? porque el pie no es el mismo. Quando miro esta bota, me figuro al dragon lleno de arneses militares; y entónces se me hace duro el trabajo: pero un zapato para la señorita Carlota... tate... vela allí con su buen padre.

Salen Carlota y Felipe.

Carl. Venga vm., padre mio, venga vm. á respirar de nuevo el ayre del campo, que le será saludable, y disipará esa nube de tristeza que repentinamente ha ennegrecido sus idéas.

Fel. ¡Hija mia!...

Carl. ¿Qué es esto, padre mio? ¿me parece que está vm. sumamente afligido?

Fel. Tú lo has dicho.

Carl. Vm. que siempre ha llevado con tanta firmeza su triste situacion... vm. á quien una dolorosa y larga enfermedad nunca ha podido arrancar una queja contra la desgracia... ¿Quién puede en este dia?...

Fel. ¡Ay de mí!...

Carl. ¡En este dia que le ofrece á vm. tantos motivos de satisfaccion!...

Fel. ¡Esta satisfaccion todavía no está exênta de amargura!

Carl. ¿Pero por qué esa amargura le es á vm. ahora mas sensible?

Fel. ¡Ah! ¡hija mia!... Dios sabe que hasta ahora poco, mi corazon no se ha franqueado sino á la gratitud y á la alegría. Lleno de estos sentimientos, disfrutaba el contento que experimenta un convaleciente al desayunarse: entras: leo en la distraccion de tus ojos cierta agitacion que hasta ahora no habia distinguido: te hablo: advierto que me contestas como por fuerza: y digo acá en mi interior: ésta algo tiene que la trae inquieta.

Carl. ¿Cómo? ¡padre mio!

Fel. En este momento me he acordado de algunas proposiciones de nuestra Ana, en las que

no habia fixado mi atencion: las he combinado... y de repente reflexîonando sobre tu edad, sobre la mia, y sobre mi situacion, que no me permite dexarte disponer de tu albedrío...

Carl. Padre, mi corazon es todo de vm.

Fel. Así lo tenia creído hasta esta mañana... pero la turbacion de tus miradas no ha podido ocultarse á la penetracion de las mias... Yo no me atrevo á decirte: *explícate*:... No porque no merezca esta confianza.

Carl. ¡Ah! ¡padre mio!

Fel. Sin embargo, para mi tranquilidad, es necesario que yo te haga una sola pregunta. ¿Quién es un Conde de Sonnenstern, que hace algun tiempo solicita sorprehender tu corazon?

Carl. Es un hombre... que yo desprecio: un hombre cuya vista me es insorportable.

Fel. Creo que ha tenido la osadía de hablarte.

Carl. Yo lo confieso... y aun se ha adelantado á ofrecerme regalos... y hasta proponerme que enlazaría su suerte con la mia. Yo no he admitido sus dones, y socorros interesados; y le he dicho que vm. solo es el que puede disponer de mi mano.

Fel. Hija mia, no hay que dudarlo: ese hombre

es un malvado, que intenta abusar de tu situacion para deshonrarte. Yo te prohibo que le veas y hables en adelante.

Carl. Tanto mejor, padre mio: no hace vm. sino anticiparse á mis deseos.

Fel. El nos ha ofendido á los dos: ha profanado los respetos que debe á la pobreza todo hombre generoso.

Carl. ¡Lo toma vm. sobre un tono tan sério! ¿He hecho algun mal?

Fel. Has tolerado su conversacion; y este es un gran mal. ¡O hija mia! no hay en toda la naturaleza planta mas delicada que la inocencia: el polvillo que las mariposas llevan sobre sus alitas, es ménos débil que la buena opinion de una doncella. Su mas cruel enemigo es la vanidad de los jóvenes que divulgan por la ciudad la menor mirada, la menor palabra, y dan á entender en el modo de decirlo, que callan mas de lo que manifiestan.

Carl. Padre mio, vm. hace que me sonroje.

Fel. ¿Y de qué te sirve el testimonio interior de tu virtud? No puedes tú decir á quantos pasen, no importa que me miréis; yo soy inocente.

Casi llorando.

Carl. ¡Ay! ¡padre mio!

Fel. De esto puedes inferir quánto importa proceder de modo que absolutamente nadie hable de tí ni aun por bien; porque el bien que se dixera de tí, despertaría la envidia, y ésta al momento inventa un *pero*, que perjudica mucho. Feliz la doncella de quien se dice, quando se casa, ¿quién es? no la conozco: nunca he oído hablar de ella.

Ella le abraza.

Carl. Padre mio, nunca le daré á vm. motivo para repetirme esta leccion.

Fel. Esa promesa es el regalo mas dulce que puedes hacerme en mi cumpleaños.

Sale Raffer.

Raff. Ahora mismo acabo de dexar la señora de quien hablé á vm. esta mañana: sea enhorabuena: el negocio está hecho.

Fel. ¿Qué negocio?

Raff. Está dispuesta á recibir á su hija de vm. para que le haga compañía: las condiciones son ventajosísimas.

Fel. Amigo mio, mi hija sabe muy poco; y lo que

ménos sabe, es precisamente el arte de divertir á otros.

Raff. Es una casa en que se le prodigará todo, y donde podrá formarse en poco tiempo.

Fel. Y bien, ¿Carlota?...

Carl. Yo nunca dexaré á vm.

Fel. ¿Y quién es esa señora?

Raff. Es la novia del Conde de Sonnenstern.

Fel. Ya, ya, ¿qué dices de esto, Carlota?

Carl. ¿Quiere vm. castigarme con semejante pregunta?

Fel. Señor Raffer, vm. se ha encargado de una comision poco honrada.

Raff. ¡Poco honrada! ¿pues cómo?

Fel. ¿Es vm. el agente de la novia, ó del novio?

Raff. ¿Qué es eso? ¿piensa vm. que el Conde de Sonnenstern?..

Fel. Sea lo que fuere; no hablémos mas de ello.

Raff. ¿Pero ha pesado vm. todas las ventajas de que se priva?

Fel. Todas.

Raff. La casa de Sonnenstern es rica.

Fel. Buen provecho le haga: ¡hay tantas gentes que si no fueran ricas, nada serían!...

Raff. Su padre es persona de grande influxo.

Fel. En su rango: y el suyo no es el mio.

Raff. Fácilmente podria dar al pleyto de vm. un semblante favorable.

Fel. Me persuado que sería ya tarde.

Raff. Podria hacerle á vm. recaudador general.

Fel. ¿Lo merezco?

Raff. ¿Quién lo duda?

Fel. Señor Raffer, es mucha gloria el oir decir á las gentes: lástima es que este hombre no sea recaudador general: es mucho mejor que si dixeran: ¿por qué le han dado ese empleo?

Raff. Yo conozco la situacion de vm., y sé que está agoviado de deudas.

Fel. Pero á lo ménos tengo limpia la conciencia.

Raff. ¿Y si por casualidad le persiguiesen los acreedores?

Fel. Para ese caso tengo un amigo que me socorrería.

Raff. Quando estamos necesitados, los amigos se hacen sordos.

Sale Ana.

Ana. ¿Señor?

Fel. ¿Qué hay?

Ana. Estoy encargada de presentar á vm. dos cartas de pago.

Fel. ¿Qué cartas de pago?

Ana. La una es del dueño de la casa por el alquiler...

Fel. ¡Ay! no estoy en disposicion de pagarle al instante.

Ana. Ya está pagado.

Atónito.

Fel. ¿Por quién?

Ana. Yo no sé.

Fel. ¿Pero el dueño ha dicho que ha recibido el importe?

Ana. Sí señor.

Fel. ¿Qué debo pensar?...

Ana. Nada malo.

Fel. ¿Si habrá querido remitirme?...

Ana. No, no: si está muy pobre.

Fel. ¿Con qué el plazo se ha pagado efectivamente?

Ana. Efectivamente.

Fel. ¿Pero quién lo ha pagado, vuelvo á decir?

Ana. La otra carta de pago me la ha enviado el Boticario, quien miéntras la enfermedad de vm ..

Fel. Vé á su casa, y dile que no acabará el mes sin que yo le haya satisfecho.

Ana. No es necesario: si está tambien pagado.

Fel. ¿Cómo?

Ana. Lea vm.

Lee rápidamente.

Fel. "Que asciende á ciento y veinte escudos, que confieso haber recibido de contado del señor Bertram; y para su resguardo doy el presente...

Dexa de leer, y dice á Ana.

A lo ménos, ¿no has preguntado el nombre del que, sin saber yo nada, ha pagado todo esto?

Ana. Sí señor; pero no me lo han querido decir.

Entra.

Fel. ¡Gran Dios! ¿necesitaba yo estos nuevos beneficios para convencerme de que todavía se hallan sentimientos de humanidad en los hombres? Amigo mio, yo soy pobre; pero no me avergüenzo de una pobreza que me hace honor: el que me da en secreto, sin duda lo hace con una buena intencion: no desdeña mi gratitud, sino que quiere dispensarme de ella: pero esto no basta para un hombre sensible, que no gusta recibir sino de aquellos á quienes puede agradecer con todo su corazon... yo le suplico á vm., amigo mio, que me explique este enigma.

Raffer tartamudeando, y encogiéndose de hombros.

Raff. En efecto... á mí me parece...

Fel. ¿Qué significa ese encogerse de hombros? O vm. no puede, ó no quiere declararme este misterio.

Raff. Si vm. conoce á sus verdaderos amigos, ¿qué necesidad hay de decir nada? y si vm. tiene muchos que sean capaces de semejantes finezas, le doy mil enhorabuenas.

Fel. Ese modo de eludir mis preguntas, casi me hace sospechar que vm. es un bienhechor tan generoso...

Raff. ¿Yo? ¡O! suplico á vm...

Con doble intencion.

es verdad que mi amistad... mis principios... pero yo no soy rico.

Fel. Ahora confirma vm. mis sospechas: los que son muy ricos, rara vez dan á los pobres, y mucho ménos en secreto.

Raff. Para hacer unos favores considerables, no basta querer, es necesario poder hacerlos: yo no conozco estas dos qualidades reunidas sino en el Conde de Sonnenstern.

Carl. Padre mio, si es él, no dexaré yo la labor noche y dia hasta desempeñarnos.

Fel. Antes que acceptar semejantes beneficios, vendería el anillo de tu madre.

Carl. Allí á lo léjos veo venir al señor Doctor: ahora se detiene á hablar á uno... pero sin duda va á venir, y acaso nos descifrará este misterio.

Con ironía.

Raff. Sin duda. Es un Doctor que sabe hacerlo todo: curar enfermos, dirigir pleytos...

Aparte.

¡Maldito sea! con sus miradas fixas y penetrantes me atraviesa. A Dios señores: señor Bertram, reflexîone vm. sobre mi proposicion, pues la he hecho con la intencion mas sana. *Vase.*

Carl. Siempre la toma con el señor Doctor: esto me parece mal.

Fel. Hija mia, á nadie condenes: los corazones estan ocultos: y solo Dios vé su fondo. Raffer es un hombre honrado; pero es hombre: el Doctor se le ha metido en su profesion, y por esto se ha enojado.

Carl. Yo apuesto á que si Raffer sanase á un enfermo, se alegraría el Doctor Blum: de lo que infiero que éste último es mas hombre de bien.

Fel. Puede ser:

Sale el Doctor Blum.

sea vm. muy bien venido, amado Doctor. Carlota acaba de hacer una apología de vm.

Blum. Aunque me disgusta mucho que me alaben en mi presencia, sin embargo esta vez lo hubiera deseado.

Carl. ¡O señor! pienso de vm. mas bien que lo que expresan mis palabras: estábamos hablando de vm. y del señor Raller. ¿Qué ha hecho vm. á este hombre, que no le puede aguantar?

Blum. Hay ciertos hombres cuya enemistad se adquiere solo porque se les conoce y penetra; así como es fixo el ganar la amistad de todos, tomando á cada uno por aquello en que quiere venderse.

Fel. Querido Doctor, en este momento haría muy mal en quejarme de los hombres: hoy no puedo ménos de amarlos: tengo en la mano dos cartas de pago, sin que me hayan costado un quarto.

Afectando sorpresa.

Blum. Yo no conozco sino á uno que sea capaz...

Con precipitacion.

Fel. ¿Y quién es ese hombre?...

Blum. El hermano de vm.

Fel. ¿Mi hermano? él, ¿qué ha quince años está

publicando contra mí tantos escritos injuriosos?

Blum. El Abogado ha compuesto esos escritos: y su hermano ha pagado esos recibos.

Fel. ¡Cómo! efectivamente, ¿él los ha pagado?

Blum. A lo ménos lo presumo... muchas veces me ha preguntado sobre la situacion de vm.

Fel. Amigo mio, vm. ha cargado mi corazon de un peso muy enorme.

Blum. ¿Tan pesado sería el amor fraternal?

Fel. ¡Beneficios de parte de un enemigo!

Blum. Son los primeros pasos sobre el terreno de la amistad.

Carl. ¡Ay! ¿quándo podré sin rezelo amar á mi tio?

Blum. Bien pronto: amigo mio, el proceso se ha terminado enteramente á satisfaccion de vm., y la enemistad quedará sepultada con los autos que la han alimentado.

Fel. Carlota, ayúdame á levantar, para que abraze á este hombre benéfico.

Le abraza.

Blum. Dios os conserve la salud y la paz, que son los mayores tesoros que el hombre puede poseer.

Carlota toma una mano al Doctor, y la aprieta entre las suyas.

Carl. ¡Que Dios os bendiga mi amado Doctor! Si algun dia enfermase su anciana madre, tenga vm. á bien prometerme que yo sola seré la que la cuide.

Blum. Yo tomo á vm. esa palabra.

Fel. ¡Dios santo! jamas me has oído quejar de mi pobreza... hoy solamente siento no poder recompensar dignamente á este hombre generoso.

Blum. ¡Vm. pobre!... ¡poseyendo tal hija!...

Fel. ¿Qué puede ella mas que mezclar sus lágrimas de gratitud con las mias?...

Blum. Puede mucho mas.

Sorprehendido.

Fel. ¡Cómo!... ¡señor Doctor!...

Blum. ¿Formará vm. mal concepto de mí, quando me descubra interesado?

Fel. No entiendo á vm.

A ella.

Blum. ¿Ni vm. tampoco? ¿se sonroja vm?

Carl Sí; lo conozco: pero aseguro que no sé la causa.

Blum. ¿No me decia vm. esta mañana que amaría

al hombre que procurase á padre una vejez cómoda y tranquila?

Carl. No puedo negarlo.

Blum. ¿Y qué le daría vm. muy contenta la mano y el corazon?

Carlota calla, y baxa los ojos.

¿no me lo ha dicho vm.?

Carl. Creo que sí.

Blum. ¿Y se arrepiente vm.?

Carl. No.

Blum. ¿Y si yo fuera ese hombre? Dígnese vm. mirarme.

Carl. No me atrevo.

Blum. ¿No queria vm. cuidar de mi anciana madre?

Carl. Con todo mi corazon.

Blum. Pues yo quiero cuidar de su digno padre.

Llorando.

Carl. ¡Ah!... es vm. tan bueno... pero yo no merezco...

Blum. El que por espacio de siete meses ha estado observando á una jóven siempre junto á la cama de su padre enfermo, no puede engañarse en su eleccion.

Carlota se arroja á los brazos de su padre, y oculta el rostro en su pecho.

Carl. ¡Ah! ¡padre mio!

Felipe pone la mano sobre la cabeza de su hija.

Fel. Mi amada hija, hoy me bendice Dios por tu causa: tú debes esta felicidad á tu amor filial.

Blum. Dexadme que participe de la bendicion paternal.

Fel. ¡Hijo mio!... Carlota, no te avergüences de mostrar tu rostro sonrosado á un hombre que te ama con tanto extremo:

Carlota mira á Blum con modesta timidez.

dale á presencia de tu padre el primer abrazo:

Con pudor de parte de ella.

con este abrazo, te he librado, hija mia, de quantos cuidados pudieran sobrevenirte: ahora, ¡ó Dios! ¡dispon de mis dias! Ya no dexaré una huérfana; ya he depositado la inocencia en las manos de la virtud.

Blum. Nada falta aquí sino su hermano de vm.

Fel. ¡Ay!

Blum. Espero que pronto se concluya todo.

Fel. Nada de humillacion, amado Doctor.

Blum. El honor de vm. es desde ahora mio.

Fel. El no dará el primer paso: y yo no puedo hacerlo.

Blum. ¿Por qué?

Fel. Porque mi hermano es rico.

Blum. En quanto á esos miramientos, ya yo los habia previsto; y por tanto no me he declarado hasta hoy.

Fel. Y esta declaracion, ¿qué diferencia puede?...

Blum. ¿No soy yo rico? ¿no es de vm. quanto poséo?

Fel. ¡Ay!

Blum. Vm. me ha dado lo que no pudiera pagar con ningun tesoro: una muger á medida de mi corazon; ¿y desdeñaría vm. lo poco con que yo puedo corresponderle? no: la igualdad entre vm. y su hermano está ya restaurada: y la igualdad inspira confianza. Sin embargo, yo no pido que vm. se adelante á presentarse: solo me atreveré á suplicar á Carlota, por primera vez, una cosa.

Carl. Dígala vm. pronto, pronto; para que yo pueda hacer algo del agrado de vm.

Blum. Tendria mucha complacencia, Carlota mia, en que vm. fuese á dar los dias á su tio.

Carl. Con mucho gusto.

Fel. Es hija mia; y es esposa de vm.: piénselo vm.:

¡qué humillacion para nosotros si la despidiera!

Blum. Eso me toca á mí: conozco á su hermano de vm., y tambien á Carlota: despues será preciso que pasémos la tarde juntos alegremente.

Fel. Vm. quedará en nuestra casa, hijo mio.

Blum. No aquí en esta estrechez: la piedad y la alegría se parecen, en que gustan esplayarse al descubierto, baxo la bóbeda del cielo: en la huerta será donde nos reunamos.

Fel. ¿En mi huerta?

Blum. Es muy conveniente que vm. la vea despues de extirpada la neguilla de la enemistad: estarémos allí con un par de amigos verdaderos, un pequeño número de hombres, todos de corazon afectuoso: no se oponga vm. á la alegría que pienso experimentar.

Fel. ¿Yo? ¡Dios me libre! pronto: que me cepille Ana mi vestido negro... Dios mio, ¿dónde está Ana? *Sale Ana.*

Ana. Aquí estoy, señor.

Fel. Ven... ayúdame á entrar... te diré unas cosas que te han de dexar atónita.

Ana. ¿Qué alegría brilla en su semblante?

Fel. Vamos, vamos, te digo... tú llorarás de placer. *Se entran los dos.*

Blum. Y vm., querida Carlota, vaya al instante á casa de su tio: el ángel de paz sea su conductor. *Vase.*

Carl. ¿Qué es lo que me pasa?... ¿es esto sueño? ¿es cierto quanto acaba de suceder? yo soy la esposa del mas generoso, del mas amable de los hombres...

Trogot se acerca con timidez.

Trog. Reciba vm., señorita, la enhorabuena de un hombre honrado... ¡Cosa rara! las lágrimas se me saltan...

Carl. Yo lo estimo, buen Trogot.

Trog. Me queda que hacer á vm. una súplica.

Carl. Diga vm.

Trog. Esta mañana ha tenido vm. la bondad de acceptar de mi mano un par de zapatos... verdad es que son de cuero... pero me dará mucho gusto, si vm. se digna ponérselos el dia de su boda.

Carl. Yo lo haré: se lo prometo á vm.

Ella le da la mano como para asegurarlo, y él se la besa con mucho respeto.

Trog. Reciba vm. mi sincero agradecimiento: el cielo la bendiga siempre: mañana, al nacer el dia, me ausento de este sitio.

Carl. ¿Mañana? ¿cómo tan de repente le ha ocurrido á vm. ese pensamiento?

Trog. ¡Ay de mí! mi padre se ha empeñado en ello mucho tiempo ha; yo no tenia mucha gana... pero ahora quisiera partir hoy mismo.

Carl. ¿No quiere vm. esperar al dia de mi boda?

Trog. No, no, no: mañana, al rayar la aurora, quando todavía duerma vm. apaciblemente... Trogot estará al otro lado de los montes.

Carl. Dios le haga á vm. feliz, por donde quiera que vaya: pero á lo ménos quando vm. se vea léjos de sus amigos, no los olvide.

Se retira lentamente, y vuelve.

Trog. ¡O! no, no: dentro de dos ó tres años quando hubiere vuelto, ¿me permitirá vm. que la haga alguna visita?

Carl. Y tendré mucho gusto.

Trog. Tendrá vm. mucho gusto... ¡Ah! yo le tendré mucho mayor.

Se enxuga las lágrimas, y entra poco á poco en casa.

Carl. Vamos ahora á ver á mi tio. ¡O! ¡si logro la dicha de dar hoy á mi padre un hermano y un hijo! ¡qué regalo en el dia de su cumpleaños!

ACTO QUARTO.

Sala en casa de Francisco Bertram.

Madama Brand está sentada, y rendida de sueño con un libro de horas en la mano: Carlota entra tímidamente, y mira, temblando, á todas partes.

Carl. ¡Afuera nadie!... ¡aquí nadie!...

Repara en Madama Brand; se asusta, y no sabe si debe pasar adelante: por fin tose: y Madama Brand despierta, bostezando y frotándose los ojos.

Mad. Me parece que he oído toser...

Carlota vuelve á toser.

¿Quién está ahí? *Con mal humor.*

Carl. Una criada de vm., Madama.

Mad. ¿Quién es? ¿qué quiere vm.?

Carl. Quisiera hablar al señor Capitan.

Mad. ¿Se puede saber el motivo que á vm. la trae á visitarle?

Carl. Como hoy son sus dias, venía á cumplir con mi atencion.

Mad. ¡O! ¡vé aquí lo que hace la riqueza! Aun-

que un pobre tuviera diez fiestas como ésta en cada año, nadie se acordaría de él: pero en siendo un hombre rico, amigos, vecinos, parientes estan á la usma: viene un hormiguero de ellos; y todos hacen sus señales en los almanaques para volver sin falta el año siguiente en tal dia. ¡Dia de Dios! Dígame vm. por su vida, señorita, ¿qué le importa el cumpleaños del señor Capitan? ¿qué interés tiene en eso?

Carl. ¡O! Yo, yo sabré decírselo muy bien.

Mad. Vé aquí un buen modito de responder:

La remeda.

Yo, yo sabré decírselo muy bien: no, no es eso seguro: la dificultad está en verle. Sepa vm. hija mia, que aquí soy yo la señora, la señora; y á quien debe vm. manifestar sus intentos.

Carl. En verdad, yo ignoraba que mi tio fuese casado.

Sorprehendida.

Mad. ¡*Mi tio*!... Vm. ciertamente no es... pero sí... aquella es su fisonomía... ¿Es vm. la señorita Bertram?

Carl. Esa misma soy.

Mirándola de lado.

Mad. Sí, sí; se parece á su difunta madre... son

sus mismas facciones.

Carlota se le acerca confiada.

Carl. ¡Ah! ¿con que vm. conoció á mi madre?

Mad. Sí; un poco... de vista: pero, ¡Dios mio!... señorita, ¿á qué es esta venida aquí? ¿ignora vm. que el señor Capitan no quiere ver ni oir nada que sea tocante á vms.?

Carl. No es lo mismo ahora que se ha acabado el pleyto... ese pleyto...

Mad. ¡Cómo!... ¿acabado?... ¿de veras? ¡Ah! ¿con que por fin, á mi pobre amo le han reducido?

Carl. ¿Y qué? ¡parece que vm. se enoja!... ¡O! ¡si supiera vm. quánto celebramos nosotros tan feliz suceso!

Mad. No lo dudo: tiene vm. muchos motivos para ello.

Carl. Ningun motivo de interés: únicamente miramos como dichoso un dia en que dos hermanos pueden ya amarse de nuevo.

Mad. Apuesto á que papá ha enseñado á vm. esa frasecita... y viene de intento aquí á relatar su leccion: pero es tiempo perdido: váyase vm., señorita; vuélvase á su casa: el señor Capitan

está durmiendo, y me ha prohibido severamente que reciba gentes.

Afligida.

Carl. ¿Con que absolutamente no podré verle?

Mad. ¿Y qué sacaría vm. de eso? ver un hombre feroz, que no habla sino regañando, y en cuyo semblante está pintado el mal humor.

Carl. Pero á lo ménos, ¿me permite vm. que vuelva á la noche?

Mad. Guárdese vm. de eso: si me atreviera yo á decirle solamente que habia vm. venido, le vería al momento montar en cólera, y le volvería con mayor fuerza el ataque de la gota.

Carl. ¡Ah! ¿qué es lo que me dice vm.? ¡con que yo me vuelvo para afligir el corazon de mi padre! ¡El me habia asegurado, que mi tio tenia un corazon tan bueno, tan honrado!...

Mad. Honrado... sí; pero pronto á irritarse... váyase, váyase vm., señorita: no la halle aquí; porque en su primer movimiento... váyase vm. la digo: memorias á papá... y dígale, que en quince años he empleado todas mis fuerzas en ablandar el corazon de su hermano; pero que todos mis esfuerzos no han podido.

Carl. ¡Mi pobre padre!

Mad. ¡Pobre!... ¡Ah! sí; ya lo sé: pero ¡ay Dios! no todos pueden ser ricos: yo, señorita, bien comprehendo su triste estado... Sin duda que ese vestido es el de dia de fiesta... pero, mire vm., con tal que sea honesto...

Carl. ¡Honesto!... sí... nosotros lo somos.

Mad. Esta buena niña... ¡me hace lástima!... ¡tengo el corazon conmovido!... yo quiero...

Carl. ¿Qué quiere vm., señora?

Mad. Acordarme de vm. y de papá en mis devociones.

Carl. ¡Ay! yo tambien ruego por todos... aun por los que nos quieren mal... A Dios, señora.

Se retira despacio.

Mad. A Dios. Al fin se va: ¡alabado sea Christo! ¡Necesitaba yo ahora una visita como ésta para adelantar mis negocios!

Sale Juan Buller, y encuentra á Carlota al entrar, y viéndola pensativa, la dice:

Juan. Señorita, no sé si me engaño; pero me parece que vm. quiere alguna cosa.

Carl. ¡Ah! yo queria ver á mi tio; pero no me lo permiten.

Juan. ¿Es vm. la señorita Bertram?

Carl. Servidora de vm.

Juan. Sea vm. muy bien venida: quando una persona tan bella y virtuosa pone el pie dentro de una casa, trae á ella todas las bendiciones del cielo.

Carl. ¡Pluguiera á Dios!

Juan. ¿Y no la han dexado ver á mi amo? ¿quién se ha tomado esa licencia?

Mad. Yo he sido.

Juan. ¡Ah! ¡ah! ¡Madama Brand! ¿y con qué facultades?

Mad. No se altere vm., amigo: dexe á esa señorita que se vaya: el señor Capitan está durmiendo.

Juan. ¡El Capitan duerme! ¡cómo! ¿no estaba yo con él no hace medio quarto de hora? ¿no me ha dicho que volviese á su quarto á leerle en aquel librote, donde estan escritos sus grandes viages de mar? Espere vm. un instante, señorita; yo quiero entrarle recado.

Carl. Esperaré con mucho gusto.

Madama Brand se cruza embarazando el paso.

Mad. Deténgase, Juan: yo no quiero...

Juan. ¡Madama Brand! se me ha puesto en la cabeza, que tiene vm. el diablo en el cuerpo.

La empuja con desprecio, y entra.

Mad. ¡Y soy yo á quien se atreven á tratar de esta manera! ¡empujarme así! ¡maltratarme el brazo! ¡hacerme tal afrenta!

A Carlota.

Sea muy enhorabuena, señorita:

Con una reverencia.

¡este es el momento de representar vm. el papel que trae tan estudiado! vaya, vaya á ver á su querido tio; lisonjeele, acaríciele... que bien tiene con que pagarlo todo: no le faltan escudos.

Carl. Yo no pido sino su amistad.

Mad. Ya se vé... sin duda... ¡qué expresion tan dulce á los oídos! pero ya sabemos lo que significa... eso es un modo honrado de pedigoñar.

Carl. Pero, señora, ¿yo qué mal la he hecho?

Mad. ¡Vm.! ¡á mí! nada... ¡ó! nada absolutamente. Hay ciertas gentes que nunca ofenden á nadie: ¡pero si ciertas gentes dixeran todo lo que las gentes dicen de ciertas gentes! A Dios, señorita; soy muy servidora de vm.

Le hace una profunda reverencia, y se va.

Carl. ¡Ay! Ana tenia razon: esta Madama Brand es una astuta muger. Yo me alegro de que se haya ido: así podré hablar con mas libertad. ¿Será cierto que mi tio es tan violento y re-

gañon? ¿quién sabe? tal vez me lo habrá dicho solo por intimidarme. Pero aun quando así sea... aquí se trata solo de complacer á mi padre: ánimo, Carlota: un mal quarto de hora se pasa pronto... viene gente... ¡cómo me late el corazon!...

Sale Juan Buller y el Capitan: éste se sienta en un canapé sin mirar donde está Carlota.

Cap. ¡Mi sobrina! ¡mi sobrina! ¿pero qué quiere de mí?

Juan. Yo no lo sé; pero tiene un ayre tan amable, que apostaría á que nos trae alguna buena noticia.

Cap. Y bien, ¿dónde está?

Juan. Todavía está á la puerta.

Cap. ¿Quiere acaso, que yo vaya arrastrando á recibirla?

Juan. Acérquese vm., señorita.

Carlota titubéa y no se muve; y el Capitan, como escuchando, si ella se acerca, dice.

Cap. En verdad que no oigo nada.

Juan. ¡Está temblando!

Cap. ¡Qué diablos!... ¿pero por qué tiembla?

Carlota se adelanta un poco.

Carl. Yo... yo...

A Juan, que está á un lado del canapé.

Cap. ¿Pues qué no sabe hablar?

Juan. ¡Si llora!

Cap. ¡Qué diablos!... ¿pero por qué llora?

Carl. Mi querido tio, yo vengo á felicitar á vm....

Con dureza.

Cap. ¿Sobre qué?

Carl. Por su cumpleaños.

Cap. Lo agradezco; pero vm. ¿no ha mas de un año que aprendió á andar? porque ésta es la primera vez que viene á esta casa.

Carl. Desde el instante que tuve uso de mi razon, y de mi voluntad, el corazon todos los dias me ha inclinado hácia vm.

Cap. ¡Ah! ¡ah! ¿pues qué edad tiene?

Carl. Diez y siete años.

Cap. Sí... eso es: quando ahora diez y seis años volví de mis viages marítimos, era vm. una criaturilla como un puño.

Carl. En ese tiempo mi buen tio me traía en sus brazos, y me hacia muchas caricias. Ana me lo cuenta muchas veces, y yo me lleno de gozo al oirlo.

Cap. ¿Cómo? ¿todavía vive aquella ama vieja?

Carl. Sí señor: pero yo perdí, muy niña, mi buena madre.

Cap. Mucho sentí su muerte: era excelente muger: sí; yo lo digo; excelente...

Carl. Si hubiera vivido, no habrian sucedido muchas cosas.

Cap. Puede ser. Miéntras ella vivió, logró que el padre de vm. no hiciera mil tonterías.

Carl. Mi padre pudo engañarse: los malvados le habrán podido extraviar: pero nunca han podido arrancár de su corazon el amor á su único hermano.

Cap. Bonitas pruebas de ese amor me está dando quince años ha.

Carl. Olvidémoslo todo. El tribunal de paz ha echado un velo sobre lo pasado. Vete á casa de mi hermano, me ha dicho mi padre: vete: sé la mensagera de la paz: no te tratará malamente, pues estás inocente en todo: te amaba quando eras niña; amaba á tu madre: puede ser que acaso por este respeto te presente su mano, y tú se la besarás con un amor verdaderamente filial.

Cap. Ya se vé que vm. no tiene la culpa de nada: ¿pero la han enseñado la leccion? no importa:

váyase con Dios: yo no os tengo rencor... ¿pero el nombre de vm.?

Carl. Carlota.

Cap. ¿Carlota? justamente... Yo creo que fuí su padrino.

Carl. ¡Ah! quien se digna de recordar esa memoria, no me despedirá de su casa sin haberme concedido una mirada de amistad.

El Capitan la mira furtivamente, pero sin detenerse.

Cap. Me parece bien: á Dios... á Dios... Yo me acordaré de vm. en mi testamento.

Carl. ¡Esa expresion es bien dura!

Con aspereza.

Cap. ¿Dura? ¿y por qué dura?

Carl. Mi amado tio, yo deseo un lugar en su corazon de vm., y no en su testamento.

El Capitan confuso, y la bondad de su corazon lo descubre.

Cap. Pues bien... sí... sin embargo es preciso... y pues soy su padrino... y se ha tomado el trabajo de venir...

Mete la mano en el bolsillo.

Carl. ¡Trabajo! *Con dolor.*

Cap. Tome esta friolera.

Le presenta algunas monedas de oro desviando el rostro.

Tomándole la mano con mucha ternura.

Carl. Mi querido tio, yo solo veo la mano que me presenta vm., no lo que me alarga: quiero conservar esta mano; y humedecer con mis lágrimas el don que me ofrece vm.; suplicándole que vuelva á tomarle.

Vacilando.

Cap. ¡Muchacha!... ¡tú eres orgullosa!

Carl. Sí señor; lo soy, si me concede vm. su cariño. ¡Ah! mire vm. á esta niña, que llama orgullosa, postrarse á sus pies, pidiéndole sola una mirada. Mi buena madre, solo pudo dexarme sus facciones; pero ellas le recuerdan á vm. una amiga que ha mucho tiempo que no exîste. ¡Ah! esta memoria enterneze su corazon, para que halle yo en vm. un nuevo padre.

El Capitan la mira muchas veces al descuido, y luego volviéndose á Juan, dice.

Cap. Juan... mucho se parece á su madre... Juan, amigo mio... yo no puedo resistir... quítala de aquí...

Sollozando.

Juan. Mi Capitan, yo no puedo.

Mas tierno.

Cap. ¡Ya creo que tú lloras!... Juan, yo te lo repito... ayúdame á desembarazarme...

Juan levanta á Carlota, y la pone en los brazos del Capitan.

Carl. ¡Mi amado, mi buen tio!...

Cap. Detente, sobrina mia... Esto es lo que se llama ser arrebatado por la corriente sin brújula ni timon.

Carl. Yo veo brillar en los ojos de vm. una lágrima. ¡Ah! todas sus riquezas no equivalen á esta lágrima.

Cap. Sí, sí; tú me has vencido: vete á dar gracias á tu madre sobre su sepultura. Quando te bautizáron, y al volver del templo me presenté delante de su cama, le alargué mi mano, y me la apretó entre las suyas: justamente tenia tu mismo ayre, tus mismas facciones: mi amado hermano, me dixo: yo te recomiendo esta niña... si llego á morir...

El dolor le embarga la voz, y luego dice precipitadamente:

Un mes despues ya no existia: *Breve pausa.*

ven, hija mia, ven á mi corazon.

Sale Blum.

Blum. ¡Qué precioso momento! ¡á qué buen tiempo he llegado!

Cap. Ya vm. lo vé, Doctor mio: esta maldita muchacha me ha enternecido como á una criatura...

Como enfadado.

vamos, vamos, retírate: vete de aquí.

Carl. Ahora conozco el corazon de mi tio; todos mis temores se han disipado.

Cap. Ola, ola, ¿con qué tú me tenias miedo? Sin duda te habrian dicho que yo era algun oso.

Carl. La señora que tiene vm. en casa...

Cap. ¿Qué señora?

Juan. ¡Otra pasada de la devota Brand!...

Cap. Juan, tú la quieres mal...

Juan. ¿Y quién podria callar en tal ocasion? Entro en el quarto... esta amable señorita estaba llorando, y á punto de marcharse: la pregunto qué tiene... ¡Ah! me dice; ¡no me quieren dexar ver á mi tio! ¿Y por qué? todo el mundo puede verle, y mas los que tienen sus ojos llenos de lágrimas. Sobre esto, vé aquí que Madama Brand se atraviesa á la puerta, y á mí mismo no me quiere dexar entrar: ¡á mí! ¡al

viejo Juan Buller, que sabe, treinta años ha, que mi Capitan no duerme siesta! Entónces tomo el partido de desviarla, no con mucha dulzura, sino como algunas veces lo hacia yo con los pasageros, que en tiempo borrascoso embarazaban la cubierta del navío.

Cap. Madama Brand pudo creer que yo dormia; y sin duda lo ha hecho con buena intencion.

Blum. Esta señorita, mejor que todos, puede decir cómo ha sido recibida.

Carl. Yo estoy tan contenta, que ya se me ha olvidado todo.

Cap. ¡Olvidado! ¿con qué ha ocurrido algo?...

Blum. No importa: estas nubecillas no deben obscurecernos este dia tan hermoso: este dia feliz en que se reconcilian dos hermanos.

Cap. Despacio, Doctor. Esta muchacha en nada me ha ofendido, lo confieso: es mi ahijada, y veo en su semblante toda la dulzura de su madre: pero por lo que hace á mi señor hermano, que siga su camino; pues lo único que deseo es no encontrarme con él.

Blum. Mi amado Capitan, al cabo de la jornada, allá donde van á parar todos los caminos, será preciso que vms. se encuentren.

Cap. Enhorabuena: entónces que baxe los ojos el que se halle condenado por su conciencia.

Carl. Tio de mi alma: yo intercedo por mi padre.

Cap. Nada, nada: ¿pero lo vé vm.? apénas la he concedido un pequeño lugar en mi corazon, y ya quiere reynar en él como señora.

Carl. Quiero adornarle con las flores del amor fraternal.

Cap. Patarata: hace mucho tiempo que esas flores se han marchitado.

Juan. Pero, mi Capitan, ¿no vé vm. que entónces toda esta casa mudaría de semblante? Por la noche no fumaría vm. solo la pipa: el gato viejo, el favorito de Madama Brand, nos haría el gusto de baxar del sofá donde está durmiendo todo el dia: tendría vm. un hermano á su lado; y recordarían juntos los placeres y entretenimientos de su juventud.

Cap. Dexa en paz á mi gato viejo, que él nunca ha abogado contra tí.

Blum. Ya veo que es menester apelar al tiempo. Señorita, padre la espera á vm.

Cap. No señor: yo quiero que se quede: bastantes años he esperado su visita, para esperarla mas tiempo.

Blum. La espera su padre enfermo.

Carl. A Dios, querido tio: ¿me permite vm. volver aquí?

Cap. ¡Bella pregunta! Sí señora... lo permito... lo quiero, y aun lo mando, ¿lo has entendido?

Carl. Lo haré con mucho gusto.

Cap. ¿Quándo volverás?

Carl. Mañana... todos los dias...

Cap. Pero quando vuelvas, acuérdate de dexar en casa la soberbia. ¿Me comprehendes?... Todavía hay por ese suelo esparcidas algunas monedas de oro... tú no las recogerás... ya lo sé yo...

Carl. ¿Tendrá vm. por orgullo lo que es amor desinteresado?

Cap. No, no: tú no las recogerías, aun quando supieras que en ello me dabas gusto.

Las recoge Carlota.

Carl. Doy á vm. mil gracias: con esto, voy á dar algun alivio á mi padre enfermo. Sin duda que no se opondrá vm.

Cap. Haz lo que quieras.

Carl. Un recado de parte de vm. le sería mas agradable.

Cap. Pues dásele.

Carl. A Dios, amado tio.

Cap. Juan, acompañala hasta la calle.

Vanse los dos.

Doctor, ¿qué piensa vm. de esta muchacha?

Blum. Que es muy inocente, y muy amable.

Cap. ¿Lo cree vm. así?... en tal caso no faltarían arbitrios para hacer algo por ella: me parece, Doctor, que la niña sabe mejor que vm. tener mis pies á raya: miéntras que ha estado aquí, mis vasallos rebeldes no se han movido.

Blum. Pues el cielo le enseña á vm. un medio tan suave y fácil para mitigar sus dolores, hará muy bien en usarle siempre.

Cap. ¡Siempre!... sí, con mucho gusto: pero el padre no me daría su hija.

Blum. Buen remedio: traígase vm. al padre juntamente con ella.

Cap. Ya lo he dicho: nada de eso.

Blum. Vamos... tengo que dar á vm. una enhorabuena: por fin se acabó el pleyto.

Cap. ¿Se acabó? tanto mejor: le doy á vm. gracias: pero no quiero saber cómo; porque me es indiferente.

Blum. La propiedad de la huerta será de vm. por toda su vida.

Cap. Yo se la cedo á mi sobrina.

Blum. En faltando vm., pasará á su hermano ó á sus herederos.

Cap. Si digo que desde ahora cedo todo eso á la muchacha.

Blum. Mucho tiempo ha que debia vm. haberlo hecho.

Cap. ¿Y por qué no ha venido ántes á visitarme?

Blum. Gracias á Dios que no ha venido demasiado tarde. Ahora, querido Capitan, escuche vm. las súplicas de un amigo, y los preceptos de un médico. Su ánimo de vm. ha recibido hoy comociones tan varias, y tan vehementes, que necesita vm. distraerse un poco, y tomar el ayre.

Cap. Con mucho gusto: un marino viejo no se hace de rogar para eso.

Blum. He convidado á algunos amigos á cenar: y el sitio, con que contamos para disfrutar esta diversion, es la huerta de vm., y perdone esta satisfaccion.

Cap. ¿Mi huerta?

Blum. Me parece que se alegrará vm. de pasearse con sosiego, despues de quince años, en un terreno cuyos árboles le traerán á la memoria los placeres de su juventud.

Cap. Al entrar en ella sentiré un no sé qué...

¿Exîste todavía la puerta vieja de la huerta? Me acuerdo que siendo niño, dibuxé en ella un Usar con lapiz encarnado.

Blum. Pues aun no se ha borrado enteramente.

Cap. ¡Cómo! ¿todavía dura? ¡han muerto desde entónces tantas gentes! han pasado rápidamente tantas cosas confundiéndose en el océano del tiempo, ¿y este Usar todavía está acaballo? Sí, sí; iré gustoso á la huerta: al instante. ¡Si tuviera vm. el deseo que yo tengo de ver al Usar! ¿Juan?

Sale Juan.

Juan. ¿Mi Capitan?

Cap. Pronto; que pongan el coche.

Blum. ¿Para qué? ahí está el mio.

Cap. Nos vamos, Juan: ¿pero á que no adivinas á dónde? A mi huerta: ya se acabó el pleyto: dame, dame el sombrero.

Con misterio.

Juan. Me alegro de ver á vm. tan contento; pero convendria, ántes de salir, hacer una pequeña expedicion en la casa.

Atónito.

Cap. ¡Una expedicion!

Juan. Mr. Raffer, acaba de entrarse en el quar-

to de Madama Brand.

Cap. Y á mí, ¿qué me importa?

Juan. Pues á mí, mucho. Quando me trató vm. esta mañana de calumniador, me traspasó el corazon. Yo no soy mas que un pobre diablo; pero no le debe ser á vm. indiferente el saber si soy capaz de engañarle.

Cap. ¡Simplon! ya sé yo que eres un mozo honrado.

Juan. Quiero que sepa vm. que mi veracidad corre parejas con mi honradez: tengo dispuesto un escondrijo en el gabinete de arriba... Mi Capitan, yo no podré dormir con sosiego, miéntras no quede vm. convencido.

Cap. Siendo así, tendré que darte gusto.

Blum. Entretanto, me adelantaré yo á recibir á mis convidados. Hasta la vista. *Vase.*

Cap. Juan, yo pienso que esto no puede servir de nada. En efecto, supongamos que oiga yo por mí mismo, que Madama Brand me engaña, ¿qué quieres que haga?

Juan. Que la eche vm. al momento de casa.

Cap. Hombre, yo creo que eso me costaría mas sentimiento que á ella misma. Siempre que tengo que despedir algun criado, estoy de mal hu-

mor ocho dias ántes. Mira; en poniéndoseme en la cabeza que alguno me quiere, siento en el alma que me hagan ver lo contrario.

Juan. Pero hoy bien puede vm. aventurarse algo, pues ha adquirido una sobrina, que vale mas que todas las Brand del mundo.

Cap. Tienes razon, Juan: háblame de mi amable sobrina, miéntras subimos la escalera; y así sentiré ménos el cansancio.

ACTO QUINTO.

Sala corta.

El Capitan y Juan Buller.

Juan. O muy presto, ó muy tarde hemos llegado.

Cap. ¿Cómo? ¿qué dices?

Juan. No hay nadie.

Cap. Pues vámonos.

Juan. No, no... todavía no han venido; yo veo dos botellas, y una mesa cubierta de golosinas.

Cap. Déxame verlo.

Juan. ¿Lo vé vm.?

Cap. Sí, sí... pero esto de baxarse así no es para un gotoso.

Juan. Tambien hay una torta como la gabia de un navío: pero ya creo que vienen.

Cap. Pues déxame acercar mas.

Ocúltanse por el lado en que han estado acechando, y al punto se corre otro telon de sala en que habrá las botellas, torta, dulces y un baul; y salen Raffer y Brand.

Mad. ¡Qué mala raza la de los hombres! Yo quiero estar en oracion dia y noche, pidiendo al cielo que descargue su cólera.

Raff. Mi respetabilísima Madama Brand, nuestras oraciones nos aprovecharán poco: la reconciliacion está firmada.

Mad. Siéntese vm., amigo de mi alma: y echemos á un lado por ahora nuestros pesares.

Se sientan: ella le echa de beber, y le hace el plato.

Raff. En quanto á la huerta... no perdemos mucho... ¡Delicadísimo vino!... Pero esto les adelantará mucho... El platónico Doctor no se contentará con eso... ¡Excelentísima torta!... Predicará y declamará tanto, que al cabo los reconciliará... Y á Dios herencia...

Mad. Amigo de mi corazon; me atemoriza vm. ¿qué remedio nos queda?

Raff. Es necesario que vm. procure impedir quantas visitas vengan de aquella casa.

Mad. ¡Ay Dios mio!... he hecho todo lo posible para que la sobrina se fuese de aquí avergonzada; pero el maldito Buller la ha introducido, y creo que está todavía con el viejo.

Raff. ¿Quién?

Mad. La hija de su hermano...

Raff. ¿Está con él?

Mad. No lo dudo.

Remedando á Carlota.

Ella queria cumplimentar á su amado tio...

Raff. ¿Y vm. la ha dexado á solas con él?

Afectuosa.

Mad. ¿Y vm. me riñe?... ¿esperaba yo esto de mi querido?

Raff. Yo soy muy servidor de vm., respetabilísima Madama Brand; pero ha tenido un descuido enormísimo. Yo conozco á esa señorita: es zalamera: me parece que ha tomado vm. interés por ella.

Mad. ¿Qué? ¿sufriría yo que esa mona me inutilizase tantos años de trabajos? ¿Para ella habria yo hecho tantas caricias á ese viejo loco? ¿Para ella le hubiera yo preparado tantos caldos? ¿le

hubiera envuelto tantas veces en pieles de liebre sus gotosas piernas? ¿y hubiera tenido la paciencia de escucharle la relacion pesada de sus grandes hazañas?

Cap. dentro. ¡Habrá infame!

Raffer mirando á todas partes.

Raff. ¿Qué es esto? me parece que he oído hablar.

Mad. ¡Aprehension! solos estamos. ¿Qué mortal habria tan temerario que se atreviese á entrar, sin mi permiso, en el quarto en que duermo?

Señala el baul.

Vea vm. aquí mi favorito; el depositario de mi pequeña fortuna, y el consolador de todos mis pesares:

Le abre, y Raffer mira ansioso.

los grandes talegos que estan en el hondon, solo tienen plata; pero aquí...

Saca dos taleguillos, y los pone sobre la mesa.

estos son dos muñequitos llenos de oro.

Los hace caricias.

Raff. ¡Amables picaruelos! ¡con qué virtud tan simpática me atraen!

Mad. Esto es, mi dulce amigo, lo que le traigo á vm. ¡Si hubiera adivinado lo que sucede!... ¡ó, yo hubiera recogido mucho mas! La espe-

ranza del testamento ha contenido mi industriosa actividad: vaya otra copa, amigo mio...

Raff. A su salud, Madama Brand.

Mad. En los brazos de vm. es donde espero empezar á vivir.

Raff. Sí, sí... con tal que el testamento...

Mad. Arréglele vm. como habemos convenido... Meter en él alguna corta manda para la sobrina: así aparentarémos cierto ayre de generosidad: mañana, á la madrugada, yo separaré á ese pesadísimo Buller; y no dexaré en paz á ese viejo loco hasta salir con mi intento: empezaré con suspiros... luego un torrente de lágrimas... despues determinará llamar á vm... luego firma; y al instante que hubiere firmado, que toquen á enterrarle quando quieran.

Cap. Esperad... esperad... ¡casta de víboras! el rayo del cielo...

Se oye vn gran ruido.

Mad. ¡Dios mio!... ¡dónde estoy!... el viejo era... nos estaba escuchando... perdidos somos... Lucifer anda por aquí .. pronto, mi pomo de agua del carmen... allí... sobre la chimenea... yo me muero.

Raff. ¡El demonio que espere!... pero he perdido

el tiempo con esta loca... aprovechemos algo...

Toma un talego de plata, y le esconde en su vestido.

Los diablos me llevan... ya estan ahí... ya vienen.. escondámonos.

Escóndense, y salen el Capitan y Buller por la puerta única de la sala.

Cap. ¡El cielo los confunda! ¡Ah! ¡ah! ¡ésta se ha desmayado! Si se muere, será tambien por usurpar á la horca sus legítimos derechos. ¿Pero dónde estará su fiel agente?

Juan. No se ha podido escapar, porque yo corrí como un relámpago á tomarle la salida.

Cap. Buller, déxale que se vaya: su conciencia le alcanzará en todas partes.

Juan atisva á Raffer escondido en la alcoba; y le saca arrastrando.

Juan. Ola, ola: ¿caballero Raffer?

Raff. Muy humilde servidor de vms.

Cap. Señor hombre honrado, ¿qué casualidad ha sido la de hallarse en la alcoba de una casta viuda?

Raff. Me sentí vencido del sueño: Madama Brand me ha dado un vaso de vino añejo, que me ha turbado un poco la cabeza.

El Capitan, le saca el talego del pecho.

Cap. Sí, sí... ¿y con la borrachera ha pescado vm. este taleguito?

Raff. Amigo... ¿pues qué?... ¿se atrevería vm.?... yo soy un hombre de bien.

Cap. Vm. es un bribon; desocupe el terreno, y dé vm. gracias á mi gota, de que no cargo de recio sobre sus costillas: las gentes que ha engañado con tanta indignidad...

Raff. ¡Yo bribon!... ¡y se atreve vm. á decir eso en voz alta!... Señor, por su mismo interés debe guardar silencio en esta materia... Madama Brand le ha engañado á vm... Yo he engañado á Madama Brand... Todo esto está en el órden.

Juan escupiéndose las manos como para arrojarse sobre Raffer.

Juan. Mi Capitan... con permiso de vm...

Cap. No, no: déxale que se vaya, y se quite de mi presencia.

Vase Raffer.

Juan. ¿Qué hemos de hacer de ésta?

Cap. ¿Se ha muerto?

Juan. ¿Morir? Los malvados viven mucho.

Cap. Luego que yo haya salido, la echarás de casa: ¿lo oyes?

Juan. ¡Alabado sea Dios! vé aquí una comision que deseaba hace quince años: ¿pero qué harémos de todo este dinero robado?

Cap. Tú mandarás edificar un hospicio.

Juan. ¿Cómo? ¿Querria vm. hacer al cielo cómplice de un delito? no señor: el infierno se regocija siempre que con dineros robados se hacen fundaciones piadosas.

Cap. Pues yo te le doy.

Juan. Dios me guarde de ensuciar mis manos.

Cap. Pues bien: haz lo que quieras: ahora ven, me ayudarás á subir al coche: luego pondrás á esa muger en la calle, y me darás cuenta de ello allá en la huerta: Pedro me acompañará.

Juan. Muy bien.

El Capitan se detiene al entrarse, y mira á Madama Brand.

Cap. ¡A mí! ¡es cosa muy particular!... ¿Lo creerias, Juan?... Pues me cuesta trabajo el despedir á esa muger...

Juan. ¡La fuerza de la costumbre!...

Cap. Verdaderamente que para apasionarse, aun del mismo demonio, basta comer con él todo un año. *Vanse.*

Madama Brand, abriendo los ojos y mirando disimuladamente hácia la puerta, los taleguitos y el baul.

Mad. ¡Cielos!... ¿será posible?... Este insolente Buller, ¿dispondrá á su gusto de mis bienes? ¡Casi me he desmayado de veras, al oirlo! pero... me parece que vuelve... vuelta al torno.

Hace que continúa en su desmayo.

Sale Juan.

Juan. ¡Siempre desmayada! ¡O! ¡ó! vamos á ver si lo podemos remediar.

Toma un taleguito, y le hace sonar á los oídos de ella.

Ya presumía yo que abriría los ojos:

Repite; y Madama Brand alarga la mano.

vaya: ya parece que ha vuelto en sí enteramente.

Mad. ¿Dónde estoy?

Juan. En una casa en que vm. ha estado de sobra quince años, y ya no estará en ella quince minutos.

Mad. ¿De esta manera se recompensan mis servicios?

Juan. El demonio los recompensará: pues á él ha servido vm.

Mad. Vm. es un insolente.

Juan. Recoja luego su atillo, y váyase de casa.

Mad. No le reconozco á vm. para nada.

Juan. ¡Madama Brand, juicio! todo lo sabemos... el señor Capitan la pide en cortesia que le haga el favor de no volver mas á ponerse en su presencia.

Mad. El es muy dueño de decírmelo, si tiene corazon para ello.

Juan. Su corazon no tiene que hacer en esto; y se conforma con lo que haga mi boca, ó mis puños en caso de resistencia.

Mad. Mi querido Juan, vm. se está chanceando; ya lo conozco: vaya, tome vm. este escudo, y beba á mi salud.

Juan. Primero rebentaría de sed: vamos, pronto, márchese: cierre ese baul: yo tengo que ir á dónde está mi amo, y no puedo esperar á que vm. haga sus lios.

Ella cierra el baul.

Mad. Me parece que podré estar en casa hasta mañana.

Juan. No, no: es contrario á las órdenes que tengo.

Mad. Lo verémos: yo no me menéo de aquí.

Juan. ¿Cómo qué? ¿no se meneará vm.?

Mad. No.

Juan. Vamos: Madama Brand.

Se arroja á ella, la agarra, y la lleva hácia la puerta resistiéndose ella.

Juan y ella hablan á un tiempo.

Juan. Mi querida Madama Brand... Dígnese vm. desocupar el puesto... Mad. Brand, permítame vm. la diga el último á Dios, que me quiebra el corazon: ya está vm. en la puerta: barrabás la acompañe y la guarde.

Mad. Si vm. se atreve... Déxeme vm., le arrancaré los ojos: Juan, le morderé las narices: mi querido Juan, tome vm. una onza de oro... Mi amado: mi buen Juan... ¡monstruo! ¡pícaro! ¡bárbaro!

Estas últimas voces deben sonar ya dentro.

Jardin largo: á los dos lados cenadores de yedra ó emparrados, baxo los quales habrá dos asientos de céspedes.

Sale Ana dando el brazo á Felipe.

Fel. Parémos aquí, donde pueda yo entregarme todo á la dulzura que siento en mi corazon, y donde mis ojos recorran tranquilos estos lugares que fuéron el teatro de mis juegos pueriles. ¡Quántos años ha que no eran objeto de mi recreo, porque aun en los dias mas serenos, la discordia se extendia sobre estos sitios como una nube tenebrosa! En fin, al declinar el dia de mi vida, se ha despejado el orizonte, y la serenidad sucede á la borrasca. Ya respiro libremente, y me es permitido amar de nuevo á mi hermano, á este amigo de mis primeros años.

Ana. El ha recibido á la señorita de un modo que me obliga á perdonarle todo. No... ¡él nunca ha dexado de ser un buen Francisco!

Fel. ¡O! ya se vé... siempre fué bueno: el soplo envenenado de la malignidad pudo corromper la pureza de sus sentimientos; pero su corazon ha vuelto á tomar su ascendente, y no será ya insensible á las dulzuras del amor fraternal. ¿No ves las cifras de nuestros nombres en la corteza

de este antiguo tilo? Treinta años hace que las dos F. F. estan creciendo juntamente con el árbol; pero sus líneas no han podido borrarse.

Ana En aquel cenador que está al extremo de la huerta, hice el café algun dia, y los dos señoritos juntaban vms. leña seca para hacer lumbre.

Fel. Sentémonos baxo este cenador, donde sudé tanto siendo niño, para cumplir con las obligaciones de mis primeros estudios.

Entran en un cenador: Felipe se sienta, y dice despues de una breve pausa.

¿Quién podrá decir que la ancianidad carece de satisfacciones, quando sobre las alas del pensamiento puede trasladarse al venturoso tiempo de la juventud, y renovar en la memoria sus primeros entretenimientos? ¡Ah! la juventud disfruta ménos de lo presente, que la ancianidad de lo pasado.

El Capitan se presenta acompañado de un criado.

Cap ¡Por un momento!... Yo quiero olvidar quanto he visto, para entregarme todo á lo que veo.

Mira á todas partes; procura ocultar su emocion, y en fin dice al criado.

Vete con los diablos.

El criado le mira suspenso.

Que te vayas digo; *Con dulzura.*
y quédate á la puerta: yo sabré ir solo arrastrando hasta que Juan venga. *Vase el criado.* No he querido que este hombre me viese soltar las lágrimas; pues sin duda se reiría de ver á un viejo como yo llorar como un muchacho.

Se detiene apoyado en el baston.

¡O! aquel es el peral viejo... ¡y todavía exîste!... ¡y lleno de flor! ¡Quántas veces Felipe y yo, siendo muchachos, nos subiamos encima!... Entónces no tenia yo gota... Si no me engaño, aquí era donde mi madre cultivaba sus flores. ¡Qué inculto ha quedado este sitio! ¡Las zarzas crecen donde ántes florecian lilas y madreselvas! Entrémos en este cenador, donde me acuerdo que leí la primera vez las Aventuras de Robinson Crusoé.

Entra y se sienta.

Fel. ¡Me parece que he oído hablar!...

Ana. En el otro cenador está sentado un señor anciano: precisamente es en frente de nosotros.

Mirándole.

Fel. Sin duda será alguno de los convidados del Doctor.

Cap. ¿Quién será aquel anciano enfermo que distingo allí baxo? me parece haberle visto en alguna parte.

Fel. Ana, pienso, sino me engaño, que no me es desconocido el semblante de aquel buen viejo.

Cap. Y aquella muger tambien... yo la he visto, ó lo he soñado.

Ana. En efecto, me parece que es algun conocido antiguo.

Fel. El Doctor pudiera sacarnos de la duda: ¿dónde se habrá detenido?

Ana. La señorita, se fué á coger violetas al extremo de la huerta; puede ser que esté con ella.

Fel. Allí viene solo: le preguntaré... pero se dirige hácia aquel anciano: dexémos que hablen.

Se apartan.

Sale Blum.

Blum. Y bien, mi amado y antiguo amigo, ¿le agrada á vm. este sitio?

Cap. Tanto, que en él quisiera acabar mis dias: escuche vm., Doctor mio, aquel anciano que

está allí en aquel cenador, ¿es alguno de sus convidados?

Blum. Sí Señor.

Cap. Se podia decir que tiene vm. gana de establecer aquí algun hospital. ¿No ha convidado vm. sino enfermos?

Blum. Sí; para enviarlos sanos á todos.

Cap. ¿Quién es ese hombre?

Blum. ¿No le conoce vm.?

Cap. Si vm. me dice su nombre, puede que caiga en quien es.

Blum. Pregúntelo vm. á su corazon.

Sorprehendido.

Cap. ¡Mi corazon!

Sale Carlota, y trae su vestido lleno de flores.

¡Ah! ¡Carlota! ¿tú tambien aquí?

Carlota siembra flores desde un cenador al otro.

Carl. Sí Señor.

Cap. ¿Qué es lo que haces, querida mia?

Carl. Siembro de flores un camino que tanto tiempo ha estado cubierto de espinas y maleza.

Cap. ¿Qué quieres decir con eso?

Blum se ha acercado á donde está Felipe.

Fel. Amado Doctor, hágame vm. el favor de de-

cirme quién es aquel hombre.

Blum. Uno que he convidado, porque hoy cumpleaños.

Turbado.

Fel. ¡Hoy cumpleaños!

Cap. Ven aquí, Carlota, ¿conoces tú á aquel anciano?

Carl. ¡O! muy bien le conozco.

Cap. ¿Quién es?

Carl. No lo hubiera vm preguntado quince años ha.

Cap. Quiero saber quién es.

Carlota corre y abraza á su padre.

Carl. Es mi padre.

Los dos hermanos conmovidos, se miran al descuido; y Blum los mira atento con una secreta alegría: y despues de una pausa, dicen.

Cap. ¡Cómo se conoce lo que ha padecido!

Fel. ¡Quánto se ha envejecido!

Cap. ¡Qué pobremente vestido! ¡Sin duda que le faltaba lo necesario miéntras que Madama Brand me robaba!

Se levanta.

Fel. Vaya afuera esta falsa vergüenza, que me impide arrojarme á los brazos de mi hermano.

Carlota extiende sus manos hácia los dos cenadores: y mira alternativamente con ternura á su padre, y á su tio: Felipe se adelanta fuera del cenador.

Muy inquieto.

Cap. ¡Dios me perdone! ¡creo que viene!

Carl. A mí, mi amado tio.

El Capitan se levanta.

Cap. A tí; ¿y qué quieres que haga junto á ti?

Carl. A mí, padre mio.

Se acerca, y le toma la mano.

Fel. ¡Con mucho gusto, hija mia!

Con mucha dulzura.

Carl. A mí, querido tio.

Cap. Vaya: ya estoy aquí.

Carl. La mano.

El Capitan la da la mano desviando el rostro.

Cap. Tómala.

Carl. Mas cerca; todavía mas cerca.

Toma las dos manos, y las junta.

Fel. ¡Hermano mio! *Con mucho dolor.*

El Capitan le mira; tira el baston, y le abre los brazos: Felipe se precipita á ellos, y Carlota á los de Blum.

Carl. ¡El Cielo le recompense á vm., hombre generoso!

Cap. Hermano mio, tu semblante me anuncia lo que has padecido: tu exterior me lo dice.

Fel. He estado enfermo; pero tus beneficios, á pesar de nuestras disensiones, me han socorrido abundantemente.

Cap. ¿Qué? ¿quieres sonrojarme?

Fel. ¿No has pagado mis medicamentos?... ¿el plazo del alquiler de la casa?

Cap. Felipe, llíname de injurias; pero no me digas eso.

Blum. Perdóneme vm., padre mio, un arbitrio inocente: yo trataba de reunir los corazones de vms.; y obraba tomando el nombre de su buen hermano.

Cap. Señor Doctor, me reprehende vm. severamente; pero le agradezco la leccion.

Fel. ¡O Carlota mia! ¡qué hijo me has dado tan bueno!

Cap. ¡Hijo!... ¿qué quiere decir eso?

Fel. Hablo del Doctor Blum, de este hombre generoso, para quien tienen mas atractivo que las riquezas, la inocencia y la bondad de corazon.

Cap. Ya, ya lo entiendo... pero mi sobrina no es

pobre. ¿No es mi única heredera? ¿no es así, Carlota? ¡O! nosotros ya nos conocemos... pero, ¿por qué llora esta muger?

Fel. Llora de gozo.

Cap. ¿Es Ana por ventura?

Fel. La misma.

Cap. ¿Ana? ¿tú eres? dame la mano; esa mano que tantas veces me ha servido: tú te has mantenido fiel; pero en recompensa, nada te faltará.

Sollozando.

Ana. Yo no puedo... no puedo hablar.

Cap. Bien se conoce, que esas lágrimas son hijas de tu corazon.

Sale Buller.

Juan. Viva la alegría, mi Capitan: ya se han executado sus órdenes: ya he puesto en la calle á Madama Brand; pero no ha salido sin hacer una terrible resistencia.

Cap. Muy bien: buen viage: ahora, mi amado Juan, solo tú me has quedado.

Fel. Y yo.

Carl. Y yo.

Blum. Y yo.

Cap. Sí: todos vosotros: ¡Ah! venid, pues, á ver si puedo estrecharos á todos en mis brazos... bien

que siempre estaréis todos dentro de mi corazon.

Juan. Mi Capitan, si los ojos no me engañan, su hermano de vm...

Cap. Sí, sí, Juan mio: todo lo hemos olvidado: ¡todos me aman de nuevo! ¿te acuerdas de aquel dia que hice aquella presa inglesa tan rica? un solo instante me hizo entónces dueño de inmensas riquezas; pero mira, este momento me hace mucho mas rico: ven, Felipe mio.

Le cruza un brazo al rededor del cuerpo.

llámame tú: Francisco mio.

Fel. ¡Mi querido Francisco!

Hace lo mismo con ella.

Cap. Muy bien: Carlota, ya sabes lo que prometí á tu madre: ¿qué te parece, Felipe? Yo imagino que ella está ahora aquí con nosotros.

Levanta los ojos al cielo, y Blum lleno de entusiasmo, dice:

Blum. ¡O! ¡si todos los hombres supieran quán dulce es la reconciliacion!

FIN.

LA ACELINA,

EN TRES ACTOS:

POR

D. E. T.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

MATILDE, *La Señora Josefa Luna.*

AIMAR, señor feudal, tutor de Acelina. *El Señor Vicente Garcia.*

ACELINA. *La Señora Andrea Luna.*

ACEMON, amante de Acelina. *El Señor Juan Carretero.*

ALBERTO, confidente de Aimar. *El Señor Tomas Lopez.*

MARIANA, aya de Acelina. *La Señora Manuela Monteis.*

CECILIA, criada. *La Señora Joaquina Briones.*

UN SOLDADO. *El Señor Tomas Oliver.*

UN PAISANO. *EL SEÑOR AGUSTIN ROLDAN.*

GUARDIAS Y SOLDADOS DE AIMAR.

PAISANOS Y PAISANAS.

La Scena es en un castillo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa de un lado las paredes del castillo, y en ellas ventanas con rejas: del otro lado una torre. En el medio, y cerca de la scena, un terraplen con un muro de apoyo, que corta el teatro desde un bastidor al otro: detras del muro se supone estar el foso del castillo. En el fondo un campo, y el orizonte muy baxo, porque el muro y terraplen ocultan una parte de lo descubierto. En el fondo se dexa ver Acemon, el qual caminando hácia el castillo, se oculta en breve, porque baxa al foso; pero no tarda en mostrarse de nuevo sobre el muro, desde el qual salta al terraplen. Cerca del muro de la parte de acá habrá dos árboles pareados.

Aun no es muy de dia.

SCENA PRIMERA.

Acemon solo.

Acem. Aun duermen todos: ahora
de nadie ser visto puedo.
Este amor, sin esperanza
que has inspirado á mi pecho,

y las súplicas humildes
que por tí dirijo al cielo,
¿quándo lograré mostrarte,
ó tú, desdichado objeto
de mi ternura?... ¡Infelice!
tu consolador acento
jamas llegó á mis oídos:
solo verte desde léjos
es el placer con que alivio
cada dia mi tormento.
Los males que de contínuo
padeces en ese encierro,
¡quál me afligen é interesan
en tu desgracia! El deseo
de hacerte libre, constancia
y valor me dará á un tiempo.
Mas entretanto, ¡qué penas
tan estériles padezco!
¡triste del que separado
de su amada está viviendo!
¿Dónde felices instantes
de indiferencia y sosiego,
dónde fuisteis? ¡qué tranquilo
entónces viví! El afecto
de una madre cariñosa
bastaba en aquellos tiempos

á hacerme feliz. Mi alma
ignoraba un sentimiento,
que va á labrar su dicha
para siempre... ¿y yo me quejo?
¿no me hace amor venturoso?
El verla solo un momento,
este placer tan suave
¿no disipa el desconsuelo
de todo un dia? mas ya
ha amanecido. Atar debo
al árbol el ramillete
que formé para mi dueño.
Hermosas flores, decidla
quánto en mi corazon siento,
que á una muger amorosa
no es dificil entenderos.
Si os miran sus bellos ojos,
y por mi dicha á su seno
os lleva, decidla entónces
lo que yo decir no puedo.
Pero oigo pasos: huir
para no exponerla, debo.

Salta al foro, y se va.

SCENA II.

Mariana y Cecilia.

Mar. No me engañé, no: yo he visto
cantando á un hombre aquí mesmo
debaxo de esas ventanas.
¿Será amante?... ¡qué consuelo!
Una muger encerrada
necesita algun recreo;
¡y amor lo es tan dulce y grato!
Cecil. ¡Mas ah infeliz! su desvelo
inútil es, y es en vano
la esperanza de su pecho.
Mar. ¡Acelina!... ¡pobre niña!
aun reposa. Los deseos
que ha inspirado, el mal que causa
ignora sin duda.
Cecil. Aquesto
ya entender debiera.
Mar. Yo
no lo ignoraba á lo ménos
en su edad, y acaso acaso
ella tambien el objeto
penetró de los cantares.
Si habrá escuchado su acento

el fiero Aimar, y rezela...
¿pero qué importa su ceño?
El deleyte de engañar
á un zeloso, y los esfuerzos
del amor serán bastante
al logro de sus deseos.
Yo que por Aimar el cargo
de custodiar aquí tengo
á esa triste huerfanilla,
servir al amante quiero,
y no al tirano.

Cecil. Aquí viene
Acelina ya.

Mar. Te ruego
me dexes con ella sola,
pues á mí qualquier secreto
libremente me confia:
despues lo sabrás. *Vase Cecilia.*

SCENA III.

Mariana y Acelina.

Acel. ¿Qué veo?
¿tú aquí, mi amada?

Mar. Acelina,
á comunicarte vengo

nuevas alegres.

Acel. Empieza.

Mar. Esta mañana, aquí dentro
ha estado un jóven.

Acel. ¿Un jóven?
¿cómo has podido saberlo?

Mar. Porque baxo esas ventanas,
cantando estuvo algun tiempo.
¡Qué voz tiene tan suave!

Acel. ¿Y le viste?

Mar. No por cierto:
abrir no osé la ventana.

Acel. ¿Pues cómo sabes, sin verlo,
que es jóven?

Mar. ¡Ay Acelina!
la muger en un encierro,
pronto por la voz conoce
á un jóven aunque de léjos.

Acel. ¿Con que te gustaba oirle?

Mar. ¿Si me gustaba? en extremo:
y á tí te hubiera agradado
igualmente, porque tierno
hablaba de amor, lloraba,
se ponia á cantar luego
en voz baxita, muy baxa;
mas yo no perdí por eso

ni una palabra: ¡qué impulsos
de despertarte me diéron!
Acel. Si no dormia. *Sonriéndose.*
Mar. ¿Qué dices?
¿no dormias? con que luego
has escuchado...
Acel. Tan bien
como tú.
Mar. ¿Pues á qué efecto
me haces contar?...
Acel. Sigue, sigue,
que en oirte me deleyto.
Mar. Vaya, que para una vez
que nos ha enviado el cielo
un ángel consolador,
bastante bien te has impuesto.
Acel. ¡Una vez! no, mi Mariana,
no es la primera.
Mar. ¿De cierto?
¿pues qué? viene...
Acel. Cada dia.
Mar. Cada dia, ¿y sin saberlo
estaba yo?
Acel. No lo extrañes,
porque tú duermes mas tiempo
que yo.

Mar. ¿Pero quién es, dime,
ese jóven?
Acel. Te protesto,
que no lo sé.
Mar. ¿Tú le has visto?
Acel. Muchas veces á lo léjos.
Mar. ¿Te ha hablado?
Acel. Nunca.
Mar. ¿Pues cómo
viene aquí? ¿quál es su intento?
¿por qué canta? Dímelo,
Acelina, porque en esto
soy tan curiosa...
Acel. Pues oye:
paseando como suelo
en este terreno un dia,
ví un hombre que desde léjos
me miraba atentamente;
pero yo el rostro volviendo,
hice que no lo notaba.
Mar. Y á la verdad fué bien hecho,
pues lo exige la decencia.
Acel. Yo continué en mi paséo
sin mirarle; mas con todo,
á veces no podia ménos
de inclinar la vista al campo:

no por verle.
Mar. Ya, ya entiendo,
porque él te viese.
Acel. Despues
fuese aquí acercando, y luego
que estuvo junto á este árbol,
paróse, y en el momento
empezó á cantar; apénas
llegaba á mi oído el eco.
Mas lo poco que le oí...
Mar. Te daba mucho contento:
es muy natural.
Acel. Pues él,
no debió así suponerlo,
porque temiendo escucharle
me entré en mi aposento luego.
Mar. A tu pesar, ¿no es así?
Acel. Desde este dia le veo
de contínuo en este sitio:
yo poco á poco me he hecho
mas atrevidilla; y ya
me arrimo lo mas que puedo,
con lo qual me ha parecido...
Mar. Que le das gusto, ¿no es esto?
Acel. Todo, todo lo adivinas.
En fin ha tenido aliento

de pasar el grande foso
que nos separa, y sin miedo
viene á cantar las mañanas
enfrente de mi aposento.

Mar. Ya no extraño que gustases
tanto de tomar el fresco.
¿Y qué dirá tu zeloso
si oye al cantor?

Acel. Me extremezco,
Mariana, con tal memoria.

Mar. ¿Ha conocido tu afecto
ese joven?

Acel. ¿Por ventura,
te he dicho yo que le quiero?

Mar. Pues vaya al contrario: ¿sabe
que no le amas?

Acel. Rezelo
que así lo creerá.

Mar. Se engaña
a fé mia: ¿mas qué veo
en este árbol? ¡qué hallazgo!

Acel. Un ramillete.

Mar. ¿Que ha puesto
él mismo aquí?

Acel. Sí.

Mar. Adivino.

He tenido el mismo encuentro
muchas veces; y en verdad,
me admiraba con extremo,
ver en un castaño, rosas.

Acel. El amor hace portentos,
Mariana.

Mar. ¿El amor ha sido?

Acel. Sí, amiga, te lo confieso:
¿y á tí pudiera ocultarlo?
Cautivada en este encierro,
y sin cesar perseguida
de un zeloso que detesto,
¿por qué no he de amar á un hombre,
que sin poder ni un momento
hablarme, y sin esperanza,
se interesa como vemos
en mi infortunio?

Acemon aparece en el fondo.

Mar. ¿Mas cómo
le dirás tus sentimientos?

Acel. Amiga, no sé.

Mar. Me ocurre
un excelente proyecto.
¿El no se explica con flores?
Pues sírvete tú á su exemplo
del mismo intérprete.

Acel. ¿Cómo?
Mar. No dudes que tienen cierto
lenguage tambien las flores.
Un ramillete formemos,
cuyos colores le digan
tu amoroso pensamiento,
y en el sitio donde estaba
el suyo, le dexarémos.
Acel. Discurres bien.
Mar. Mira, mira.
Acel. ¿A dónde?
Mar. Allá abaxo: creo
que es él, y ya nos ha visto.
Acel. No mirémos, no mirémos.
Mar. Tengo deseos de verle.
Acel. Que se acerque mucho temo.
Mar. Hagamos el ramillete.
Acel. Vé á hacerle, que aquí te espero.
Mar. Suena ruido. Ven, huyamos,
que es Aimar: vamos corriendo,
Acelina: ¡qué espantoso
es de un zeloso el aspecto.

Vanse.

Retírase Acemon.

SCENA IV.

Aimar, y un soldado.

Aim. Yo mismo, sí, le he escuchado
esta mañana al perverso:
despues de saltar el muro,
ha tenido atrevimiento
de cantar frente á las rexas
de mi castillo.
Sol. Protesto,
señor, que hemos observado...
Aim. Con descuido. Y os prevengo,
que si él ú otro temerario
se atreve á llegar, su exceso
he de vengar en vosotros.
¿Han ido en su seguimiento?
Sol. Sí señor, y ya la guardia
está el muro recorriendo:
si alguno osáre acercarse,
le traerán al punto preso.
Aim. Está bien. A Alberto llama;
pero aquí viene. Si al reo
prendiéron ya, conducidle
á mi presencia al momento.

SCENA V.

Aimar y Alberto.

Alb. Nada indagar he podido:
acaso ilusion del sueño...
Aim. No es ilusion: el malvado
osó penetrar adentro
del castillo: en vano, en vano
ha sido tanto misterio,
y las demas precauciones
que ha tomado mi rezelo.
Por ver á Acelina, miran
la muerte con menosprecio;
pero aun soy mas infelice
yo que á mi lado la tengo.
¡Funesta pasion! ¡tu yugo
oprime otra vez mi cuello!
Rompí incauto la cadena
que me hizo feliz un tiempo,
y á la que tierna me amaba
desposeí de mi afecto,
para ofrecerle á la ingrata
que le desprecia: ya siento
mi error, siento mi vergüenza;
pero vencerme no puedo.

Hoy, Alberto, necesito
de tu amistad y consejos.
Pues que mis males conoces,
y el amor en que me enciendo,
alivia, si acaso puedes,
mi corazon; y sincero
dí la verdad. ¿Me censuran?
Responde, pues te lo ordeno.
Alb. ¿Y podréis tan agitado
oir los sanos preceptos
de la razon?
Aim. No lo dudes.
Los oiré, y á obedecerlos
me verás pronto; mas dime
con franqueza, si violento
á Acelina á que su mano
me entregue...
Alb. Será tal hecho
censurado.
Aim. De ese modo,
¿qué partido tomarémos?
Alb. Renunciar á sus amores.
Y pues que tanto deseo
de saber lo que se habla
mostrais, escuchad atento.
La desgracia de Matilde

aun lloran todos, diciendo
que despues de seducirla
la abandonais: y hace tiempo
que esta infeliz desterrada
por su amante, está viviendo
en la deshonra y miseria:
que víctima del desprecio
y de la inconstancia, oculta
su rubor y el fruto tierno
de un amor desventurado
en un áspero desierto,
donde ni aun de consolarla
os dignais con un recuerdo:
que á nueva pasion ahora
entregado vuestro pecho,
nueva víctima prepára.

Aim. ¡Cómo!... ¿qué dices, Alberto?

Alb. Sí señor, temen que pronto
ha de seguir el funesto
fin de Matilde, á Acelina:
recuerdan con sentimientos
las virtudes de su padre,
que al morir, á vuestro zelo
confió su amada hija
como el bien mayor; y viendo
que á vuestro amor se resiste,

temen la violencia. Aquesto
es, señor, lo que se dice.
Aim. ¡Así piensan! ¿y severo
no haces callar los malvados
que me censuran, ni de ello
me has advertido hasta ahora?
Yo sufriera los consejos,
mas no desprecio y baldones:
y tú, que segun entiendo,
piensas con mas libertad
que me has hablado: tú, Alberto,
que tal vez esas ideas
imaginas en el pueblo;
conoce mejor mi clase,
y tu deber, advirtiendo,
que no estás en mi castillo
para unirte y dar fomento
á mis contrarios, sino
para defenderme de ellos.
Me aprovecharé, no obstante,
de esta leccion: vete luego.
Al salir, y aparte.
Alb. De esta manera los grandes,
la verdad siempre acogiéron.

SCENA VI.

Aimar solo.

Aim. A seguir la inclinacion
que me guia estoy resuelto:
los obstáculos me irritan,
y mas avivan el fuego:
¡ay de aquel que á provocar
se atreva mi enojo! pero
aquí se acerca Acelina
con Mariana: mucho temo
que ésta á la traicion ayude.
Retirarme un poco debo,
por no inspirarlas sospechas...
Ocúltase detrás de los árboles.
escucharlas aquí puedo.

SCENA VII.

Acelina, Mariana, y Aimar oculto: traen las dos un azafate de flores.

Mar. De las flores mas hermosas
un ramillete formémos.
Acel. Y al amor sirvan de idioma
sus colores.
Mar. A despecho

de un argos inexôrable,
del castillo y de sus hierros,
sabe engañar á un zeloso
el mas inocente pecho.

Acel. ¡O tú, con cuya memoria
se mitiga mi tormento!
de mi corazon recibe
el homenage primero.

Aim. ¡Pérfida! con mi venganza
haré que espire tu afecto.

Mar. Estas rosas le dirán
tus amorosos deseos:
símbolo de la ternura
fué la rosa en todos tiempos.

Acel. Sin duda; pero es forzoso
que las espinas quitémos,
pues en viéndolas, creeria
que de contínuo padezco.

Aim. Cada voz es un ultrage
que da á mi furor aumento:
¡quándo llegará el instante
de la venganza!

Mar. Sé cuerdo,
le dirá la violeta,
que siempre oculta en el seno
está de la yerbecilla,

pues quiere amor el secreto.
Acel. Añadamos la perpétua,
flor á que respeta el tiempo,
pues ha de ser tan durable
de mi corazon el fuego.
Mar. Ya hemos escrito la carta:
de las flores lleva el resto,
y déxame sola, así
que sospechar no darémos.
Acel. Ata bien el ramillete
al árbol; mas te prevengo
que no le oculten las hojas,
pues así nos exponemos
á que no le vea.
Mar. Bien:
no tengas ningun rezelo,
que si pudiera guardarle
el corazon, allá dentro
le encontrarían los ojos
de un amante. *Vase Acelina con las flores.*

SCENA VIII.

Mariana sola.

Mar. En el correo *Se va acercando al árbol.*
pondré la carta; y mañana

por la respuesta vendrémos.

Aim. Deten. *La detiene.*

Mar. ¡Ay de mí!

Aim. Traidora,
¿qué vas á hacer?

Mar. Yo fallezco. *Aparte.*
¡Ah, señor!...

Aim. Ya lo sé todo:
es en vano el fingimiento:
tiembla.

Mar. ¡Qué desdicha!

Aim. Dame
ese ramillete luego,
y entra en la torre, malvada:
¡triste de tí, si un momento
sales de ella sin llamarte!
de tu perfidia el exceso
pagarás.

Mar. ¡Pobre Acelina! *Vase.*

SCENA IX.

Aintar y Acelina.

Aim. ¿Cómo vengaré el desprecio
de esa ingrata? ¿de qué modo
la haré sufrir los tormentos

que me devoran? mas ya
viene aquí: disimulemos:
á mentir la obligaré
para confundirla luego,
y con lentitud gozarme
en su dolor qual deseo.

Oculta el ramillete Aimar, y se retira un poco.

Acel. ¡Mariana, Mariana! ¿dónde
estará, que no la veo?
Ella me busca sin duda,
mas voy á ver cómo ha puesto
el ramillete... ¡Dios mio! *Al ver Aimar.*
¿Qué miro? ¡fatal encuentro!

Aim. En busca tuya venia,
Acelina, pues intento
hablar despacio contigo.

Acel. Ya escucho, señor.

Aim. Espero
que quien tan crueles penas
hasta aquí sufrir te ha hecho,
va á ser á tus ojos grato
la vez primera. Me siento
ya muy trocado, Acelina:
sobre mí tomó su imperio
la razon, y de mi yugo
á librarte me resuelvo.

Acel. ¡Qué escucho! *Aparte.*
Aim. De nuestra edad
la desproporcion, tu empeño
en oponerte constante
á mi amoroso deseo,
á hacer sérias reflexîones
me han determinado, y veo
que labro tu desventura
y la mia al mismo tiempo.
En fin, he rompido el dardo
que clavastes en mi pecho
á tu pesar, y conmigo
voy á traer al momento
á Matilde, á la que nunca
olvidar debí indiscreto.
Acel. ¡Ah, señor! ¡esa infeliz,
cuyas virtudes el pueblo
tanto encarece!... sus males...
Aim. La verás aquí muy presto:
entre los dos, agradable
esta morada le harémos.
Acel. Yo, señor, la estrecharé
en mi corazon.
Aim. Aprecio
tu bondad sobre manera;
pero aun no basta ese zelo;

falta ahora que me digas,
pues ha de llegar hoy mesmo,
¿cómo deberé mostrarla
la ternura de mi pecho?

Accl. No me toca á mí enseñaros.

Aim. Pues yo lo contrario creo,
bella Acelina. En amores
nunca ha faltado el ingenio
á la muger mas sencilla.

Accl. ¿Qué querrá decir con esto? *Aparte.*

Aim. Si de amor hablo á Matilde,
que no ha de creerme temo,
y por fingidos tendrá
acaso mis juramentos.
¿Te parece que me valga
de un ingenioso rodéo,
de algun emblema sutil,
de unas flores por exemplo?

Accl. ¡O cielos! *Aparte.*

Aim. Un ramillete
con arte, y gracia compuesto:
¡qué! ¿te turbas?

Accl. ¿Yo, Señor?...

Aim. Respóndeme, pues, ¿no es cierto
que una flor es elocuente?
¿qué dices? Pero mi acento

vuelve pálido tu rostro:

La enseña el ramillete.

¡pérfida!

Acel. Mi muerte veo.

Aim. Ya se descubrió el engaño,
y en breve su atrevimiento
expiará el seductor
que á mí prefieres.

SCENA X.

Dichos, y un Soldado.

Sold. Ya preso
está, señor, aquel jóven.

Acel. ¡O qué golpe tan funesto!

Sold. Llámase Acemon, y habita
una choza en el opuesto
lado del rio.

Aim. Traedle
á mi presencia al momemto,
y temed su fuga. Tú *A Acelina.*
vete tambien, pues no quiero
goces el placer de verle,
quando por vengarme intento
separaros para siempre.

SCENA XI.

Dichos, y Acemon conducido por los guardias.

Acelina al salir encuentra á Acemon.

Acel. ¡Ay triste!

Acem. Cielos, ¡qué veo!

Aim. Vete. *A Acelina.*

Dexadme con él.

A los guardias, los que se retiran hácia el castillo.

SCENA XII.

Aim. Hombre audaz, que con objeto
de seducir á una jóven,
sin experiencia á este encierro
osaste llegar, ¿quál era
tu esperanza? ¿quién aliento
te dió para que vencieses,
atropellando el respeto,
un obstáculo sagrado?
respóndeme.

Acem. ¿Y á qué efecto?
¿qué vale el justificarse
con quien á su enojo ciego

solo escucha? Pues me tienes
á tu poder ya sujeto,
dispon de mí.

Aim. Quando á amarla
se determinó tu pecho,
¿consultaste la prudencia?
¿no viste el espacio inmenso
que hay entre tí y Acelina?

Acem. El amor quando es violento,
nada prevee.

Aim. ¿Tú me insultas?
¿Has conocido á qué extremo
puede llegar mi venganza?

Acem. A darme la muerte; pero
entretanto, ¿quién podrá
impedirme que á los cielos
ruegue por esa infelice,
que oprimida está gimiendo
en tus atroces cadenas?

Aim. No me admira que resuelto
desprecies así la muerte.
Amor no conoce riesgos
quando al extremo ha llegado:
mas no solo á tí comprehendo
en mi amenaza, no solo
en tí vengarme deseo:

otro golpe mas sensible
á tu corazon reservo.
Sabe que adoro á Acelina,
que me atormentan los zelos,
y que si no fuere mia,
morirá.

Acem. ¡Monstruo perverso! *Aparte.*

Aim. ¿Te estremeces? sálvala
del castigo mas sangriento,
si la estimas.

Acem. ¿De qué modo?

Aim. Afirma con juramento,
á su presencia y la mia,
que ella nunca fué el objeto
de tu amor, sino que á otra
se dirige tu deseo:
de las sospechas que pudo
inspirar tu atrevimiento,
pídela un perdon humilde,
y acepta, ó finge á lo ménos
aceptar allí la mano
de una muger, que al intento
haré llevar.

Acem. ¡Duro trance! *Aparte.*

Aim. ¿Aun dudas? Si algun afecto
la profesas, te repito

que de mi furor violento
la salves; si no, mi brazo
atravesará su pecho. *Saca un puñal.*

Acem. ¡Si á mí solo amenazáràs! *Con resolucion.*
Cruel, has hallado un medio
para ser obedecido.

Aim. ¿Acéptasle?

Acem. Sí: le acepto.

Aim. Guardias. *Llegan.*

Aimar habla en voz baxa á uno de ellos, y se van.

Acem. ¡Horrorosa prueba!
Si me ama, ¡qué tormento
á causarla voy!

Aim. Atiende
á la promesa que has hecho.
De Acelina está la suerte
en tus manos; y no tengo
nada que hacer, solamente
cerca de ella estaré atento,
observando tus miradas
y las suyas: y si advierto
la menor seña en vosotros,
la haré morir.

Acem. Ten por cierto
que obedeceré... ¡mas ah!

Aim. Tú libre serás en premio;
y aun mas, de mis beneficios
te colmaré..

Acem. Los desprecio.

Con compasion.

Aim. ¡Infeliz! no así me ultrages,
pues aun mas que tú merezco
la compasion. Mas ya vienen:

Pone mano al puñal.

si me engañas, este acero
me vengará de vosotros.

Acem. ¡O desgraciado momento!

SCENA XIII.

Aimar, Acemon, Acelina y Guardias, Hombres y Mugeres del castillo.

Aim. Yo me he engañado, Acelina:

Cerca de Acelina.

no es aqueste joven reo,
pues á tí no dirigia
sus amorosos deseos:
mi cólera ha desarmado,
descubriéndome el secreto;
y ahora quiere asegurarte
de su inocencia, pidiendo

perdon de las inquietudes
que su imprudente desvelo
ha podido ocasionarte.

Acem. Sí, Acelina, aunque te han hecho
digna de ser adorada
de todo el mundo los cielos,
nunca tuve la osadía
de aspirar á tí: mi afecto
no ha sido tan ambicioso:
ésta es el ansiado objeto
Mostrando á Cecilia, que está á su lado.
de mi ternura.

Acel. ¡Infelice!

Acem. Cautivada en ese encierro,
como tú, verla lograba
rara vez; y mi deseo,
por acercarse á su vista,
me hizo cometer un yerro
muy culpable, pues con él
nacer sospechas pudiéron
á tu inocencia injuriosas.

Acel. Falta á mi pecho el aliento. *Aparte.*

Aim. Basta. En recompensa ahora
del penoso sentimiento
que te he causado, yo mismo
enlazar tu mano quiero

con la de tu objeto amado,
y dotarla al mismo tiempo.
Al castillo la conduce,
adonde en pocos momentos,
para vuestra eterna dicha,
iré todo á disponerlo.

Acem. A Dios, hermosa Acelina:
perdóname.

Da la mano á Cecilia, y hace ademan de irse.

Acel. Yo fallezco. *Desmáyase.*

Acem. Soy amado. *Viéndola caer.*

Dexa á Cecilia, corre á Acelina, y la levanta.

SCENA XIV.

Dichos y Mariana, que ha visto caer á Acelina, corre á ella.

Mar. ¡Justo Dios!

Acem. Disimular ya no debo.

Teniendo á Acelina, y defendiéndola de Aimar.

Amándome, ¿podré acaso
temer tu hierro sangriento?
Hiérenos, tirano, hiere,
que juntos bendecirémos
la muerte, que á reunir
va por siempre nuestros pechos.

Aim. Llevadle, guardias, al punto;
separénse los perversos:
obedeced.
Acel. Tiembla, tiembla
bárbaro, ya nada temo:
Aceliña al verse amada,
mira con rostro sereno
la muerte.
Mar. Aplacad la ira.
Aim. Obedeced. *Sepáranlos.*
Mar. ¿El aspecto
de su dolor no es bastante,
señor, á compadeceros?
¿habeis de ser su verdugo?
Aim. Os uniré, lo prometo,
en el sepulcro.
Acem. Acelina.
Acel. Acemon.
Ambos. A Dios.
Mar. Yo muero.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa de un lado la fachada interior del castillo, y en ella la ventana del aposento de Acelina: del otro lado un jardin. Cierra el teatro un rio que le atraviesa, y en la parte de allá se verán montañas.

SCENA PRIMERA.

Aimar y Alberto.

Aim. Nada escucho: la venganza
es el placer que deleyta
á un pecho desesperado.
Alb. Ya, señor, en mi propuesta
os la ofrezco.
Aim. ¿De qué modo?
Alb. Si vuestro enojo desea
vengarse del imprudente,
que en disputaros se empeña
el corazon de Acelina:
además de complacerla,
lo alcanzaréis.
Aim. Habla, Alberto.
Alb. Ordenad que se devuelva

á la tímida Acelina,
que al veros airado tiembla
su libertad; y asimismo
perdonado el jóven sea.
Aim. ¡Acemon!
Alb. Sí: despreciadle.
Aim. Un amante no desprecia
á su rival preferido.
Alb. Reflexîonad que ahora empieza
su amor, pues no se han hablado;
y verse han podido apénas.
Quando intentais seducirla,
no irriteis una belleza,
atormentando su alma,
en lugar de conmoverla.
Si os mostráreis generoso,
alcanzaréis su terneza;
si cruel, seréis odiado.
¿Lo que puede la clemencia
sobre un corazon sensible,
que el hombre mover intenta,
ignorais? ¡Ah! perdonadlos:
y luego Acelina sepa,
que vuestro rival odioso
debe su perdon á ella.
Aim. ¿Y quieres que le perdone?

Alb. Quiero que vuestra prudencia
un corazon le arrebate,
de que dueño se contempla:
para lograrlo, este esfuerzo
debeis hacer, porque entienda
Acelina, de qué modo
vuestro pecho señoréa.
Aim. No podré moverla, Alberto.
Alb. ¿Hay corazon que no mueva
la piedad? Con vuestra órden,
iré á romper la cadena
de Acemon, y á desterrarle
del castillo: á conseqüencia
le advertiré que ése rio
debe ser una barrera
para él insuperable;
y que si osáre romperla,
y acercarse á estos lugares,
la muerte en ellos le espera.
Aim. Sí, la muerte.
Alb. De Acelina
exîgiré la promesa
de renunciar al amante;
á quien benigno la ofensa
perdonais.
Aim. Dí que esta gracia,

es precio de su obediencia;
y que será revocada
si á hacerme feliz se niega.
Alb. Hablarla de enlace ahora,
señor, arriesgado fuera.
Aim. Sin tal condicion, repito,
no hay que esperar.
Alb. Es prudencia *Aparte.*
no irritarle: ya obedezco,
y voy con tan feliz nueva
de volveros la paz,
á hacer de modo que sea
vuestra órden respetada,
y á salvar á la inocencia. *Aparte.*

SCENA II.

Aimar, y un Soldado.

Sol. Hablaros quiere un paisano,
gran señor.
Aim. A mi presencia
condúcele.

SCENA III.

Aimar solo.

Aim. Te perdono,
ingrata; y de mi clemencia
goza el rival que aborrezco,
aunque solo á tu belleza
debe esta piedad.

SCENA IV.

Aimar y el Paisano.

Pais. Señor, *Con encogimiento.*
perdonadme, sí...
Aim. No temas:
habla, ¿qué quieres?
Pais. Mi amigo,
á quien amo con terneza,
está preso.
Aim. ¿Dónde?
Pais. Aquí.
Aim. ¿De quién lo supiste?
Pais. Cerca
estaba yo del castillo
quando fué preso.

Aim. La pena
es debida á su delito.
Pais. A vista de su inocencia,
extraño que contra vos...
mas creerlo será fuerza,
quando prenderle mandasteis.
En fin, mi amistad os ruega
que le perdoneis, señor;
y ya que tal no merezca
la culpa, su pobre madre
que con inquietud le espera,
ignorante del fracaso,
es muy digna por sus prendas
de la piedad.
Aim. Está bien:
dispondré lo que convenga:
vete.
Pais. ¡Dios mio! quál tratan
los hombres á la pobreza.

SCENA V.

Aimar y Alberto.

Alb. Tranquilizaos, señor,
que ya alcancé la promesa
de Acelina.

Aim. ¿Con que á hacerme
venturoso está resuelta?
Alb. Sí señor, ha producido
la generosa clemencia
el efecto deseado:
bañada en lágrimas tiernas,
con voz tímida, y el alma
de agradecimiento llena,
os dió gracias, prometiendo
obedecer.
Aim. Pues que sea
puesta en libertad al punto:
acábese la violencia:
libre sea, te repito.
Alb. Ya, señor, gozando queda
su libertad: al momento
que juró, mandé volverla
á su habitacion.
Aim. No importa
que abuse de esta licencia,
pues yo sabré si me engaña...
Alb. No temais, quando sincera
ha jurado no faltar
á la debida obediencia:
Acemon siguió mis pasos;
voy á conducirle fuera

de este sitio, y á vedarle,
que qual hoy, osado vuelva.
Aim. Evitar quiero su vista,
pues harto pesar me cuesta
darle libertad ahora.

SCENA VI.

Alberto y Acemon.

Alb. Ven, ó jóven sin cautela,
á abandonar para siempre
esta morada funesta
á tu amor: las condiciones
con que rompí tu cadena
ya sabes: cuerdo procura
no faltar á la promesa.
Este rio de nosotros
para siempre te segrega,
y si al castillo de nuevo
te conduce tu imprudencia;
aunque sea á pesar mio,
haré que sufras la pena
por Aimar determinada.

SCENA VII.

Acemon, y despues Mariana.

Acem. Solo estoy: nadie me observa:
ya te perdí para siempre,
tierna amiga... ¿será fuerza
de aquí sin verte alejarme?
¿gozar por la vez postrera
este agradable orizonte?
Contemplar al ménos pueda
estos lugares á donde
una deidad me encadena.
Mar. ¿Aun estás aquí?
Acem. No puedo
apartarme de esta tierra.
Mar. ¡Desventurado! ya nunca
enfrente de nuestra rexa,
te oiré cantar las mañanas.
Acem. ¿Y ántes que me aparte de ella,
no podré ver á Acelina,
á mi Acelina? ¡me fuera
tan gozoso si lográra
hacerla solo una seña,
y recibir de su mano
el último á Dios! ¡A verla

estoy tan acostumbrado
ya desde léjos!

Mar. ¡Si hubiera
seguridad de que nadje
te viese! tu amada prenda,
allí está sola.

Acem. ¿Está allí?
Dile que aun me tiene cerca,
que solamente deseo
decirla á Dios. ¡Qué de penas
atrae una despedida!

Mar. ¡Y qué placer acarrea!
mas hela aquí.

SCENA VIII.

Acelina, Mariana y Acemon.

Acel. ¡Aun te veo! *A la ventana.*

Acem. ¿Será por la vez postrera?

Acel. ¡Separarnos! no, no puedo.

Acem. ¿Y yo podré?

Acel. Estoy resuelta
á seguirte, mi Acemon.

Mar. y Acem. ¿Qué dices?

Acel. Que donde quiera
te he de seguir: un desierto

guardará nuestra inocencia;
y en él nos hará felices
el amor que nos alienta.

Acem. Yo no me atreví, Acelina,
á hacer la misma propuesta.

Mar. Tened prudencia, y oidme:
todo á mi entender se arriesga,
huyendo en este momento:
rezelo que hoy nos observan,
y que tal vez sorprehendido
será Acemon á su vuelta:
temo igualmente que Aimar,
alucinarnos intenta,
y que el perdon otorgado
es lazo y estratagema,
para hacerte consentir
en el enlace á que anhela.

Acem. ¡Unirse con él!

Acel. Yo misma
por salvarte, con violencia
lo prometí.

Acem. ¿Qué pronuncias?
el tiempo, Acelina, vuela,
no le perdamos.

Mar. Conviene
que ahora te vayas sin ella,

porque serémos perdidos
todos tres, si te la llevas:
vete, que esta noche misma,
en el sitio donde quieras,
nos juntarémos.

Acel. ¿Y cómo
podré tener yo certeza
de que no te han detenido?

Acem. Luego que á mi madre vea,
la qual será en breve tuya,
mi amigo con ligereza
vendrá al castillo.

Mar. No, no:
¿un hombre cómo pudiera
acercarse á estos lugares
impunemente?

Acem. Pues dadme
una traza con que pueda
decir la hora y el sitio
donde juntarnos convenga.

Acel. Escribirme es imposible.

Mar. Escucha una ocurrencia:
nuestra palomilla blanca
puede ser la mensagera.

Acel. ¿De qué modo?

Mar. Llévela

consigo Acemon, y suelta
en qualquier parte, á nosotros
volará con diligencia,
atado al ála un villete...

Acem. Entiendo.

Acel. ¡Qué bella idea!
dices bien, amiga mia. *Baxa al jardin.*

Mar. Ya nos ha dado otras nuevas
la cándida palomilla:
quando salió de esta tierra,
ántes de su muerte el padre
de Acelina, con presteza
la avecilla de su estado
nos instruía, y la mesma
el último á Dios nos traxo:
lo que hizo entónces contenta
por un padre, lo hará hoy
por amor.

Acem. Vamos apriesa,
y me la darás, Mariana.

Mar. Sígueme, que voy por ella.
Aquí se retira el Soldado que observaba,
y Mariana se entra.

Acem. A Dios, hermosa Acelina.

Acel. A Dios, amado: ¿me esperas
esta misma noche?

Acem. Sí:
y en señal de mi promesa,
toma la mano.
Acel. Será
mi felicidad eterna.

SCENA IX.

Acelina sola.

Acel. Tú, amor, que me has inspirado
esta dulce llama, vela,
vela de Acemon la vida,
y dígnate protegerla:
oye los humildes ruegos
de una muger sola y tierna,
y los pasos de un amante
de tanto riesgo liberta:
á tu poder todo es fácil,
amable Dios; mi cadena
hoy rompes, y compasiva
me va á conducir tu diestra
á este asilo, donde quieres
que viva con él y muera.

SCENA X.

Acelina y Mariana.

Mar. Ya se fué: pasará luego,
y quando á su casa vuelva
soltará la palomilla,
que volando placentera
á nosotros, el billete
nos traerá; y así contentas,
sabrémos que está seguro,
y que disponiendo queda
nuestra fuga: mírale
caminar por la ribera.

Muéstrase Acemon en la otra parte del rio con la paloma, que besará enseñándola, y desaparece.

Mar. No tardará, segun corre.

Acel. ¿Vive léjos?

Mar. No: muy cerca,
habita en una cabaña
que está en la ribera opuesta
de este rio: media hora
tardaría otro qualquiera
en llegar; pero un amante,
dos minutos solo emplea.

Acel. Con que enmedio del camino
nadie sus pasos detenga.
Mar. El camino estaba solo;
con todo, juzgo que sea
mejor esperar aquí
la paloma, cuya vuelta
nos librará de inquietudes:
¡mas ay! ¡que el tutor se acerca!
Acelina, disimula,
y mas su esperanza alienta,
que á proporcion crecerá
tu libertad.

SCENA XI.

Acelina y Aimar.

Acel. La destreza
para fingir y engañarle,
amor benigno me presta.
Aim. No esperes de mí, Acelina,
reprehensiones ni aspereza:
ya te perdoné, y al verte
siento que ménos me cuesta
excusarte, que culpable
creerte: ya no me queda
recuerdo de lo pasado,

ni el por venir me atormenta,
con la promesa que has hecho:
ahora el gusto me dispensa
de confirmarla.

Acel. Señor,
la turbacion que me cerca,
y el temor tan natural...

Aim. ¿Temor dices? dexa, dexa
esa pasion á mi pecho,
que á vista del tuyo tiembla
si acaso leerá en tus ojos...
¿Pero por qué nuestra lengua
habla de temor ahora?
ya no hay lugar á mi queja;
pues en hacerme feliz
has consentido sin fuerza:
tú no eres falsa, Acelina,
ni da lugar á sospechas
tu candor.

Acel. ¡Quál me violento! *Aparte.*

Aim. Rompe el silencio, no temas;
con una sola palabra
mi felicidad aumentas.

Acel. Señor, sé que he prometido...

Aim. ¡Qué! ¿te arrepientes?

Acel. Dispuesta

á obedeceros estoy.
Aim. Ya veo que la obediencia
solo, cruel, he logrado;
mas tú podrás quando quieras
usar del poder.
Acel. No se hizo
para mí tanta grandeza.
Aim. ¿Qué pronuncias? ¿Nuestro enlace
diferir acaso intentas?
Acel. No, señor: he prometido,
y obedeceré. ¡qué pena! *Aparte.*
Aim. ¿Obedecerás? Pues bien:
ya que á mandar me violentas,
ten á bien que de tí exîja
una gracia muy ligera.
Acel. ¿Quál, señor?
Aim. En adelante
no podrá, como deseas,
estar Mariana contigo.
Acel. ¡Mariana!
Aim. La confidenta
de Acelina inobediente,
no es regular que lo sea
de Acelina fiel esposa.
Acel. Resistirle es imprudencia. *Aparte.*
Aunque este golpe, señor,

es muy sensible, me ordena
la razon, que soportarle
debo sin la menor queja:
recibid mi aprobacion
en señal...

Aim. ¿De tu obediencia?...
Cólmala de beneficios;
pero que hablarte no pueda,
y goce mas feliz suerte
léjos de tí.

Accl. Si licencia
me dais, iré á consolarla,
porque me ama con terneza,
y sentirá, á par del alma,
separacion tan funesta.

Aim. Anda, Acelina: no puedo
negarte quando me ruegas.

SCENA XII.

Aimar solo.

Aim. No es natural esta calma:
tanta sumision no es buena:
hay engaño, hay disimulo.
¿La desdichada, qué espera?
¿quáles serán sus designios?

Ha convenido en la ausencia
de Mariana, reprimiendo
el dolor que la atormenta:
me engañas: zelos, venganza,
que en mi pecho te alimentas:
solo vuestra voz escucho,
recobrad la antigua fuerza.

SCENA XIII.

Aimar y el Soldado.

Sold. Señor.
Aim. A informarme viene.
¿Qué nuevas traes? Dame cuenta.
Sold. Todo lo he visto, señor.
Antes que Acemon partiera
le habló; y aunque no he podido
oirlos bien, ví que cerca
del rio conduxo al jóven
Mariana, y le entregó...
Aim. Cesa,
que vienen las dos aquí:
entrémos, y lo que resta
me dirás.

SCENA XIV.

Mariana y Acelina.

Mar. No mi Acelina:
¿dexarte yo? no pudiera.
Antes de llegar la hora
de mi partida violenta,
habrémos ambas dexado
esta prision tan funesta.
Ya habrá llegado Acemon,
y luego á nuestra presencia
vendrá la amable paloma.

Paisanos y Paisanas en el otro lado del rio.

Acel. ¿Qué gente, amiga, es aquella?
Mar. Habitantes del pais,
que á felicitarte entran
como á esposa de su amo.
Acel. ¿Y si la paloma llega?
Huyamos de ellos, Mariana.
Mar. Guárdate. Si tal hicieras,
te buscarán importunos,
Acelina, donde quiera.
A vivir en tu aposento
la paloma ya está hecha,
y allá volará: yo voy

á abrir, para quando venga,
las ventanas, y á esperarla.
Acel. Quando huyamos, será fuerza
el llevarla con nosotros.
Mar. Sí, sí; pero ya se acercan
los paisanos: disimula.

SCENA V.

Acelina y coro de Paisanos y Paisanas.

Coro. Salud á la hermosa,
la amable Acelina,
que el cielo destina
á tan alto honor:
aquesta olorosa
guirnalda recibe,
y por siempre vive
feliz con tu amor.
Pónenla una guirnalda de flores.
Acel. De vuestra amistad sincera
la recibo, prometiendo
ser eternamente vuestra.
Coro. Salud á la hermosa, &c. *Se van.*

SCENA XVI.

Acel. A Dios, amigos, á Dios:
me enternece su inocencia.
¡Quál me quieren! y yo ingrata
voy á dexar su terneza.
Este es, Acemon amado,
el placer que en recompensa
sacrifico á tu cariño.

Mariana á la ventana.

Mar. No te retires, y observa
cuidadosa á todas partes.

Aimar pasa por la otra parte del rio con escopeta, seguido de un soldado.

Acel. ¡Qué veo! ¡con escopeta
Aimar! ¡qué dicha! va á caza.
Mar. Así en libertad nos dexa.
Acel. ¿Estará Acemon seguro?
Mar. En breve dará la vuelta
nuestra paloma: cuidado
que estes, Acelina, atenta.
Acel. Vuela aprisa, palomilla,
que Acelina te desea,
esperando que la traigas
de su tierno amante nuevas.

¿No ves nada?
Mar. Aun no la veo.
Acel. Si algun fracaso...
Mar. No temas:
esperémos otro poco.
Acel. Mi corazon atormenta
un triste presentimiento.
Mar. No estés con esa impaciencia:
ya la veo, ya la veo.
Acel. ¡O qué dicha! ¡cómo vuela!
Déxase ver la paloma: óyese un escopetazo, y cae el ave muerta: Aimar vuelve á pasar el rio con el arma.
Acel. y Mar. Yo muero.
Desaparece Mariana.
Acel. ¡Funesto golpe!
¿En situacion tan adversa
qué he de hacer? ¿dónde ocultarme?
otro recurso no queda
si no huir de esta morada,
que mi corazon detesta. *Huye por el jardin.*

SCENA XVII.

Aimar y Guardias.
Aimar con la paloma y la carta.
Aim. ¡Qué desgraciado nací!

el traidor, cuyas ofensas
perdoné, de mi castillo
llevar á Acelina intenta:
escuchad y estremeceos.

Lee. "Luego que el fiel mensagero te haya entre-
»gado este billete, corre sin tardanza al reduc-
»to secreto donde te espera mi corazon: huiré-
»mos, si es forzoso, hasta el fin del universo en
»busca de un agradable asilo, donde podamos
»gozar tranquilamente de una suerte mas feliz
»léjos del tirano que te tiene esclavizada."

Uno de los Guard. ¡Cielos!

Aim. El furor me ciega.
Vengadme, amigos, vengadme:
cubierto de heridas, muera
el pérfido que me ultraja.

Guard. Será su muerte sangrienta.

SCENA ULTIMA.

Dichos, y dos Paisanos que salen corriendo.

Un Pais. Señor, acudid aprisa,
que Acelina ya se aleja
de este lugar.

Aim. ¡Acelina!

Pais. Huyó con tal ligereza,

que alcanzarla no pudimos.
Aim. Corramos luego tras ella,
y el traidor que la seduce
ante sus ojos perezca.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una grande roca abierta en forma de bóbeda, á cuyo pie está la morada de Matilde, y encima hay un camino transitable con arbustos; por la abertura de la roca se vé el rio, y en el fondo una graciosa campiña.

SCENA PRIMERA.

Acemon y algunos amigos suyos aparecen sentados baxo de la roca: los amigos de Acemon tienen cerca de sí los instrumentos de agricultura.

Acem. Este es, amigos, el sitio
donde venir la he mandado,
y donde mi corazon
ansioso la está esperando.
¡qué largas se hacen las horas
al que tiene este cuidado!

¿Está ya todo dispuesto?
Pais. Nada falta: y observando
quedan otros en el rio.
Acem. En especial os encargo,
que no advirtais á mi madre
del peligro en que me hallo:
pero ya debeis, amigos,
de este lugar alejaros,
puesto que á baxar empieza
el sol, y se va alargando
de los árboles la sombra
hácia la gruta. Sed cautos,
repito, pues aun ignora
mi madre el penoso daño
que sufrí, y el que me espera,
si mi terrible contrario
llega á descubrir la fuga,
y puede haberme á las manos.
La imágen de esta desgracia
apartar es necesario
de su ternura, que siempre
al castillo me ha vedado
acercarme. El nombre solo
de Aimar le da sobresalto:
¡quál padeciera sabiendo
que á su furor inhumano

estoy expuesto! El secreto
la confiarémos quando
esté ya libre del riesgo:
pero vosotros en tanto
observad por todas partes.
¿Está preparado el barco?

Pais. Todo, Acemon, está pronto;
y no hay para qué temamos,
pues á una legua de aquí
los límites señalados
estan de la tierra, en donde
Aimar ya no tiene mando.
La rapidez de este rio
será bastante á llevarnos
en una hora.

Acem. Al momento
que la veais...

Pais. Ya, ya estamos
en conducirla á tu vista.

Otro. Despues yo vendré á buscaros.

Acem. Y yo avisaré á mi madre,
luego que estemos á salvo:
á Dios.

Todos. A Dios.

Acem. Partirémos
todos juntos. *Vanse los Paisanos.*

SCENA II.

Acemon y Matilde.

Mat. ¿Qué he escuchado?
¿tú partir, hijo querido?
¿dexarme quieres, ingrato?
Acem. ¿Imaginais, tierna madre,
que yo pueda abandonaros?
A mis amigos decia,
que iré... luego... á acompañarlos.
Mat. Tú me engañas. Ya hace dias
que muy trocado te hallo:
tu inquieta melancolía,
las ausencias de mi lado,
todo me anuncia que ya
no soy el objeto ansiado
de tu amor qual otros dias;
¡que yo mísera no basto
á hacerte feliz!
Acem. Señora:
yo... soy... no me atrevo á hablaros:
excusad mi turbacion,
cuya causa de mi labio
habeis de saber, y entónces
hallará disculpa acaso

mi corazon en el vuestro.
Mat. Háblame, Acemon, mas claro.
¿Puedes tener un pesar,
y de tu madre ocultarlo?
¿quál es tu temor? ¿quál es
este impenetrable arcano?
¿y quién mejor que mi diestra
enxugar podrá tu llanto?
Conmovido y aparte.
Acem. Por no afligirla, guardar
el secreto es necesario.
Mat. ¿Mas tú callas, y suspiras?
¿qué mal te está amenazando?
Acem. Amada madre, ninguno, *Turbado.*
ninguno; tranquilizaos,
nada teme vuestro hijo...
sereno está, y sin cuidado...
lo sabréis todo... no es nada...
Mat. El amor te ha subyugado.
Acem. ¿A mí el amor?
Mat. Sí: tú amas:
hace dias que temblando
lo sospeché; pero ya
tengo certeza.
Acem. ¿Y acaso
miraréis como delito

un sentimiento tan grato?

Mat. Te compadezco, hijo mio.

Acem. ¿Habeis algun tiempo amado?

Mat. Por mi desgracia.

Acem. ¡Infelice
yo á quien los cielos negáron
la dicha de conocer
al que la vida me ha dado!

Mat. ¡Oxalá siempre lo ignores!

Acem. Pero segun lo que alcanzo,
vos le amabais con ternura.

Mat. Hijo mio, sella el labio:
que es horrible tal memoria.
Respeta siempre un arcano,
del que pende tu reposo:
ven á estrecharte en mis brazos:
¡mas ay! que siendo tú solo
el bien que ya me ha quedado
de una pasion tan funesta,
ahora intentas, inhumano,
robármele.

Acem. ¿No me anima
un corazon, que formado
habeis á exemplo del vuestro?

Mat. Si es así, de tu quebranto
hazme sabedora al punto.

Tu corazon estrechado
en el mio me franquea:
soy compasiva, te amo;
y la reprehension amarga
nunca salió de mi labio.

Acem. ¡Ay! dexadme.

Mat. ¿Tú me huyes?

Acem. El momento ya ha llegado, *Aparte.*
y va á venir.

Mat. ¿Qué delirio
así te tiene embargado?
¿quáles designios meditas?
errantes veo girando
tus ojos por todas partes:
yo me estremezco.

Acem. Calmaos.
No es nada, nada, os lo juro:
quisiera hablar sin reparo,
pero temo... no, no puedo.
A Dios.

Mat. ¿Me dexas, ingrato?

Acem. Os veré en breve, muy breve: *Corriendo.*
para nunca mas dexaros.

Mat. Hijo, Acemon: ¡ay!

Acem. A Dios.

SCENA III.

Matilde sola.

Mat. ¿Me habrá por siempre dexado?
¡O funesta despedida!
¿qué intentará, cielo santo?
Solo faltaba á los males,
de que cercada me hallo,
la pérdida de este hijo,
que tan solo me ha quedado
para consuelo. ¡Infelice!
yo creía que su dardo
á mí solo asestaría
la desgracia, y no á mi amado
Acemon: esta esperanza
aliviaba mi quebranto;
pero ya triste la miro
desvanecida en mi daño.
Hágate, querido hijo,
amor mas afortunado
que á tu madre: ¿mas qué veo?
á mí se viene acercando
una jóven fugitiva.

SCENA IV.

Matilde y Acelina.

Acel. Ponedme, señora, á salvo
por piedad.
Mat. ¿Qué mal te aflige,
tierna niña?
Acel. Los soldados
me persiguen: esos tigres
que vienen amenazando
mi triste vida... el dolor...
la turbacion... el cansancio...
no puedo mas. *Siéntase sobre una piedra.*
Mat. Cálmate:
tranquila goza el descanso,
yo te ocultaré piadosa:
te serviré.
Acel. El justo pago
dé á vuestra bondad el cielo:
al fin hallé, por acaso,
un corazon á quien mueve
el infortunio.
Mat. Sus daños
ha dias que experimento.
Acel. ¿Tambien os han alcanzado?

Mat. Tambien; pero mi desgracia
será menor, en logrando
la tuya aliviar: ¿quién eres?
Acel. La víctima que un tirano
á su furor preparaba.
Mat. ¿Es tu deudo por acaso?
Acel. No señora: un poderoso,
que por violencia mi mano
intentó lograr.
Mat. ¿Estabas
en su poder?
Acel. Yo lo llamo
una prision.
Mat. ¿Y lograste
huir de su vista?
Acel. Quando
al altar iba á llevarme.
Por senderos ignorados
he venido disfrazada,
con este trage aldeano
que tomé en una cabaña,
para engañar los malvados
que me persiguen: ¡mas ay!
caeré de nuevo en sus manos.
Mat. ¿Te han visto?
Acel. Desde esa roca

los guardias he divisado
en la otra parte del rio,
el qual, en breve pasando,
aquí vendrán á prenderme:
¡si á mí sola aqueste daño
amenazára!

Mat. ¿Pues qué
aun hay otro desdichado?
habla.

Acel. Ocultadme, ocultadme;
que ya me viene buscando
el feroz Aimar.

Mat. ¿Qué nombre
ha pronunciado tu labio?

Acel. El del tirano.

Mat. ¡Infeliz!

Acel. ¿Le conoceis?

Mat. Demasiado. *Con sentimiento.*

Acel. No me descubrais, señora.

Mat. Conocerás que no es falso
mi corazon.

Acel. Por desdicha,
¿tambien os ha atormentado?

Mat. Ven á mi choza.

Acel. Señora,
el secreto que os encargo...

Mat. Nada temas, que el asilo
á todos será ocultado.
Accl. Oigo ruido:
Mat. Sígueme.
Tómala de la mano, y éntrala en la cabaña.

SCEÑA V.

Acemon y Mariana.

Acem. ¡Mi esperanza ya ha acabado!
¿qué dices?
Mar. ¡Ay! huye, huye:
que te persigue el tirano.
Tu seguridad procura,
y en su prision y quebranto
se consolará Acelina,
sabiendo que te has librado
de sus verdugos.
Acem. ¡Huir!
¡abandonarla yo ingrato
quando por mi causa gime!
no puedo, no: ya á esperarlos
resuelto estoy: que me prendan,
y me lleven los soldados
á los negros calabozos

del opresor inhumano:
así estaré cerca de ella,
sus cadenas arrastrando:
respiraré el ayre mismo,
y lloraré mi fracaso
baxo el mismo techo.

Mar. ¡Ay triste!
que así te vas acercando
á la muerte.

Acem. ¿Y no es morir
estar de ella separado?

Mar. Huye te ruego.

Acem. Al castillo
iré la muerte buscando:
plegue al cielo que mi sangre
sacie el furor del tirano;
y de este modo liberte
á mi bien idolatrado,
del tormento que la espera.

SCENA VI.

Dichos y Matilde.

Acem. ¡Madre infeliz! *Viendo á Matilde.*

Mar. ¡Dia aciago!

Mat. Hijo mio: ¿qué lamentos,

qué dolor desesperado
tu pecho oprime?

Mar. Señora:
tened, tened ¡ay! los pasos
de vuestro hijo, que va
á perderse alucinado.

Mat. Escucha, Acemon, escucha
mi triste rogar: ¡insano!
¿quieres ver mi muerte?

Acem. Madre,
no me permite escucharos
mi desesperado encono.

Mat. Al ménos de mí apiadado,
dime tu dolor.

Acem. La tiene
en su poder el tirano:
esclavizada suspira,
y estoy de ella separado
para siempre, para siempre:
otro recurso no hallo
á mi dolor, que la muerte.

Mat. ¿Mas de quién te separáron?
habla.

Acem. De mi bien, mi vida,
de la que ciego idolatro:
de Acelina.

Mat. ¡De Acelina!
Mar. No perdamos tiempo: huyamos,
huyamos, que Aimar ya llega.
Mat. ¡Aimar! ¿qué pronuncias?
Acem. Vamos
á que me quite la vida,
ó con pecho mas humano,
á mi Acelina me vuelva:
á Dios.
Mat. Escúchame, incauto:
¿dónde corres?
Acem. A la muerte.

SCENA VII.

Dichos y Acelina.

Acel. Vuelve, Acemon, á mis brazos:
Acemon...
Acem. ¿Qué voz escucho?
Mar. ¡O cielos!
Mariana abraza á Acelina, la qual se arroja en los brazos de Acemon.
Mat. ¡Qué estoy mirando!
Acem. ¿Tú aquí, Acelina?
Mat. ¡Mi hijo,
rival de Aimar! ¡desdichado!

Acem. Miradla, madre, y veréis
si el amor en que me abraso
es digno de reprehensiones.
Mar. ¡Qué prodigio tan extraño
hallarte en estos lugares!
Acem. ¿Qué deidad, aquí, tus pasos
ha conducido?
Acel. El amor.
Mar. ¿Quién te libró del tirano?
Acel. Mi valor.
Mar. ¿Este asilo quién te ha dado?
Mostrando á Matilde.
Acel. La humanidad: ¿pero vos
la madre de mi adorado?
Acem. Y tuya.
Mat. Queridos hijos,
vuestro peligro cercano
me hace temblar: ¿de qué modo
pudiera yo libertaros?
¡si supiérais el secreto
que me está martirizando!
este Aimar, este rival
de Acemon...
Acem. ¿Qué?...
Mat. No me es dado
explicarme.

Acel. Hablad.
Mat. ¿Lo quieres?
Escucha, pues, el arcano:
ese mismo que os persigue,
y cuyo amor ha causado
vuestra desventura...

SCENA VIII.

Dichos, y los amigos de Acemon.

Pais. Huid,
huid: que ya van llegando
á sorprehenderos los guardias.
Acem. Vedla, amigos, á mi lado:
vedla ya libre.
Pais. ¡Qué dicha!
Acem. Vuestro socorro y amparo
prestadla compadecidos;
defendedla: resistamos
unidos á la violencia,
y á un asilo solitario
donde oprimida no sea,
su inocencia conduzcamos.
Todos muestran los instrumentos que les sirven de armas.
Pais. Te juramos defenderla.

Acem. Deponed el sobresalto,
tierna madre, y tú Acelina,
para seguir nuestros pasos,
que el valor de mis amigos
triunfará de los contrarios.

Pais. Si es forzoso, morirémos
en vuestra defensa.

Acem. Huyamos,
siguiendo el mismo destino.

Al huir, salen los Guardias de Aimar, quienes cerrando la salida de la gruta, los detienen.

Guard. Tened, y nadie sea osado
á resistir.

Poniéndose en defensa.

Pais. La inocencia
defender todos juramos.

Mat. Dios de piedad, protegednos.

Guard. Temed, temed insensatos:
sufriréis la misma pena.

Pais. Hasta morir resistamos.

Guard. Arrancárosla sabrémos.

Pais. No os acerqueis, temerarios.

SCENA IX.

Dichos y Aimar.

Las dos tropas se separan á vista de Aimar, y él pasa por medio.

Aim. Pues que á resistir se atreven,
no haya clemencia, soldados:
todos mueran: de mi encono
¿quién hoy podrá libertarse?
Mat. Yo.
Aim. ¡Dios! ¿qué miro? ¿Matilde!
Mat. Sí, cruel; yo soy.
Aim. ¡Qué espanto!
¡Matilde!...
Todo lo que sigue en voz baxa con misterio.
Acel. y Acem. ¿Por qué se turba?
Mar. Atónito se ha quedado.
Acel. ¡Qué sorpresa!
Acem. ¡Qué silencio!
Suspira.
Mar. ¿Se habrá apiadado?
ó su castigo medita.
Aim. ¡Fatal encuentro! *Aparte.*
Mat. Temblando
mi pecho está.

Mar. ¡Quál vacila!

Aim. ¿Cómo te has determinado *A Matilde.*
á proteger un traidor,
de mis deseos contrario?
Huye, Acelina culpable,
de mi vengativo brazo:
¿y tú les das un asilo?
pero nadie libertarlos
hoy podrá de mi venganza:
obedeced mi mandato. *A los Guardias.*

Mat. Tened.

Acem. Amigos. *A los Paisanos.*
Se ponen en defensa.

Mat. Pues nada *Esforzando la voz.*
su furor ha mitigado,
camina, querido hijo,
á recibir el infausto
golpe de tu mismo padre.

Aim. ¡De su padre!

Mat. Sí: inhumano,
hiere á tu hijo.
En la mayor turbacion.

Aim. ¿Qué escucho?

Acelina y Acemon se van acercando tímidamente hasta arrodillarse ante Aimar, quien estará profundamente reflexívo.

Acem. y Acel. ¿Nos recibis apiadado
por vuestros hijos?

Aim. ¡Qué pena!
En tan imprevisto caso,
¿qué he de hacer? ¡funesto dia!

Mat. ¿Conoces mi voz, ingrato?

Acem. y Acel. ¿Seréis nuestro padre?

Aim. Aparta. *A Acelina.*

Acem. A vuestros pies imploramos
nuestro perdon.

Aim. ¡Ah, Matilde! *Suspirando.*

Mat. La misma soy.

Aim. Alejaos
para siempre de mi vista,
que me estais atormentando.

Mat. Cruel: ¿castigarlos quieres?
Cogiendo con fuerza á Acemon y Acelina.

Aim. Quiero en este dia á entrambos
uniros:
Abraza á Matilde, y á los dos amantes.
esposa, llega:
venid hijos á estrecharos
en mi corazon. Conozco *A Acelina.*

mi ceguedad, y aun te amo;
pero solo como padre.
Mat. ¡O júbilo inesperado!
¡dia feliz!
Acem. Pues el cielo,
nuestros ruegos escuchando,
nos vuelve la paz ansiada,
Todos. Su clemencia bendigamos.

F I N.

EL PRESO,

Ó

EL PARECIDO.

MELODRAMA

EN UN ACTO,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

D. E. T.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

BLINVAL. *Señor* BERNARDO GIL.

EL GOBERNADOR. *Señor* MIGUEL GARRIDO.

GERMAN. *Señor* EUSEBIO FERNANDEZ.

MURVILLE. *Josef* OROS.

MADAMA BELMONT. *Señora* JOAQUINA BRIONES.

ROSINA. *Señora* LAUREANA CORREA.

Un Cabo.

Un Criado.

La Scena es en Sorrento cerca de Nápoles.

El teatro representa una sala decentemente adornada: en el primer bastidor del lado derecho de la scena habrá una puerta.

SCENA PRIMERA.

Rosina sola.

Ros. Miéntras que mi mamá visita al Gobernador, voy á la ventana de la escalerilla, desde donde oiré tal vez cantar á mi preso del castillo. ¡Qué mal hace este Gobernador en tener aprisionado á un jóven tan lindo!

SCENA II.

German y Rosina.

Germ. Ola: nadie responde. *Dentro.*

Ros. ¿Quién es?

Al bastidor.

Germ. Tráete la valija, cuida de mi caballo, y de que nos preparen cena para los dos.

Ros. ¿En dónde se ha imaginado vm. que está?

Germ. En casa de la señora Belmont, viuda rica, amable, que tiene una hija como una perla, de

quienes tengo la honra de ser un humilde criado.

Ros. ¿Y vm quién es, caballero?

Germ. El embaxador de amor; el corréo de himenéo; y en una palabra, el fiel criado del Capitan Murville: German para servir á vm.

Ros. ¡Ah! ya: ¡viene vm. de parte de nuestro primo Murville!... Voy á mandar que llamen á mi madre: espérela vm. aquí. Me aprovecharé de estos últimos momentos para dar una vuelta hácia la ventana.

SCENA III.

German solo.

Germ. ¿A qué diablos me habrá hecho adelantar este señor Murville? ¿Qué asunto le detendrá en Nápoles? Sin duda será la prision de su amigo Blinval; de ese tronera, que faltando á la subordinacion... ¡el negocio es de mucha conseqüencia! Pero como este Oficial se ha distinguido siempre, y por otra parte mi amo tiene presente que le debió la vida en la última batalla, hará todo lo posible para alcanzar la libertad de este imprudente mozo. Pero, tate: ahora me acuerdo, que cerca de aquí es donde está preso en el castillo de Sorrento. Si pudiese

verle... no podré, no: son las órdenes muy rigorosas.

SCENA IV.

Blinval y German.

Blinval sale por la puerta del primer bastidor con vestido amarillo á lo usar; el cabello descompuesto; atada al desgayre la corbata; y en fin, con aquel desaliño decoroso que admite la scena.

Blinv. Esta habitacion bien puede trocarse por la otra. ¿Si estaré soñando? ¡Pasar de una prision á morada tan deliciosa! Yo no sé dónde me hallo.

Germ. El es un atolondrado, un loco;

Sin verle.

pero al mismo tiempo amable.

Blinv. ¿Quién pudiera imaginarse que esta agradable casa tuviera comunicacion con la prision mas horrorosa?

Germ. Yo le quiero bien á este Blinval: ¡es tan alegre!...

Blinv. ¡Blinval! ¿Quién me llama?

Duo.

Germ. ¡Qué veo! yo estoy pasmado.

Blinv. Aquel es en mi opinion.
Germ. Es Blinval el que he mirado.
Blinv. Es German el picaron.
Germ. ¿Qué aventura os ha traído,
decid, á esta habitacion?
Yo jurára que metido
estabais en la prision.
Blinv. ¿Qué aventura me ha traído,
dime tú, á esta habitacion?
El Gobernador metido
me supone en la prision.
Germ. Tan extraña algaravía
no comprehende mi razon.
Blinv. Sabrás la aventura mia;
pero de esta habitacion
dí el dueño sin detencion.
Germ. Vive en esta casa ahora
la viuda de un tal Belmont,
que de muy buena señora
tiene en el pueblo opinion.
Blinv. Si conoces su familia,
al punto dime, German,
¿tiene esta dama una hija
de unos diez y seis de edad?
Germ. Sé que la llaman Rosina,
de hermosura sin igual;

pero vuestros ojos dicen
que la han conocido ya.

Blim. ¡Qué aventura! ¡qué alegría!
á pesar de mi prision,
tengo de ver á fé mia
á la hija de Belmont.

Germ. ¡Qué aventura! ¡qué alegría!
debiendo estar en prision:
tan extraña algaravía
no comprehende mi razon.

Germ. Pero en fin, dígame vm.: ¿por qué extraño prodigio ha venido á parar aquí?

Blinv. Ciertamente que ha sido prodigio: escucha: encerrado en una sala baxa de la torre, cerca del foso, ví cierto dia á una doncellita que me estaba mirando con mucho ahinco desde una ventanilla de la casa. Deleytóme su atencion, y le manifesté mi reconocimiento cantando unas malas coplillas que hice allí de repente. Desde entónces hubo cada dia nuevas canciones y miradas, con las quales, y con el deseo de libertad, se me hizo la prision insoportable. En uno de los raptos de mi enojosa impaciencia romp í uno de los infelices muebles que adornan mi triste morada, y entre sus despojos ví un papel que decia: *al desdichado que me suceda*: "si

„deseas libertad, en tu mano la tienes. Yo he vi-
„vido diez años en este mismo aposento donde
„el honor me tenia aprisionado; pero el amor
„cuidó de hacerme la prision mas llevadera. Tú,
„á quien no pueden contener los mismos moti-
„vos, sabe que una secreta salida conduce á la
„casa inmediata"... Despues indicaba el modo de salir: visto lo qual, levanto sin mucho esfuerzo una portezuela de piedra: baxo por ella, y despues de haber pasado un estrecho subterráneo, subo unos pasos, y al cabo tropiezo con una puerta que abrí sin dificultad apretando un resorte. Halléme en ese aposento inmediato sin saber dónde estaba, ni lo que he de hacer ó decir, y últimamente ni en qué vendrá á parar todo esto.

Germ. ¿Pero ha venido vm. á dar á esta misma sala?

Señalándole con el dedo..

Blinv. No: á aquel gabinete.

Va á la puerta, y la abre.

Germ. ¿Y será conocida la puerta que conduce á la prision desde este aposento?

Blinv. No es creible, porque está cubierta con un espejo.

Reflexîonando.

Germ. Ya, ya caigo. Esto es que una muger enamorada... En efecto, he oído decir á su amigo de vm. Murville, que Madama Belmont compró esta casa á una señorita... La puerta secreta... el subterráneo... ya está conocida la trampa. ¿Pero qué piensa vm. hacer? ¿Intenta vm. escaparse?

Blinv. De ningun modo: el honor me tiene en el castillo igualmente que á mi antecesor; mas quiero á su exemplo mitigar con el amor la penalidad de su encierro.

Germ. Y se persuade vm. á que Madama Belmont tendrá humor para...

Blinv. Dices bien, que nunca consentirá... pero dime, ¿qué asunto te ha traído á Sorrento?

Germ. Una boda. Mi amo Murville, es primo de Madama Belmont; pero hacia mucho tiempo que estaban encontrados con motivo de un pleyto, sobre el qual tuviéron al fin que escribirse. Las primeras cartas fuéron secas: las segundas mas afectuosas, y en las demas tratáron de arreglo de cosas, de amor, y en una palabra han acordado terminar las diferencias amistosamente por medio de un casamiento por razon de estado.

Blinv. ¡Gran cosa! ¿y quándo se ha de celebrar?

Germ. No me ha dicho el dia: yo he venido delante por ciertos asuntos.

Blinv. ¿Pero se han visto los dos alguna vez?

Germ. Nunca.

Blinv. ¿Nunca se han visto? ¿Pues ya estoy seguro en esta casa.

Germ. ?Cómo? ¿qué dice vm.?

Blinv. ¿Qué? ¿no me has entendido? sabe que voy á fingirme Murville, y así en vez de echarme de aquí, y encerrarme tal vez en una prision mas estrecha, me acogerán, me obsequiarán...

Germ. Y tal vez le casarán á vm.

Blinv. Eso no: yo sé respetar los derechos de la amistad; pero lograré ver así á mi graciosísima incógnita, podré al fin hablarla, y respirar con libertad un ayre mas puro.

Empieza á anochecer.

Germ. Sí; pero tambien visitarán la prision, no encontrarán á nadie, se descubrirá la salida...

Blinv. Nada de eso sucederá; porque solo van una vez al dia á darme de comer, y desde ahora hasta mañana al mediodia...

Germ. Me temo que no ha de salir bien el en-

redo. ¿Cómo le han de tener á vm. por el Capitan Murville, al verle con ese desaliño, propio de un encarcelado?

Blinv. Los ladrones me asaltáron en el camino, y no me han dexado nada: cata ya forjada la historia.

Germ. Para todo encuentra vm. salida; ¿pero, y mi pundonor?

Blinv. Recibirá el pago. Cincuenta doblones te vale el secreto.

Germ. ¿Y todo va á cargo de vm.?

Blinv. Todo. No tengas que temer.

Germ. Va bien. Lo mejor es que todas las cosas se han puesto en nuestro favor, pues los criados han salido á buscar á Madama Belmont, y así creerán que ha llegado vm. entre tanto. Pero gente viene, y es nuestra viuda. Atencion, y comience vm. á hacer su papel.

SCENA V.

Dichos y Madama Belmont; ésta sale precedida de su criado, el qual trae luces que ha de poner sobre una mesa.

Mad. ¿Son vms. los que desean hablarme, caballeros?

Germ. Sí señora: yo que venia lleno de gozo á anunciar á vm. la llegada del caballero Murville... pero ¡ó Dios mio!...

Mad. Me has asustado. ¿Le ha sucedido algun fracaso? ¿dí?

Germ. ¡Hay, señor! Hable vm. porque yo no tengo espíritu para ello.

Mad. ¿Qué es vm. mi primo?

Blinv. Sí: yo soy, prima mia: pero ya vé vm. en que estado...

Mad. ¿Qué desgracia le ha sucedido á vm.?

Blinv. La amistad, el amor, el deseo, todo me traía con la mayor ligereza, quando unos ladrones...

Mad. ¡Ladrones!

Blinv. Sí: unos ladrones me asaltáron á pocas leguas de aquí.

Germ. Por poco me toca á mí la misma suerte.

Mad. ¿Unos ladrones?

Trio.

Blinv. Por ese bosque vecino
á mi caballo guiaba,
y en el molesto camino
vuestro asilo me mostraba
para alegrarme el amor.

Mad. Este asilo le mostraba *Riendo.*

para alegrarle el amor.

Germ. ¡Cómo de mentir acaba le conducia el amor! *Aparte.*

Blinv. Veinte fieros ladrones
me asaltáron de improviso,
y me cierran el paso
veinte horribles cuchillos.

Mad. ¡Veinte horribles cuchillos!
¡cómo tiembla mi pecho!

Germ. Le cerraban el paso
cerrojos muy tremendos.

Blinv. Peléo con teson,
y en su sangre manchada,
saqué en breve mi espada.
Sin compasion
oigo gritar,
y perjurar
tanto ladron.

Germ. Que embusterón. *Aparte.*

Blinv. Yo me defiendo animoso,
zas, zas, zas, zas.

Mad. ¡O combate espantoso!
tiemblo cada vez mas.

Germ. El destrozo horroroso
fué entónces por demas.

Blinv. Pero á tantos mi espada

cede: el crímen venció;
la tropa desalmada
por muerto me dexó,
y del botin cargada
sin escrúpulo huyó.
Si para unirnos mis dias
la providencia salvó,
juro anticipadamente
consagrarlos al amor.

Mad. Si la justa providencia
vuestra vida conservó,
la inocencia como siempre
este dia defendió.

Germ. Con la ciega confianza
de Madama, rio yo;
pero no le creerá siempre
con este mismo candor.

Mad. ¡Qué triste acontecimiento! ¿pero cómo fué el salir sin herida?

Blinv. Aquellos infelices despues de haberme arrojado en tierra, me despojáron de todo: pero la imprevista llegada de ciertos caballeros los puso en huída. Socorriéronme prontamente, y á excepcion de una corta fatiga, nada conservo ya, ni aun la memoria de mi triste aventura.

Aparte.

Mad. Aun es mas jóven de lo que yo imaginaba. Duélome mucho de...

Blinv. No esperaba yo otra cosa. La bondad de vm....

Mad. Mi última carta habrá dado á conocer á vm. el aprecio que hago de su mérito.

Aparte.

Blinv. ¡Ay!... No hablémos de esto ahora: lo que mas urge, á mi parecer, es buscarme un vestido, porque á la verdad me da empacho mirarme... Parezco...

Germ. Un escalador de cárcel. *Aparte.*

Mad. Esta aldea es infeliz, y será dificultoso... pero no importa: mi hermano dexó en su último viage unos vestidos... si le vinieran á vm...

Blinv. Sean como quieran, tendrán que sirvirme.

A German.

Mad. Dí á mi hija que te abra el gabinete donde estan, y toma lo que juzgues conveniente para tu amo. *Vase German.*

SCENA VI.

Madama Belmont y Blinval.

Mad. Ahora que estamos solos, podemos hablar de nuestros asuntos.

Blinv. Enhorabuena. Pero aun estoy fuera de mí con esta aventura. Esos diablos de ladrones me han trastornado el celebro.

Mad. Yo lo creo.

Blinv. De aquí á algunos dias no tendré dificultad en responder concertadamente á quantas preguntas quiera vm. hacerme.

Mad. No: si solo se reducirán á saber si es vm. de parecer que envie un poder al notario.

Blinv. Sí, sí, ese es mi dictámen.

Mad. ¿Y conviene vm. en que nos quedémos con la labranza?

Blinv. ¿La labranza? Bien, sí, quedémonos con la labranza: yo no hallo inconveniente en que nos quedémos con la labranza.

Mad. ¿Pero de este modo qué ventajas le resultarán á mi hija? Ya vé vm. que tiene derecho...

Blinv. Y muy grande: ¡ó! es una muchacha tan amable, de una fisonomía tan dulce, tan tierna, tan interesante...

Mad. ¡Qué enagenamiento! ¿Y cómo sabe vm. todo eso, no habiéndola visto jamas?

Aparte.

Blinv. ¡Calavera!

A ella.

Lo digo por el retrato que German me ha

hecho de ella poco hace. Pero dexémos por ahora el pleyto, prima mia.

Mad. Si no se trataba del pleyto.

Blinv. ¡Ah! No era del pleyto: si he dicho ya que tengo la cabeza tan trastornada...

Mad. Pues bien, dexémoslo.

Con ternura.

Blinv. Hablémos de nosotros, que importa infinitamente mas.

Mad. Que me place. Por otra parte sus cartas de vm., escritas con tanta prudencia, me dan toda la libertad posible. Creo que nos conocémos ya bien, sin habernos visto en ningun tiempo: solo me admira una cosa en vm.

Blinv. ¿Y quál es?

Mad. Que yo suponia á mi primo, segun sus cartas, un hombre ya maduro, un hombre de quarenta años á lo ménos, y hallo que es muy jóven todavía.

Blinv. Es que no represento la edad que tengo; pero al cabo esto no es mucha desgracia.

Mad. No: sin embargo, como en nuestro enlace tienen mas parte la razon y la amistad que el amor, cási me inclino á creer que la poca edad de vm. sea un defecto.

Blinv. ¿Cómo un defecto? A fé que no piensan así todas las mugeres.

Mad. Oiga vm. Esposos iguales piden
del himenéo los lazos,
pues nunca harán buena junta
las viejas con los muchachos:
á la desmayada flor
no se va la mariposa,
y cede el beso de amor
al pimpollo mustia rosa.
La union debe ser mas grata
para un viejo enamorado;
y vemos que á veces ama
la niña al esposo anciano.
En su postrera estacion
aun el hombre la enamora:
¿no vemos como á Titon
rejuvenece la Aurora?

Blinv. A dos pechos bien unidos
no puede el tiempo dañar,
que siempre es jóven quien sabe
el secreto de agradar.
Vemos ya tarde en la flor
su belleza matutina,
y del alva el esplendor
en el sol quando declina.

SCENA VII.

Dichos, y German con un sobretodo obscuro.

Germ. Señora, no he encontrado en todo el aposento mas que este vestido.

Blinv. No, no consentiré...

Mad. Será forzoso. Tú arregla ese gabinete, que ha de servir para tu amo.

Aparte.

Blinv. ¡Qué dicha! El mismo donde está la puerta secreta.

Mad. Permítame vm. ir á noticiar su venida á mi hija. Ya sabe vm. que un padrastro...

Blinv. Con todo, me lisongeo que no ha de mirar á su padrastro con malos ojos.

Mad. Voy, voy á mandarla que venga á ofrecer á vm. sus respetos y deberes.

Blinv. ¡Ah! ¡ah! *Riendo.*
¡Sus deberes! Me da vm. mucho gusto.

Vase Madama.

SCENA VIII.

German y Blinval.

Blinval delante del espejo del gabinete esperando el vestido, quítase la corbata.

Blinv. Vamos, German, al tocador, aprisa. ¿No tengo ahora un continente mas reposado, mas juicioso?

Germ. ¿Juicioso? ¡Ay, señor! Nunca le tendrá vmd.

Blinv. No, no: quiero ser de aquí adelante mas formal.

Germ. ¿Y de qué manera?

Blinv. Casándome. Es necesario poner fin á las locuras: medio año de retiro forzoso me ha enseñado á reflexîonar.

Germ. Bien lo necesitaba vm., pues era lo único que le faltaba.

Blinv. Sí, sí: intento ofrecer mi mano y mi corazon á esa amable Rosina, que ha sido mi única consoladora: ya es tiempo de enmendarse, German.

Rondo.

Esto es hecho, yo me caso,
vivir quiero qual Caton.

Si hay un tiempo de locura,
hay otro de reflexîon.
Con el matrimonio
una niña honrada
puede enamorada
hacerme feliz.
Y luego la hermosa,
fiel y cariñosa,
sabrá mi ternura
ganar para sí.
Esto es hecho: yo me caso, &c.
Todo será dicha,
mi querida esposa,
de prole graciosa,
el padre me hará:
entre mis cariños
crecerán los niños,
y así venturosa
mi vejez será.
Esto es hecho: yo me caso, &c.

Germ. Grandes proyectos. Pero miéntras que llega esta reforma, ¿quánto tiempo piensa vm. permanecer en la casa?

Blinv. Todo quanto pueda. El cielo favorece mi traza, como ves; pues me han dado el gabinete que se comunica con la torre. Quando mi

presencia sea necesaria en ella, me encerraré en mi aposento, iré á la prision, y volveré sin que ninguno, así de la casa como del castillo, pueda jamas descubrir la puerta secreta, ni el subterráneo.

Germ. Pero en viniendo mi señor Murville, se descubrirá la superchería: yo seré despedido, y vm. encarcelado.

Blinv. De mi parte yo no arriesgo nada, porque mi suerte no puede ser mas rigorosa: y aunque estuviese solo un dia en tan agradable casa, aunque no pudiera decir mas que una palabra á la amable Rosina, siempre sería para mí el placer mas apreciable, por quanto se le arrebato á mi perverso destino.

Germ. Pero yo que tengo libertad, y que gracias á Dios, no estoy enamorado, corro mucho riesgo de ir á pasar con vm. al castillo, por ayudarle en sus proyectos.

Con viveza.

Blinv. Mucho me alegrára; que así me acompañarías.

Germ. ¡Lindo consuelo! Pero aquí viene la hermosa niña.

Blinv. La hermosa, sí: ese es el nombre que la quadra.

Germ. Vm. no necesita ya de mí, estando en posesion de la casa. Yo voy á posesionarme de mi oficio.

SCENA IX.

Rosina y Blinval.

Ros. He aquí el que ha de ser mi padrastro. Me llegaré.

Blinv. ¡Quál será su sorpresa! Cómo ha de persuadirse á que soy el encarcelado, cuyas cantinelas... No puede ser, porque me ha visto de tan léjos... Pero vamos á ver si me ama.

Ros. ¿Creeré á mis ojos? ¡ó Dios!

Blinv. ¿Qué teneis, hermosa niña?

Ros. Todas sus facciones son. *Aparte.*

Blinv. ¿Me parezco á la familia?

Ros. Quien vé al uno, vé á los dos.
Al verle tan semejante,
se conmueve el corazon.

Blinv. Me harán por siempre constante
su hermosura y su candor.
¿Amarás á tu padrastro?

Ros. En verdad que no lo sé: *Aparte.*
con su vista me agité.

Blinv. Con mi vista la agité.

La toma la mano.

Será mi dicha agradante.
Quiero ser merecedor,
mi Rosina, de tu amor.

Ros. Palpitar mi pecho siento;
su voz, su cara está allí:
mi agitacion va en aumento,
no sé lo que pasa en mí.

Blinv. Palpitar su pecho siento;
teniendo su mano así,
su agitacion va en aumento:
yo sé lo que pasa en tí.

Ros. Si no le hubiera visto esta mañana á la ventana de su prision, creería...

Blinv. ¡Quál me mira! Y qué arriesgo en declararla... pero aquí viene mi futura... Prudencia...

SCENA X.

Dichos y Madama Belmont.

Mad. Primo, vengo á prevenir á vm. que tenemos esta noche un convidado.

Blinv. ¿Y quién es?

Mad. Un amigo de casa: el viejo Gobernador del castillo.

Blinv. ¿El Gobernador?

Mad. Sí: acaba de decirme que vendrá sin cumplimiento á cenar con nosotros: tiene deseos de conocer á un militar de tanto mérito como vm.

Aparte.

Blinv. ¿Cómo? ¿el Gobernador? ¡qué desgracia!

A su hija.

Mad. Corre á mandar, que preparen una cena digna de los convidados.

Ros. Vaya, ¡es un prodigio! ¡lo que se parece!

SCENA XI.

Blinval y Madama.

Mad. ¿No le lisonjea á vm. el ver que el mismo dia de su llegada?...

Blinv. Sí; ciertamente, me honran mucho; pero estoy tan fatigado ahora... ya puede vm. conocer que despues de mi aventura; despues de haber arrostrado veinte ladrones, tendré necesidad de reposo.

Mad. Nos pondrémos temprano á la mesa, porque ya tendra vm. gana.

Con artificio.

Blinv. Con todo, yo quisiera cenar solo con vm. familiarmente. En los términos en que nosotros nos hallamos, tan cerca ya de unirnos, un ter-

cero incomoda siempre: no se pueden decir aquellas cosas...

Riéndose.

Mad. ¡O! tiempo tendrémos de hablarnos á solas.

Blinv. No obstante, si querémos hablar de nuestros asuntos... del pleyto... y despues de la labranza...

Mad. ¿Pues no me dixo vm. poco ha, que su cabeza debilitada no le permitía?...

Blinv. ¡Cáspita!...

Mad. Pues que le desagrada á vm. tanto cenar así, voy á enviarle un recado: pero ya no hay tiempo, porque le tenemos aquí.

Aparte.

Blinv. Firmeza, Blinval... El Gobernador apénas me conoce, y la osadía me sacará del peligro.

Vuélvese de espaldas, fingiendo que lee unos papeles.

SCENA XII.

Dichos y el Gobernador: éste con vestido azul, galoneado, calzon negro, medias blancas y peluca.

Gob. Salud á la amable vecina.

Mad. No le esperaba á vm. tan temprano.

Aparte.

Blinv. Recojamos las fuerzas para sostener el combate.

Gob. Si estuviera en mi mano, yo haria mas cómoda nuestra vecindad, destruyendo la barrera que nos separa, y de este modo no tendria que rodear tanto; pero la seguridad del castillo exíge... Dígame vm. vecina: ¿es ese caballero Murville?

Mad. El mismo.

Gob. ¿Quiere vm. presentarme á él? Imagino que se alegrará de ver un viejo soldado, que ha servido bien á su patria, y que goza alegremente el recuerdo de su juventud.

Mad. Primo: he aquí al señor Gobernador.

Blinv. ¡Ah! perdone vm. que estaba distraído.

Gob. Vm. es el que ha de perdonar, porque le he incomodado.

Pasa al lado de Blinval, saludándole: mírale con atencion, y se sorprehende.

Pero como... yo... es cosa muy extraña. ¿Es vm. el caballero Murville?

Blinv. Sí señor.

Gob. ¡Dios mio! no vuelvo de mi pasmo.

Blinv. He aquí el momento crítico... *Aparte.*

Gob. Vaya, sino estuviera seguro de que le tengo baxo de llave...

Blinv. ¿Por qué me mira vm. con tanto ahinco, caballero?

Mad. En efecto, Gobernador, estoy admirada.

Gob. Perdone vm., mi amada vecina, que este caballero me recuerda el semblante de un Oficial á quien he visto pocas veces á la verdad; pero á mi entender se parecen tanto...

Se rie.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Quién no se engañaría? ¡Ah! ¡ah!

Blinv. ¿Y ese Oficial?

Con un tono sério.

Gob. Está ahora mismo entre quatro paredes bien fuertes: allí, allí; á dos pasos de nosotros en la torre mas alta. ¡O! si él pudiera escaparse; yo le perdonaría de buena gana.

Aparte.

Blinv. No se me olvidará la promesa.

Mad. ¿Le trata vm. con mucho rigor?

Gob. Las órdenes lo exîgen. Pero aunque obedezco puntualmente, hago por mitigar la penalidad de su situacion. Como no me han prohibido el ser compasivo, cumplo lo mejor que puedo con este deber, que es el principal de mi empleo.

Mad. ¿Cómo se llama ese preso?

Gob. Blinval.

Blinv. ¡Blinval! Le conozco. Hémos servido en el mismo cuerpo.

Gob. Bien: ¿y no es cierto que se parecen vms.?

Blinv. ¡O! mucho. En el regimiento nos tenian por hermanos.

Gob. Lo creo. Sin embargo: vm. es infinitamente mejor, de un continente mas juicioso: el otro al contrario, es un tronera, y aun me parece que algo tonto.

Blinv. ¿Vm. lo cree así?

Gob. Dexemos eso. No debo hablar mal de él porque es desgraciado, y acaso lo será mas en adelante.

Blinv. ¿Cómo? ¿vm. cree que su asunto?...

Gob. No se compondrá.

Mad. Malo es eso.

Blinv. Malo en efecto, porque le quiero mucho.

Gob. Vive Dios, que pues vm. es su amigo, me da tentacion de hacer una cosa, que así á vm. como á él, ha de alegrar mucho.

Mad. ¿Qué es ello?

Gob. Será preciso guardar el secreto, porque me arriesgo en lo que intento hacer.

Blinv. ¿Quál es el proyecto?

Gob. Que venga á cenar esta misma noche con su amigo Murville: ¿qué tal? ¿he?

Blinv. ¿Conmigo?

Mad. La idea es excelente, y doy á vm. gracias por ella á nombre de mi primo.

Blinv. ¿Y qué intenta vm.?

Tomándole la mano.

Gob. Esta es una prueba que quiero dar á vm. de mi afecto.

Blinv. Vm. es muy bondadoso.
¡Qué embarazo! *Aparte.*
pero no me es posible ver á ese Blinval de que vm. habla, porque tuvimos los dos una pendencia muy reñida.

Gob. ¡Frioleras! por algun amorío: ¿no es así? yo lo compondré todo.

Blinv. No señor, no es posible.

Gob. Diga vm. lo que quiera, he de tener el gusto de ver si esta semejanza es tan perfecta como yo me he figurado. Vamos, le ha de ver vm. pues ya está determinado.

Blinv. No, no lo consentiré jamas.

Gob. ¿Y por una friolera
habeis de odiar á Blinval?
Con mi mediacion quisiera
volveros á su amistad.

Blinv. Es un fátuo, un calavera;
no quiero mirarle, no.

Gob. Lo mismo os he dicho yo,
que es un fátuo y un tronera;
pero gracias á mi zelo,
vais á abrazaros los dos.
¿Qué decís, vecina mia,
he proyectado bien yo?

Blinv. No, no, no, no.

Gob. Es de chanza su porfia;
pero yo tengo razon.
Vamos, vamos á buscar
á nuestro jóven soldado.
A Blinval, que intenta detenerle.
Déxeme vm. caminar,
que este asunto mi cuidado
intenta ver acabado.

Blinv. Dios mio, ¡qué triste azar!

Gob. Esta es muy buena aventura, *A Madama.*
la cena alegre va á ser:
reirémos con la figura,
que al verse van á poner.

Blinv. Yo rabio con la figura,
que ahora tengo que hacer.

Gob. A Dios, á Dios: soy con vm. de aquí á algunos momentos.

Blinv. No, no puedo sufrir...

SCENA XIII.

Madama y Blinval.

Mad. Ya está muy léjos.

Blinv. Solo me queda un partido que tomar, y es volverme á la prision.

Mad. Así dará vm. un placer á ese desdichado Blinval.

Blinv. ¡Blinval! No me hable vm. de él, porque su nombre solo me encoleriza; pero ya que no puedo impedir que venga, me retiraré.

Mad. ¿Cómo? ¿intenta vm. dexarnos?

Blinv. Señora, no me detenga vm., que estoy furioso. *Aparte.*

Ea, al subterráneo volando, no sea que suceda alguna sangrienta catástrofe: lo mas acertado será ir á acostarme. *Vase.*

SCENA XIV.

Madama Belmont sola.

Mad. ¡Qué iracundo, qué desentono tan indecoroso! Yo esperaba de Murville mas condescendencia, mas política. ¡Qué tenacidad en negarse á una propuesta tan loable! ¡qué responder tan

colérico! ¡y qué despedida tan grosera! ¡Ah, primo! no era esto lo que me anunciaban tus cartas: ¡qué diferencia de tu conducta á tu estilo! Pero á bien que no soy tu esposa todavía: y aunque el interés de mi hija, y el deseo de poner fin á un largo litigio me hayan hecho consentir en ofrecerte mi mano, con todo no se verificará la union, faltándome la esperanza de hallar mi felicidad en ella.

SCENA XV.

Rosina y Madama.

Ros. ¿Cómo tan sola, mamá? ¿qué es de la compañía con que se quedó vm.?

Mad. ¿Murville? se ha retirado á su aposento.

Ros. ¿Está indispuesto acaso? lo siento en extremo.

Mad. No: está bueno; pero por estarse mas cómodamente, se ha ido á acostar.

Ros. El rasgo no ha sido muy fino para un hombre que desea ser esposo de vm.

Mad. No lo es todavía.

Ros. ¿Con que todos mis preparativos de cena han sido inútiles?

Mad. No, porque le reemplaza otro. El Gobernador se ha empeñado en que son muy pareci-

dos Murville, y uno de los presos; y quiere tener el gusto de juntarlos.

Ros. ¿Quién? ese preso que.... ¡O! se parecen ciertamente: qualquiera tendrá al uno por el otro.

Mad. ¿Y cómo sabes tú que se parecen?

Ros. Es que... he oído decir... vaya mamá: voy á confesárselo á vm. todo, porque yo no puedo mentir.

Mad. ¿Pues de qué conoces tú á ese militar?

Ros. De verle y oirle cantar todos los dias desde la ventana de la escalerilla. Con sus cantares manifiesta su pena: llora su libertad perdida: se queja de que todos le abandonan; y yo por compasion le abandono lo ménos que puedo.

Mad. Tu sencillez me conmueve: y así léjos de reprehender esa piedad en favor de un desdichado, te la apruebo; pero es necesario que tenga los debidos límites. Compadecer á ese jóven es tu deber, y amarle sería una imprudencia.

Con ternura.

Ros. No, mamá, no le amo; pero le compadezco mucho.

Quando en una torre obscura
llora este jóven su mal,
mi compasion y ternura

es entónces natural.
Triste me hallo todo el dia
si le escucho en su dolor:
no os enfadeis, mamá mia,
que la piedad no es amor.
Si á la ventana asomada
oigo su triste cantar,
enmudezco; y engañada
creo oirle sin cesar.
Allí de noche y de dia
escuchára su dolor;
no os enfadeis, mamá mia,
que la piedad no es amor.
Cierto dia me encantaba
un romance que le oí:
aprenderlo no intentaba,
y sin querer lo aprendí.
Desde entónces noche y dia
tambien le repito yo;
no os enfadeis, mamá mia,
que la piedad no es amor.

Mad. ¡Noche y dia!

Meneando la cabeza.

SCENA XVI.

Dichos, Gobernador y Blinval.

Blinval con uniforme de cazadores, dice al entrar.

Blinv. Aun estoy desvanecido de la prision.

Ros. Es el mismo.

Mad. En efecto se parecen.

Ros. Bien le decia yo á vm.

Gob. Aquí presento á vm., amada vecina, un virtuoso cenobita, que ha renunciado por algunos meses á la vanidad del mundo.

Mad. Bien pudiera haber elegido una ermita mas agradable.

Blinval habla en toda la scena con tono de humildad y ternura.

Blinv. Baxo los auspicios de mi Gobernador, me he tomado la libertad de presentarme á vm.

Gob. Basta de cumplimientos; aprovechese vm. de estos favorables instantes, caballerito; y dando de mano á los pesares por ahora, dispongase vm. á reir.

Blinv. Tan hermosos objetos hacen poner en olvido las pesadumbres.

Ros. ¿No es cierto que es amable, mamá?

Gob. Pero no veo por aquí al caballero Murville: ¿aun resiste ver á su amigo?

Blinv. Espero que una desavenencia de muchachos no me privará de su amistad.

Gob. ¡Qué patarata! Todos los dias hay entre los militares de estas quimerillas; pero todo se compone con el vaso en la mano. Nosotros harémos lo mismo: y si vm. es culpado, el otro le reprehenderá, nosotros le reprehenderémos tambien: vm. le abrazará, y helo todo compuesto.

Mad. Temo que no ha de lograr vm. sus deseos.

Gob. ¿Por qué no?

Mad. Porque se niega obstinadamente á verse con el señor.

Fingiendo un sentimiento muy grande.

Blinv. ¡O Dios mio!

Mad. En vano intenté aplacar su enojo. Lleno de furor se metió en su quarto, y se cerró.

Ros. ¡Ah! me parece que nuestro primo no tiene muy buen corazon.

Blinv. ¡Quánto me afligen vms.! Esperaba yo que el tiempo, mi desgracia, y el respeto debido á tales mediadores, vencerían su repugnancia en verme. Si le he ofendido en algo, estoy

pronto á expiar mi culpa con la confesion de ella, y con las satisfacciones mas sinceras.

Ros. ¡Pobrecillo, me enternece!

En voz alta las primeras palabras que siguen, y las demas con timidez.

¡Dios mio! ¡qué disgusto padecerá vm. en esa maldita torre!

Mirándola con ternura.

Blinv. Con todo, mi esclavitud es tolerable algunas veces. ¡En ciertos momentos me ofrece la imaginacion unos objetos tan agradables!...

Aparte.

Ros. Sin duda soy yo el objeto agradable.

A Madama.

Gob. ¿Y dice vm. que se retiró á su quarto? Lo siento á la verdad, porque quisiera observar mas de cerca la semejanza.

Mad. El señor me parece mas jóven. *Riéndose.*

Ros. Y tiene la voz mas agradable.

Gob. Y es una pulgada mas alto á lo ménos; ¡pero sería tan fácil el saberlo de cierto! Muéstreme vm. su aposento, que yo mismo iré...

Mad. Hele allí.

Gob. Blinval, ayúdeme vm., y le sitiarémos. Voto á cribas, que hemos de ver si le obligamos así á capitular.

Quarteto.

Gob. Llamémos luego á su puerta:
respondednos, responded.
Ros. Gob. y Mad. Si enfadarnos no desea,
que salga aquí es menester.
Blinv. Dudo que vencido sea,
yo sé lo que suele hacer.
Gob. y Mad. Háblele vm., caballero,
confesándole su error,
pues así ménos severo
otorgará su perdon.
Blinv. Quiero agradaros; mas cuenta
que va á responder que no:
Murville, aunque bueno, intenta
tener siempre la razon.
Gob. Ros. y Mad. Miren el bueno, que intenta
tener siempre la razon.
Blinv. No seas inexôrable
quando te ruega Blinval.
Si un momento fué culpable,
¿la pena eterna será?
Todos. Si un momento fué culpable,
¿la pena eterna será?

Aparte.

Blinv. El asunto es admirable:
¿pero cómo acabará?

Gob. Silencio, amigos, silencio,
parece que respondió.
Blinv. Ellos creen que respondió.
Todos. Silencio.

Despues de un gran silencio.

Blinv. Dice que no.
Mad. ¿Vm. cree que dixo no?
Ros. Yo no he escuchado ese no.
Blinv. No esperémos su clemencia:
sin duda dixo que no.
Gob. ¿Y es este el Murville amable?
dexémosle en su tesón.
Blinv. ¡O! Murville es muy amable,
y merece ese loor;
asimismo es muy domable
quando no tiene teson.
Mad. ¿Este es el Murville amable,
á quién daban tal loor?
Fuera en casarme culpable
á vista de su teson.
Ros. ¿Este es el Murville amable,
á quién daban tal loor?
Fuera en casarme culpable

SCENA XVII.

Dichos, y un Cabo.

Cabo. Mi Comandante, un forastero que trae órdenes relativas á Blinval, desea hablar á vm.

Gob. ¡Qué diablos! Esto va de veras: es preciso que vuelva vm. á la prision al momento, porque sería una falta reprehensible en mí...

Blinv. ¡Qué desdichado soy! ¿con qué debo renunciar al placer de ver á vms?

Ros. A mí me aflige sobre manera este contratiempo.

Con viveza.

Blinv. ¿De veras?

Gob. Vamos amigo, despídase vm. de estas señoras, y váyase con el Cabo.

Mad. Esperamos de la bondad del Gobernador, que nos dará el gusto de ver á vm. en breve.

Gob. Encierre vm. al preso en el mismo lugar de donde le saqué. Prontamente seguiré á vms.

Blinv. A Dios, señoras.

Ros. A Dios. *Suspirando.*

SCENA XVIII.

Dichos, ménos Blinval.

Gob. Mal negocio, mal negocio.

Mad. ¿Cómo? ¿imagina vm. que esas órdenes sean contrarias á Blinval?

Ros. Si así fuese, mamá, yo no tendría consuelo.

Gob. El infeliz ha hecho una calaverada muy grande. Faltó á la subordinacion: es mucho enredo y muy malo: estos diablos de muchachos tienen unas cabezas... Piensan que por ser valentones poseen todas las virtudes militares: yo he servido treinta y quatro años, y voto á brios, que desafio á todo el mundo á que me eche en cara una culpa de esta clase. El que obedece bien, sabe mandar bien; y si no vean vms. el gobierno de este castillo. ¡O!

SCENA XIX.

Dichos y un criado.

Criad. Señor Gobernador, un caballero quiere hablar á vm.

Gob. Vaya: negocio tras negocio. No me dexan un instante libre.

Mad. Será el forastero sin duda. No le haga vm. esperar mas; que entre: nosotras nos retiraremos, para que pueda vm. hablarle con libertad.

Ros. Yo estoy con la mayor inquietud, y quiero escucharlos para saber la suerte de mi preso.

SCENA XX.

Murville, el Gobernador, y Rosina al bastidor.

Murville con sobretodo de oficial, y del mismo uniforme que Blinval.

Murv. Perdone vm., señor Gobernador, si le persigo hasta en esta casa; aunque informado de

quien la habita, no me ha parecido impolítica mi venida.

Gob. ¿Y qué se le ofrece á vm. caballero?

Murv. Que me entregue vm. uno de los presos, cuyo perdon y libertad contiene una órden que traigo.

Gob. Sea vm. bien venido. Nunca recibo mas placer, que quando veo una de estas órdenes. Sí, voto á diez, me deleyto quando puedo decir á uno de mis desdichados pensionistas. Vamos, viva la alegría, amigo mio. Buen viage. Acuérdese vm. de mí; pero no vuelva aquí jamas.

Murv. Ya estoy impaciente por gozar de este mismo placer, y si vm. gusta irémos al momento.

Gob. De buena gana; pero veamos ántes la órden.

Murv. Está qual se requiere.

Leyendo.

Gob. Blinval... Venga un abrazo, vm. es un grande hombre, caballero. ¡Si supiera vm. el gusto que me da!

Rosina sale coriendo, y dando saltos de alegría.

Ros. ¡Blinval! ¡Ay, qué contento!

Murv. ¿Qué es esto? Acaso la señorita es... No hay duda... Vamos, vamos al punto, y volverémos á esta casa, que en breve miraré como propia. Mas ántes de pensar en lo que á mí toca, me es forzoso cumplir con el deber sagrado de enxugar las lágrimas de un amigo, volviéndole su antigua felicidad.

Gob. No perdamos el tiempo que es precioso, quando se trata de poner en libertad á un hombre. *Vanse.*

SCENA XXI.

Rosina y Madama.

Ros. Mamá, mamá.

Al entrar.

Mad. ¿Pues qué ha sucedido?

Ros. Acaba de venir un forastero. ¡Qué hombre tan de bien! La providad está retratada en su semblante. Ha estado hablando con el

Gobernador, y le ha entregado unos papeles, y entre ellos una órden. Despues el forastero ha tratado de su amistad, de la casa, y por último me tiene fuera de mí todo lo que he oído.

Mad. Pero yo no te he entendido una palabra.

Ros. Pues hablo con demasiada claridad. Ahora acaban de ir á buscarle.

Mad. ¿A buscarle? ¿á quién?

Ros. Al preso que canta aquellos romances tan graciosos. Al señor Blinval.

Mad. Mucho contento me has dado con esa feliz nueva.

Rosina viendo al fingido Murville que abre despacio la puerta.

Ros. ¡O! ya sale el dañado corazon. ¡Qué se venga con su ceño!...

SCENA XXII.

Dichos, y Blinval vestido como en la scena, &c.

Blinv. Digan vms, señoras: ¿está en casa todavía el favorecido Blinval? Si es así, huiré de nuevo, porque no soy amigo de incomodar.

Enfadada.

Ros. ¿Por él ha de huir vm.? Pues sí señor, aun está aquí.

Mad. Primo, no puede ménos de admirarme el modo con que nos trata vm. Yo creí merecer otras atenciones.

Blinv. No me riña vm., pues juro que entónces no podia hacer otra cosa.

Ros. Buena excusa por cierto.

Blinv. ¿Vm. tambien, primita?

Ros. ¡O! mucho; primazo.

Mad. El Gobernador se picó de la repentina ausencia de vm., y con razon, porque esto indica cierto desprecio.

Blinv. Ya nos volverémos á ver.

Mad. Estuvo llamando á la puerta, aunque en vano, pues no se dignó vm. de responderle.

Blinv. Sí tal, respondí como debia.

Mad. Es verdad, con un no mas seco...

Ros. Y el señor Blinval, que tuvo la bondad de llamarle á vm. su amigo, y de pedirle perdon: ¡qué grosería! es necesario ser insensible para resistirse de este modo.

Aparte.

Blinv. Su despecho me encanta.

Mad. El Gobernador se enfadó mas, porque deseaba tener el gusto de juzgar de la semejanza de vm. con su preso.

Muy picada.

Ros. ¡Semejanza! Poquísima hay entre los dos. Basta mirarlos un instante, para conocer que es muchísima la diferencia.

Riendo.

Blinv. ¿Muchísima diferencia?

Ros. Sin duda. Le aseguro á vm. que jamas equivocaré al uno con el otro.

Blinv. Ya veo que Blinval ha sabido hacerse estimar de vm.

Ros. Sí señor: le estimo mucho: mamá le estima, el Gobernador le estima tambien, y todos, todos le estimamos.

Blinv. ¿Piensa vm. acaso darme una pesadumbre manifestándome el afecto que le profesa?

Ros. Lo cierto es que lo merece, porque es hombre de bien, afectuoso, y no tiene nada de rencoroso, ni de ceñudo.

Mad. Rosina, que te ciega el enojo.

Blinv. No: haga vm. el favor de dexarla decir quanto quiera.

Mad. A bien que vm. tiene la culpa. Y sino ahora que estamos serenos; confiese vm.

Blinv. No confesaré nada. Yo cometeré tal vez un error; pero me es imposible estar donde ese Blinval: es un hombre á quien no puedo mirar absolutamente.

Mad. ¿Qué? ¿tanto le aborrece vm.?

Blinv. Con tal extremo, que si alguna vez se pone delante de mis ojos, le aseguro á vm. por mi valor, que le he de arrojar por una ventana.

Ros. ¿Quién vm.? ¡Ah! él no teme nada: vm. se atreve á hablar así porque está preso, que si viniera ya mudaría vm. de tono.

Blinv. Sí; pero no vendrá.

Ros. Se engaña vm. en eso, porque esta noche misma ha de venir á cenar con nosotros. Ha conseguido ya su libertad.

Fuera de sí.

Blinv. ¡Cómo! ¿qué dice vm.? ¿es eso cierto?

Ros. Sí, sí: aunque vm. rabie, ha conseguido ya su libertad.

Blinval dando saltos de alegría.

Final.

Blinv. ¡Qué está libre ya Blinval!
no engañeis á mi deseo.
Mad. y Ros. Sí, ya está libre Blinval.
¿A qué viene gozo tal?
Blinv. ¡O quán alegre me veo!
turba el gozo mi razon.
Ros. y Mad. Ha perdido la razon.
Blinv. Perdonad, ¡ó niña amable!
en amaros soy culpable;
pero ya imploro el perdon.
Ros. ¡Mi padrastro venidero,
me enamora tan sincero!

Ha perdido la razon.

Mad. ¡Su padrastro venidero,
la enamora tan sincero!
Ha perdido la razon.

Blinv. Pidiéndoos á mi querida,
me arrodillo á vuestros pies:
infeliz será mi vida
sino me la concedeis.

Ros. y Mad. Loco está, pues solicita
Murville, $\frac{mi}{su}$ esposo ser.

Blinv. Quiero vuestro esposo ser.

SCENA ULTIMA.

Dichos, Gobernador, Murville, y el Cabo con una luz. Llegan por la puerta de Blinval.

Gob. y Murv. Allí están: ¡ó qué aventura!
Mas no es justo incomodar.

Mad. y Ros. ¿Quereis en tal coyuntura
el tiempo desperdiciar?

Gob. y Murv. A mal tiempo hemos entrado:
yo no debo estár aquí.

Abrazándole.

Blinv. ¡Qué veo! Murville amado,
dexa que me abrace á tí.

Ros. y Mad. ¿Es vm. Murville ahora?

Murv. Soy Murville, sí señora.

Gob. Es Murville, sí señora.

Ros. y Mad. ¿Y vm. díganos quién es?

Gob. y Múrv. Blinval.

Blinv. Puesto á vuestros pies.

Ros. y Mad. Decidme el arcano os ruego,
que no puedo comprehender.

Gob. y Murv. Os le aclararémos luego:
German nos lo hizo saber.
Pudímoslo así saber.

Gob. Por una puerta secreta,
Blinval, ese picaron,
vino á vuestra habitacion,
y Murville se fingió.

Ros. y Mad. ¿Por una puerta secreta
vino á nuestra habitacion?

Gob. y Murv. Por ella misma nosotros
venimos de la prision.
Buena ha estado la funcion.

A Murville.

Blinv. A tu prima ruega ahora

que deponga su rigor:
mi pecho á Rosina adora.
Causó mi culpa el amor.
Murv. y Gob. A vuestra Rosina adora:
causó su culpa el amor.
Ros. Causó su culpa el amor.
Murv. Blinval me salvó la vida,
prima mia, y le es debida
por vos la felicidad.
Comun hoy sea la dicha:
su Rosina y libertad,
le otorgue vuestra bondad.
Blinv. Comun hoy sea la dicha:
mi Rosina y libertad,
deba yo á vuestra bondad.
Gob. Comun hoy sea la dicha:
y deba á vuestra bondad,
su Rosina y libertad.
Mad. Si mi Rosina le agrada,
y ella le da el galardon:
yo no me opondré obstinada
á su dicha, y á su amor.
Blinv. De mi Rosina adorada,
recibí buen galardon.
Feliz amante si agrada

á su madre nuestra union.
Ros. Si soy de Blinval amada,
ya tiene mi galardon,
puesto que no desagrada
á mi madre nuestro amor.
Todos. Que colme nuestro deseo
una cadena feliz,
y á los quatro el himenéo
haga dichosos sin fin.

F I N.

AGAMENON.

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS:

ESCRITA

POR EL CIUDADANO LUIS LEMERCIER,

Y TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

D. E. T.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas, y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

AGAMENON, Rey de Micenas y de Argos. *SEÑOR BERNARDO GIL.*

CLITEMNESTRA, su esposa. *SEÑORA ANDREA LUNA.*

EGISTO, hijo de Thiestes, baxo el nombre de Plexîpo. *SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

CASANDRA, Sacerdotisa, hija de Priamo. *SEÑORA MARIA GARCIA.*

ORESTES, hijo de Agamenon. *UNA NIÑA DISFRAZADA DE HOMBRE.*

ESTROFO, ayo de Orestes, y Rey de Corinto. *SEÑOR VICENTE GARCIA.*

PALENO, confidente de Egisto. *SEÑOR JUAN CARRETERO.*

ARCAS, confidente de Agamenon. *SEÑOR AGUSTIN ROLDAN.*

PUEBLO Y SOLDADOS.

La Scena es en el palacio de Agamenon en Argos.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Egisto y Paleno.

Egisto. De tu solicitud y de tus viages,
digno amigo de Egisto, fiel Paleno,
el éxîto refiere. ¡Quán ansioso
mi pecho le esperaba! ¿De los Griegos
la venida aseguran? ¿A su Argos
verá gozoso Agamenon de nuevo
cercado de trofeos, ó Neptuno
le sepultó en el mar?
Paleno. Desde Sigeo
á las playas de Grecia cuidadoso
el Helesponto recorrí, que abriéron
sus naves otro dia; mas ninguno
pudo satisfacer nuestro deseo.
En los pueblos vecinos aseguran
que estando ya á la vista de sus puertos,
de tempestad horrible combatida
la nave de Argos naufragó: suceso
cuya verdad desmienten otras voces,
que de duda y temor llenan mi pecho.

Argos, Corinto y floreciente Epiro,
el Bósforo y las islas del Egeo,
Tracia y Atenas, cuyos altos muros
baña el undoso mar, adonde el viento
llevó la armada ignoran; y aun es fama
que la profanacion del sacro templo,
mancillado con sangre, venga Palas
en Pergamo ofendida; y que los Griegos
á la cólera entrega de Neptuno.
Cubierto se vé el mar allá á lo léjos
de míseros despojos, y en las aguas
al hijo de Laertes lanza muerto
el rayo abrasador, miéntras errante
Ayax discurre en un pais desierto.
Sin duda Agamenon la suerte misma
habrá ya padecido, y de su cetro,
de su esposa y Micenas libremente
desde aquí en adelante serás dueño.

Egisto. Su muerte ó su venida no me espantan:
soy hijo de Tiestes.

Paleno. Te comprehendo.
Bastante de ese modo has indicado
tu interés en su muerte.

Egisto. Del imperio
el derecho consigo, si no exîste;
pero si á Argos volviere...

Paleno. ¿Quál intento?...
Acaba.
Egisto. Espirará. La muerte sigue
donde quiera sus pasos: ya le espero
armado de venganza.
Paleno. ¿Y tal arrojo
no te hace estremecer?
Egisto. Sí: me estremezco
de este reposo en que mi furia yace:
de los ayes que exâlan lastimeros
de mi padre los manes, y del nombre
con que en estos lugares encubierto
vive Egisto furioso.
Paleno. Y así todos
Príncipe de la Iliria te creyéron,
ilusos hasta ahora, baxo el nombre
supuesto de Plexîpo.
Egisto. Sí, Paleno:
Engañamos la corte de este modo:
¡mas quál irrita al vengativo pecho
esta larga impostura! ¡qué de enojos
sufro en este palacio! Llegó el tiempo
de ser por un delito conocido.
Paleno. Con tu reserva al fin y tu silencio
ninguno te descubre.
Egisto. Clitemnestra

me conoce tan solo.

Paleno. ¿Y el secreto
fias de una muger á la flaqueza?

Egisto. A su amor es debido.

Paleno. A tal extremo
el amor alucina tu prudencia,
que en pais enemigo descubierto...

Egisto. ¿Imaginas acaso, que agitado
en contínuo pesar pueda mi pecho
someterse á las leyes vergonzosas
de una débil pasion?

Paleno. A Grecia veo
tributarte envidiosa los honores
al Monarca debidos, y yo mesmo
contemplaba á tu orgullo por la Reyna
aprisionado ya.

Egisto. De mis deseos,
no alcanzando otro fin, todos opinan
que gozoso en la corte y satisfecho,
me detiene el favor de Clitemnestra;
error que cuidadoso yo mantengo
por evitar sospechas del designio
que alienta mi furor: así el momento
de coronarme llega silencioso,
y un éxito feliz tendrá mi anhelo.
Tú conoces, amigo, si la Reyna,

esclava de sus vicios á mi pecho,
nació digna de unirse: arrebatado
su espíritu feroz en los afectos,
sin freno se dispara: infiel esposa,
madre irritada, y de venganza ardiendo,
ciega amante por fin, la que otro dia
blasonó de pureza en su himenéo,
hoy al crímen ligada se deleyta,
y en breve la verás de Elena á exemplo
hacer alarde de él; y la reserva,
y todos los respetos deponiendo
extender en el mundo sus amores.
Yo entretanto las riendas del imperio
dirijo en lo interior de este palacio,
donde conspira el ódio que alimento.
Aquí censuro á Agamenon ausente,
de Príncipe cruel, que todo el reyno
sacrifica á la ofensa de un hermano:
culpable por su causa represento
á la llorosa Grecia, y de este modo
yo prófugo, infelice, sin imperio,
condenado á la afrenta y desamparo,
del poder en la cumbre ya me veo
reynando con Atridas en Micenas.
La autoridad olvidan indiscretos
los Griegos de su Rey, no contemplando

que pronto ya á venir, qual Jove excelso,
puede mostrarse y castigar.

Paleno. Tú mismo,
¿por qué olvidas tambien incauto y ciego,
que puede este Monarca los amores
de su culpable esposa descubriendo,
dar á Egisto la muerte que su brazo
le tiene preparada? Yo rezelo
que algun adulador manifestando
tu nombre...

Egisto. Nada temas: en el reyno
desconocido soy; y ni aun Estrofo,
mi implacable enemigo, del misterio
las sombras penetró; temo no obstante
su aspecto rezeloso.

Paleno. No comprehendo
por qué causa retarda la partida,
llamándole á Corinto de su imperio
el penoso cuidado: con cautela
debimos advertirle que su aspecto
á Clitemnestra ofende, y que abandona
á Pilades su hijo.

Egisto. Mi deseo
ya alejarle ha intentado; mas en vano:
su respetable edad, el grande peso
que la austera virtud da á sus palabras,

la enseñanza de Orestes y su zelo
le armáron de un poder incontrastable.
Clitemnestra con él tan largo tiempo
unida en amistad, á su presencia
se cubre de rubor y sentimiento,
que en vano disipar he procurado:
el censor inflexible conociendo
su turbacion culpable, en el retiro
entregase al dolor, huye mi encuentro
cercado de rezelo; y si me habla,
la reprehension é insulto siempre leo
en su odioso semblante.

Paleno. Del Monarca
la venida esperando, sus intentos
ocultará entretanto cauteloso.
Temo...

Egisto. Nada hay que temas: con su muerte
la duda pagará que padecemos.
Si acaso ha penetrado mis designios,
irá á acusarme al tenebroso averno.
Tú verás, ¡ó Tiestes! castigado
en breve á Agamenon, y al mismo acero
Orestes morirá. Sombra querida,
cálmese tu inquietud: calmaos, ruego,
furias, que de la cuna proscribisteis
á los nobles Pelópidas... Del cetro

perezca el sucesor, perezca Atrida,
y Electra espire en el paterno pecho.
Toda su sangre acabará á los filos
de este acero fatal, que el impío Atreo
puso en mi diestra juvenil un dia,
quando con exêcrable juramento
que exîgió frauduloso de mi labio,
me armó contra Tiestes, á mi afecto
desconocido entónces. Por mi dicha
un Dios de parricidio tan horrendo
me libertó benigno... ¿Qué pretendes,
caro padre, de mí? Tu sombra veo
pálida, errante, en la callada noche
seguirme, hablar en desmayado acento...
No atribuyas, amigo, tal imágen
á la falsa ilusion del torpe sueño.
Yo velaba una noche en este sitio,
entregado á mi padre el pensamiento:
la calma silenciosa que reynaba
en aquellos instantes de sosiego
la estancia solitaria circuía
de terror angustioso. Sin objeto
mis ojos discurrian por las sombras,
quando de luto y palidez cubierto,
el cabello erizado, se presenta
ofreciendo á mis ojos de su pecho

la horrible cicatriz: teñido en sangre,
sangre caliente aun. Terrible acero,
en su diestra espantosa centellaba,
y su izquierda una copa muestra luego:
¡espectáculo atroz! Abrió su labio
manchado en sangre, y con ayrado ceño:
"toma este acero, dixo, que á tu brazo
»mi encono reservó: de horror cubierto
»mira la copa; la funesta copa
»en que mi hermano detestable y fiero
»me presentó la sangre de mi hijo:
»vierte en ella la suya, sacia luego
»la inextinguible sed que me devora."
Dixo, y con prontitud retrocediendo
el Tártaro mostróme, cuya senda
siguió con rapidez. Aquel acento
penetrando las sombras de la noche,
aquella herida, el horroroso gesto,
su palidez y la sangrienta copa,
su á dios aterrador... me extremeciéron,
turbáron mi razon. Imaginéme
que siguiendo las huellas del espectro,
á la mansion baxaba de la muerte
innumerable lago, donde el eco
resuena de las sombras pavoroso.
Allí por las deidades del averno

jurando y por los monstruos espantosos
de la negra laguna, ví al reflexo
de pálidas antorchas á las furias
sus sierpes irritar: mi juramento
recibió Tisifone con Tiestes:
despues tendióme el reluciente acero,
y al tomarle en mi mano, de repente
lanzando horribles gritos y lamentos,
desapareció la sombra. Yo turbado
me preparaba á huir, quando de nuevo
á mi espíritu débil se presenta
un lisongero error. De gloria lleno
me ví subiendo de mi padre al trono,
en tanto que á mi nombre todo un pueblo
quemaba incienso á los eternos dioses.
Yo ví toda la Grecia en un momento
sometida á mi yugo: ví á la Reyna,
guiándome á las aras de himenéo,
y á todos mis contrarios consternados
detestando su injusto menosprecio.
¿Tal imágen, Paleno, qué me anuncia?

Paleno. Ofendido tal vez, porque el momento
de su ansiada venganza no ha llegado,
Tiestes se mostró con el acero
para excitar tu cólera.

Egisto. No hay duda.

Paleno. Estrofo aquí se acerca.
Egisto. Mi secreto,
requiere tu prudencia.

SCENA II.

Dichos, y Estrofo.

Egisto. ¿Quién de Estrofo
los pasos acelera? ¿Quál contento
ácia aqueste lugar?...
Estrofo. Oid la causa:
la nave, al parecer, se ha descubierto
de los Griegos ahora: yo corria
á dar la nueva á Clitemnestra...
Egisto. ¡Cielos! *Aparte.*
¿Qué dices?
Estrofo. Que á tu corte el Rey se acerca,
y le veréis en breve corrigiendo
de su ausencia los males numerosos.
Sí, Plexîpo, á su vista mirarémos
triunfante la virtud, que intimidada
enmudeció hasta ahora: los perversos
en Argos temblarán.
A Paleno.
Egisto. Vamos al punto
á informarnos, amigo.

SCENA III.

Estrofo, y despues Clitemnestra.

Estrofo. Plegue al cielo
que al palacio no vuelvas. En la estancia
de la Reyna entraré; mas ya la veo
á este sitio llegar.
Clitemn. Hablarte anhela,
y desahogarse en tu sensible pecho
mi inquieto corazon. ¡Quál me complace
ver cómo se adelanta á mis deseos
tu constante amistad!
Estrofo. Vine, señora,
á anunciaros, que vuelve á nuestro seno
Agamenon glorioso.
Clitemn. ¿Pues aviso
de haber cruzado el mar vino de Delos,
cuyo oráculo Electra ha consultado?
Estrofo. Otras nuevas seguras ya tenemos.
Clitemn. ¿Y á quál darémos crédito nosotros,
que fuimos engañados tanto tiempo?
No es posible, su armada...
Estrofo. Ya se acerca.
El Griego observador, que vé el inmenso
orizonte del mar en su atalaya,

afirma que se viéron á lo léjos
sus velas blanquear; mas de improviso
bramando el aquilon, se revolviéron
las ondas irritadas, y la nave
de Atridas ocultáron en su centro.
Tal vez naufragará: vamos, ¡ó Reyna!
á implorar las deidades, y ofreciendo
en sus aras el justo sacrificio...

Clitemn. ¿Y á qué deidad, Estrofo, implorar puedo?

Estrofo. ¿Qué pronunció tu labio? ¿Acaso temes
dirigirles tus súplicas?

Clitemn. A precio
de tu inocente sangre, amada hija,
nuestros mares en Aulide se abriéron
á la armada homicida: ¿por desgracia
con tu muerte la calma de los vientos
hoy deberé comprar, hijo querido?

Estrofo. Depon, ¡ó Clitemnestra! ese recuerdo.

Clitemn. Me enseñó la desgracia á que temiese
la pérdida de Orestes.

Estrofo ¿Y su afecto
podrá haber apagado la ternura
consagrada á un esposo? El grave riesgo
que á Atridas, y al exército amenaza,
debes ahora llorar.

Clitemn. ¿Acaso un tiempo

el bárbaro lloró, quando una hija
arrancó á la ternura de mi pecho?
El aparato fúnebre, la banda,
las aras, el cuchillo, aquel funesto
Calcas bañado en sangre de Ifigenia,
ella exhalando el postrimer aliento
por su padre rogar, y éste inflexíble
sordo al comun dolor, tales objetos
solo ocupan mi espíritu. Vosotros,
¡ó Dioses! conoceis con quál extremo
mi corazon le amaba, ántes que al nombre
de padre renunciase: al himenéo
sumisa, y siempre fiel, jamas osára
sus límites hollar; pero sangriento
inmolando á Ifigenia ante su madre
pálida, moribunda, en triste ruego
á sus pies abrazada rompió el nudo
que unía nuestras almas, y el derecho
perdió á mi tierno amor.

Estrofo. Los altos Dioses,
esta preciosa víctima pidiéron.

Clitemn. No fuéron, no, los Dioses: el orgullo
ha sido autor de crímen tan horrendo.

Estrofo. Mírale entrar glorioso en sus hogares.

Clitemn. Ya su laurel ensangrentado veo.

Estrofo. Y yo de los consejos que recibes,

el efecto infelice.

Clitemn. ¿Qué consejos?...
Sella el labio... cruel...

Estrofo. Perdona, ¡ó Reyna!
Sí, perdona á un anciano que sincero
á tus plantas se arroja: soy amigo
del noble Agamenon: te compadezco,
y no temo el peligro que á mi arrojo
puede en tu corte amenazar: contento
moriré por tu bien, y de mis años
así el penoso insoportable peso
depondré de una vez.

Clitemn. ¿Pensaste acaso?...
¡Ay, Estrofo! Disipa en el momento
esta duda cruel.

Estrofo. Solo á Plexîpo
hoy acusa mi voz.

Clitemn. ¡Plexîpo, cielos!

Estrofo. Sí: contra él dirijo mi sospechas,
y no en ofensa tuya.

Clitemn. ¿Descubiertos
por quién pudimos ser?

Estrofo. Por tu semblante,
que de rubor se cubre á mis acentos.
Permíteme decir sin ofenderte,
que indica tal pudor. Habla á tu pecho

y á tu gloria, á tí misma te reclama
de los Dioses la voz, de aquellos mesmos
que nunca han perdonado los delitos
de los que se enlazáron en sus templos.
Ellos solos formáron la cadena
del himenéo santo: á su desprecio
sigue el asesinato, la discordia,
el atormentador remordimiento,
y el ódio inexôrable de los hijos,
presente criminal del adulterio.
¡Recuerda el fin de Erope, que inmolada
fué de su esposo á los crueles zelos:
exemplo aterrador! Recuerda á Elena,
nombre que con rubor pronuncia el Griego,
condenada á la fama de su culpa,
que combates tan largos y sangrientos
eternizáron ya: muéstrate siempre,
Clitemnestra, la misma. ¿El fiel sendero
que siguió tu virtud, podrás ahora
ilusa abandonar? Tu menosprecio
sienta el impuro amor; y el casto orgullo,
hijo de la inocencia, que á su sexô
el imperio reserva de las almas,
vuelva á tu corazon.

Clitemn. ¿Y ese recuerdo
de su primera gloria, Clitemnestra

necesitaba acasó? La que el cielo
unió con el Monarca de la Grecia,
hija de un semi-dios, de sus abuelos,
¿puede el orgullo abandonar? Estrofo,
no soy indiferente á aquel respeto
debido á mi poder, el que ordenaba
tal vez á tus palabras el silencio.
Te atreviste á acusarme; nada importa:
la noble libertad de tus consejos
tolera mi grandeza, y aun se digna
responder á los cargos que me has hecho.
Ese Príncipe ilustre, perseguido
por el cielo y los hombres, á quien ciegos
infamais con sospechas tan injustas,
solicitó mi amparo y valimiento.
Yo le acogí benigna: sus virtudes
honré con mi favor, y sus derechos
que al número superan de los males,
luego me reveló. Tambien es cierto
que sus proezas y el valor heroyco
que firme combatió con el adverso
rigor de su destino conjurado,
mas que á piedad mi corazon moviéron.
Yo misma, yo me admiro, al ver que pude
prendarme de un mortal; pero me lleno
de gloria contemplando que mi amparo

ha podido escudarle contra el ceño
de la suerte, del cielo y de los hombres.
El compasivo, y como yo sintiendo
la muerte de Ifigenia, y las desgracias
de mi triste familia, siempre tierno
mis lágrimas enxuga, me consuela,
ó me acompaña en el dolor: mi afecto
como un feo delito se censura,
y acaso es muy legítimo. Corriéron
diez meses ya desde que Troya ardiente
vió sus torres caer; y en este tiempo,
ni de la armada, ni del Rey pudimos
nueva alguna adquirir: burlada creo
nuestra esperanza ya: si acaso cierta
fuere su muerte infausta, de mi pecho
árbitra entónces, mirará la Grecia
con otros ojos mi ternura, siendo
la que ahora criminal, luego inocente.
Faltando Agamenon, verás el cetro
de Plexîpo en la mano, que á la mia
enlazaré gozosa, y en el templo
consagrada la union de nuestras almas,
se afirmará con vínculos eternos.

Estrofo. ¡Dioses! ¿Y piensas entregar tus hijos
de Plexîpo al poder?

Clitemn. Darles deseo

un padre.

Estrofo. Un opresor que no conoces.

Clitemn. ¡Tal héroe!...

Estrofo. Es un proscrito.

Clitemn. Yo te advierto,
que ese proscrito desdichado, iguala
á mi sangre... tal vez.

Estrofo. ¿Qué has dicho?

Turbada.

Clitemn. ¡Cielos!
El amor me extravía: yo lo ignoro.
Ciega en creer á Agamenon ya muerto,
á tu pesar, de mi culpable enlace
no esperes que abandone el pensamiento:
sígueme á la ribera, y de las naves
la venida, ó la pérdida sabrémos.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Clitemnestra , Egisto , y Paleno.

Clitemn. Ansiosa os esperaba, para hablaros;
tal vez pocos instantes ya nos quedan:
aplacada la furia de los vientos,
dexa llegar la armada á la ribera.
Arcas, que á Agamenon se ha adelantado,
en la vecina estancia hablarme espera.
A Paleno.
Egisto. Mándale entrar.
Clitemn. Unidos este dia
con iguales peligros, tu presencia
necesito y consejo.
Egisto. Sella el labio.

SCENA II.

Clitemnestra , Egisto , Arcas y dos Soldados.

Arcas. Colmado de placer vengo, Princesa,
de mi Rey á anunciaros la venida.
Digno de su fortuna y su grandeza,
de Troya vencedor y de Neptuno,

Argos le verá pronto qual desea
en el palacio entrar de sus abuelos,
coronada de lauro su cabeza.
La nave llega al puerto: yo gozoso
me anticipé á traer la fausta nueva,
y á expresaros en nombre del Monarca,
los deseos y amor que su terneza
confirmará despues.

Clitemn. Tanto cuidado
agradece sensible Clitemnestra.

Arcas. Vuestro placer en recompensa basta.

Clitemn. Ya anunciáron su triunfo en las riberas
mil fuegos, mensageros de su gloria;
¿mas qué enemigo obstáculo su vuelta
pudo así retardar despues que Troya
vió la postrera luz?

Arcas. Fué justa pena
de las Frigias deidades ofendidas.
No contento el soldado en ver la tierra
teñida en sangre, y los Troyanos muros
sembrados de cadáveres; de guerra,
de fuego y confusion encarnizado,
los templos santos profanó su diestra
con horrible saquéo, y las deidades
vengáron tal furor.

Clitemn. ¿Y qué es de Elena?

Argos. A su primer esposo fué entregada,
quien indulgente y débil otra pena
que su remordimiento no la impuso.
Múrmurase en secreto la indulgencia
de Menelao en tan horrible crímen,
y se lloran los héroes que á la Grecia
ha costado la afrenta irreparable
de su adúltera fuga.

Clitemn. Considera
que estás, Arcas, hablando con su hermana.

Arcas. Olvidarlo debí. ¿Quándo las huellas
del infame raptor pudiera ilusa
Clitemnestra seguir? Sus altas prendas
son el honor de Grecia y el exemplo.
Veo su corazon qual se deleyta
contemplando de Páris el castigo,
de Menelao vengamos las ofensas
de Priamo en la sangre, cuya hija
Agamenon conduce prisionera.

Clitemn. ¿Y quién es la infeliz que ató á su carro?

Arcas. Una Princesa ilustre, aun no sujeta
al yugo de himenéo: si escuchamos
la voz universal, un tiempo fuera
que sus ojos leían lo futuro
por Apolo instruída en esta ciencia:
mas privándola el Dios de don tan alto,

la luz de su razon faltó con ella.
Aun frenética á veces imagina
que el fatídico espíritu la alienta;
¡incurable demencia, triste efecto
de los horribles males que la cercan!

Egisto. ¿Y la jóven Casandra, entrará en Argos?

Arcas. Viene con el Monarca, la tristeza
pintada en su semblante: los sollozos
que exhala de contínuo lastimera,
su silencio entre el ruido de las armas
su desgracia, su llanto y su nobleza,
y los ojos de espanto hora cubiertos,
hora de languidez, enternecieran
del Griego mas feroz el duro pecho:
todos la compadecen, y consuelan
en su llorosa esclavitud.

Clitemn. Ya basta:
quando con el exército aquí venga
Atridas, avisadme: parte luego.

SCENA III.

Egisto y Clitemnestra.

Egisto. Y por fin, ¿qué resuelve Clitemnestra
á vista del peligro?

Clitemn. Amado Egisto,

esclava del temor vuelvo en la idea
mil diversos proyectos, que turbado
ya impide el corazon, ya los fomenta,
y mi incierto querer así confunde.
¿Y quál partido, dime, en tan funesta
lucha podré tomar? Vuelve el tirano
del duro corazon que le detesta;
pero el remordimiento, los derechos
de un esposo ultrajado me recuerda:
¿Egisto, lo creerás? Este Monarca
ambicioso y cruel, cuya dureza
nunca ví satisfecha de mi llanto,
cuyos horribles crímenes conserva
mi afligida memoria; al que aborrezco,
y temo y ofendí, se me presenta
como un Dios vengador, que en ceño airado
á sorprehendernos viene, y con su diestra
la culpa á castigar. Ya los agravios
que otro tiempo sufrí, ni las ofensas
que tú supiste engrandecer, no bastan
á excusar el perjurio que quisiera
para siempre olvidar. En todas partes
oigo una voz, que dice: tiembla, tiembla,
y mira los delitos con su gloria
obscurecidos ya: desaparezca
una débil pasion, y un ódio ciego:

el título de madre y el de reyna
de Júpiter al hijo te subyugan;
y á sus triunfantes brazos la primera
debes volar.

Egisto. ¿Qué dudas aterrada?
Del destino sigamos la violencia.
¿Mas por qué en todo tiempo me ocultaste
ese grande respeto que ahora muestras?
¿Hubiérase mi pecho unido al tuyo,
si el enojo de entrambos no se uniera?
Devuélvele tu fé: vuelve el cariño
que ofreciste en las aras indiscreta;
que mi pecho tambien, con sacros nudos
empeñado en venganza sempiterna,
cumplirá su deber. Este momento
nuestro error, separándonos, aleja.
Obra siguiendo á amor; yo á la venganza:
á sus plantas se doble tu cabeza
mi orgullo no lo sufre: con la espada
á conocerme va: y ¡oh! si pudiera
á tu sombra, Tiestes, irritada
la del Rey enviar toda sangrienta.

Clitemn. ¿A qué extremo el furor te ha conducido?
Mi turbacion perdona, y mi demencia:
¿deberé yo ocultarte los martirios
de mi oprimido corazon? No quieras

aumentàr el espanto que me agita:
teme al Monarca: evita su presencia,
y la mia tambien: esto conviene,
te lo manda el honor. Prudente ceda.

Egisto. Siempre en la tierra
prófugo andar y errante fué el destino
de un hijo de Tiestes. Con afrenta
mísero envilecido, obscuro hijo
de incestuoso amor, ni la grandeza,
ni el poder, ni los bienes goza Egisto,
en tanto que cargado de riquezas
de la triste Ilion vuelve glorioso
el enemigo de mi sangre. ¿Intentas
que oculto y despreciado viva en Argos?
¿amas, y tal infamia me deseas?
Y si acaso me vé, ¿nuestros amores
esperas ocultarle? La reserva
el razonar oculto, nuestro llanto
los ojos, todo al fin, la inteligencia
dirá de nuestras almas. Y, ¡felices!
¡si el riesgo de mi muerte único fuera!
Pero será forzoso el escucharle,
tu perjurio acusar de su soberbia
tolerar las injurias, y muriendo
víctimas del amor que nos alienta,
ser míseros objetos del desprecio

de una insolente corte: la sospecha
no dexemos velar.

Clitemn. ¿Piensas que osado
alguno llegue á hablarle?

Egisto. Sí: rezela
mi corazon, que Estrofo, ese enemigo...

Clitemn. ¿Mi delator Estrofo? ¿La baxeza
de infame acusador cabrá en su pecho?
¿Y por qué has de temerle? Si pudiera
tu nacimiento descubrir, yo misma
temería tal vez; mas no hay en Grecia
quien sepa arcano tal: debes, Egisto,
esperar el momento en que yo pueda
al Rey manifestarte: reflexiona
que pudieran del pueblo algunas quejas
suscitarse á tu vista, con las quales
se comprobára mi delito. Ceda
tu pecho alguna vez á mis deseos;
si peligras te ofrezco mi defensa,
ó contigo morir; mas no me agravie
de nuevo tu repulsa y tu dureza:
ceda, Egisto, á mi amor.

Egisto. Cedo, y lo juro.

SCENA IV.

Dichos y Estrofo.

Estrofo. Perdona, si te ofende mi presencia.
¿Quién aquí te detiene, quando todos
en confuso tropel al Rey esperan?
¿Y quando ya los gritos de alegría
en la celeste bóbeda resuenan,
anunciando que llega á estos lugares,
su esposa en nuestros muros sola queda?
Ya hubiera yo guiado al tierno Orestes
á recibir al Rey, sino temiera
con mi anticipacion sola dexarte:
y porque á tí es debido, ilustre Reyna,
conducir á tu hijo, que esperando
está para marchar.

Clitemn. ¡Hora tremenda!
¡Imprevisto combate, y de diez años
loca seguridad! En mi vergüenza
el suplicio verá... ¿Pero qué importa?
yo detesto las almas fraudulentas,
que puden ocultar en el semblante
su martirio secreto: que me vea,
y se vengue al momento. Mas tú, Egisto,

A él en voz baxa.

no te olvides jamas de tu promesa.
Egisto. No tardeis mas, señora.
Estrofo. ¿Y qué? ¿Plexîpo
osará acompañarte?
Egisto. Sus ideas,
Plexîpo, en todo seguirá.

SCENA V.

Estrofo solo.

Estrofo. Malvado,
al polvo tornarán con tu soberbia.
Terrible Agamenon y victorioso
abatirá tu injusta prepotencia,
y solo gobernando, de tu yugo
libertará al imperio y á la Reyna.
¿Mas qué estrépito suena en mis oídos?
Atridas con el pueblo aquí se acerca.

SCENA VI.

Agamenon, Clitemnestra, Orestes, Casandra, Estrofo, pueblo y soldados con trofeos: Casandra se quedará en un lado de la scena con abatimiento.

Marcha magestuosa.

Agam. Salud, amada patria, muros de Argos;
y vosotros salud palacio, tierra,
que á los nobles Pelópidas criaste.
Las lágrimas que vierte mi terneza,
tributos del respeto y la alegría,
recibid mis amigos, caras prendas:
y tú, lugar augusto, al fin permite
el poderoso Júpiter, que os vea.
Y pues que el Dios mi vida defendiendo
los diez años pagó de nuestra ausencia
con infinitos triunfos, tributémos
un solemne homenage á su grandeza.
La sangre de los toros inmolados
corra en el sacro templo á la presencia
de mis vasallos todos: con su canto
consagre el Sacerdote las ofrendas
en las augustas aras, adornadas

de guirnaldas y frutos: y su diestra
en los trípodes queme el puro incienso,
que nuestra gratitud y reverencia
lleve á los inmortales, cuya imágen
honren esos trofeos de la guerra.

Estrofo. Si de un Príncipe fiel y respetuoso,
un vencedor ilustre se recuerda...

Agam. ¡Estrofo venerable! tú que á Orestes
enseñas la virtud, á mí te llega:
ven á mi corazon agradecido
á tu constante zelo. ¡Quál deleyta
despues de los horrores del combate,
en vuestro seno, y en la patria tierna
tranquilo respirar!

Orest. Amado padre.

Agam. ¡Hijo querido, y mi esperanza!... Electra,
¿cómo no viene á mis amantes brazos?

Clitemn. Víctima de las ondas te contempla,
y á consultar está sobre tu suerte
el oráculo Délfico.

Agam. Su tierna
piedad el Dios benigno tranquilice...

A Clitemnestra.

¿Pero de dónde nace la tristeza,
que veo en tu semblante? ¿A mi cariño
turbada correspondes?

Clitemn. Con las nuevas
de tu muerte, mil veces desmentida,
y mil asegurada, tantas penas
el alma padeció, que la alegría
vuelve con lentitud á poseerla.
Orest. Sí, amado padre: el tímido deseo
siguió vuestros peligros donde quiera.
Yo, que á vuestra partida infante débil
quedé en este palacio, ansié de veras
conocer á mi padre victorioso.
Ufano con la gloria y las proezas
de vuestro invicto brazo, de contínuo
mandaba repetirlas; y mi lengua
los memorables nombres repasaba
de Aquiles, sin igual, en la braveza
de Ulises, Menelao, y el sábio Nestor,
consumado en el arte de la guerra,
modelos que estudiaba á todas horas.
Ya contaba los dias de la ausencia,
y los héroes muriendo á vuestras manos.
Ya tímido trazaba las riberas
del Simois y del Xanto, y las murallas
de Troya y nuestro campo. Ya en la idea
os miraba correr tras la victoria
hollando mil peligros, y mi diestra
requería las armas: otras veces

herido os contemplaba, y á la tierra
mis lágrimas corrian.

Agam. ¡Tierno gozo
para un padre de amor!

Orest. Besarme dexa
la diestra vencedora.

Agam. ¡Amor piadoso!

Orest. ¿Es aquesta la espada que tiñerais
en la enemiga sangre? Permitidme
tocarla, y del respeto que me alienta
dar así un testimonio.

Agam. Amado hijo,
á tu valor mi espada se reserva.

Orest. ¡Qué honor los tiernos años me robáron!
¡quántas victorias conseguido hubiera,
polvoroso y sangriento á vuestro lado!
La suerte de los dos fuera una mesma,
y tal vez como Aquiles, yo arrastrára
al feroz Hector.

Casand. ¡O martirio!

Agam. Cesa,
que allí su triste hermana nos escucha:
no añadamos, Orestes, á sus penas
nuestro gozo importuno: de los Dioses
á exemplo respetemos la miseria.
¡Desdichada Casandra! sin rezelo

acércate á nosotros, nada temas:
¿habrá quien tu desgracia, tu familia,
y la edad juvenil no compadezca?

Clitemn. De Priamo la hija en este suelo
no sufrirá la bárbara soberbia
de un señor imperioso: sus derechos
venero qual sagrados: y en la Grecia
todos veneran... ¡pero qué aspecto!

Casandra retrocede con espanto.

¿Desconfias de mí? ¿por qué no muestras
ese horrible mirar? Depon el ódio,
y háblame sin terror... tu resistencia
es excesiva ya.

Casand. Mis tristes ojos
ofende esta muger: el pecho tiembla. *Ap.*

Agam. ¿De qué puede nacer el imprevisto
horror, que te ha inspirado Clitemnestra?

Casand. Piso la tierra, al fin, donde la muerte
me esperaba cruel.

Agam. Segura quedas
de todos los peligros.

Casand. No creiste
la deidad que me inspira... A la certeza
del oráculo fiel, que por mí dicta
vuestra incredulidad está ya anexa.
Apolo me negó su patrocinio

desde que fuí rebelde á su influencia,
y me envió los males que padezco:
ví degollada mi familia entera...
¡yo mísera! ¿qué soy? Errante sombra
al averno llamada. Ya se acerca
el momento fatal... A Dios por siempre,
ondas del sacro Simois. Placentera
ya nunca me veréis, como solía
en tiempo venturoso, de azucenas
cubrir en vuestras playas los altares
que esperaban las víctimas y ofrendas.
Al espantoso ruido de Aqueronte
se mezclarán mis voces lastimeras,
allá en el reyno obscuro de la muerte
donde voy á baxar.

Agam. ¿Por qué te entregas,
Casandra, á ese furor desesperado,
libre de los trabajos que acarrea
la dura esclavitud? ¿Quién amenaza
tu vida, ó tu reposo?

Casand. Tales eran
las voces de los Frigios, quando en vano
el fin les anuncié de su grandeza
la ruina de sus muros; y con todo
dexáron de exîstir.

Agam. Calma tu pena,

con la qual nos injurias.

Casand. Sí: Casandra,
mira á Troya en cenizas, y sobre ellas
cante alegre tu voz: camina al templo:
la ruina de tu patria allí celebra,
y el duro cautiverio de sus hijos.
Aun os veo... ¡insensatos! Ya los cerca
la desgraciada noche en que la muerte
del sueño les sacó. La mole inmensa
de aquel monstruo fatal obra de Palas,
cuyo seno falaz la muerte encierra,
vosotros arrastrais. Yo sola, ¡ay triste!
desvelada, solícita, y cubierta
de angustia y de terror, vaticinando
el venidero mal que me atormenta,
corro, vuelo exclamando: ¡desdichados!
¿qué dias elegís para las fiestas?
¿qué fúnebres antorchas os alumbran?
¡de flores coronais vuestras cabezas!
Ya preparan el lazo: ved teñidas
en sangre nuestras playas: ved la hoguera
iluminando el mar, la noche, el puerto...
Inútiles palabras, que desprecian
con ciega confianza: semejante
es al suyo tu error... hoy á mis penas
el cielo pone fin, pues he pisado

la tierra en que la muerte ya me espera.
Agam. Fuera de acuerdo está: Troya incendiada
á sus ojos al vivo se presenta,
y turba su razon, y la extravía.
Dexémosla, que el tiempo la aspereza
calmará de su mal; y preparémos
quanto á la sacra pompa se requiera.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Clitemnestra sola.

Clitemn. ¿A dónde en mi inquietud llevo la planta?
¡Cruel incertidumbre en que vacila
avasallado del terror mi pecho!
¡En quán largo suplicio está mi vida!
Entraré á ver al Rey... ¿Podrás, malvada?
¿Los gritos del pudor no te intimidan
por tí tan torpemente mancillado?
¿ó descubrir intentas tu perfidia
en tu rubor? Si te oye bondadoso,
¿no habrá de avergonzarte su acogida?
Del fingido Plexîpo en vano intentas
siempre el nombre ocultarle y la venida.

¡Y qué! ¿Fingir por siempre será fuerza
añadiendo al delito la mentira?

SCENA II.

Clitemnestra y Estrofo.

Clitemn. Con tu sabio consejo, Estrofo amado,
vuelve á mi corazon la calma antigua;
compadece mi mal; se ha retirado
á mi mandato el Príncipe de Iliria:
¿peligrará si á presentarse vuelve?
¿Al fin podrá, Plexípo?...

Estrofo. No prosigas:
Plexípo está en prision.

Clitemn. ¡Dios de venganza!
¡Tú me has vendido, Estrofo!

Estrofo. ¿Yo sería
capaz de tal infamia, Clitemnestra?
¿Amado de tu esposo, y de tí misma
la discordia fatal en vuestros pechos
pudiera introducir?

Clitemn. ¿Pues qué alma impía
en Plexípo exercita su venganza?

Estrofo. ¿Soy el único yo que de su vista
en la corte se ofende?

Clitemn. Y dime, ¿acaso
peligrará su libertad y vida?
Estrofo. Solo sé que el Monarca por sí mismo
le quiere exâminar en este dia.
Clitemn. Si de ese desgraciado y sin defensa
no concede á mis lágrimas la vida;
si señala con sangre su llegada,
moriré: ¿mas qué vale en tal desdicha
mi desesperacion? Amor ha sido
quien esta tempestad embravecida
levantó contra él; quien le ha forzado
á alejarse de mí; y fuera injusticia
por un infiel temor abandonarle
en el duro suplicio que á sus dias
amenaza tal vez. Quando la senda
de la virtud dexé, de mi familia
y mi gloria en desprecio; quando pude
posponer al amor que me domina
la fama universal de mi entereza;
me entregó mi pasion á las desdichas,
y acaso á los delitos: tema, tema
este violento ardor en que respira
de Clitemnestra el corazon; respete
la desgracia que á un héroe tiraniza.
Monarca inexôrable, si no cede
á mis ruegos tu cólera, yo misma

su muerte he de vengar, aunque la diestra
vuelva contra mi seno, ya teñida
en tu enemiga sangre.

Estrofo. ¿Dónde, ó Reyna,
te conduce el furor? Vence, domina
tu desesperacion con la prudencia,
y en inciertos peligros no te finjas
un positivo mal. De ese Plexîpo,
por quien alucinada sacrificas
tu fama, tu deber y tu grandeza,
la muerte de este modo precipitas
en lugar de salvarle. Nada temas:
si alguna queja contra tí suscitan,
pronto hallarás mi voz en tu defensa;
y aun mi fiel amistad arriesgaría
estos caducos años, no bastando
del discurso la fuerza. Tú verias
sino templára al Rey, á su venganza
mi cabeza ofrecer encanecida.
Mas debo sin rebozo confesarte,
que así como á servirte se dedica
mi zelosa amistad; del mismo modo
atento observador de la malicia
el velo correré con que Plexîpo
las tramas engañosas que medita
ha sabido ocultar; ni porque sean

las traiciones de un pérfido temidas,
tú serás al Monarca sospechosa:
él solo es acusado con justicia
de público atentado, por las voces
con que calumniador desacredita
los gloriosos combates de la Grecia;
por los muchos saquaces que concilia
su generosidad; por las facciones
en que el Monarca y su Nacion peligran;
por el crédito, en fin, que ya ha logrado
debido á tu flaqueza y su perfidia.
Mas yo le haré morir unido á todos,
si armarse contra un héroe determina.
En breve ya la duda aclararémos,
pues el Rey ha mandado que á su vista
le conduzcan aquí donde le espero.

Clitemn. ¿Y este exámen fatal oiré yo misma?
Podré de la venganza armado el pecho
ir á mostrar mi oprobio, ó mi osadía,
y en silencio, ó hablando sonrojarme,
sin osar de la tierra confundida
los ojos levantar, y sin que tema
que descargue la bárbara cuchilla
para teñir en sangre estos lugares
un esposo irritado, cuya ira
extremece mi pecho... Mas él viene:

huiré: tú me dirás qué determina,
si acaso descubriese mis amores.

SCENA III.

Agamenon y Estrofo.

Agam. El sagrado deber que me impedia
mi gratitud mostrarte y mi terneza,
acabo de cumplir: al fin respira
libre mi corazon solo contigo,
y el afecto sincero que le anima
manifestarte puede, en recompensa
del zelo infatigable con que inspiras
á Orestes la virtud. Y pues tú mismo
penetrar has podido las intrigas
de la corte engañosa, libremente
infórmame de todas, y noticia
dame de los desórdenes secretos
que ignoro yo tal vez: nada me finjas:
¿quién es ese extrangero, que del pueblo
el ódio inexôrable se concilia,
creyendo su morada peligrosa?

Estrofo. Un Monarca infeliz, segun afirma,
por Neptuno arrojado á nuestras playas,
á quien tu corte recibió benigna.

Agam. ¿Y por qué ya contraria le aborrece?
Estrofo. Ignoro qué delitos lo motivan.
Mas luego que á tu vista comparezca
lo sabrás fácilmente, si exâminan
tus ojos los dobleces de su pecho.
Agam. ¿Y qué puede temer de su perfidia
Agamenon triunfante, á quien la Grecia
ha visto vencedor de Troya altiva,
y del furor indómito de Aquiles?
Xefe entre quantos Reyes hoy dominan,
y pastor de sus pueblos numerosos,
el mas feliz, Estrofo, yo sería,
si no fuese mi pecho atormentado
al ver de Clitemnestra la acogida.
De su amor la tibieza en el momento
la turbacion extraña que la agita
á conocer me dió; pero de un hijo
el aspecto anhelado y las caricias
mi corazon calmáron por entónces,
que ahora mas y mas teme y vacila,
al mirar su semblante, su silencio,
y aquel funesto horror que la domina
estando en mi presencia; ya confusa,
cubierta de fatal melancolía
á hablarme no se atreve: ya descubren
la pena que su pecho martiriza,

y el afecto forzado que me finge,
sus frívolos discursos: ¿y por dicha
no advertiste tú mismo su zozobra
quando Orestes los brazos la pedia?
La ternura de madre y la de esposa
¿acaso demostró con sus caricias?

Estrofo. ¿Y puede fomentar tales sospechas
un noble corazon, á quien sublima
la gloria hasta el asiento de los Dioses?
Si agena de la pública alegría
no se goza la Reyna en tu llegada,
la pérdida lo causa de una hija,
cuya triste momoria no han borrado
diez años de pesares todavía.
Aun llora el sacrificio de Ifigenia.

Agam. ¿No temes recordar en este dia
tal nombre á Agamenon?

Estrofo. A pesar mio,
señor, le pronuncié.

Agam. ¿Tú resucitas
mi patenal dolor? La vez primera
es ésta, que un mortal se determina
á Ifigenia nombrar desde el aciago
y lastimero instante en que la Aulida
vió su sangre correr; pero á mis ojos
de contínuo tambien llega ofendida,

y me atormenta su horrorosa imágen.
Yo detesté el decreto que ofrecia
mi sangre en sacrificio: ¿pero acaso
le dictó la ambicion ó la codicia,
ó el temor de un exército enemigo,
á quien invictos héroes acaudillan
armados de furor? Vosotras solas,
Deidades inmortales, la cuchilla
del venerable Calcas levantásteis,
forzando mi piedad, que resistia
vuestro decreto obedecer; y ahora
renace este recuerdo en mi desdicha,
despues que aborrecer me hizo la gloria
en los sangrientos campos de la Frigia.
Testigos de mis lágrimas, la noche
mi dolor en las playas recibia,
sin que el sueño apacible le calmase;
hasta que de la aurora á la venida
empezando de nuevo los combates,
se apartaba su imágen de mi vista.
Pero ya terminada la pelea
otra vez á mis ojos se ofrecia,
y su espantosa muerte retratando,
á llorar me obligaba las conquistas
que tanto me costaban.

Estrofo. Con tu exemplo

aprende, Agamenon, desde este dia
á juzgar á la Reyna mas piadoso.
Pero aquí ya Plexîpo se encamina.

SCENA IV.

Dichos, Egisto y Guardias.

Sentado.

Agam. Llega, y ese cuidado misterioso
con que de mí te ocultas me descifra.
¿De qué pueden nacer tantas sospechas,
infundadas tal vez, que se publican,
y me han hecho tan pronto conocerte?
Declárame tu suerte y tus desdichas,
Plexîpo, sin temor: ¿tu estado?
Egisto. El tuyo.
Es mi patria la Grecia: de la Iliria,
y del trono me arrojan mis hermanos.
Proscrito por sus artes y su envidia,
ludibrio de la suerte y de las ondas
me acogió Clitemnestra compasiva.
Todo lo sabes ya.
Agam. Pero debiste
ofrecerte á mis ojos.
Egisto. Yo creía

ofender tu grandeza pareciendo
sin un prévio decreto, que á tu vista
me mandase venir: ni imaginaba
que este exámen qual reo sufriría
por una duda solo.

Agam. Necesario
es del sumo poder á la justicia,
ó Príncipe, el rigor; pero si cierta
fuere tu confesion, mis naves mismas,
mis armas y soldados, al momento
te volverán á tu grandeza antigua,
enseñando á tus pueblos de este modo,
que vengador del crímen y perfidia
Agamenon vivió, para defensa
de la razon hollada y perseguida.
Pero tiembla, y conoce tu peligro
si inspiró tu discurso la mentira.
Un mortal, cuyo labio es engañoso;
mas que el profundo averno me horroriza.
Destruye, pues, la criminal sospecha.

Egisto. ¿Yo responder á voces tan indignas
de tu crédito? Ha viles cortesanos,
¿á quién han inspirado tal envidia
los honores que debo á Clitemnestra?

Estrofo. Debe ser una duda combatida
si es fundada, Plexîpo; y el desprecio

solo está bien á la virtud tranquila.
Si acreditar la tuya deseabas,
no debiste esperar á que de Atridas
la solícita guardia te buscase
en lugares ocultos, ni debias
con pálido semblante recibirlos;
sino aquí presentarte, y las malignas
calumnias disipar; y asegurando
tu inocencia y respeto, á la hora misma
entregarnos tus armas.

Egisto. Si ellas bastan
á calmar el temor que te domina,
toma. *Entregando la espada.*

Levantándose.

Agam. ¿Qué acero es este?

Estrofo. ¡Cómo!

Egisto. ¡Dioses!

Agam. ¡Qué! ¿te has extremecido? Yo ví un dia,
ví de Atréo en las manos esa espada,
que á Egisto le entregó su ardiente ira,
para inmolar al pérfido Tiestes;
y así lo prometió su lengua misma.
Este es Egisto.

Egisto. ¿Quién?

Agam. Tú mismo.

Estrofo. ¡Dioses!
¡Egisto!
Egisto. Sí, yo soy; hiere, y tus iras
acaben de una vez; que ya cansado
mantener la impostura no podia.
Hijo de horrendo crímen exêcrable
al universo todo con la vida
el oprobio y el mal voy arrastrando,
proscrito de mi reyno y mi familia,
sin bienes, sin honor. Toma la espada,
y derrama la sangre que me anima,
objeto del horror, del ódio insano,
que á mis venas un tiempo trasmitian
nuestros abuelos mismos.
Agam. ¿Qué pronuncias?
¿Pudiste sin temor, con voz impía,
el nombre recordar de mis abuelos,
y atestiguar con ellos tu perfidia?
¿Has olvidado acaso los horrores
con que cubrió la enemistad iniqua
de Tántalo la extirpe? Este palacio,
aqueste mismo suelo que tu pisas
con temeraria planta, fué bañado
de tu padre en la sangre aborrecida.
Y pues veo á Tieste y sus delitos
retratados en tí, ¿por qué no miras

del formidable Atréo las facciones
en mi rostro tambien?

Espantado.

Egisto. ¡Horrible vista!

Agam. Evitémos el vernos para siempre.

Con furor.

Egisto. Tiestes infeliz, que solicitas?

Agam. ¿Qué furor repentino?...

Egisto. ¿Ves su imágen
pálida, horrible y con la copa misma
que recibió su sangre? Mas, ¿qué digo?
La ilusion engañosa me estravía.

Agam. Cruel, á tu despecho se descubre
el ódio inexôrable que te agita.

Egisto. Inquietados los manes de mi padre
con tu funesta voz, así me inspiran.
¿Qué dispone de Egisto tu venganza?

Agam. Que se aleje al instante de mi vista.

Egisto. ¿Su delito quál es?

Agam. Su nacimiento.

Egisto. Los Dioses vengarán la tiranía.

Agam. Los Dioses no defienden al culpado.

Egisto. Así te haces ministro de sus iras.

Agam. Así de tí me aparto, y el castigo
debido á tus engaños, así evitas.

Egisto. El hijo de Tiestes y el de Atéo

no pueden habitar la tierra misma.

Agam. Aléjate mañana de mi reyno,
ó teme mi furor.

Egisto. Mañana, Atridas,
no me verás en él.

SCENA V.

Agamenon y Guardias.

Agam. Huye, malvado;
de una generacion aborrecida,
infame descendiente, agradeciendo
la vida á mi bondad; y la desdicha,
y el terror que los Dioses te enviáron,
por la tierra y los mares te persiga.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Egisto y Clitemnestra.

Egisto. De esta horrible mansion huir me dexa,
y abandona á un amante despechado.
Vuélvete á Agamenon, vuelve y recibe
el á Dios postrimero de mi labio.
Clitemn. ¿Qué dices?
Egisto. De la corte y su reyno,
para siempre el cruel me ha desterrado.
Clitemn. Ya sé, querido Egisto, dónde llega
de su bárbaro pecho el inhumano
y heredado rencor.
Egisto. Pero aun ignoras
que insulté su fiereza arrebatado,
y que la enemistad de nuestros padres,
manifestó la cólera de entrambos.
Tiestes presidió nuestro discurso,
rompiendo de la muerte el duro lazo,
y con los juramentos de venganza,
estos funestos sitios retembláron.
Cúmplanse por nosotros... ¡O, si nunca
hubiera yo seguído tan incauto

el tímido consejo que me diste!
Al ménos con honor saliera de Argos,
y no con un destierro ignominioso.
Mas no debo quejarme de este daño
que padezco por tí: solo me aflige
de tí considerarme separado,
llevando mi dolor y mi ignominia
de ribera en ribera sin descanso,
hasta que de pesares consumido
muera léjos de Grecia y de tus brazos.

Clitemn. ¿Y pudiera sufrirlo Clitemnestra?
No conoces su amor, ni que ha jurado
tierna seguirte donde quiera, sabes.
Y pues que en este caso nos hallamos,
á pesar de la afrenta y el suplicio,
cumplir mi juramento es necesario.
Dispon.

Egisto. ¡Triste de mí! Veo los males,
la angustia y el horror que al separarnos
mi pecho oprimirán; ¡pero infelice!
¿qué puede tu flaqueza, que tu llanto
contra el poder terrible del Monarca?
tu esfuerzo y mi furor serán en vano,
á la ley sometidos de la fuerza.

Clitemn. Ya que contrarrestarla no podamos,
librémonos de su rigor: ¿qué tiempo

de término á tu marcha señaláron?

Egisto. Mañana con la aurora partir debo.

Clitemn. Y á seguirte mañana me preparo.

Egisto. ¿Qué dices?

Clitemn. Mi designio.

Egisto. ¿Quién le inspira?

Clitemn. ¿Debes quejarte de él?

Egisto. ¿Y debo acaso,
consentir qual deseas?

Clitemn. ¿Pues qué? ¿Egisto
no temblará al dexarme?

Egisto. ¡Cielo santo!
¿no adviertes que llevándote conmigo,
el peligro es mayor y el sobresalto?
¿quién nos protegería? ¿quál asilo
al fiero Agamenon podrá ocultarnos?
¿sin armas, ni soldados, yo qué puedo
contra un Rey vengador de Menelao?
Mi pena y mi maldad supiera Grecia,
tu desgraciada suerte deplorando.

Clitemn. La fuga puede solo...

Egisto. ¿Y en qué tierra
podrémos de la muerte libertarnos?
Si me sigues, irás por donde quiera
tu ignominia, y tu pérdida buscando:
elige otro partido mas seguro.

Clitemn. ¿Hay alguno?

Egisto. La muerte, es el que hallo
tan solo á mi dolor. Mas tú dichosa,
á quien la ira celeste no ha alcanzado,
vuelve, vuelve á los brazos de tu esposo,
su fundada sospecha disipando,
que tal es tu deber; y para siempre
renuncia á la esperanza de juntarnos:
á Dios.

Clitemn. Conozco, al fin, tu menosprecio:
ya, ya basta, cruel. Dexa el palacio;
huye, pues lo deseas, de mi vista;
y así agradece y recompensa, ingrato,
mi amor y beneficios para siempre
de Clitemnestra; y de ellos olvidado
huye, y déxame expuesta á la venganza,
mi muerte en tus viages ignorando.
Pluguiera al cielo, infiel, que á tu venida
hubiera esa dureza yo mostrado,
y que al oir tu nombre extremecida,
te negára mi afecto y aun mi amparo.
Mi pecho, con tus súplicas movido,
se arroja á los peligros temerario:
si huyes, él huir tambien intenta;
y si mueres, morir determinado.
Sirve, Egisto, al amor, no á mi prudencia,

que persuadir te esfuerzas tan en vano:
ofréceme otro medio poderoso,
y valgámonos de él.

Egisto. Solo uno hallo.

Clitemn. ¿Y quál?

Egisto. Es muy atroz.

Clitemn. Dile.

Egisto. Horroroso.

Clitemn. ¿Pero cierto?

Egisto. Muy cierto.

Clitemn. ¿Pues acaso
mas terrible será, que la violencia
con que vive mi pecho subyugado
de un mortal á las leyes detestables,
á quien nuestros amores ultrajáron?
¿Despues de tal injuria, qué nos falta?
Responde.

Egisto. Nada ya.

Clitemn. ¿Sellas tu labio?

Egisto. ¿Y tú me lo preguntas?

Clitemn. Me horrorizo...
¡O qué funesta luz! ¿Quién ha causado
el temblor, y la angustia de mi pecho?
¿Qué podrá de su yugo libertarnos?
Dí.

Egisto. Lo ignoro.

Clitemn. ¿Su muerte?
Egisto. ¿Quién lo anuncia?
Clitemn. Tu silencio fatal.
Egisto. Crezca tu espanto:
aquese es mi designio.
Clitemn. ¡Justos Dioses!
¿Quieres que se mancillen nuestras manos
con el crímen atroz del parricidio?
Yo me extremezco.
Egisto. Sí: tímido, helado,
tiemble tu corazon, que en breve, en breve
recibirá de su piedad el pago.
Espera, que tu esposo de Casandra,
de esa mísera esclava enamorado,
su corona y tu lecho la destine,
reservándote solo el triste llanto,
el olvido y oprobio, y á tu hijo
de sus justos derechos despojando.
Clitemn. ¿Y yo consentiría, que gozase
de nuestras desventuras y trabajos
Casandra el galardon? Antes perezca
el bárbaro Monarca: perezcamos
Casandra, yo, tú mismo: con sus muros.
Argos caiga tambien todo arruinado;
y en su seno derrame la venganza,
los furores de Troya y los estragos.

Egisto. Arma el brazo de Egisto sin rezelo;
arma el tuyo tambien, si es necesario.
Confunde á tu rival; y hiere, hiere
de Ifigenia al verdugo despiadado:
no toleres que usurpe tus derechos...

Clitemn. No.

Egisto. Si aprecias tu vida y mi descanso,
perezca Agamenon.

Clitemn. ¡Cómo! *Espantada.*

Egisto. Esta noche.

Clitemn. ¿Y qué mano?...

Egisto. ¿Tú dudas? Este brazo
en él se vengará, y en la Troyana...
Mas no, yo no podré: veo cerrado
á mis terribles golpes el camino,
los que saldrán seguros de tu brazo.
Clitemnestra, es forzoso, ó darle muerte,
ó sin mas dilaciones separarnos:
¿muere, ó parto? Pronuncia.

Clitemn. No te ausentes.

Egisto. A tus pies, Clitemnestra, te consagro
mi constancia y mi vida en recompensa
de aquese juramento deseado.
Solo falta cumplir; y con un golpe
vengar tu menosprecio, y enlazarnos
sin esperar que él mismo nos castigue.

Clitemn. Huye de este lugar, que siento pasos.
Egisto. Ten presente el amor y los peligros;
y á Dios.

SCENA II.

Agamenon y Clitemnestra.

Clitemn. ¿A dónde huiré? ¡Funesto caso!
¡Mi esposo!
Agam. En este sitio retirada:
¿por qué á los sacrificios has faltado?
¿por qué en mi compañía no autorizas
de la solemnidad el aparato?
¿En tan plausible dia, Clitemnestra,
á los públicos votos teme acaso
unir los de su amor?
Clitemn. ¿Así el injusto
Agamenon se atreve á imaginarlo?
Agam. Así lo sospeché por tu retiro.
El dolor que en tí veo retratado...
la confusion que en vano me disfrazas...
Clitemn. Yo, Príncipe...
Agam. No hay duda: ese afectado
semblante, las miradas; todo, todo
me cubre de temor; pero ya alcanzo
la verdad por Estrofo.
Clitemn. ¡Por Estrofo!

¿Con qué viles calumnias ha infamado?...

Agam. No le ultrajes así: ningun Monarca
de quantos se someten á mi mando,
qual él, mi confianza ha merecido.
Fiel siempre á la amistad y á los sagrados
preceptos de virtud, continuamente
muestras de su gran zelo me está dando;
¿él mismo de mi riesgo temeroso
no me informó de Egisto?

Clitemn. Desterrado
Egisto ya, ¿qué temes?

Agam. Nada temo.
Enemigo tan débil, cuyo brazo
desarmó mi rigor, turbar no puede
mi pecho á guerrear acostumbrado.
Tú sola, tú, con dolorosas dudas
de contínuo le estás martirizando:
dice, que de la suerte de Ifigenia
acusándome aun...

Clitemn. Ya he respirado. *Aparte.*

Agam. Las profundas heridas de tu pecho
renuevas cada dia; ¿pero acaso
no es comun el dolor á nuestras almas?
Grecia toda tambien ha lamentado
mi desgracia fatal; y aun el decreto
movió la compasion de los soldados

mas duros y feroces. ¡Y una esposa,
mas severa que todos, el quebranto
aumentará de un padre! Y entregada
á su resentimiento despiadado,
¿me negará el placer de consolarla?
Llégate, Clitemnestra; y en mis brazos
mitiga tu dolor, y de himenéo
conocerás los consolantes lazos.
¡O venturoso dia, en que los Dioses
que nuestros fieles pechos enlazáron,
de nuevo nos reunen!

Clitemn. ¡Desdichada! *Aparte.*

Agam. Por esta firme union hemos logrado
felicidad eterna, inalterable:
y en tu dolor, al fin, te consoláron
de nuestro casto amor los tiernos frutos.
Electra de Ifigenia es el retrato;
y Orestes, con su amor y su ternura,
cumple el justo deber de venerarnos.

Clitemn. ¡Juramento fatal, á el que por siempre
mi exêcrable maldad ha renunciado!

Agam. ¿Por qué vuelves tu rostro?

Clitemn. Cese, cese
Príncipe, tu bondad, con que has llenado
mi pecho de cruel remordimiento,
de pena y confusion.

Agam. A mi descanso
basta ya tu pesar: aquí no juzgo
el arrepentimiento necesario.
Cese el ódio y rencor, y las sospechas
disipa... ¿Mas qué veo? En triste llanto
bañadas tus mexillas...
Clitemn. El descubre
el horror que me cerca, contemplando
que pude aborrecerte. Amado esposo...
mi rubor será eterno y mi quebranto...
pudiera yo... jamas... culpable he sido...
Permite que á tus pies...
Agam. Ven á mis brazos.
Clitemn. Perdona una sospecha, que atormenta
á mi angustiado corazon. ¿Acaso
de Priamo la hija, esa infelice
que conduxiste victorioso á Argos,
subyugar al amor pudo tu pecho?
Agam. ¿Y tú zelosa temes? ¿Y ha bastado
á inquietar tu ternura esa sospecha?
Pero aquí viene Estrofo: el desengaño
te va á tranquilizar. Guia á Casandra
aquí sin detencion, Estrofo amado.
A Estrofo que aparece, y vase.
Vuelva á tu corazon la calma antigua,
y vuelva el tierno amor sin sobresalto,

que nunca te olvidó tu fiel esposo.
Quando á Troya en cenizas sepultamos,
despues de repartidos los despojos,
los Griegos las esclavas sorteáron.
Tocóme á mí Casandra, y desde entónces
prometí consolarla con mi amparo,
defender su pudor de los ultrajes;
y con tal proteccion he disipado
el temor que mi yugo le inspiraba:
pero aquí con Estrofo va llegando.

SCENA III.

Dichos, Casandra y Estrofo.

Cas. ¿Quién me vuelve á la luz? ¿Quién de la eterna
y deseada noche en mis quebrantos
cruel me arrebató? ¿Que ni aun la muerte
pacífica esperar me habeis dexado?
¿Qué desean de mí? Príncipe, ¿dónde
quieres llevar mis vacilantes pasos?
Agam. A mi vista: no temas: de la Reyna
á la piedad tu suerte he confiado.
Casand. De tu Sacerdotisa, justo Apolo,
compadece el dolor. ¡Dioses sagrados!...
Estrofo. ¿A qué esas tristes voces?
Casand. ¡Desdichada!

Clitemn. ¡Nunca podrás mirarme sin espanto!
Casand. ¡Exêcrable mansion! Sangriento suelo
con un asesinato mancillado,
á cuyo aspecto se obscurece el dia...
¡Qué gritos! ¡qué clamores! ¡qué aparato
tan horrible y cruel! Niños, mugeres,
del cuchillo á los golpes espirando...
¿Qué miro en derredor? Padres verdugos
con esposas adúlteras, y hermanos
parricidas feroces... ¿Veis, ó tristes,
quál nos acechan ya, sangre esperando,
mil pálidos espectros horrorosos,
con palpitantes carnes en sus manos?
¿Alimento de un padre? Ya, ya siento
mi cabello herizarse, ya me abraso,
y el Dios sufrir no puedo que me inspira...
La víctima infeliz se va acercando:
la muerte se aparece: el duro hierro
tiene ya la venganza levantado...
Libradle del furor.
Agam. ¿Quieres del cielo *Irritado.*
las iras despertar en nuestro daño?
Estrofo. ¿De qué nace tu horror?
Casand. ¿No habeis podido
este misterio penetrar?
Agam. ¿Acaso

algun funesto mal nos amenaza?
Estrofo. Declárale.
Casand. Temblad.
Agam. Dioses, ¡qué amago!...
Casand. ¡Deplorable Monarca!...
Agam. ¿Quién te inspira?...
Casand. Un Dios.
Agam. ¿Quién ha de ser asesinado?
Casand. Tú.
Agam. ¿Yo, quando mi triunfo se prepara?
Casand. Troya en sus regocijos ha espirado.
Agam. Quando el incienso y mis humildes votos,
que el cielo recibió benigno y grato...
Casand. El desdichado Priamo fué muerto,
los sagrados altares abrasando.
Clitemn. A Troya no recuerdes.
Casand. Ver su imágen
donde una Elena veo, no es extraño.
Clitemn. ¡Temeraria!
Casand. ¿Me ultrajas? ¡Triste patria!
Troyanos, perdonad aqueste llanto,
que me arranca la suerte desdichada
de vuestro vencedor. Ya van guiados
del impío furor los viles pechos:
¡ó noche de maldad! Veo en la mano
de una esposa el puñal, que va á clavarse

del esposo en el seno desgraciado.

Agam. ¿Qué te extremece?

Clitemn. Su discurso horrible.
Triunfa, y apláudete del bien tan alto
que gozas en la esclava: está de acuerdo
con ella en la maldad, y alucinado
da asenso al vaticinio, á la impostura
que venganza feroz le está dictando
en descrédito mio. A la enemiga
corona, y hiéreme.

Casand. ¡Cómo! ¡acusados
los avisos del cielo de impostura!

Agam. Cesen ya tus agüeros temerarios.

Casand. ¡La desgracia fatal que nos persigue,
infelice Monarca, te ha cegado!
Mañana dormirás en el sepulcro:
ten presente el aviso que te he dado.

SCENA IV.

Clitemnestra, Agamenon y Estrofo.

Clitemn. Y creerá Agamenon, que yo culpable...

Agam. No lo creeré jamas: ántes el brazo
de la muerte implacable me destruya,
que yo de tí sospeche un atentado.

SCENA V.

Agamenon y Estrofo.

Estrofo. Nunca podré acusar á la Princesa;
pero he de confesar, que oí temblando
á la Sacerdotisa. Acaso Egisto...
Sabes que te aborrece, y que el malvado
es capaz del delito.
Agam. De la corte
mañana partirá.
Estrofo. Pero irritado,
hoy permanece en ella. Yo te ruego
por el amor de un hijo, por mis años,
por el temor, en fin, que me domína,
que le mandes al punto salir de Argos.
Agam. Salga, Estrofo: dispon, manda: tú amigo
se abandona á tu zelo y tu cuidado.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Agamenon, Estrofo y Orestes.

Estrofo. Contra tí conspiraba impunemente
por haber despreciado sus designios
con heroyca grandeza; y esta noche
cubriría en las sombras su delito.
Velé con atencion en la partida,
y acompañando á la ribera á Egisto,
le ví alejarse de Argos velozmente.
Entrégate al reposo ya tranquilo.

Agam. ¿Cómo recompensar podré tu zelo?

Orest. ¡Qué escucho! ¿Y quáles eran del impío
los malvados intentos?

Agam. Nada temas:
¿los Dioses de piedad, que en mil peligros
apartáron la muerte de mi pecho,
de ella solo me habrian defendido
para hacerme morir al fiero golpe
de un brazo criminal? ¿Y qué enemigo
puede turbar la paz de estos instantes?
Dichoso con tu amor, hijo querido,
dedicaré mis años á guiarte

de la austera virtud en el camino,
para que goce un héroe en tí la patria.
Mis pasos sigue ahora, pues rendido
con el peso y fatigas de la guerra,
del ansiado reposo necesito
en el seno feliz de mis hogares:
á Dios, Estrofo.

SCENA II.

Estrofo solo.

Estrofo. A Dios: goza al abrigo
de los riesgos el sueño, pues burlada
de Egisto la esperanza por mí ha sido.
Feliz yo, si alejándole por siempre,
aparto del furor tu pecho invicto,
y de la vil maldad el de la Reyna.
Tal vez ella me acuse en su delirio,
y el ímpetu primero del enojo:
pero ya va llegando ácia este sitio,
retratado el dolor en su semblante.

SCENA III.

Clitemnestra y Estrofo.

Estrofo. Clitemnestra...
Clitemn. ¿Qué quieres? Huye iniquo:
huye anciano infeliz, de mis pesares
artífice cruel.
Estrofo. De tu martirio
el exceso respeto, y sello el labio.
Clitemn. Aléjate de mí.

SCENA IV.

Clitemnestra sola.

Clitemn. Dioses malignos,
Dioses de crueldad, al fin mi cuello
al yugo de un esposo aborrecido
de nuevo encadenais. ¿Será forzoso
que yo haga de mi amor un sacrificio?
Egisto, amado Egisto, ¿tú me huyes?
¿de mi valor dudaste que atrevido
por tí qualquier empresa abrazaría?
¿Huyes? ¡ay! ¡y me dexas, sometido

mi pecho al himenéo, condenada
á una vida infeliz!... ¿Pero qué miro?
Quién camina en las sombras... O me engaño,
ó es Egisto.

SCENA V.

Egisto y Clitemnestra.

Egisto. Yo soy. *En voz baxa.*
Clitemn. Tú...
Egisto. ¿Le has herido?
Clitemn. ¿Qué pronuncias?
Egisto. Responde en el momento:
¿Respira Agamenon?
Clitemn. Amado Egisto...
Egisto. Ya te comprehendo, infiel: morir yo debo.
Clitemn. Deten... ¿mas qué Deidad te ha conducido
de la noche en las sombras?
Egisto. El averno:
fiado en tu promesa y tu cariño,
á los quales faltaste, hasta la playa
una rápida barca me ha traído:
con mis fieles amigos salté en tierra,
dí muerte á los soldados que atrevidos
me cerraban el paso, y sobornada

la guardia, me conduxo hasta aquí mismo.
Las puertas de la corte y del palacio
ocupadas estan por mis amigos:
todo dispuesto en fin, ¿y tú tan solo
has de causar mi pérdida? A este sitio,
horrible para mí, ¿quién me conduce
sino tu amor, ingrata? Aquí se hizo
el sacro juramento de su muerte,
el qual y tus temores me han traído
á librarte animoso de los riesgos
que al golpe seguirían. Es preciso
descargarle: no dudes: si tu brazo
ántes que asóme el dia no le ha herido,
te expones al tormento preparado
contra tí por Atridas: del peligro
me hiciéron sabedor, quando librarme
conseguí de los fieros asesinos,
que estaban encargados de mi muerte.

Clitemn. ¿Qué dices?

Egisto. Nuestro amor ha conocido.

Clitemn. ¡Con qué velo su cólera ha cubierto!
¡Dioses!

Egisto. No des lugar á su designio:
impide con su muerte...

Clitemn. Me extremezco.

Egisto. Vuela.

Clitemn. Suspende, incauto, aquesos gritos;
que duerme.
Egisto. ¿Duerme?
Clitemn. Allí.
Egisto. Luego su vida
está en nuestro poder: sino le herimos,
vas á morir: ¿qué esperas?
Clitemn. Su venganza:
á pesar de la infamia y el castigo,
no esperes que en su seno Clitemnestra,
clave el duro puñal.
Egisto. Pues mi suplicio
has decretado ya: voy al momento
el cómplice á entregar de tus delitos.
La fuga es imposible, ya cerrado
á mis pasos el mar y los caminos:
si me detengo aquí, soy descubierto;
iré, pues, arrostrando los peligros
del Monarca á la estancia; pero un golpe
te condena á morir: el pecho mio
emprende hasta vencer, y nunca cede;
al verme ha de clamar extremecido:
vendrán de mi furor á libertarle,
y de un infructuoso parricidio
víctima entónces tú...
Clitemn. Cesa ya, cesa...

un Dios quiere guiarme al precipicio.
Egisto... no me yeras... nunca, nunca
esta angustia, este horror he padecido...
¿Pero quién descubrió nuestros amores?

Egisto. Su Casandra, y Estrofo mi enemigo,
ansiando nuestro mal: toma este acero,
entra, hiera tu brazo vengativo,
y salve nuestro amor.

Clitemn. Vano es tu intento.

Egisto. No esperes á la aurora. Te ha mentido
si negó de la esclava los amores:
ella triunfa.

Clitemn. ¿Qué haré? ¡cruel martirio!

Egisto. ¿Aun dudas? Clava, pues, clava en mi pecho
ese agudo puñal, y en sangre tinto,
pálido, moribundo, ante los ojos
de tu juez inflexible lleva á Egisto,
y su cuerpo horroroso y palpitante
sea de tu inocencia fiel testigo.

Clitemn. No: tú no morirás.

Egisto. Perecer debe
Agamenon, ó yo... ¿Pero qué ruido?...
Tu muerte llega ya.

Clitemn. Dame el acero,

Armándola con el puñal.

Egisto. Corre, vuela con él: insta el peligro:
el golpe evitarás que te amenaza.

SCENA VI.

Egisto solo.

Egisto. Sal del obscuro seno del abismo,
¡ó sombra de Tiestes! y tus ojos
la sangre saciará de tu enemigo,
que á derramarse va: ven á llevarle:
alzado ya sobre su pecho miro
el hierro vengador, que airado guia
la diestra de una esposa al parricidio
por el temor y el ódio conducida...
¿Mas qué estrépito suena en mis oídos?
El golpe no se escucha: ¡santos Dioses!
se ha frustrado, tal vez, el sacrificio:
huiré.

Agamenon dolorosamenta detrás de la scena.

Agam. Deten el brazo.
Egisto. Ya, ya espira,
y yo Monarca soy.

SCENA VII.

Clitemnestra y Egisto.

Clitemn. ¿A dónde guio
mis pasos? ¿dónde estoy? ven al momento,
Egisto, á mi socorro... No has oído...
Egisto. ¿Qué?
Clitemn. En esta misma estancia...
Egisto. ¿Qué fué?
Acaba.
Clitemn. Habláron.
Egisto. Era yo.
Clitemn. ¿Quándo?
Egisto. Ahora mismo.
Clitemn. ¡Exêcrable maldad! Abrí su pecho.
Quitándola el puñal.
Egisto. ¡Tiestes, la venganza has conseguido!
He aquí la sangre del injusto Atridas.
Clitemn. A Orestes despertáron sus gemidos,
y entró: yo conturbada por las sombras,
veloz huí del exêcrable sitio.
Sonriéndose.
Egisto. Esta de Agamenon, esta es la sangre:
respira Egisto ya.

Clitemn. Dioses, ¡qué miro!
¿y puede sonreir quando la sangre
derramándose está?
Egisto. ¿Debes?...
Clitemn. ¡Impío!
te conozco por fin, y me aborrezco.

SCENA VIII.

Dichos, y Paleno.

Paleno. Corre, Príncipe, al punto: con sus gritos
á los guardias Casandra ha desvelado,
y está todo el palacio conmovido.
Entretanto á su fin ella se acerca,
pues el mortal veneno que yo mismo
preparé á tu mandato, ya ha tomado.
De la suerte de Atridas advertido
por sus lamentos fuí: Reyna, somete
Argos, y toda Grecia á tu dominio.
Confunde á los rebeldes con tu vista.
Egisto. Paleno, este puñal que ves teñido
de sangre aborrecida, va á mostrarles
que el señor de los Griegos es Egisto.

SCENA IX.

Clitemnestra y Orestes.

Clitemn. ¿Qué veo?... Orestes llega... ¿Dónde, dónde
ocultarme podré?... ¡Querido hijo!
Pálido y turbado.
Orest. Venid, amada madre, á ver el pecho
de mi padre infeliz, que yace herido.
Venid.
Clitemn. Hijo, deten: huye este suelo
manchado con la muerte y el delito.
Orest. Inundado de sangre está su lecho:
enmedio de sus males y suspiros,
mirándome exclamó: "Tu madre..." El triste
para hallar en su muerte algun alivio,
os llamaba sin duda.
Clitemn. Tierra, averno,
abrios á mis pies.
Orest. ¿Y no hay arbitrio
para hacerle vivir?
Clitemn. ¡Pluguiera al cielo!
¡O madre criminal!
Orest. Destituídos
de la esperanza ya, solo nos resta

implorar contra el pérfido asesino
el golpe vengador al justo cielo.
Clitemn. Reciba de su cólera el castigo.

SCENA X.

Dichos, Casandra, Estrofo, Pueblo, y Soldados con hachas.

Casand. Salvad, salvad á Orestes, que aun es tiempo.
Estrofo. Huye de esta mansion, funesto asilo
de la muerte y horror, hijo infelice.
Orest. ¿Nos seguirá mi madre?
Estrofo. Huye te digo,
sino quieres morir: ya ha publicado
su horrorosa maldad el vil Egisto:
Orestes, sígueme, y en tu memoria
grava, grava por siempre este delito,
que ha de vengar tu brazo.
Orest. Sí, lo juro
por las hijas del Tártaro.
A Estrofo.
Casand. Benigno,
ocúltale de un bárbaro á las iras...
Ya llega amenazando, huid.

SCENA ULTIMA.

Egisto, Casandra, Clitemnestra, Paleno, Griegos armados, y con hachas.

Egisto. Argivos,
reprimid esos gritos sediciosos,
ó silencio impondrán á los iniquos
el destierro, la muerte y las cadenas:
Reyna, enxuga tu llanto: del castigo
era digna, de Atridas la perfidia.
En la negra ribera de Cocito
los brazos de Ifigenia ya le esperan.
A Paleno.
Venga Orestes aquí: zeloso amigo,
vé á conducirle.
Clitemn. ¡Orestes!
Casand. Abandona
tu esperanza, cruel; de tu dominio
se ha alejado.
Furioso y con terror.
Egisto. ¿Qué dices?
Casand. Lo que temes:
un crímen á otros mil abre el camino.
Estando libre Orestes, poco, injusto,

con la muerte del Rey has conseguido.

Clitemn. Protegiendo sus dias una madre,
¿qué se debe temer? Vuélveme el hijo.

Fuera de sí.

Casand. Vuélvele tú su padre.

Egisto. En el momento
dinos dónde se oculta, ó teme á Egisto.

Casand. Huyó de los adúlteros la casa.

A los Guardias.

Egisto. Corred, y con su muerte...

Aparte.

Clitemn. ¡Hijo querido!
¡Fiero monstruo!

Moribunda.

Casand. Deten... ya de mis ojos
va faltando la luz: óyeme, impío,
y de terror te cubrirá el asenso
á mi postrer anuncio prometido.
¡Orestes vengador, por mí salvado,
á arrancarte vendrá con brazo invicto
la sangrienta diadema! Teme, teme
los fieros homicidas que á este sitio
sus huellas seguirán: él mismo un dia

matará de su padre al asesino...
y él en fin... á su madre dará muerte.
Del tirano feroz que os ha oprimido
huid temblando todos, y dexadle
en su remordimiento y su martirio...
A Dios... Yo voy delante... al negro averno,
y á Minos pediré vuestro suplicio.

FIN.

195384

LS.C

Author

T2536

Title Teatro nuevo español. Vol.2.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU